

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO II

BUENOS AIRES, 10 DE AGOSTO DE 1930

NÚMERO 58



ENTRE LAS NIEVES ANDINAS (PUENTE DEL INCA)

ESPECIAL PARA LA NACION

Por Fidel DE LUCÍA

*Esta carta
hace comprender la enorme preferencia que
otorgan a LA NACION los avisadores de libros*



LA UNICA GRAN ENCICLOPEDIA COMPLETA EN CASTELLANO Y LA MAS EXTENSA EN CUALQUIER IDIOMA.

W. M. JACKSON, INC.
EXPOSICIÓN:
B. M. MITRE 1092
DIRECCIÓN POSTAL:
CASILLA DE CORREO 1542
TELEF. U. T. 38. MAYO 6134

AHORA 30 GRANDES VOLUMENES DE 31 x 23 CMS CON CERCA DE 33.000
PÁGINAS IMPRESAS A 2 COLUMNAS Y MÁS DE 75.000.000 DE PALABRAS

BUENOS AIRES, 29 de JULIO de 1930

Señor Jefe General de Avisos de
"LA NACION"
Florida N° 347 - CAPITAL

De nuestra consideración:

Desde cerca ya de 20 años, nuestra Casa publica avisos en "LA NACION" y estamos en condiciones de declarar, con satisfacción, que ese gran diario Argentino es nuestro elemento preferido de publicidad, y que atribuimos el éxito de ésta a la calidad del grueso de sus lectores, que constituyen el núcleo ideal para las ofertas de nuestras importantes obras editoriales, ya que estas distribuyen, como se sabe, una enorme dosis de instrucción y cultura popular.

Prueba de ello es la reciente renovación de nuestro contrato de avisos y la intensa campaña de anuncios que, de nuestra obra de mas importantes méritos, la última edición de 30 volúmenes del "DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO AMERICANO" (que vendemos a plazos, sin garantías, ni pagares) estamos realizando en "LA NACION" con óptimos resultados por cierto.

Aprovechamos la oportunidad para agradecer a "LA NACION", y a Vd. en particular, las atenciones recibidas por nuestra Casa durante tanto tiempo de gratas relaciones, suscribiéndonos muy atte.

Ep. W. M. JACKSON, Inc.

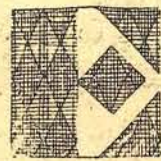
W. Harold Jackson

EL SOMBRERO DE COPA OLVIDADO

Por LORD DUNSANY



ILUSTRACIONES DE ALEJANDRO SIRIO



EL CABALLERO — Un momento, por favor. Disculpeme, pero le agradecería que tuviera la bondad... de hacer que... en fin, podría usted prestarme un gran servicio si...

EL OBRERO — Con mucho gusto haré lo que pueda por usted, señor.

EL CABALLERO — Pues bien, se trata de lo siguiente: Quisiera que usted llamara aquí y que subiera a decir... que ha venido... a revisar las cañerías, o... lo que usted quiera, y que me traiga mi sombrero.

EL OBRERO — ¿Que le traiga su sombrero?

EL CABALLERO — Sí, he tenido la desgracia de olvidar mi sombrero en esta casa. Lo dejé en el salón (indica con el dedo una ventana), en esa pieza. Está en el suelo, casi oculto bajo el sofá, frente a la puerta. Si pudiera usted subir a buscarlo, francamente, yo... (El rostro del obrero cambia de expresión). ¿Qué le pasa?

EL OBRERO — No me gusta mucho el encargo...

EL CABALLERO — ¡No le gusta el encargo! Vamos, compañero, no diga tonterías. ¿Qué mal puede haber?...

EL OBRERO — ¡Ah! ¡Eso es lo que no sé!

EL CABALLERO — ¿Qué mal puede haber en pedirle que haga una cosa tan sencilla? ¿Qué inconveniente encuentra?

EL OBRERO — ¡Oh! Ninguno.

EL CABALLERO — ¿Y entonces?

EL OBRERO — A primera vista, todas esas comisiones fáciles parecen siempre muy inocentes...

EL CABALLERO — Pero, caramba... ¿No le pido que vaya a robar!

EL OBRERO — Claro que no. No me pide que vaya a robar en esa casa; pero, al fin y al cabo, es un encargo que no me gusta. ¿Supongamos que no pueda menos que llevarme alguna cosa, después de entrar?

EL CABALLERO — Sólo le pido que me traiga mi sombrero. Nada más que mi sombrero... Se lo ruego, no se vaya. ¡Tome, aquí tiene diez pesos. Pienso que es cosa de un minuto!

EL OBRERO — Sí, pero... quisiera saber...

EL CABALLERO — ¿Qué?

EL OBRERO — ... Lo que hay "en" el sombrero...

EL CABALLERO — ¿En el sombrero?

EL OBRERO — Sí... Quisiera saber...

EL CABALLERO — ¿En el sombrero?

EL OBRERO — Naturalmente. No me va a dar diez pesos...

EL CABALLERO — ¡Le daré veinte!

EL OBRERO — Precisamente. No me va a ofrecer diez pesos, y a duplicar la suma después, para que le traiga un sombrero vacío. ¡Eso no vale!

EL CABALLERO — Pero comprenda que necesito mi sombrero. No puedo pasearme a pelo por las calles. No hay nada en mi sombrero. ¿Qué cree usted que hay?

EL OBRERO — ¡Oh! No soy bastante vivo para decirlo; pero podrían ser... papeles.

EL CABALLERO — ¿Papeles?

EL OBRERO — Sí, papeles que demuestren (si usted puede apoderarse de ellos) que esa casa le pertenece; estafando así a algún inocente.

EL CABALLERO — ¡Vamos! El sombrero está vacío, completamente vacío, y yo lo necesito absolutamente. Si contiene algo, puede usted guardárselo, y los veinte pesos también. Pero, por amor de Dios, vaya a buscarme mi sombrero.

EL OBRERO — Sí, de ese modo, evidentemente...

EL CABALLERO — Bueno. Entonces, ¿sube a buscarlo?

EL OBRERO — De ese modo, evidentemente, la cosa me parece bien, a mí como a usted. Pero... tenemos que pensar en la policía. ¿Le parecerá bien a la policía?

EL CABALLERO — ¡Oh! ¡Por amor de Dios!

EL OBRERO (ridiculamente desconfiado) — ¡Hum! Es que...

EL CABALLERO — ¡Francamente, esto es el colmo de la tontería!...

EL OBRERO — ¡Ha visto!

EL CABALLERO — Pues mire...

EL OBRERO — ¡No ve! ¡Lo he atrapado!

EL CABALLERO — Pues mire, ahora le ruego yo mismo que no vaya.

EL OBRERO — ¡Ah! ¡Bien decía yo!... (Sale. Entra El Empleado).

ESCENA II

EL CABALLERO — Disculpe, señor. Perdone que lo detenga. Pero como ve, estoy sin sombrero. Y le quedaría sumamente agradecido si tuviera la bondad de ir a buscármelo. Podría usted pretexto — por ejemplo — que va a dar cuerda a los relojes. Lo he olvidado en esta casa — en el salón — medio escondido debajo del sofá, frente a la puerta.

EL EMPLEADO — Bueno. Bueno. Muy bien. Pero...

EL CABALLERO — Muchísimas gracias. Le estoy sumamente agradecido. Diga simplemente que va a dar cuerda a los relojes.

EL EMPLEADO — Este... Yo... Lo que pasa, mire, es que no sé mucho de eso...

EL CABALLERO — No tiene importancia. Se pone delante del reloj y hace unos cuantos simulacros. Los relojeros se limitan a eso. Ahora bien, tengo que advertirle que en el salón hay una dama.

EL EMPLEADO — ¡Ah!

EL CABALLERO — Pero eso no tiene importancia, ¿sabe? Pasa delante de ella sin decirle nada y diríjase hacia el reloj.

EL EMPLEADO — Si no le molesta... puesto que hay alguien arriba... preferiría...

EL CABALLERO — ¡Ah! Pero... es una dama muy joven, muy hermosa, y...

EL EMPLEADO — ¿Por qué no va usted mismo?

EL CABALLERO — Imposible.

EL EMPLEADO — ¿Por qué?

EL CABALLERO — Me he torcido un pie.

EL EMPLEADO — ¡Ah! ¿Le duele?

EL CABALLERO — Mucho.

EL EMPLEADO — Si quiere, trataré de llevarlo hasta arriba.

EL CABALLERO — No, sería peor. Es preciso que deje descansar la planta del pie en el suelo.

EL EMPLEADO — ¿Y cómo hará usted para volver a su casa?

EL CABALLERO — ¡Oh! Puedo caminar, siempre que el terreno sea llano...

EL EMPLEADO — Lo siento mucho, pero tengo que dejarle. Es más tarde de lo que pensaba... No sabía qué hora era...

EL CABALLERO — ¡Por amor de Dios! ¡No se vaya! ¡No es posible que me deje así, sin sombrero!

EL EMPLEADO — Lo siento mucho, pero tengo necesariamente que irme. No sabía que era tan tarde... (Sale. Entra El Poeta).

ESCENA III

EL CABALLERO — Permítame que lo detenga un momento, señor. Le agrade...



deciría mucho que me prestara un gran servicio. He olvidado, desgraciadamente, mi sombrero en esta casa, mientras hacía una visita. Está debajo del gran sofá frente a la puerta de entrada. Si tuviera usted la amabilidad de hacer como si fuera a afinar el piano y de traerme mi sombrero, mi agradecimiento sería infinito.

EL POETA — ¿Por qué no va usted a buscarlo?

EL CABALLERO — Es imposible.

EL POETA — Si me dijera por qué, podría quizá serle útil.

EL CABALLERO — Ya le digo que es imposible. No podré franquear más esa puerta.

EL POETA — Si ha cometido un crimen, dígame, se lo ruego. La moral me interesa demasiado poco para que se me ocurra hacerlo ahorcar.

EL CABALLERO — ¿Tengo acaso cara de asesino?

EL POETA — Claro que no. Lo dije para darle a entender que puede confiar en mí sin temor, porque no sólo me parecen bastante aburridos el Código y las penas que prevé, sino que el crimen ha ejercido siempre sobre mí cierta atracción. Escribo poemas llenos de delicadeza y de rebuscamiento; pues bien, aunque le parezca extraño, leo sin excepción todas las noticias de tribunales, y en los juicios criminales, todas mis simpatías van al acusado.

EL CABALLERO — ¿Pero no le digo que no he matado a nadie?

EL POETA — ¿Entonces?

EL CABALLERO — He disputado en esa casa con una dama, y a consecuencia de ello he jurado alistarme en el ejército bosniaco y hacerme matar en Africa.

EL POETA — ¡Eso sí que es hermoso! ¡Muy hermoso!

EL CABALLERO — Sí, pero desgraciadamente, he olvidado mi sombrero.

EL POETA — Parte usted para morir por un amor sin esperanza, en lejanas tierras, como los troveros de antaño...

EL CABALLERO — Pero, ¿irá a buscar mi sombrero?

EL POETA — Con mucho gusto. Sólo que tenemos que encontrar primero una razón admisible para penetrar en la casa.

EL CABALLERO — Diga que va a afinar el piano.

EL POETA — Lo siento, pero no es posible. El sonido de un piano tocado por un ignorante me produce el mismo efecto que la caída constante de una gota de agua fría sobre el mismo punto de la cabeza, en los países en que se practica aún esa curiosa tortura. Le diré, había una casa...

EL CABALLERO — Entonces, ¿qué vamos a hacer?

EL POETA — Había una casa en que unos amigos me habían ofrecido la seguridad y el confort necesarios para un poeta. Pero en la casa había una institutriz y un piano. Pues bien, desde hace muchos años, no puedo volver a ver a estos amigos — tan generosos, empero —, sin estremecerme.

EL CABALLERO — Entonces, busquemos otra cosa.

EL POETA — ¡Ah! Usted hace revivir en nuestra triste época la poesía de un tiempo en que, según las baladas, los reyes combatían a veces sin más ar-

madura que la camisa de su amada...

EL CABALLERO — Pueda ser, pero antes que nada, quiero recuperar mi sombrero.

EL POETA — ¿Por qué?

EL CABALLERO — No es posible que me vean por las calles sin sombrero.

EL POETA — ¿Por qué?

EL CABALLERO — Porque no es posible, sencillamente.

EL POETA — ¿No confunde usted la apariencia con la esencia?

EL CABALLERO — Ignoro lo que entiende usted por esencia, pero me parece a mí que en una ciudad como Londres, es suficientemente esencial ir vestido correctamente.

EL POETA — Un sombrero no es cosa esencial en la vida.

EL CABALLERO — No quisiera desagraderle, pero permítame que le diga que "mi" sombrero no se parece precisamente al "suyo".

EL POETA — Sentémonos a conversar. Hablemos de cosas que valen, de cosas de las cuales durará el recuerdo dentro de cien años. (Se sientan). Considerada desde ese ángulo, la trivialidad de un sombrero, por un amor sin esperanzas, es algo con lo cual se podría hacer perfectamente un poema. Ahora bien, el poema es la piedra de toque. Así se reconocen las cosas esenciales: tratando de verlas traducidas en un poema. Bueno, admitirá usted conmigo que no se puede escribir un poema sobre un sombrero.

EL CABALLERO — Poco me importa que pueda usted o no escribir un poema sobre mi sombrero. Lo que sé, es que estoy resuelto a no ponerme en ridículo paseándome a pelo en Londres. ¿Quiere usted ir a buscarme mi sombrero, sí, o no?

EL POETA — Me es imposible tener nada que ver con la afinación de un piano.

EL CABALLERO — Entonces, diga que va a revisar los radiadores. Hay uno debajo de la ventana, y casualmente recuerdo que pierde agua.

EL POETA — ¿Será sin duda un radiador "artísticamente decorado"?

EL CABALLERO — Creo que sí.

EL POETA — En este caso, me niego a mirarlo y aun a acercarme a él. ¡No me hable del hierro colado con decoraciones! Una vez vi una estatuita egipcia: un dios panzudo que se llama Bes. Habían acumulado todos los elementos para que fuera feo; pero estaba muy lejos de ser tan feo como esos adornos que el siglo XX fabrica a máquina y en serie. ¿Qué nociones de arte tienen los plomeros para atreverse a hacer ornamentación? ¿Me lo dirá usted?

EL CABALLERO — En resumidas cuentas, ¿se niega usted a ayudarme?

EL POETA — Me niego a mirar lo feo. Me niego a escuchar sonidos feos. Pero lo ayudaré si encuentra un plan razonable.

EL CABALLERO — No puedo concebir otra cosa. No tiene usted aspecto de plomero ni de relojero. Así, pues, no me es posible encontrar otra cosa. Acabo de someterme a una dura prueba y no me hallo en estado de reflexionar serenamente.

EL POETA — Entonces, no tendrá más remedio que abandonar su sombrero a su nuevo destino.

EL CABALLERO — ¿Por qué no bus-

ca usted un medio para recuperarlo? Puesto que es poeta, los descubrimientos del ingenio le corresponden más que a mí.

EL POETA — Sin duda alguna, si pudiera — aunque sólo fuera un instante — someter mis pensamientos a la contemplación de una cosa tan absurda como es un sombrero, sin duda alguna imaginaría un medio; pero la trivialidad misma del tema parece abuyentar mis ideas.

EL CABALLERO (poniéndose de pie) — Entonces, no hay más que ir a buscarlo yo mismo.

EL POETA — ¡Por Dios! ¡No haga usted eso! Piense en lo que va a suceder infaliblemente...

EL CABALLERO — Sé que esto parecerá una estupidez, pero siempre será menos estúpido que pasearme por Londres sin sombrero.

EL POETA — No me refería a eso. Pero preveo que se van a reconciliar. Se perdonarán mutuamente; se casará usted con la joven del salón, y, como todo el mundo, tendrá usted una catedral de hijos, con la cara llena de granos. Y se acabará la leyenda. Se lo ruego, no toque el timbre. Vaya a comprar una bayoneta, o lo que se compra en tales casos, y corra a alistarse entre los bosniacos.

EL CABALLERO — Le repito que, sin sombrero, es imposible.

EL POETA — ¡Un sombrero! Pero al fin y al cabo, ¿qué es un sombrero? ¡Sacrificar a un sombrero una muerte magnífica! Piense usted en sus huesos, yertos, abandonados, por un bello amor sin esperanzas, abandonados en la inmensidad de la arena de oro. "Yacentes, abandonados" como dice Keats. ¡Qué palabra sublime! ¡Abandonados en Africa! Y de día, los beduinos indolentes pasan al lado de sus huesos dispersos, y de noche, el rugido del león, los lamentos del desierto...

EL CABALLERO — No creo que ande usted muy acertado al hablar de ese país como de un desierto. Tengo motivos para suponer, al contrario, que si los bosniacos quieren conquistarlo, es porque se trata del país más fértil del mundo.

EL POETA — ¿Qué importa? ¿Será acaso la geografía o la estadística lo que perpetuará su nombre? No. Serán los labios de oro de la leyenda. Ahora bien, la leyenda pinta a Africa de ese modo: un desierto infinito de arena dorada, con beduinos, leones...

EL CABALLERO — Diga lo que diga, yo voy a buscar mi sombrero.

EL POETA — ¡Reflexione! ¡Reflexione! Si usted tiene la debilidad de pasar por esa puerta, no caerá usted nunca en la primera fila del ejército bosniaco. No morirá usted nunca en tierras lejanas, nunca descenderá su cadáver en el inmenso Sahara. Ella no llorará nunca su altivo destino, acusándose, harto tarde, de haber sido cruel con usted.

EL CABALLERO — ¡Escuche! (Toca el piano). Escuche. Podría llorar años y años. ¿Y para qué? No veo qué felicidad le proporcionaría eso. Al contrario.

EL POETA — Pero la consolaré yo.

EL CABALLERO — ¿Usted? Lléveme el diablo si lo logro. Perfectamente. En la cara se lo digo. Lléveme el diablo si logra consolarla.



EL POETA — ¡Cálmese! ¡Cálmese! Ha entendido mal lo que le quise decir.

EL CABALLERO — ¿Y qué demonios quiso usted decir?

EL POETA — Quiero decir que cantaré su muerte sublime, que escribiré cantos, cantos tristes y alegres. Alegres porque remedarán la noble tradición de los troveros, tristes porque narrarán su destino lamentable y su amor sin esperanza. Escribiré hermosas leyendas sobre sus huesos abandonados. Diré quizá que los árabes, al encontrar sus huesos en el desierto, cerca de algún oasis, celebre en la historia de la guerra, se preguntaron quién lo amó. Si le digo eso, acaso lloré un poco; entonces, yo le diré la gloriosa leyenda del soldado, le diré cómo sobrevive esa gloria a nuestra efímera...

EL CABALLERO — ¡Ah! Pero permítame: no sé que hayan sido ustedes presentados nunca.

EL POETA — ¿Y qué tiene eso que ver? Carece absolutamente de importancia.

EL CABALLERO — Pues me parece que tiene usted una prisa singular por verme atravesado por una lanza. Olvida usted que antes que nada pretendo recuperar mi sombrero.

EL POETA — ¡Por favor! ¡En nombre de las batallas famosas, de las grandes hazañas, de las causas perdidas, en nombre de los cuentos de amor que han sido narrados a damas crueles, que les han sido narrados en vano, en nombre de los corazones afligidos, de los corazones que estallaron como las cuerdas de una lira, lo imploro a usted! ¡En nombre de la leyenda, sagrada antaño: no llame usted, no llame! (El Caballero llama. El timbre suena largamente).

EL POETA (se sienta, mortalmente desalentado) — Se casará usted con ella. Y luego, alguna vez, tomará usted pasaje para París con su esposa. Irán quizá hasta Cannes. Después, la familia, una retahíla de chicos que hormigueará hasta donde alcanza la vista, en larga fila — hablo por hipérbolo — y ganará usted dinero para alimentarlos. Será usted como todo el mundo. Como todo el mundo... Jamás erigirán un monumento a su memoria... (Un criado abre la puerta. El Caballero le habla en voz baja, entra y desaparece).

EL POETA (se pone de pie, alza la mano) — Grábese en bronce en esta casa: Aquí resucitó la leyenda, en una época en que no se quería saber de ella, y murió apenas nacida. (Se sienta. Entran El Obrero y El Empleado con un Vigilante. Calla el piano).

EL VIGILANTE — ¿Qué pasa aquí?

EL POETA — Todo pasa. Están matando la leyenda.

EL VIGILANTE (al Obrero) — Efectivamente, este señor no parece estar en sus cabales.

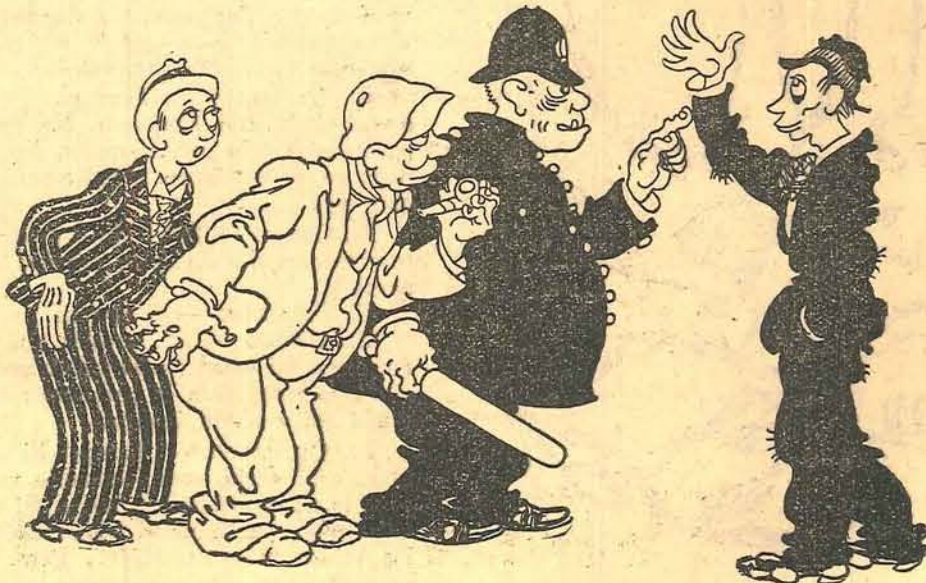
EL OBRERO — Sí. Es curioso. Nadie parece estar en sus cabales hoy. (Se oye de nuevo el piano, pero esta vez tocando a cuatro manos).

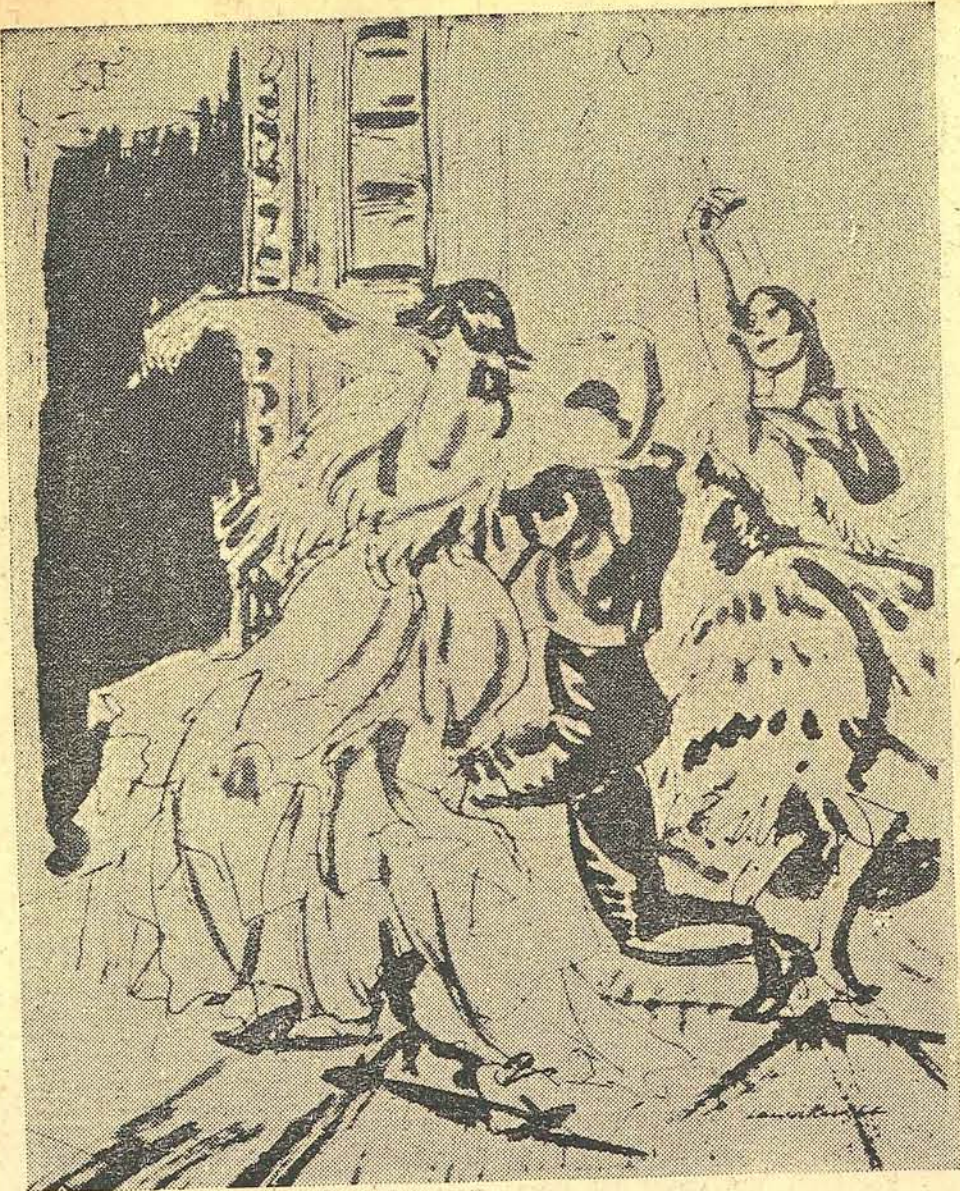
EL POETA — ¡Dios mío! ¡Ahora tocan a cuatro manos!

EL VIGILANTE — Sí. Parece un poco chiflado.

EL OBRERO — ¡Hubiera visto al otro!

TELON





Cuadro flamenco



Café Royal (No. 1)



N el "vernissage" de la Exposición Holandesa de Burlington House vi por primera y única vez a Laura Knight, que tiene el privilegio de ser la única mujer miembro de la Royal Academy,

lo cual constituye una hazaña no poco apreciable, aun en nuestra época de emancipación femenina. Allí, en medio de las glorias del pasado, entre la muchedumbre que se apiñaba en la galería — aficionados y gente de sociedad, ministros, miembros del Parlamento, mujeres hermosas y principales, artistas, escritores y ociosos elegantes que se proponían ver y ser vistos — paseaba una mujer cubierta con una amplia capa española que caía en pliegues románticos de sus hombros robustamente modelados. Ostentaba además un sombrero negro de alas anchas, semejante al que usan los toreros. En medio de esa asamblea típicamente británica, vestida lujosa pero discretamente, y que llenaba el ambiente con los altibajos de un cuchicheo de buen tono, esa mujer con capa y gran sombrero, que paseaba, indiferente, por la galería, estaba extrañamente fuera de su lugar.

Sin embargo, su rostro pálido y resuelto, en la sombra del extraordinario sombrero de ala ancha, con sus ondas de oro pálido que seguían la delicada línea de las mejillas, era el típico rostro de la intelectual británica moderna. Y Laura Knight es, indudablemente, una intelectual. En eso reside precisamente su gran poder y la considerable atracción que ejerce sobre los amantes del arte. Es un símbolo de su generación y de su tiempo, es la pintora más representativa que puede ofrecer actualmente Gran Bretaña, y su capa, su sombrero y sus blusas con bordados rusos son el signo exterior de la firmeza íntima de su carácter y de sus inmovibles principios. Es una artista antes que nada y por encima de todo, vale decir que sólo se ocupa de su arte, de los problemas de la luz y de la sombra, de la forma y del perfil, con exclusión de todo lo demás. Esta devoción de Laura Knight hacia su arte aparece en la intransigencia de muchas de sus obras, en el brio de sus menores bocetos, en su actitud objetiva — a veces excesiva — frente al mundo que reproduce. Y esto también es la consecuencia del espíritu de su tiempo y de su generación: la obra de Laura Knight revela pocos rasgos aparentes de la suavidad femenina: su pensamiento es

demasiado agudo, su lápiz y su pincel demasiado competentes para permitir tales interferencias. Aun en los dibujos que autorizarían cierta blandura — el descanso de las bailarinas, o la eterna y clásica dulzura de la madre y el hijo — no disminuye su tensión intelectual. Se ha dicho de Laura Knight que vive por los ojos — y sus ojos son de mirar agudo y vivo, sin la menor emoción, sin llegar a ser en modo alguno fríos o estériles.

Al examinar la obra de Laura Knight, es preciso distinguir entre la pintora que pinta al óleo y la dibujante que trabaja con tiza, carbón, lápiz de plomo o pluma y aguada. Las cua-

EL ARTE ADMIRABLE DE LAURA KNIGHT



Laura Knight. Autorretrato

lidades fundamentales son iguales en ambos procedimientos, pero es muy distinta la forma en que impresionan al público al cual están destinados. El gran público prefiere generalmente sus grandes cuadros al óleo, mientras que el artista y el aficionado escogen los croquis rápidos y los dibujos, llenos de vida y de vigor, en que la artista hace derroche de sus capacidades extraordinariamente variadas.

Porque Laura Knight es versátil, en el sentido más bello de esta palabra, de que se ha abusado y que tan poco agrada. No es que se dedique a todas las artes y no posea ninguna. Pero con su rápida visión siempre alerta, artista co-

mo lo es hasta la punta de los dedos, resulta lo más natural que se sienta atraída por una gran variedad de temas y que emplee la misma diversidad de procedimientos y de métodos. Así, pues, se encuentra tan a sus anchas ante las coristas y las bailarinas como frente a la ruda belleza de Cornualles, y un croquis tomado al vuelo en las Follies Bergeres o en el Museo Británico recorrido por los turistas demuestra que la artista posee un humorismo agudo, demasiado agudo quizá para el gusto popular.

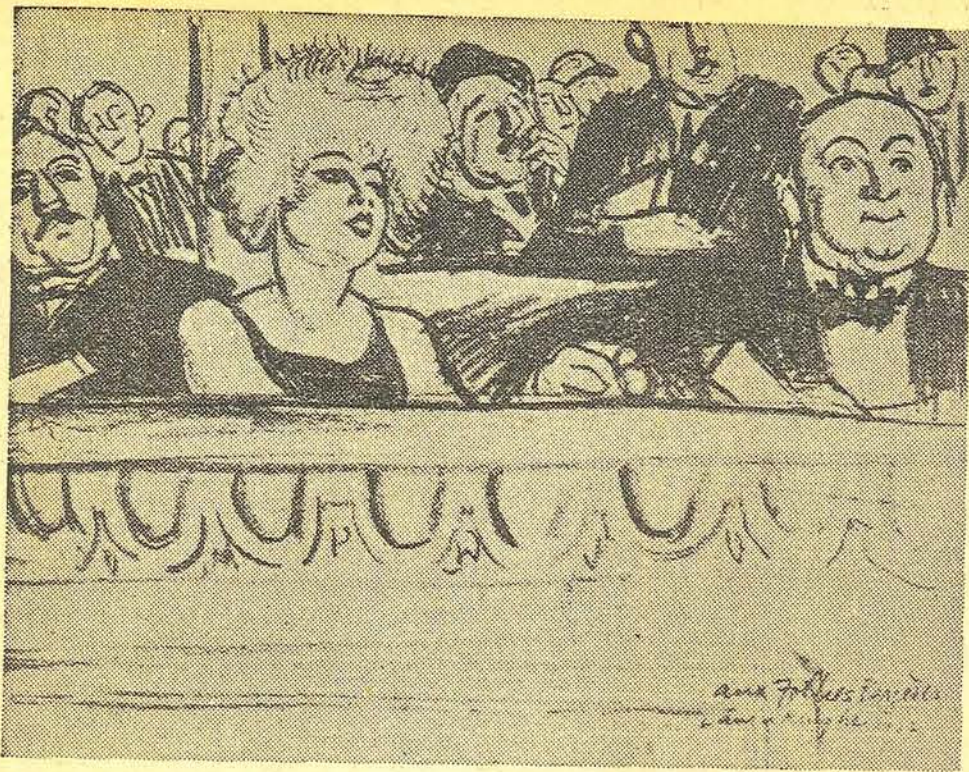
Como pintora al óleo, Laura Knight se destaca por el vigor con que trata sus temas: una audacia en el ataque que debería calificarse de intensamente masculina. Esta condición se revela particularmente en una de sus obras más recientes, el impresionante retrato de miss Ealand con traje de "tweed", con su cabello rubio pálido, severamente cortado a la moda de Eton y su fusil entre las manos. Lo mismo reza para la espléndida "Virgen de Cotton Fields" que figura en la exposición de obras británicas expuesta hace unos años en Buenos Aires; para "Preparativos para el baile", notable por la hermosa factura del torso de la bailarina, y para todas las obras de ambiente de circo. En verdad, todos los que conocen a Laura Knight únicamente por sus enormes e impresionantes lienzos, en que la artista resuelve rápida y eficazmente cualquier problema, podrían considerar a la pintora como un ser grave e inflexible, como una de esas feministas agresivas, tan comunes antes de la guerra, cuyo número disminuye ahora, felizmente. Laura Knight es demasiado sensible, su humorismo es demasiado vivo para que caiga siquiera en el lamentable y burdo error de imitar la manera masculina, y sus dibujos y aguas fuertes revelan claramente la esencia femenina — que contrasta con la femineidad superficialidad de la mayoría de las mujeres.

En cuanto a las condiciones femeninas de Laura Knight, vale la pena citar aquí las observaciones de Charles Marriott, crítico de arte de "The Times", que figuran en el prólogo de un libro de dibujos de la artista:

"Esta insistencia en el aspecto puramente artístico de los dibujos no significa que ignoremos la personalidad que ocultan. Esta es no sólo humana, sino femenina — no en el sentido de que carezcan de ciertas cualidades del artista masculino, sino de que aporta algunas condiciones positivas de la mu-



Café Royal (No. 2)



En el teatro Folies Bergere

jer. Cuando se contempla a los "campesinos de Cornualles" — a juicio mío uno de los mejores dibujos — a pesar de la factura sin sentimentalismo, siente uno que la artista podría hablar con esos seres rollizos y bajos — que pasean por Sennen Cove con fatalista indiferencia por el mar — de recetas de pasteles o de las modalidades del "hombre", con perfecta comprensión de una parte y otra. Por lo demás, dudo de que un hombre hubiese podido dibujar "Entre telones" o "Camarín del Cuerpo de Baile", con la misma comprensión íntima, dando el mismo efecto de masonería a la ocupación representada. Y es preciso ir más lejos aun: si se comparan estos dibujos con los análogos de Degas, se observa que las figuras de Laura Knight, tan poco idealizadas como las del artista francés, carecen, sin embargo, de la insistencia sobre las imperfecciones físicas que constituyen la reacción masculina contra el sentimentalismo. Sin entrar en otras consideraciones, Laura Knight trata el asunto en forma más directa".

Todo esto constituye una respuesta decisiva a la sugestión, formulada en cierto momento, de que cuando Laura Knight dibuja o pinta individuos de su sexo, desnudos, no logra nunca escapar a cierta malevolencia femenina que le hace presentar a su modelo en la forma menos favorable. Lo cual es sencillamente ridículo. Laura Knight no es una insípida Angélica Kauffman, pero sí descubre la belleza donde la encuentra, sea en las líneas deliciosas de una muchacha, en el salvaje torbellino de un baile "flamenco" o en la blanda informalidad de un niño; como en el retrato de Mrs. Davis con Master Davis, su hijo.

Algunos de los dibujos más exquisitos de la artista son sus croquis de teatro, por ejemplo, "Una bailarina descansando" o "El modelo". Creemos que esos sencillos dibujos a pluma y aguada son de lo más hermoso que ha realizado Laura Knight. Vigorosos y sensibles, interpretan notablemente no sólo el cuerpo humano, sino la gracia juvenil de la mujer, y están además expresados con una rítmica combinación de líneas ondeantes inseparables de la belleza.

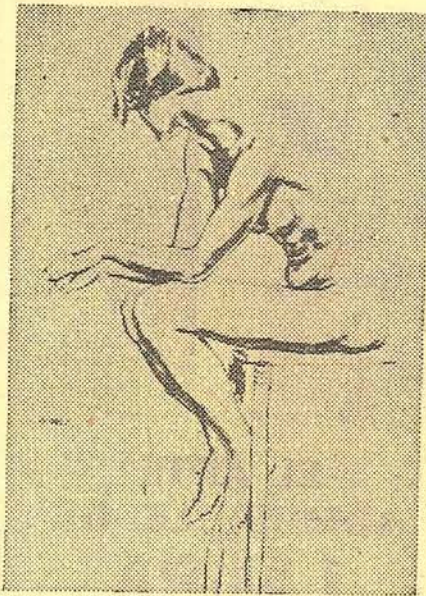
Forzosamente habían de ser interesantes las aguas fuertes de Laura

Cabeza de muchacha



Knight. Poseen exactamente las mismas cualidades que sus dibujos: vivacidad, fuerza y abundante eficacia técnica. Dan la impresión de haber sido trazadas sin que la artista apartara la mirada del sujeto, como hacen los buenos pianistas que tocan mirando la música.

Por lo que acabamos de decir, podría presumirse que la artista, fiel a los credos modernos, al deseo de auto-expresión y al denigramiento de todo lo que parezca sentimiento, es de una técnica brillante, con poco o nada de pro-



El reposo de la modelo

fundidad emocional. Pero al suponerlo, se juzgaría mal a Laura Knight. No es la suya la fácil emoción del mercader de sentimientos. Es perfectamente femenina, pero también es moderna al punto de no llevar el corazón en la mano: siempre está lista para burlarse, pero siente timidez ante todo despliegue de sentimientos. Sin embargo, nadie podrá dudar un instante de su receptividad en materia de sentimientos profundos y de simpatía, ni de su encanto femenino, en cuanto estudie los retratos al óleo en que su esposo, Harold

Madre e hijo

Knight, ha reproducido sus delicados rasgos de rubia. Y si estas condiciones se ocultan a veces bajo el sombrero de anchas alas y la capa flotante — un rasgo de esa excentricidad que siempre llamó la atención en los británicos — no hay que olvidar que tales manifestaciones son superficiales y no tienen nada que ver con la Laura Knight real, la única que importa y cuya obra figurará sin duda más tarde entre las más destacadas de la producción femenina de la primera mitad del siglo XX.

Es bastante singular que Laura Knight, aunque mujer de su época, no pertenezca a ningún cenáculo determinado. Porque es costumbre hoy entre los artistas ponerse etiquetas según los compañeros que tienen. — "Dime con quien andas y te diré a qué grupo pertenecen tus pinturas". Así, por ejemplo, tenemos el grupo de Newlyn, el grupo del Café Royal, los adictos de Augustus John, el Nuevo Club de Arte Británico, el grupo de Chelsea, que son carne y sangre de la vida artística moderna del país. Laura Knight es demasiado individualista para caer en el espíritu de la comunidad. Empero, de vez en cuando su manera sugiere que simpatiza con uno u otro grupo. Sólo que, como la artista domina sus simpatías, su obra gana mucho con ello.

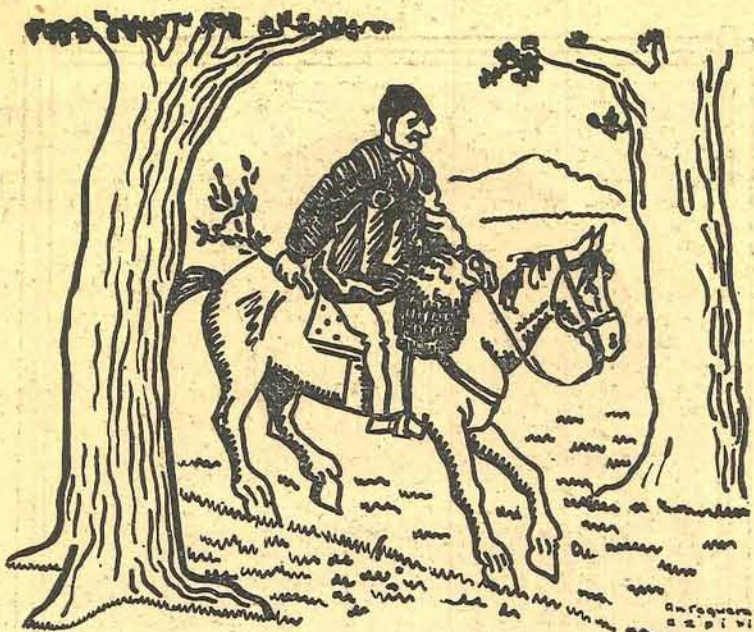
Son tan variados los temas que escoge Laura Knight, tan vasta su experiencia técnica, que resulta sumamente difícil decir cuál es su asunto predilecto. Quizá el circo y la vida del teatro. Su magnificencia falsa, su esplendor de oropel, las bailarinas con que crea sus formas para desintegrarlas instantáneamente, las bailarinas que descansan o se visten cerca de largas mesas incómodas, los clowns y los malabaristas, todo ello atrae irresistiblemente a Laura Knight y por eso aprecian tanto sus admiradores los dibujos y las aguas fuertes en que pinta la vida y el movimiento de los camarines, los entretelones y la escena.

Como hemos dicho al iniciar esta breve reseña, Laura Knight es el prototipo de la intelectual y de la artista británica moderna, lo que justifica su elección como miembro de la Royal Academy, pues es una figura representativa del considerable núcleo de pintores cuya importancia aumenta continuamente en Gran Bretaña.

Ana Pavlova



En el Teatro Alhambra



EL TRATANTE

SOBRE el caballo de nervioso dinamismo, de crines despeinadas y en maraña, cola áspera y larga, cañas peludas y pelo castaño, marcha el tratante, abanicando la atmósfera con una rama empuñada en la diestra y que fué arrancada en la senda del bosque al pasar bajo la sombra del tupido robledal acogedor. Una nube de tábanos runrunea en un alborotado huir cada vez que la rama desciende para liberar la grupa reluciente, que vibra bajo los agujones despiadados.

El tratante refleja en su cara el optimismo de una buena digestión. El vuelo cauto de su boina matiza un tanto el luminoso incendio del rostro. La nariz larga vence todavía la prominencia del maxilar inferior, más que prognata, aguzado por las circunstancias.

El jinete no es grueso, aunque sí amplio de miembros, y bien ajustados, por cierto. Debajo de su camisa blanca, escondida tras la negra blusa brillante, adornada con borlas que rematan el cordón que nunca cierra la abertura, late, con pausado y firme diapason, el órgano más determinante y característicamente baztánés. El pantalón que viste "el caba-

llero de la blusa" es gris plovizo, con una franja de tren-cilla negra, y los pies, metidos en unas blancas alpargatas, se apoyan en los estribos con la seguridad adherente que da la suela de cáñamo.

La mano izquierda sujeta la brida, y con la brida, la "makilla" leal y protectora. La silla vaquera, punteada de rojo, sirve de sitial a nuestro amigo, y delante, a modo de arzón, lleva dos paquetes conteniendo encargos de la mujer y que se guarecen bajo la cobrera de lana negra de una piel de cordero.

¡Agur, jauná! Un saludo su-be por encima de un cerco cí-clópeo de piedras. Una loma trae el aire fresco del Noroeste, un castañar ensombrece el día, algunos cerezos motean de pintas rojas el fondo verde de un caserío. Hay un nuevo gesto, que es un nuevo saludo.

El tratante toma la cartera de cuero negro, bien nutrida, y la desata. Sin sacar nada, cuenta por el filo de cada billete... bat... bi... iru... lau... amar... ogeita... Veinte billetes de quinientas pesetas. Guarda la cartera y vuelve a tocar, por encima, el relieve que levanta en la ropa, y un silbo, grato hasta para los más sensibles oídos, empieza a cantar una canción laburdina.



DON JUAN

LO he visto en la estación del Norte, lleno de envoltorios, con más peso de papel de periódicos inactuales que de contenido proporcional. Pero aunque lo veo sobre los andenes, no puedo apartar su figura de aquel rincón amezquetarra, remangándose la sotana y subiéndolo, apoyado en el bastón,

aquella estribación del Aralar —en el volante de la falda del Chindoki—, recogiendo "zizas" que, guardadas con amoroso cuidado en un pañuelo, nos regalaba después a sus amigos de arriba.

Tras de haber charlado un rato largo con todos y después de una partida de mus animada de comentarios, D. Juan extendía verticalmente toda su mancha negra, enorme, rematada por una expresión de nobleza y

TARACEAS APUNTES DE ACA Y DE ALLA

TEXTO

E

ILUSTRACIONES

DE

ANTEQUERA AZPIRI

(Para LA NACION)

SAN SEBASTIAN, julio de 1930.

de bondad, y partía entre luces, para sumirse en el atajo de Amézqueta, despedido por todos, grandes y niños, y por las animadas esquilas de los corderos, que subían a las chavolas para pasar la noche...



UN INTELLECTUAL "PER SE"



S el más puro de los intelectuales, bajo la equívoca vestidura "dilettante". Su figura es de rasgos tan personales e in-

transferibles, que se destaca siempre con aristocracia de entre la más apiñada multitud.

Su cara se halla de continuo poseída por la vibración de un parpadeo incesante, inquieto, que rara vez permite la rotunda abertura de las móviles tónicas que amorosamente cubren sus ojos. Este original tic da una decidida apariencia sonámbula a su fisonomía, que despierta del ejercicio de una positiva función captadora sin reposo posible.

La cabeza se mantiene enhiesta, sin esa inclinación que da la disposición del agujero occipital del cráneo que carac-

teriza a los vascos más puros, según se ha convenido. Un penacho rojizo, clareado por los años, pone gala en la cimera craneana de nuestro intelectual. En un tiempo, no tanto como lejano, la frondosidad de la cabellera evolucionada hasta lo que hoy es, constituía el primer grito de independencia contra la tiranía sombrerera, que después un gesto "regio" lanzó, arrebatando toda la originalidad precursora.

Es torre-vigía ambulante y antena que recoge todas las ondas y señales progresivas que lanza y hace el mundo civilizado y que nuestro amigo recibe con el trémolo ondear del banderín desgarrado de sus mechones encendidos en una salutación radiante.

Los vientos y céfiros de los cuatro cuadrantes saben de todos los remolinos y alborotos capilares de estas greñas revueltas en llamarada de un anarquismo manso y lleno de voluptuosidad.

La nariz aguileña, pero sin judaísmo convencional ni auténtico, abre la atmósfera libre, haciéndola colarse por las fosas bien abiertas, que trans-

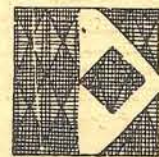
miten las más frutivas sensaciones melódicas del aparato respiratorio.

Todo el carcaj de este intelectual inédito se halla recubierto por una fina piel transparente, de curtiduría hidalga, mente tradicional, que ha llegado a obtener el máximo de tersidad. Una moderada alimentación presta ingravidez de victoria alada al cuerpo poseído por la descubierta infatigable de todos los momentos psíquicos, geológicos y atmosféricos.

Célibe—mutil zar—, no se presta a la representación obligada de situaciones teatrales amorosas, y es difícil figurárselo en pos de una espigada modistilla, y menos, claro es, persiguiendo entre los maizales a una sólida y rotunda "neskatilla", aunque en sus células más sensibles paladee las más sutiles posibilidades.

Su obra, siempre inédita editorialmente, abarca todas las manifestaciones en un prurito enciclopédico espontáneo, fluyendo sin descanso y ofreciéndose generosamente a las más inmoderadas y cómodas apeten-cias conocedoras.

COSAS DE JUEGO



N estos días de un mes de mayo, perfectamente disfrazado de marzo, con su túnica de aguas copiosas, ha ocurrido

algo inusitado para un ambiente tan bonancible como el de San Sebastián, incluso cuando el "Mare nostrum"—también el Cantábrico es "Mare nostrum"—se solivianta y meta sus zarpas espumosas hasta el centro mismo de la ciudad.

Unos cuantos elementos respetables y de buena fe solicitaban la concesión del juego para San Sebastián, con el fin de agregar ese aliciente a los encantos naturales de esta playa y hacer más llevaderas las cargas que pesan sobre la ciudad para conservar la inmejorable presencia que la ha acreditado como la primera urbe—en sentido cualitativo—de España.

Una entidad mercantil que organiza una manifestación; un gobernador que la suspende. Unos mozalbetes que hacen travesuras contra los guardias; unas cuantas mujeres y chicas que insultan. Los guardias gubernativos que soportan improperios con unas variaciones en el pigmento facial que van desde el moreno natural, hasta el verde más concentrado. En resumidas cuentas, una tempestad en un vaso de agua, porque lo cierto es que en ninguna parte se notaba la "efervescencia" imprescindible para llegar a un estado auténtico de agitación.

El director del Observatorio lamentaba que la predicción por él hecha no hubiese salido desmentida porque hubiese llovido y con el agua se habría "disuelto" la menor manifestación, sin intervención de la fuerza pública.

Lo más probable es que si se hubiese autorizado la manifestación, no habría ocurrido nada, porque el vecino de San Sebastián no es violento, a no ser que se le hurgue el sentimiento individualista e independiente, innato o adquirido, y todavía es menos violento cuando es comerciante.

Pío Baroja fué recibido por su pueblo con este alarde subversivo, y su conferencia del Ateneo se acompañó desde la calle con gritos alarmantes y cargas de la fuerza pública.

Por la noche, cuando yo iba hacia el Aero Club para asistir a la cena en honor de Baroja, se apagó la luz totalmente en el "boulevard" y nos quedamos en las más completas tinieblas. Un ruido metálico de cerrojos de máuser me hizo pensar en algún factor "insuperable" que pudiese trabajar en el subconsciente de la guardia civil. Res-

plandeció la luz cuando a tientas había llegado al Aero, y pude ver la Alameda llena de guardias al acecho de unos revolucionarios invisibles, quizá, para sus imaginaciones, cargados de bombas.

A la una de la noche los bancos ocupaban las calzadas y las entradas de algunas bocacalles. Pero, señor, ¿dónde estarían



las masas revolventes que hacían aquellas fechorías? Ya no había un solo guardia. Ni un solo agitador. Es decir, quizá hubo uno, claro que sin darse él mismo cuenta: fué alguien revestido de autoridad estatal.

No lo comido sino lo digerido

Nos enseña este sabio refrán que poco vale comer si no lo digerimos. Desgraciadamente el número de personas que sufren de digestiones laboriosas y molestias gástricas es incontable.

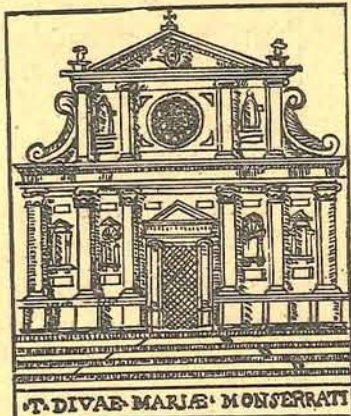
Para aliviar las molestias estomacales y asegurar una digestión perfecta se recomienda el bicarbonato cálcico, producto científico, del que basta 1/2 cucharadita en un poco de agua, después de cada comida, para hacer cesar al instante la acidez, ardor, dolor o pesadez.

El lector podrá obtener gratis un valioso folleto solicitándolo a los señores Laich y Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.

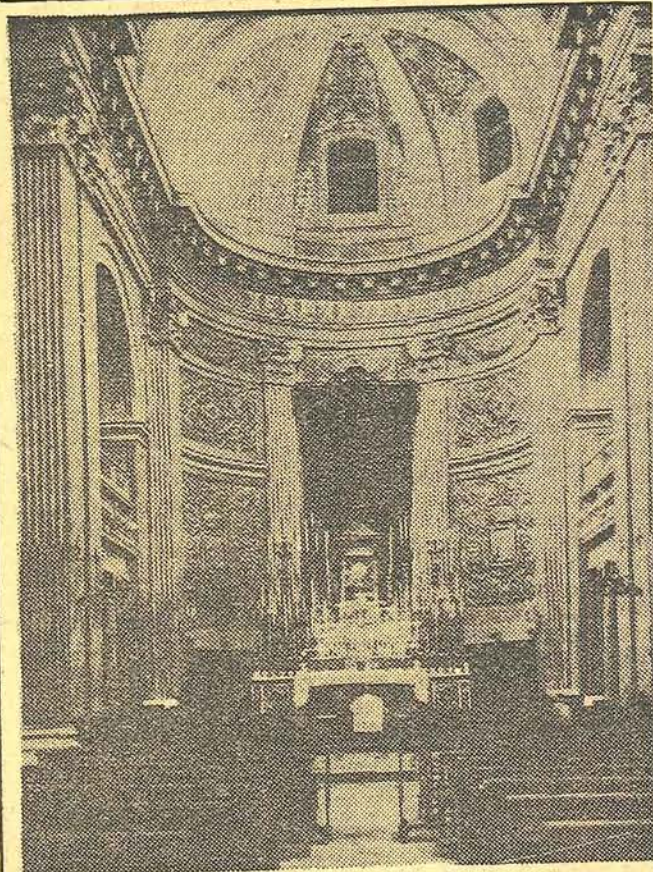
LOS BORGIA Y LA IGLESIA NACIONAL ESPAÑOLA EN ROMA

POR
ALBERTO
DE ANGELIS

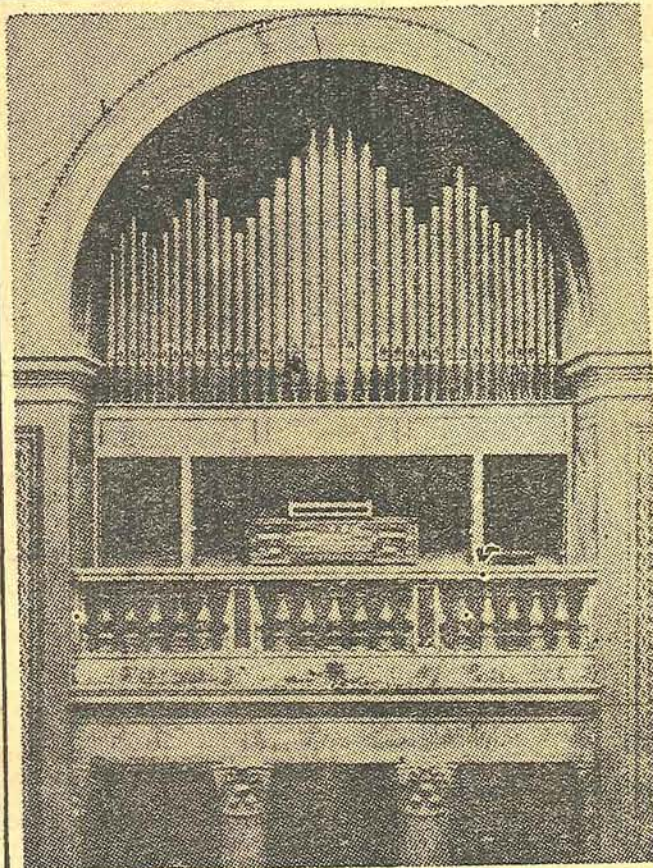
(Para LA NACION)
ROMA, julio de 1930



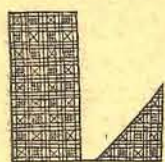
Reproducción de una vieja estampa de la fachada de Santa María de Monserrat



El altar mayor de la iglesia nacional española de Santa María de Monserrat, en Roma



El órgano eléctrico recientemente inaugurado de Santa María de Monserrat

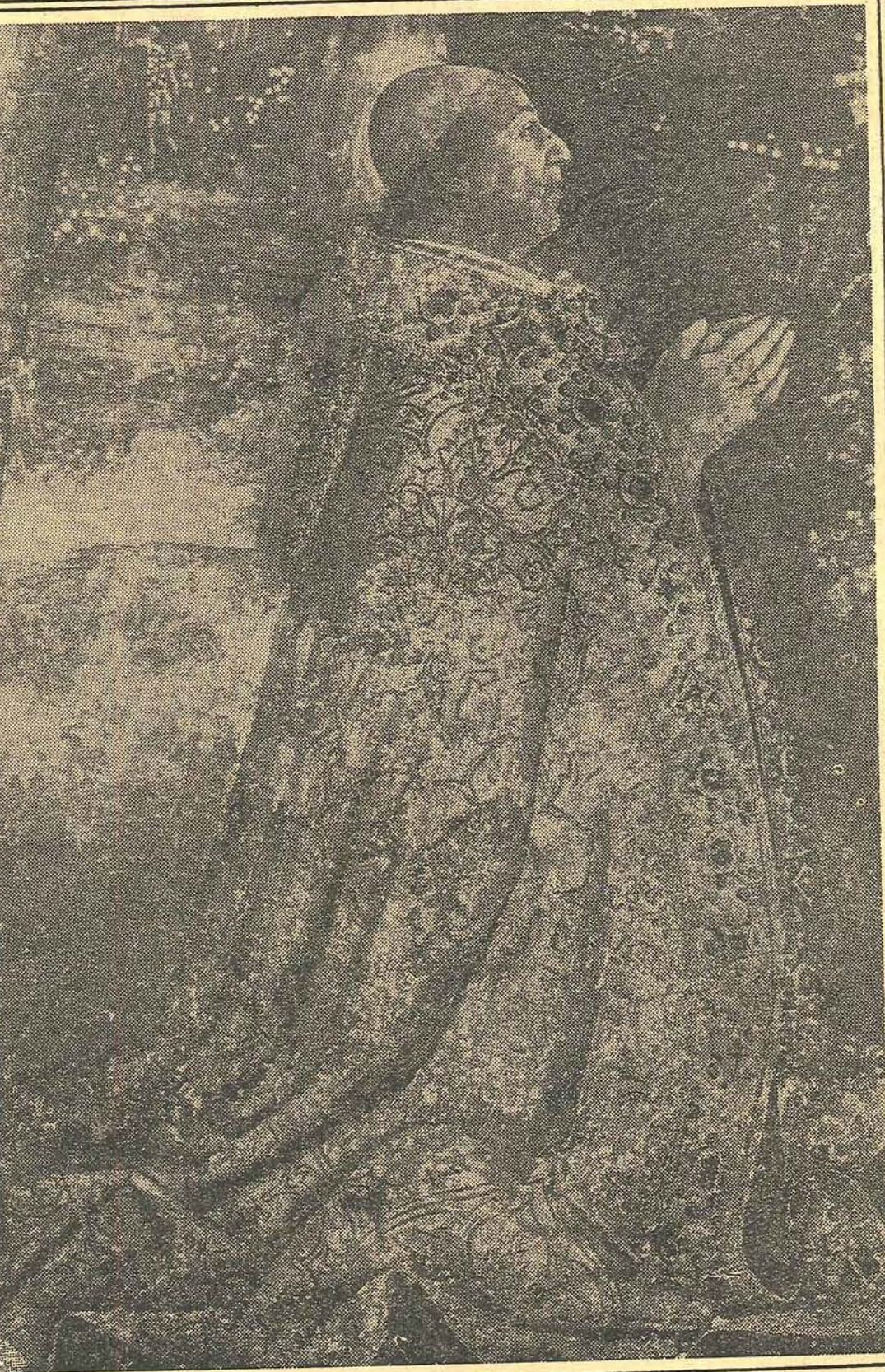
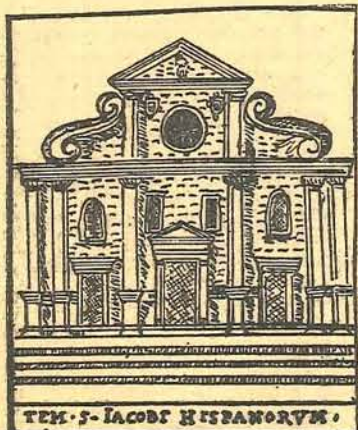


A afluencia de españoles e italianos en la América del Sur dió origen a la formación

de las naciones latinas, teniendo esto muchos puntos de contacto con la historia de Italia. No me detendré en este artículo sobre la gran influencia que España ejerció en el reinado de Nápoles, pero sí sobre la influencia hispana en Roma, que durante los pontificados de Calisto III y Alejandro VI, ambos pertenecientes a la familia española de los Borgia, tuvo mucha importancia. Sucedió en la coronación de estos pontífices, lo que en aquella época era un fenómeno muy común: parientes y conciudadanos se dirigían a Roma con la esperanza de recibir becas, cargos y empleos en la Curia y preparar para otro miembro de la misma familia la sucesión al trono pontificio.

El año en que Alejandro VI recibió la triple corona fué el mismo año en que se descubrió a América. Según los historia-

Una de las fachadas del templo de Santiago Apóstol (Santiago de los españoles)



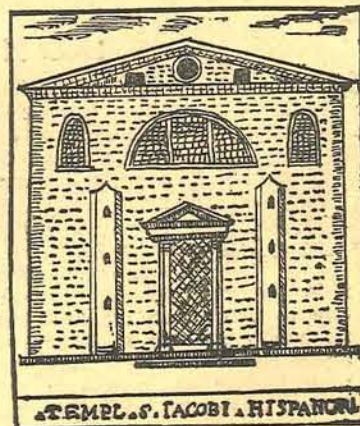
El Papa Alejandro VI (De un fresco del Pintoricchio en la sala de los Borgia del Vaticano)

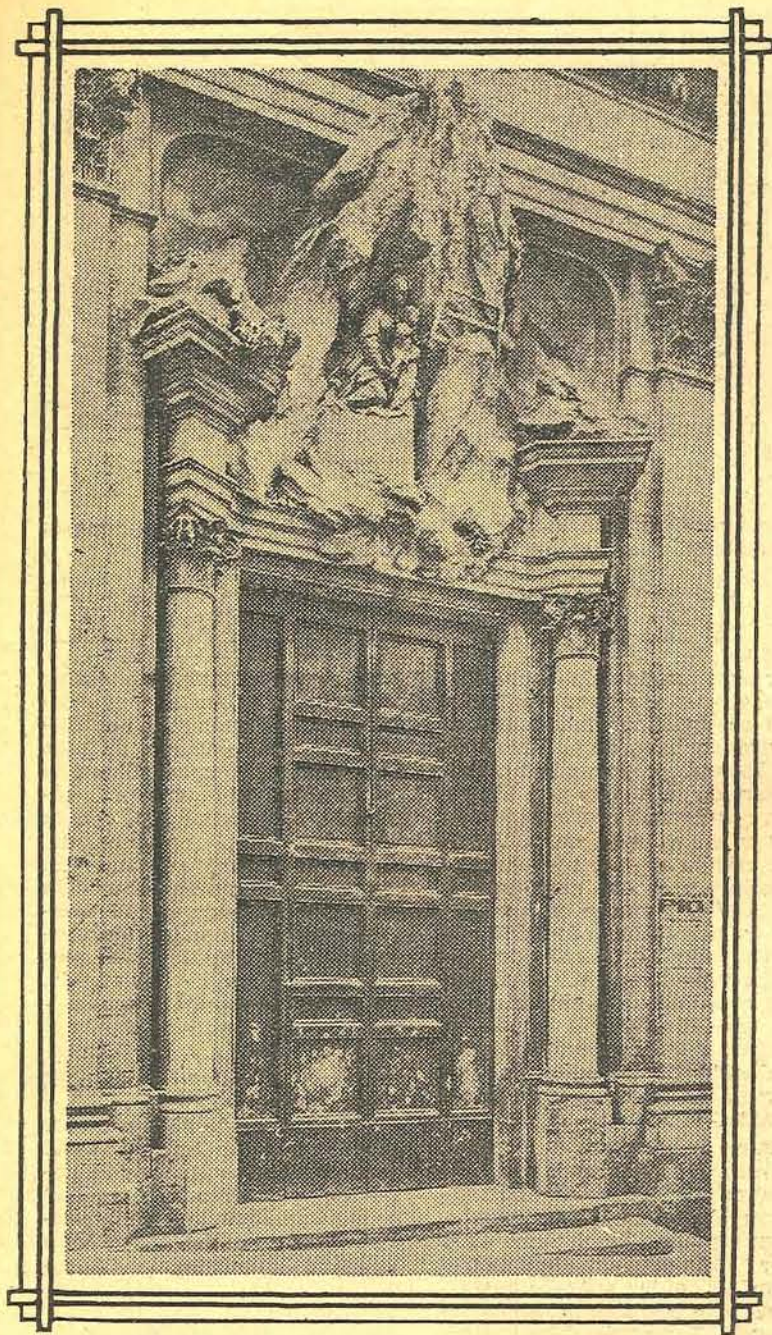
dores de la época, el Cardenal Borgia favoreció mucho la empresa de Cristóbal Colón, y después de haber asumido el pontificado, se valió de los resultados de la expedición, es decir, del descubrimiento de América, para llevar a cabo, en la tierra nueva, la misión evangelizadora que ya había iniciado en Africa.

Vicente Blasco Ibáñez, el gran defensor de Alejandro VI, dice de él en su novela "A los pies de Venus", que era sensual por temperamento y licencioso, pero no en medida superior a otros Papas de aquella época, por ejemplo, al célebre Julio II. ¿Por qué, pues, cubrir de tanta infamia la memoria del Borgia y de su familia, que pasa a la posteridad como una clásica familia de envenenadores, mientras que apenas si se habla de los defectos y de los vicios de otros pontífices?

Dice el escritor español que todo esto ha sucedido por tratarse de un extranjero. Acumulando sobre él las culpas de tantos otros pontífices, se lo-

La otra fachada del templo de Santiago. (De una estampa del siglo XVII)

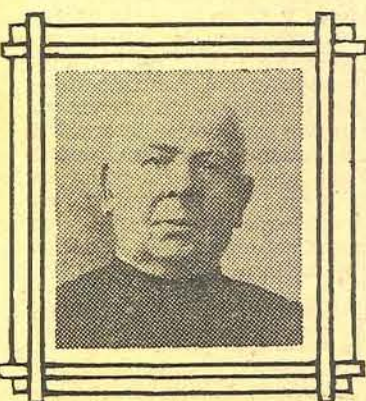




Puerta de la iglesia de Santa María de Monserrat, obra del arquitecto Francisco de Volterra

graba con ello atenuar la culpa de los Papas italianos, se defendía el papado romano y la italianidad del papado. Según Blasco Ibáñez, Alejandro Borgia, uno de los pontífices más rigidamente ligados a las reglas y a la profesión de la religión católica, sobrio en la mesa, mecenas de los grandes artistas, padre de aquel César Borgia que Machiavelli eligió como modelo del "Príncipe Italiano", deseoso de crear una Italia unida bajo las órdenes del papado, promovedor de un plan regulador de la ciudad de Roma, cuyas grandes líneas principales todavía se admiran hoy, ha sido un calumniado. También la historia de su muerte fué adulterada: murió de fiebre terciana y no de veneno.

Don Juan M. Perea, rector de Santa María de Monserrat



Pero no debe olvidarse que Blasco Ibáñez es novelista y español. Leyendo los historiadores—desde Burcardo, cronista contemporáneo de Borgia, hasta el moderno Giuseppe Portigliotti—se nos presentan visiones muy diferentes. Sin embargo, existe, indudablemente, una tendencia hacia la rehabilitación de Alejandro VI. No es necesario fundarse sólo sobre los juicios—o mejor dicho, justificaciones—de Ludwig Pastor, ministro de Austria de la Santa Sede, recientemente fallecido. Este cronista moderno que fué el primero que tuvo entrada en los archivos secretos del Vaticano, por lo que debió inspirar gran confianza en el mismo Vaticano y dar la seguridad de ser un historiador "da imprimatur", con su tesis debemos reconocer que no se diferencia mucho de la de Blasco Ibáñez.

Sea como fuere la opinión sobre Alejandro VI, no puede empañarse su colosal silueta, tan deslumbradora durante el período del Renacimiento. Cuando se encuentra delante de su tumba en la pequeña iglesia de Santa María de Monserrat, no se puede menos que incurrir en serias meditaciones y titubeos no menos graves. ¿Debemos acaso dejarnos vencer por la corriente antiborgiana porque vemos la modesta tumba de Alejandro en esta pequeña iglesia y no entre los magníficos mausoleos de la basílica de San Pedro y entre los sepulcros severos de las grutas vaticanas? Pero también Calisto III, tío de Alejandro, descansa, junto

al sobrino, en la pequeña iglesia de la calle Monserrat; sus mortales despojos fueron reunidos cuando ambos se transportaron—así cuenta un cronista—en "una noche del 1610", a Santa María de Monserrat. ¿Por qué habrá agregado aquel misterioso detalle del transporte nocturno? En el 1610 ya había pasado más de un siglo desde la muerte de Alejandro VI; y con este hecho tendría que haber desaparecido cualquier motivo de rencor contra Borgia y podría haberse aplicado a él, después de tanto tiempo, el verso de Vicente Monti:

Oltre il rogo non vive ira nemica.

Aquellos pobres despojos fueron depositados dentro de un pequeño cajón de madera, en la sacristía de la iglesia. Y solamente en el 1889 algunos señores españoles se ocuparon de ellos, dándoles descanso más digno en la primera capilla, a la derecha, en una doble tumba, esculpida por el Moratilla.

Además, sucedía con frecuencia que los Papas fueran enterrados fuera de la basílica de San Pedro. En el caso particular de Calisto III y de Alejandro VI y de su transporte a Santa María de Monserrat, cabe mencionar—para justificar esta circunstancia—que aquella iglesia fué erigida durante el pontificado de Alejandro VI.

Las vicisitudes de esta iglesia merecen ser recordadas. Pero ante todo debemos mencionar que la primera iglesia nacional española en Roma fué aquella intitulada al Apóstol Santiago (Santiago de los españoles) y erigida en el 1259 por el Infante de Castilla don Enrique, hijo de Alfonso III. Tenía dos fachadas, una sobre plaza Navona, la otra sobre plaza Madama. Dependía de ella un hospicio para los peregrinos de nacionalidad española. Entre muchos otros, también Ignacio de Loyola se alojó allí, cuando por primera vez vino a Roma. La iglesia poseía un magnífico coro, donde se solía ejecutar muy buena música. Anualmente, del patrimonio del templo se entregaba una pequeña dote a las solteras, especialmente a las españolas. Desde las galerías de la iglesia, Papas y cardenales asistían, en los tradicionales domingos de agosto, a la inundación de plaza Navona y a los concursos náuticos que allí se disputaban. En el 1450 fué restaurada, desde los cimientos, por el Cardenal Paradinas. Pero como cayera nuevamente en ruinas, la iglesia, hacia el fin del siglo pasado, fué cedida a los Padres franceses del Sagrado Corazón y el título de "Iglesia Nacional de España" fué conferido a la iglesia de Monserrat, adonde se transportaron las obras de arte de mayor valor.

Esta iglesia se encuentra en una calle que, como pocas, posee grandes y pequeños edificios, terminados o sin terminar, pero todos de gran interés artístico. Un autor del siglo XVII relata los orígenes de la iglesia: "En el centro de la provincia de Cataluña, en España, se elevan montañas tan altas y tan escabrosas que parecen



Estatua de Santiago Apóstol, escultura de Jacobo Sansovino

haber sido cerradas con arte en forma de muchas pirámides y obeliscos, lo que les valió el nombre de Monserrat (de sierra). En el 1485 se unieron bajo la Corona de Castilla los principados de Aragón, Valencia y Cataluña y de común acuerdo se propusieron, en el 1495, honrar la Virgen de Monserrat con la edificación de esta iglesia. Está muy bien manejada y su fiesta principal es la purificación de la Virgen Inmaculada que se celebra el 2 de febrero (Candelaria). Para recordar las luces con la cual apareció su imagen en la sierra de Monserrat se entregaban al pueblo devoto muchas velas con la impresión del Monserrat".

La leyenda de Monserrat ha sido eternizada sobre el timpano del frente en una escultura que representa la Virgen y el Niño en acto de cerrar la roca. La arquitectura de la iglesia es de Antonio de Sangallo, pero más tarde ha sido retocada. La fachada es obra de Francisco de Volterra.

Sería difícil enumerar todos los méritos artísticos de la iglesia, del claustro y de la casa aneja, debido a la gran cantidad de obras y objetos de valor, no solamente artísticos, sino también históricos. Merecen, sin embargo, especial atención los cuadros: la "Crucifixión", de Jerónimo Siciolante Sermoneta (en este momento se está restaurando); un "San Diego", de Aníbal Caracci; una "Santa Eulalia", de Palmaroli; una "Resurrección", de César Nebbia; la estatua de "Santiago", del gran Jacobo Sansovino, que allí fué transportada de la iglesia de Santiago. En la

sacristía se encuentra el sepulcro de monseñor Montoia. Su busto fué esculpido por Juan Lorenzo Bernini. En el claustro se encuentran algunos sarcófagos interesantes, monumentos y piedras sepulcrales de personajes laicos y religiosos españoles. Y en la casa importantes cuadros de célebres autores y dos maravillosos bustos de Bernini: "Alma beata" y "Alma condenada".

Actualmente la casa se encuentra a cargo del rector Rev. Juan M. Perea, alegre viejillo de mirada penetrante y aguda, tan docto como sencillo y que después de haber vivido más de cuarenta años entre las bellezas de la Roma Eterna, aun no ha perdido su nativo acento ibérico. Su alma de artista ha encontrado el modo de alimentarse y de utilizar su refinada competencia en materia de arte en favor de la conservación de las grandes obras que encierra su iglesia predilecta.

N I Z A

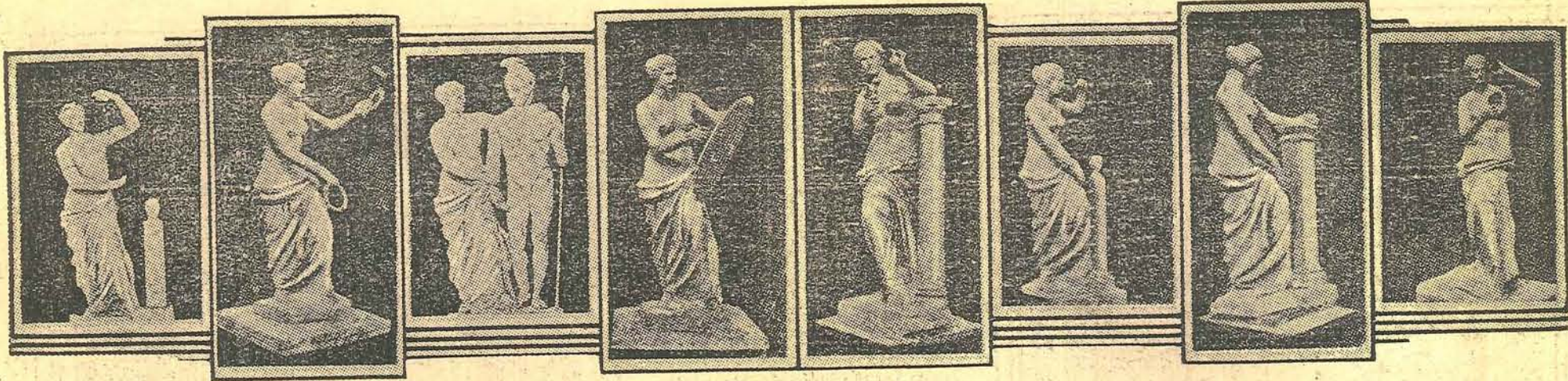
HOTEL DEL LOUVRE

— Bd. Victor Hugo —

Primer orden — Hotel de familia

Departamentos con cuarto particular de baño

Abierto todo el año



LAS SOMBRAS DEL PASADO

Por CARLOS F. ANCELL

El grabado muestra algunas representaciones figuradas en que se ha corregido la mutilación de la diosa. Pero, cabe preguntarse: ¿concebimos a la Venus en alguna de las posiciones que figuran en el grabado?

EL ENIGMA DE LA VENUS DE MILO



La historia de la Venus de Milo ha sido muy accidentada. Desde su descubrimiento, en febrero de 1820, hasta nuestros días, poco o nada se ha avanzado para individualizar a su autor. El problema es complejo porque, si bien algunos eruditos y arqueólogos creen haber encontrado su filiación artística, lo lógico es que la misma disparidad de opiniones quita a éstas todo valor probatorio. En poco más de un siglo de exposición en la sala del Louvre, la imagen de Afrodita, diosa del Amor, ha afirmado su prestigio y se ha impuesto en el concepto de los amantes de la belleza serena y excelsa, a despecho de las modificaciones del criterio estético, y afrontando con señalado éxito el desfile ininterrumpido de las sensibilidades más o menos contemporáneas, desde el romanticismo del siglo anterior hasta el ultraísmo de nuestros días. Aquella imagen de apostura grave y superior, con su rostro impasible y dominante, con el modelado de sus formas nobles y espiritualizadas y con su digna y soberbia actitud, ha sobrevivido a la acción de los años y se nos ofrece, mutilada y esplendorosa, con la sugestión del enigma indescifrable de sus dislocados fragmentos.

La investigación de carácter histórico y artístico relativa a la Venus de Milo puede decirse que ha sido ya virtualmente agotada. Pero, no obstante esta circunstancia, juzgamos interesante reunir las observaciones y conclusiones contenidas en los estudios que a ella se refieren. Se habla con frecuencia de la célebre estatua, pero se ignoran muchos detalles acerca de la misma. El caso de la dama enriquecida que se admira de que a la Venus le falten los brazos, ha proporcionado siempre excelente argumento a los humoristas y a los dibujantes. Pero ese tema es mucho más amplio, si se atiende a las particularidades de esta obra maestra, particularidades desconocidas aun para personas de relativa cultura.

¿QUE HACIA CON SUS MANOS LA VENUS DE MILO?

He aquí una pregunta que, pese a todos los métodos de investigación, ha quedado y ha de quedar sin respuesta. No faltan, a pesar de ello, las conjeturas más o menos verosímiles. ¿Murió acaso el artista antes de terminar los brazos de su magistral estatua? ¿Tuvo tal vez la intuición de que aquella imagen maestra se malearía con solo agregárselos, tal era la perfección del busto y de su rostro ya concluidos? Con iguales o parecidos fundamentos podría aceptarse una u otra hipótesis, como también cualquiera de las muchas opiniones que han pretendido ha-

La Venus de Milo tal como se exhibe en el Museo del Louvre

llar una explicación para algo que es por cierto inexplicable. Así se justifican las imágenes reconstructivas de la Venus de la Victoria coronando al vencedor, de la Venus con alas y con sus brazos cruzados, de la Venus en el baño, de la Venus del escudo en que se inscriben nombres y fechas memorables, de la Venus madre de los Dioses y, por último, de la Venus ofrendando dos coronas de laurel a presuntos guerreros. Todas esas suposiciones han tenido, en definitiva, la virtud de rodear a la insuperada representación de Afrodita de una aureola de misterio y de grandiosidad.

Para Quatremere de Quincy, historiador y arqueólogo, la imagen de Venus se hallaba agrupada con la de Marte. Otra hipótesis admite que eran tres las estatuas, hallándose reunidas a la primera las de Orestes y Electra. A juicio de Claudio Tarral, la diosa sostenía con su mano izquierda la manzana del juicio del pastor Paris y con la derecha retenía el peplo. Pero esa opinión se contradice con la que acepta que el brazo derecho llevaba un escudo y que el pie se apoyaba sobre el casco de un guerrero. La creencia de que la Venus representaba a una Victoria sin alas, para que no abandonase el recinto de la ciudad que presidía, es aceptable para muchos estudiosos y artistas, en atención al deficiente labrado en su parte posterior y a los antecedentes de otras obras escultóricas que corroboran tal suposición. Pero nada hay de claro ni de evidente en todo esto. La Venus de Milo sigue perpetuándose en la admiración universal, suscitando impresiones del más variado orden. Y entre tales impresiones surge, al decir de Rodin, la del amor infinito del escultor por la naturaleza, ya que existen motivos para admitir sin discusiones que la obra fué obtenida de un modelo vivo, a estar a sus mismas pequeñas y significativas imperfecciones.

LA IMAGEN DE AFRODITA EN EL ARTE

Desde la Venus Vaticana, cuya perfección no se discute, no así su vaga expresión, hasta la Venus Anadiodema, descubierta en Libia, media por cierto una distancia considerable. Todas las escuelas artísticas, aun las más imperfectas, han rendido culto a la diosa del Amor. Hasta existe, en los modernos tiempos, la llamada Venus Hottentote, expresión de los primeros balbuceos de un arte primitivo recién descubierto. La Venus Calpiga, la más profana de todas las Venus, es la contraposición de la de Milo. Esta, en efecto, no suscita otra impresión que la de la divinidad, tal como esa divinidad la conciben de consuno el pensador y el artista. El recuerdo de la escuela de Fidias acude a la mente de uno y de otro, poblando su imaginación con las reminiscencias de una cul-

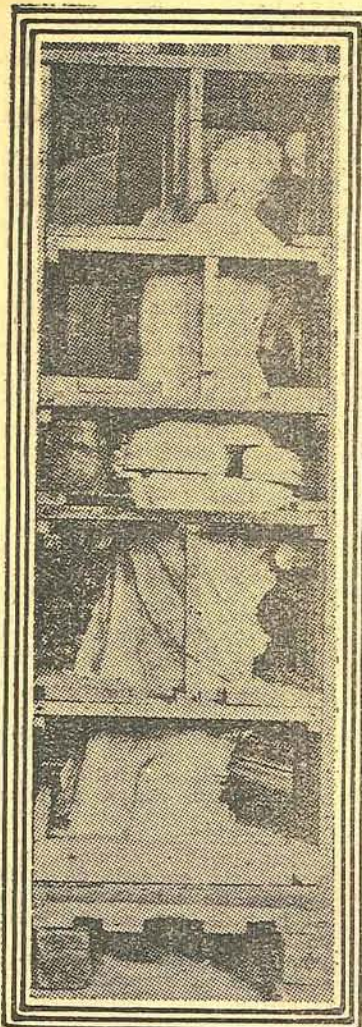
tura superior, inundada de luz y de libertad, con el pleno dominio de la forma y con la abstracción más perfecta de todo sensualismo, como cuadra a la deificación del principio inmutable e inextinguible de la vida que surge en alas del amor. Juventud perenne, tal parece ser el simbolismo de la Diosa, reproducida en mil creaciones distintas, entre las cuales la de la Venus de Milo es sin duda la más perdurable. Juventud perenne y renovada—repetiremos—, por cuanto es el lazo que vincula a las generaciones en el aspecto más hermoso y profundo de la vida.

¿Ha alcanzado alguno de los escultores de la antigüedad el grado de perfección que se advierte en la Venus de Milo? Admitamos que las ideas puedan diferir en los detalles y hasta en lo substancial. Aceptemos que la labor del artista no deja, en el caso, de tener sus fallas. Dejemos de lado la tan debatida cuestión del porqué de la falta de brazos de la formidable concepción escultórica. Y recordemos, también, que se trata de una obra mutilada y tal vez inconclusa. Pero por encima de todo eso—si se mide la trascendencia y el valor de una obra de arte refiriéndolos a hechos ciertos e indudables—, lo lógico es aceptar que ninguna otra de las Venus de la antigüedad ha logrado un prestigio más justificado. ¿Cuáles son las razones? Quizá la Venus de Milo encierra en su expresión altiva y en su serenidad inmutable un principio de la sencilla verdad a que se refiere su propia advocación: el amor como fuente inextinguible de supervivencia del espíritu y como centro de irradiación y de afirmación de la vida, que no concluye en la muerte...

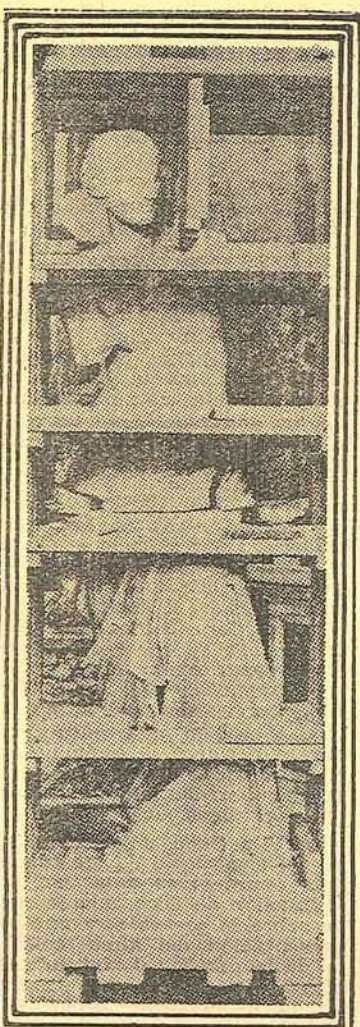
La imagen de Afrodita en el arte tiene, pues, un significado trascendente. No basta ver en ella la enunciación de la verdad del amor en su simple manifestación estética o sensual. Algo más alto existe en tal imagen, así se trate de la Venus de Milo, materialización sublime del espíritu, o así se trate también de la Venus de Arles o de la de Medicea. Afirmación del principio vital que preside y anima el Universo, expresión de la verdad en su más pura relación anímica, revelación del más allá que agita al ser y lo une perennemente a la vida en el devenir de las generaciones, fusión del espíritu y de la materia en soberbia síntesis de esperanza, nada existe más claro para la comprensión del humano intelecto. Y nada pudo atraer ni subyugar con mayor intensidad a los artistas de la antigüedad clásica que esa concepción de una deidad que personifica, en una trilogía insuperable, las fuentes del amor y los destellos de la belleza y de la vida.

EL GENESIS DE LA DIOSA ESTA EN LA VIDA

Poco puede preocuparnos que el origen de la estatua perma-



Curiosa fotografía de la Venus de Milo, con su embalaje protector, poco después de ser retirada del subterráneo en que fué escondida durante el sitio de París en la guerra de 1870



Los trozos del cuerpo de la Venus muéstranse claramente en esta ilustración

nezca para siempre en el misterio. El autor anónimo, quizá un discípulo de la escuela de Escoplas, nada añadiría denunciándonos su nombre. Yace perdido en un olvido piadoso y reconfortante. ¿Acaso un nombre no encierra siempre una vanidad que empuja a la naturaleza desinteresada del arte en sus manifestaciones realmente sublimes? Duerma su sueño el artista bajo el amparo de la inmortalidad de su trabajo augural, preludio de una ideología que entreabre el misterio de la muerte, simple accidente en la vida que incessantemente se renueva. ¿No es un sueño, en efecto, el del ignorado escultor que logra corporizar su mágica idea de verdad, de belleza y de supervivencia y que luego sobrevive también en la gloria de su estatua y de su diosa?

Analicemos esa estatua en sus detalles. La cabeza es pequeña en relación con el tamaño del cuerpo, quizá para lograr un efecto de conjunto de mayor majestuosidad. La frente es muy baja y la garganta vigorosa, con sus defectuosas arrugas horizontales. Las comisuras de los labios son desiguales. El carrillo derecho es más abultado que el otro. La parte posterior, apenas desbastada, señala la posibilidad de que la imagen se hallara recostada contra un muro o una hornacina. El ropaje, diáfano y desplegado, se ajusta a las formas y no interrumpe la armonía del conjunto. El pie derecho, único que se conserva intacto, es de un realismo censurable. Nueve fragmentos integran el conjunto actual. La cabeza y el busto forman el más importante y las piernas y el ropaje constituyen otro bloque solidario. Siete trozos más pequeños complementan el ropaje y el moño. Una que otra insignificante restauración; realizada por Bernardo Lange, han permitido montar la estatua en su posible y discutida posición primitiva. La observación y el estudio han llevado a conclusiones interesantes: el mármol del cuerpo superior es de calidad diferente al de las otras piezas. Una fuerte espiga servía de elemento de unión entre

los dos fragmentos principales, interponiéndose una junta casi imperceptible. Todo induce a suponer que la parte inferior ha sido restaurada en remota fecha o ejecutada tal vez por el mismo artista en dos secciones, por causas que escapan a la lógica y a la presumible habilidad técnica del escultor.

¿No previó este último las contingencias que podían sobrevenir a su obra? ¿Pudo uno de los frecuentes temblores, en la isla de Melos, originar la mutilación de la Venus, quizá emplazada en un lugar elevado y próximo también a una construcción monumental? Lo cierto es que pocas estatuas de la antigüedad se hicieron en más de una pieza de mármol. Quedan en pie muchas suposiciones: tal vez el artista rehizo parcialmente su obra, bien porque no le satisficiera o bien porque el material empleado no le diera seguridades de conservación. Quizá, por último, la dilatación de la espiga, ejecutada en hierro y soldada con plomo, originó la rotura en varios fragmentos pequeños. Uno de esos fragmentos fué reconstruido antes del hallazgo, a estar al hecho comprobado de que la oquedad de dicha espiga no se conserva en el mismo.

Poca luz añade a lo expuesto la historia conocida del providencial descubrimiento. Yorgos, un labrador de la isla ya citada de Melos — hoy de Milo —, fué testigo del desmoronamiento del suelo junto a un árbol secular. Abierta de tal manera la boca de una cámara subterránea, encontróse en su interior la estatua dividida en fragmentos con otras piezas escultóricas de menor importancia y que, al parecer, nada tenían que hacer con aquella. El transporte de la estatua hasta el Louvre, la accidentada compra de la misma, su embarque y difícil transporte a través del mar y las dificultades diplomáticas que la posesión suscitó entre el Gobierno de Baviera y el de Francia, son todos antecedentes si se quiere pintorescos de la resurrección de la diosa sepultada. También lo son los relativos a su cuidadosa ocultación en un sótano, revestida totalmente en yeso y embalada, durante el sitio de París, por los alemanes en la guerra del 70.

Y si algo puede añadirse para apreciar mayormente el valor incuestionado de esta obra de arte, sólo comparable en su trascendencia, significación y fama a la Victoria de Samotracia, es el visible afán de introducir en su modelado todas aquellas correcciones capaces de evitar cualquier ilusión óptica más o menos aparente. El abultamiento de una de las fajas de la cara indica posiblemente el propósito de evitar la contracción originada por la sombra. La misma tan tildada nariz griega no entraña otra cosa sin duda que la revelación del deseo de que el observador situado a la distancia, y en un plano inferior, no viera esa nariz disminuida por la vista en "scorzo". La pequeñez de la cabeza responde a un propósito de acentuar las proporciones, dando al cuerpo toda la posible magnificencia.

LA BELLEZA INMATERIAL ES SIEMPRE ETERNA

Todo análisis de una obra de arte lleva a admitir que, cuando existe en ella algo así como el destello de una idea superior, poco o nada se requiere ya para justificar su fama. En el caso de la Venus de Milo la idea existe y la hemos señalado. Unense a ella la perfección general del modelado, la libre expresión de un concepto

de la forma despojado de prevenciones y temores, la unión indisoluble de la gracia y la esbeltez, de la grandeza heroica y de la serenidad, de la armonía patente de las luces y las sombras y de la verdad, en una palabra, como fundamento imperecedero de la belleza. ¿Puede pedirse algo más a la perfección de una estatua?

Sumida en el misterio de su origen, divinizada por la sugestión de su pasado y de su simbolismo, realzada por la magia de sus proporciones y por la grandiosidad de su concepción integral, vivificada eternamente por el soplo de

Fragmento de la Venus de Milo

una fuerza interior que parece infundirle una existencia real a través de los siglos y de la cultura de los pueblos y de los hombres, la noble y milenaria imagen de la Venus Afrodita permanece impasible en su sala del Louvre, alejada del cielo que la vio surgir a la vida de la belleza inmaterial, del amor y de la gloria. Pero en su aislamiento, en su soberbio aislamiento, su imagen irradia por el mundo y consagra, en augusta y pristina emoción, la eterna supervivencia del arte y del espíritu.

LA MUJER YUGOESLAVA

POR EL CONDE
LUIS DE
VOINOVICH

(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1930

CUANDO ello es posible, ¡qué satisfacción se siente al escapar de la absorbente y árida política, que os seca el cerebro como el viento del desierto! Hoy deseo huir de la política y hablarles a mis lectores de uno de los aspectos del mundo eslavo, que es a la vez tipo y símbolo. Me refiero a la mujer yugoeslava, en la que, como en un limpo espejo, se refleja toda el alma, pasada y presente, de esta raza interesante de una raza desconcertante, envolvente y ondulante, que escapa a todo análisis definitivo, y que está forjando, para el mal y para el bien, las nuevas armas que ha de emplear en los futuros combates espirituales de la humanidad

Si, en resumen, el hombre no ha cambiado radicalmente en el curso de las edades—y tenemos a la vista, en un país lejano, ejemplares auténticos del hombre de las cavernas—, la mujer se irisa al contacto del suelo y de los ambientes. Absorbe los elementos más cambiantes, más imponderables y más subconscientes de la creación. Participa en el más alto grado de la naturaleza proterofórmica y enigmática del sexo primordial, que parte de las divinidades astarteas de los mundos asiáticos hasta la Venus Anadiomene de Sandro Botticelli, para dar remate en las fallidas cortas y en las melenas.

Si, por ejemplo, la mujer rusa (me limito expresamente al mundo eslavo) detenta el record del hechizo; si su encanto, infinitamente sutil, muy hondo y lleno de matices perturbadores, en que se mezclan la languidez y la poesía exquisita y equivoca de dos continentes, la mujer yugoeslava se eleva a veces a un grado superior, como reflejo de algunas de las virtudes primordiales que la especie humana heredó de las edades inmemoriales, y que representan con frecuencia lo sublime en función de vida estética y de potencia creadora.

Pero si nos detenemos en las líneas esculturales y tectónicas, preferiría atribuirle a la mujer yugoeslava un dominio occidental, de que las asperezas protorromanas y protogriegas son un ejemplo, y a la mujer rusa un dominio casi oriental, eurasiático.

El gran espíritu de Goethe lo comprendió. Ese espíritu precursor de lo paneuropeo, ese olímpico impenetrable—ese falso olímpico—, porque en Fausto nos hace vibrar ¡y cómo! al soplo ardiente de un amor superromántico, se conmovió—¡oh, una sola vez en su vida!—al leer dos poemas extranjeros, separados por siglos de distancia. Les hizo el honor de transcribirlos a otra sintaxis, quiero decir, al alemán. El "Canzone Maggior", de Alejandro Manzoni, la oda más divina que un hombre haya sabido y osado dedicar al superhombre que se llamó Napoleón, y un humilde canto serbio "La esposa de Hassan Aga", drama emocionante, severo, contenido, casto, apasionado en su dureza de piedra; esos dos poemas tan diferentes fueron remodelados por el cantor de "Fausto" para que los leyera sus compatriotas. El genio italiano y el genio serbio fueron reconciliados, hacen más de un siglo, por un genio germánico. (¡No hago ninguna alusión política, por supuesto!)

Veamos lo que hay detrás de este drama, que analizaré más adelante. Hay esto: que la mujer serbia de los cantos nacionales representa un jalón en el camino ensangrentado de la raza penosa de los hombres hacia un destino desconocido. Hay que iluminar a la humanidad toda, en lo que representa en ella todos aquellos aspectos decisivos y en toda su plenitud, la verdadera misión de la mujer.

Porque no nos equivoquemos: la verdadera, la eterna vocación de la mujer es evidentemente la maternidad. Es inútil querer eludir las dificultades de la vida, que es tan compleja, tan áspera, tan implacable. Se ha puesto empeño en atribuirle a la mujer otras innumerables misiones interesantes, útiles, arrogantes; pero,

con todo, el mayor esfuerzo de la mujer, el más meritorio, la verdadera gran misión que la agota y la agotará siempre, es la misión de ser esposa y madre.

Ahora bien, la mujer serbia, la mujer yugoeslava, tal cual nos la presenta la enciclopedia de su vida, que el pueblo serbio ha creado en el curso de las edades y en el mundo de los cantos populares, la mujer serbia es, ante todo, heroica y formidablemente madre.

Casto, reservada, fiel hasta pasar inadvertida para el amor, se eleva lentamente a un grado heroico, invade la escena en proporciones, por decir así, cósmicas, sobrepuja con mucho la común medida de su sexo. La enamorada yugoeslava no tiene nada de común con Margarita, suave juguete de un viejo rejuvenecido, si es que Gretchen, tal como se manifiesta en la adorable escena del jardín, ha existido como tipo, existencia real, fuera de la imaginación del poeta. La mujer serbia se asemeja más bien a las Esther, a las Antígonas, a las Ximenes, a las heroínas de la Escritura, del teatro griego o francés, y más hondas y más altas—sin embargo, no más altos que la Biblia—, tiene acentos que la hacen hermana de las mujeres del "Anillo de los Nibelungos".

Pero antes de morir en la apoteosis de la maternidad y de la fe conyugal, antes de transformarse en símbolo, en carátula que sostiene todo el orgullo de una raza sobria y fuerte, la mujer yugoeslava es una adorable muchacha.

Una brisa persistente pasa a través de los montes en que se asila. Sorprende por la frescura, el abandono, la travesura de sus canciones. Porque la mujer serbia, y, en general, la mujer yugoeslava, expresa el exceso de su vida amorosa, de sus ocupaciones geórgicas, en canciones de una originalidad y de una espontaneidad deliciosas. La cimitarra turca sometió una vasta extensión de tierras—conquistadas antaño por las olas cristianas y eslavas—a un régimen de terror y de esclavitud. Otros regímenes imponían la capa de plomo de un feudalismo violento y estéril. Y, sin embargo, la vida prosigue al margen del aniquilamiento de la vida política y nacional. Vendimias, cosechas, bodas, danzas proclaman la alegría invencible que encierra el germen de la liberación futura.

La brisa está ebria de cantos...

Entre los millares de "lieder" que forman un código único de amor y de tierna sencillez, sólo escogeré tres, al azar de mis lecturas. ¿Quién podría dominar la amplitud del tema?

La muchacha de la rosa

Rosa es la niña bajo el rosál
[dormida]

La rosa se deshoja,

La niña se despierta

Y le dice a la rosa:

Rosa, rosa, nuestros destinos se
[parecen]

Yo también tengo una pena,

El joven guerrero me ama

Y me dan a un viejo,

Al viejo veterano, plátano ru-

[goso]

Sopla el viento, el plátano vacila,

Cae la lluvia: el plátano se pudre.

El guerrero joven es un botón

[de rosa]

Al soplo del viento el botón se

[entreabre]

Cuando llueve, la flor se aviva;

Bajo el sol: mira, ¡la rosa se ha

[encendido]

En la ventana

¡Cuánto me cansa estar sentada

Junto a la ventana de mi casa!

Recorriendo con la vista el mar

[infinito]

El mar salvaje y su llano sin

[término];

Espero ver el barco de mi bien

[amado];

Quisiera ver flotar su bandera,

Oír redoblar los alegres tam-

[bores]

Acompañando, bajo la blanca

[luz]

Su dulce canto de amor...

Su perfume

¡Mi almita—chiquilla tierna y

[suave]

¡Dí qué perfume—de melón, de

[naranja]

De inmortales o de flor de menta,
Dí, ¿qué perfume brota de tu
[blanco seno?]

Quieres callarte, tonto, ¡maja!

[dero];

No son los melones ni las na-

[ranjas]

Ni las inmortales ni la flor de

[menta]

Quiénes perfuman mi seno;

La pureza dulce de una niña

Es el perfume que embriaga los

[corazones]

Podría multiplicar hasta lo

infinito las citaciones de estos

"lieder", frescos como un alba

de mayo. Pero el horizonte se

obscurce, hay que dejar la vi-

da, los campos, las zagales. La

queja es honda en su adorable

sencillez:

Konda ha muerto, el hijo único

[adorado]

Su madre llora al enterrar a

[Konda];

Ha de enterrarlo lejos de la casa,

Allá en el fondo del verde jardín.

Entierra el hijo bajo un naranjo.

Todos los días lo visita con la

[aurora]

Konda, hijo mío, ¿te pesa mucho

[la tierra?]

¿Te son pesadas las tablas de

[roble?]

Konda responde, su voz brota de

[la tierra:]

Ni las tablas del ataúd me pesan

Ni tampoco la tierra que cubre

[mi blanco cuerpo]

Pero me pesan los lamentos de

[esa joven]

¿Oyes sus lamentos? Ascienden

[hasta Dios]

Con sus tristezas la tierra tiem-

[bla]

Dios mismo sufre con su dolor...

Es demasiado largo el deli-

cioso poema "Yvo e Ylena" pa-

ra citarlo todo. Pero no puedo

menos que ceder al deseo de

decirles a mis lectores que

Ylena (Elena), la novia de Yvo,

no habiendo podido unirse con

su amor renuncia a su felicidad

por una amiga y se estrangula

con unos cordones de oro. Yvo

con un alegre grupo de

jóvenes de honor, sabe la muerte

de su bien amada, se detiene

en el camino y se separa del

alegre cortejo.

Los brillantes jóvenes de honor

Se vuelven sobre sus pasos;

Encuentran a Yvo cerca del

[sepulcro]

En que brillaba el follaje.

Green que está desmayado;

Ha muerto por su adorada,

Y los apuestos galanes

Cavan una honda huesa

Junto a la tumba de Yelena,

Bajo tierra unen sus manos,

Y en ellas ponen manzanas,

Emblema de sus afectos,

Manzanas dulces y rojas,

Para que en ellas contemplen

La imagen de sus amores.

Si hubiera podido hablar,

hubiéramos recogido de los

labios del novio los versos do-

lorosos y tiernos de Heine, en

este "lied" serbio y su pará-

frasis anticipada y popular:

Mein süßes Lieb, wen du im

[Grab]

Im dunkeln Grab wirot liegen,

And will mich andich schmie-

[gen]

(Mi dulce amor, cuando des-

cansas en la sombría tumba

bajaré a ella para estar junto

contigo).

He dicho impensadamente el

nombre de Heine. Dicen que

Heine cincelaba sus "lieder", y

que su sencillez, tan conmove-

dora, era el resultado de una

sabia preparación. Es posible.

Pero por sabia que fuera en el

secreto del laboratorio, acaba

por parecerse con frecuencia a

las canciones populares, fres-

cas y espontáneas, que acabo

de citar. Y esta afinidad con

las producciones espontáneas

del alma de un pueblo, que ha-

cen vibrar las cuerdas más

sensibles del mundo interior,

entre un genio germánico y el genio colectivo eslavo a través de los siglos, este parentesco por encima del espacio y de las edades, es algo maravilloso.

El alma eslava está muy impregnada de panteísmo. Es un sentimiento difuso, que subconscientemente afecta todas las fibras condensadas en un ente imaginario, amasándolo con luces de aurora, sombras de la noche, murmullos de arroyo, susurros de los bosques, silencios apocalípticos de las montañas. Ese ser extraño es el que mantiene el contacto entre los hombres y la naturaleza. Es él quien preside el destino de los hombres, ora como mensajero del destino, ya como consejero; otras veces como emisario de las venganzas del cielo. Ese ser proteiforme se llama la Vila, y es de una naturaleza muy superior a la hada de los cuentos occidentales, que sólo es una distribuidora de presentes y castigos.

La Vila tiene, en cambio, algo del sacerdocio de las edades más remotas; es a la vez una emanación de Dios, que se cierra sobre la creación, y una representación del alma colectiva de la nación, el "fatum" nacional. Porque es ella la que vincula al hombre eslavo con su más lejano pasado, es ella la que inspira a la joven enamorada, en los bosques y los campos, y es ella, en fin, la que preside los dramas ardientes y sombríos de que algunas mujeres son las heroínas en la poesía nacional serbia, y al mismo tiempo los símbolos de las virtudes especiales que obran como poderosas palancas en la carrera dolorosa que ha recorrido la raza yugoeslava, y que intervendrán en la que debe recorrer en la historia. Cuando el histórico y legendario Marko Kraglievitas, una especie de Cid Campeador del pueblo yugoeslavo, acusa a la Vila de haber seducido a su más fiel amigo, ésta le responde, como la musa de la "Noche de Octubre": "Lo rocé con mis labios y lo toqué con mi mano (y aquí desaparece la musa francesa y aparece la vida eslava)... para devolver su alma a sus antepasados".

La Vila ha tocado también a los tipos inmortales de mujeres en que se condensa la misión maternal, generadora y consoladora de la mujer yugoeslava, tipos inmortales, siendo cuatro cantos célebres, siendo innegable su grandeza y su alcance filosófico en la literatura universal. Toda la raza eslava se reconoce en ellos. Son cuatro:

La muerte de la Madre de los Yugoeventas, la esposa de Hassan-Aga, la madre nodriza de la construcción de Scutari, y la muchacha de Kossori.

He aquí, ante todo, un pun-

zante drama familiar.

Un gran señor feudal serbio de Bosnia, Hassan, herido en un combate, yace en su tienda gravemente enfermo. Y el cantor anónimo nos cuenta:

¿Qué será esa blancura en la

[verde montaña?]

¿Será nieve o serán cisnes?

Si fuese nieve ya se habría de-

[retido];

Si fueran cisnes se habrían vo-

[lado]

No son cisnes ni nieve:

Es la tienda del Aga-Hassan;

Yace allí con cruces heridas.

La madre y la hermana vien-

nen a visitarlo. Pero su mujer

se abstiene. No se atreve a ir.

¿Por pudor? ¿Cortedad? Im-

posibilidad de acercarse a su

señor sin que él la llame. De

todo eso hay algo. Nos recuer-

da—dice Charles Nadier, que

ha estudiado con amor los can-

tos nacionales de los yugo-

lavos—a Esther temblando al

pie del trono de Asuero, al que

ningún mortal se atreve a

acercarse, y esperando que el

rey se digna dar, en señal de

gracia, un golpe con su cetro

de oro. Pero si la esposa se pa-

rece a Esther, Hassan-Aga no

es Asuero. Es profundamente

humano. Y hasta diría que es

demasiado humano. Cree que

su mujer es insensible, que ya

no lo ama, se irrita contra ella

y acaba por detestarla. Le hace decir a su fiel esposa:

No me esperes en mi palacio
[blanco]

Ni en mi palacio, ni en mi

[hogar]

Es el repudio. Este terrible

equivoco no admite explica-

ción. Al saber la terrible deci-

sión, la anonada su dolor, no

pudiendo comprender la causa

de su desgracia. De pronto se

oye relinchar caballos en el

patio del castillo. La infortuna-

da cree que su marido ha

vuelto. No atreviéndose a espe-

rarlo, huye por la escalera de

una torre para quitarse la vida

arrojándose desde lo alto. No

era su marido: era su propio

hermano. Este le entrega la

carta de repudio. Cuando la

dama hubo leído la carta:

Besó a sus dos hijos en la

[frente]

Y a sus dos hijas en sus mejillas

[rosadas]

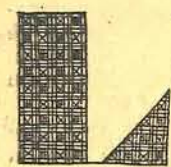
Pero no puede separarse del

niño que balbucea en la cuna.

Entonces su hermano la tomó de

[

EL TESTAMENTO DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS



AS grandes figuras universales, literarias, científicas o artísticas, reclaman constantemente sobre sus personas, sus actos o sus obras, la atención y el estudio de los curiosos, de los investigadores y de los eruditos.

No hay ninguna que pueda requerir el trabajo de unos y de otros con títulos más eminentes que la de D. Francisco de Quevedo y Villegas, polígrafo, político, poeta y satírico nacido en Madrid "en la última decena de septiembre de 1580", y bautizado en el templo de San Ginés de la citada villa el 26 del mismo mes y año.

La vida de un grande hombre bien vale un volumen. Así lo ha entendido el escritor Antonio Porras, que acaba de dar a la publicidad uno, bastante interesante, dedicado a la de nuestro gran satírico.

El solar de los Quevedo, según es sabido, se hallaba enclavado en el Valle de Toranzo, provincia de Burgos.

Don Pedro de Quevedo, hombre culto y de notable ingenio, hubo de trasladarse a la Corte, y en ella fué nombrado secretario de Ana de Austria. Se enamoró de María de Santibáñez, dama de la Reina y, realizado el matrimonio, de él nace don Francisco.

Algunos de sus biógrafos afirman que no fué un niño precoz, pero todos coinciden en reconocerle "gran despejo intelectual" desde sus primeros años.

Aureliano Fernández Guerra en sus "páginas célebres" publicadas en "El Liberal", de Madrid, recordaba en 8 de septiembre de 1893 la efemérides del fallecimiento de Quevedo, con estas palabras: "... La claridad y viveza de su imaginación, el despejo de su talento y la fuerza de su memoria, unidos a un fogoso amor al estudio, le dieron ya desde la niñez la celebridad que van quitando los siglos. Antes de cumplir quince años ceñía laureles en teología por la famosa Universidad complutense; era a los veintitrés reconocido como uno de los poetas más ilustres, y llamado por Lipsio, a los veinticuatro, la mayor prez y más alta gloria de los españoles. ¿Qué extraño, pues, que Lope de Vega le apellide Príncipe de los líricos, e hijo de Apolo el inmortal autor del "Quijote"? Con estímulos tan poderosos ambicionó poseer todos los conocimientos humanos. La filosofía, la moral, la física y la medicina, las ciencias sagradas, los derechos civil y canónico, los historiadores y los poetas antiguos y modernos, las lenguas sabias y de las vivas las más útiles, apenas saciaron su hidrópico anhelo de saber e indagar. "¡Prodigiosa índole de aquel entendimiento, no desvirtuarse ni ofuscarse con la multitud y variedad de los estudios, antes con ellas adquirir robustez, firmeza y temple!"

"Ya sea por esta curiosidad ingénita, ya porque le arrastra a ello su humor burlón, festivo y maleante, nuestro autor buscó siempre entretenimiento y enseñanza en todas las clases y estados de los hombres. No descansó hasta poseer llave de oro para asistir a las secretas conferencias de los príncipes, para entrar en la cámara de los monarcas, en los palacios de los próceres y ministros, y con igual franqueza en las casas de prostitución, en los garitos de los jugadores y en los zaquezambes de los matones y pordioseros. Así pudo sorprender lo más secreto del corazón humano, conocer y retratar con pincel valiente y asombroso colorido la

sociedad entera, sus imperfecciones, sus extravagancias y delirios. Pero las circunstancias especiales de estos reinos fijaron el carácter y rumbo de los escritos del Menipo castellano".

Quevedo es el escritor que nutre su cerebro de ideas y llena su espíritu de ciencia y de cultura, para estudiar después la vida real en sus aspectos múltiples y aun vivirla en cuanto puede. Su obra es así también diversa, selecta y sabia. "... Hostiga con habilidad la privanza de Lerma, y combate, armado de valor, el tiránico valimiento de Olivares; inspira energía y dignidad al Príncipe, avisa al favorito, se-

época (los duques de Osuna, Lerma y Medinaceli, el conde-duque de Olivares). Quevedo hace de su alta y poderosa sátira un gran instrumento flagelador de corrupciones y estimulador de virtudes. Su obra, fuertemente educadora, compleja y varia, comparable a la de Juvenal, y fruto de una vida atormentada y bastante turbulenta, cobra justamente valor universal. En ella queda marcada con gran relieve la personalidad del escritor como político y moralista, la del poeta y, sobre todo, la del gran satírico.

No me he propuesto en esta correspondencia — sería empeño un poco pueril — es-

acompañamos el facsímil de una de sus páginas queda consignado el recuerdo a los amigos y personas que le sirven. A uno manda piezas de tela de hilo; a otro, una cerradura con las armas del rey don Pedro, el Justiciero; a otro una escopeta con llave de rabo de alacrán, con sus herramientas, martillejo y un saco con bolsa y frasco; a otro un vestido nuevo de camelote negro de seda, ropilla y calzones y mangas sin estrenar y una jaca con silla nueva y los demás aderezos de ella; a su criado Galloso un vestido de terciopelo negro con ferruero de paño fino, medias de seda y jubón; a otro criado un vestido de paño

te, las que anotamos en seguida.

El manuscrito lleva una hoja de guarda con este epígrafe: "Testamento original de don Francisco de Quevedo y Villegas". Documento que existía en mi biblioteca cuando el saqueo de mi casa en 1854 y que ha sido devuelto por D. Rafael Atienza Salvatierra, de Ronda, el cual lo ha comprado a un sargento licenciado". Esta anotación corresponde a un título de Castilla que residía, a la sazón, en Madrid, y fué escrita de su puño y letra.

La casa del noble castellano no sólo fué saqueada en 1854, si que también incendiada. Corrió, pues, un grave peligro de desaparecer el testamento de Quevedo en aquel trance. Nuevamente en posesión del preciado documento el título de Castilla, éste se halla en relación de amistad con un conocido político de su época, allá por el año 1861. El político destaca, principalmente, como letrado madrileño y a su bufete acuden muchos clientes para recibir consejos o encomendar la dirección de sus pleitos al ilustre juriconsulto. Entre esos clientes figura el título de Castilla, quien ha debido encomendar al abogado un asunto de importancia. El cliente pide la minuta de sus honorarios al abogado y éste la renuncia. Como correspondencia a esta generosidad, el noble hace donación a su amigo del curioso y raro documento que tiene en su poder.

Transcurren unos años y muere el letrado. Sus herederos reciben el testamento de Quevedo, y considerándolo indivisible y para poder decidir con calma lo que haya que hacerse, lo depositan en poder de un testatario. Este fenecce también, y surgen más tarde dificultades para recuperar el documento.

Transcurren 40 años más. Se ha perdido, casi por completo, la huella del testamento de Quevedo. Alguien lo tiene, sin embargo, cuidadosamente guardado. Ese alguien es la señora residente aquí, quien, noblemente, cuando averigua el domicilio de uno de los descendientes del abogado madrileño que lo recibió del título de Castilla, le escribe participándole que está en su poder. Previas unas gestiones fáciles, la familia del letrado Sr. Fernández de la Hoz vuelve de nuevo a poseer el pergamino que contiene la última voluntad de uno de los más fértiles y más luminosos ingenios de la literatura española.

En la correspondencia motivada por el testamento de Quevedo figuran cartas de firmas tan valiosas como las de Menéndez Pelayo y D. Venancio M. Fernández de Castro.

Ha querido comprobarse la autenticidad de la firma de Quevedo en su testamento, con la de otros documentos obrantes en el próximo Archivo de Simancas. Los archiveros bibliotecarios que se hallan al cuidado de los tesoros bibliográficos ordenados en el antiguo castillo, la tienen por indubitable. Se trata, por lo tanto, del testamento original y único.



ñala el único y verdadero camino de acertar rey y reino en sus acciones; y ni las amenazas traban su lengua, ni los premios y dádivas embargan su voz, ni los hierros y persecuciones quebrantan su entereza. Muere escribiendo para enseñanza de los ministros, de los monarcas y de los pueblos.

Huérfano de padre en edad muy temprana, su madre queda al servicio de la infanta doña Isabel Clara Eugenia. El cargo permite al amor maternal dar a su hijo una educación holgada. Por tal manera se va formando "uno de los ingenios más sólidos y completos que nos legó la edad dorada de nuestra Literatura".

El medio social en que vive Quevedo le hace propicio a la política y a la intriga. Huérfano también de madre en su adolescencia, este hecho doloroso parece aumentar sus ansias de vivir y de saber. Queda entonces bajo la tutoría de don Agustín de Villanueva, protonotario de Aragón, y alumno ya de la famosa Universidad de Alcalá, en ella logra una profunda versación en latín, griego, árabe, hebreo, francés, italiano y Humanidades. Fué tal vez el español mejor preparado en idiomas de su tiempo. Se graduó muy joven en teología y adquirió grandes conocimientos de derecho, matemáticas, astronomía, medicina y filosofía, "todos ellos amenizados con un soberano cultivo de las Musas".

A los 23 años mantiene correspondencia con Justo Lipsio, y Pedro Espinosa, en 1603, le incluye en su antología "Flor de poetas ilustres".

De profundo e incansable espíritu observador, actor en sucesos importantes, gozando del favor o del agravio y la persecución de los magnates de su

facsimil de las últimas páginas del testamento de Quevedo

diar ninguno de los aspectos del inmortal autor de "Las Cartas del Caballero de la Tenaza". Quiero solamente dar noticia a los lectores de LA NACION de un hecho que tiene relación muy estrecha con los días postreros de la vida de Quevedo, y de poco tiempo anterior a su muerte. Me refiero a su testamento.

Entre el tesoro artístico de España existen verdaderas joyas, ignoradas de la mayoría de las gentes y aun de los mismos técnicos e investigadores, ocultas a la admiración general, por ser de propiedad privada. A este orden corresponde el testamento de Quevedo. Yo debo el conocimiento de sus poseedores actuales y algunas de las noticias que el lector encontrará más adelante, a la gentileza de mi buen amigo de Santander, don Angel Moreno.

Quevedo se retiró "triste, desalentado y abatido" a la Torre de Juan Abad, de su Señorío. Postrado ya en cama, dicta la segunda parte de "Marco Bruto", pero agravado en su dolencia, hizo que le trasladaran a Villanueva de los Infantes en busca de médicos y medicinas. Halló algún alivio transitorio a sus dolencias pero la enfermedad hacia nuevos progresos y, víctima de ella, falleció en el citado Villanueva, el día 8 de septiembre de 1645. El 26 de abril del mismo año otorgó su última voluntad.

En el testamento, del cual

JOSE MARIA PALACIO

(Para LA NACION)

VALLADOLID, junio de 1936.

cancelado; a otro señor unos damascos de la China. Todo ello está repartido en baúles que posee depositados en distintas casas.

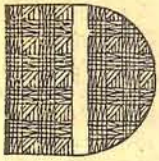
La invocación y profesión de fe que encabeza el testamento es severa, como por lo general se hacía en la época, y del tenor siguiente: "En el nombre de Dios, Amén. Sepan cuantos esta carta de testamento, última y postrimera voluntad vienen, como yo, D. Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la R. O. de Santiago, Señor de la jurisdicción de la Torre de Juan Abad, orden de Santiago del Campo de Montiel, estando en el presente en esta Villanueva de los Infantes, enfermo de la enfermedad que Dios Nuestro Señor fué servido de me dar, pero en mi sano juicio y entendimiento natural, creyendo como firme y verdaderamente creo en el de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, en todo aquello que tiene, cree y confiesa la Santa Madre Iglesia Romana, escogiendo por mi abogada e intercesora a la Serenísima Reina de los Angeles, a la cual suplico interceda con su Hijo precioso, me perdone mis pecados y lleve mi ánima a la era de salvación...", etc.

Este documento de inestimable valor literario, podía creerse irremediablemente perdido. En la historia del mismo hay episodios muy originales. Sin embargo, lo guardaba cuidadosamente aquí, en Valladolid, una señora descendiente de un testatario de persona que lo poseía. Esta señora dió noticia de ello a un individuo de la familia del que fué notable letrado madrileño Sr. Fernández de la Hoz.

Y las andanzas, unas conocidas y alguna ignorada del testamento, durante un buen número de años, han sido, en par-

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama hacendosa puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Tiñendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apariencia de recién comprados.



DECIR el Hombre-Sarmiento en América, es casi dar una fórmula que equivaldría a lo siguiente: autodidactismo, fuerza fogosa de creación y capacidad de ordenación en frío; odio de la barbarie y combate cerrado con ella, y, ganado el combate, la despedida de la violencia y una cordialidad ciudadana para edificar lo nuevo con todas las voluntades.

Este Hombre-Sarmiento, que parecía sin reproducción en la América nuestra, por la dificultad de volver a juntar los opuestos que tan curiosamente lo formaron a él; este secreto de una naturaleza a la vez instintiva e intelectual, que es lo que algunos llaman "el hijo de Prometeo", parecía perdido entre nosotros, traspapelado, digamos, entre la papeleta menuda de expedientes y estadística, que es la burocracia venida con la promoción republicana.

Nuestros mineros hablan de derroteros fabulosos de tesoros que se pierden cien años como tragados de la tierra, y que un buen día saltan de donde menos se pensaba, intactos e igualmente válidos. Los paracaisianos dicen otro tanto de algunas recetas mágicas que un geniecito mañoso esconde un tiempo largo y que, de pronto, se resuelve a restituir, golpeado de la piedad, por la falta que nos hacen.

El Hombre-Sarmiento parecía perdido como ese derrotero y esa receta química, entre pedagogías menudas y hasta pulverizadas por falta de columna vertebral: mucha información moderna sobre el niño y ningún mortero bueno para hacer un buen bloque con esa polvareda.

Al aparecer Vasconcelos, el mejicano, nos hemos acordado de Sarmiento; al acercarnos a ver bien el "documento", el parecido se acentuaba más, y hemos acabado por dar los papeles del derrotero como recuperados y el tesoro como vecino de las manos.

Algunas facciones mudadas trae Vasconcelos, al cabo como quien aparece 50 paralelos más arriba, y varias desventajas para cumplir su encargo. Tumbado el "centauro Rozas", que él decía, no le brotaron en la Argentina otros, y Sarmiento pudo ponerse a construir tranquilo, ayudado de la Nación, en la que el rocismo no era un temperamento: Vasconcelos trabajó su buena jornada educacional como en todo el trópico se trabaja, hostigado por los tábanos que irritan y distraen. Las ventajas que nos trae Vasconcelos sobre Sarmiento serían las de bastarse en la obra con la cultura española y la autóctona de su país, de mostrar en ella un minimum de esas influencias extrañas, francesas e inglesas, que Sarmiento aceptó a manos llenas, a causa de su antiespañolismo, y a causa también de que el indio del Sur no nos dejó herencia que defender ni guardar. Más castizo Vasconcelos, y a ratos con algunos reventones de originalidad que se le suelen pasar de mano.

La biografía de Vasconcelos se vuelve una especie de larga anécdota, de noticia fatigosa de la revolución mejicana. El ha atado voluntariamente su vida a ella como un Mazzepa a su potro de tortura, y el cronista no halla manera de contarla a él sin contarla de paso a ella, asunto espinoso y desagradable. Pero él está bien contento de tener su biografía accidentada como la Sierra Madre, él que, en las "Vidas" de Plutarco rebañó la mitad, por ser vidas burguesas, de gente sentada, y se quedó con las zarandeadas o, siquiera, "movidas".

Afuera de la guerra civil, sin contaminación con la violencia heroica, no le queda sino el cuadro de la infancia y de la adolescencia; y él es un curioso hombre que habla del niño co-

mo una bonita carne que no vale la pena sino cuando empieza a pensar en orden. Por este desdén suyo de la edad pueril, no cuenta sucesos suyos de la infancia, ni le importa que se los cuenten, y esta ignorancia de su comienzo nos duele a los que, al revés de él, creemos que el niño se trae ya todos los ángulos del hombre y el dibujo completo de sus venas, y que lo demás es puro crecimiento, descuidado o vigilado, apuntalado o suelto.

El nace en Oaxaca, lo mismo que Juárez y que Díaz. Curioso destino de ciudad haber dado al país sus hombres fundamentales, los tres creadores y destructores a su manera; añadir al triángulo oaxaqueño un breve complemento, y se tiene la historia moderna de México.

Juárez es el hueso de la nacionalidad, seco y duro para salir bien—como salió—del peor trance; Díaz es el orden autoritario, con mucha mira de la conservación del cuerpo nacional, y como si dijéramos la carne de éste; Vasconcelos es la democracia inspirada y moderna, un poco mesiánica y un poco año 2000, y los mozos lo ven parecido a la lengua de fuego de la Pentecostés, sobre el bulto del país.

La ciudad de Oaxaca fué fundada en un valle del que todos tendríamos justa noticia si la América se conociese lo mejor de ella misma, lo único indudable de ella, que es su geografía maravillosa.

Valle más perfecto no puede darse: una lonja bastante generosa, si bien menos largo que el valle del Magdalena, de más clemencia en el clima que éste, y con una regularidad, una facilidad del relieve, un desahogo, que equivalen, en la geografía, a lo que en la literatura se llama una página clásica. Tierra cálida, sin ser, todavía, el bochorno tropical; capacidad de la caña, del algodón y de la piña, en algunos trechos; en otros, esa semiaridez donde el suelo muestra todavía hueso, antes de perderlo en la tierra caliente donde se pisará una cosa blanda como entraña que llega a no parecer suelo. La luz, a causa de la sequedad del aire, es de un absoluto teológico; el indio primero, y el español después, supieron muy bien en qué regodeo de luz ponían masas de templos, y sembraron de ellos la meseta, como si esa luz fuese una incitación fuerte, igual que la fe religiosa, para construir, y como si entendieran mejor que nadie aquello del Génesis: la luz primero, y en seguida el acomodamiento de las formas, para probar esa luz.

A veces, andando por la meseta de México, que Alfonso Reyes ha dicho definitivamente y en esa luz que Martín Luis Guzmán alaba como a una mujer, la tierra me ha parecido una mesa de cristal en que las cosas estaban por lujo puro, sin intención alguna de medro o de logro, temblorosas de agradecimiento, lo mismo el cactus estirado que la cúpula de la iglesia, sin grano de polvo encima, tan visibles que cuando se baja de ahí parece que los ojos se nos trocaron y que en cualquiera otra parte se ve menos; el mundo es menos visibilidad abajo, menos presa del ojo, él se reduce; él pasa a obedecer a las leyes de la distancia que allá arriba, en aquel reino estaban anuladas.

Cantan las cigarras en los trechos áridos tan fuertemente que casi "no son ellas"; en el contorno de Milla, sentada yo en una piedra y creyéndome

PRIMERAS LUCHAS DE VASCONCELOS

muy atenta al momento, por aquel duelo de cuchillos que ellas hacen, yo no oía venir la pareja o el grupo de indios que camina como si en sus cuatro mil años no les hubieran enseñado sino el sigilo para andar, o se les hubiera prohibido también el paso de la planta entera. De pronto, un indio, a un metro, y no se le había oído, mientras la cigarra que está a cien metros nos hostiga a su gusto.

Los reyes de España regalaron nominalmente a Cortés esta preciosa tajada de su conquista. Caído en desgracia, el gran pobre siguió llevando el título de Marqués de Oaxaca, seguramente con la dicha de



JOSE VASCONCELOS

quien sabe lo que lleva, porque él caminó aquella tierra sin precio; pero el marquesado le resultó tan ilusorio como uno de los reinos que se atribuyen los niños en el juego.

La raza de los zapotecas ha dejado en el valle de Oaxaca ruinas de un valor extraordinario, menos famosas que las de Teotihuacan, vecinas a la ciudad de México, y las de Uxmal en Yucatán, que han recibido más fácilmente las excurSIONES de los norteamericanos. Oaxaca está metida en la entraña del país; todavía no se la da aquella salida recta al Pacífico que hará, con su prosperidad económica, su divulgación de núcleo arquitectónico. (El ser la tierra de don Porfirio Díaz, presidente de treinta años, no le sirvió de gran cosa, como no le sirvió el serlo antes de Juárez, el Benemérito.)

El palacio principal de Milla, la parte de él cuya vista se ahorraron los españoles soterrándolo, y que así nos quedó guardado para nosotros, nos cuenta una religión y una cultura sin relación con las otras de México. Nada de monstruos agazapados en las bases o parando en seco al intruso espantado en los pilares; nada de esa odiosa imaginación china

GABRIELA MISTRAL

(Para LA NACION)

GENOVA, julio de 1936

que se complace en reptiles y en cuadrúpedos de pesadilla, salidos de una doble creación maniquea; y, en vez de esto, una decoración estrictamente geométrica de cuadrados y rombos de una castidad pitagórica; labor tan segura en la piedra trabajada decímetro a decímetro, que apenas si se ha desmoronado en algún detalle. Y a pesar de esta severidad geométrica y de este voluntario antiantropomorfismo, una gracia que viene del trabajo minucioso (casi femenino, si el material no fuera tan viril), una gracia más difícil que la árabe, que se expresó en línea curva, y tan rica de combinaciones como ella, dentro del reino seco de la línea recta.

La educación secundaria y la superior siempre fueron buenas en México. La Colonia, que descuidó tanto la instrucción de las capitánías generales pobres, como la de Chile, sirvió en este aspecto los virreynatos de México y el Perú todo lo bien que las pedagogías del tiempo lo permitieron, y dió unas humanidades honorables, y cuando menos decorosas, siguiendo el mismo criterio aristocrático de la Península en la cultura: buena Universidad, mala o nula escuela primaria. La educación colonial atendió al blanco por deseo de consolarlo de su lejanía de España, y ofreció también facilidades al mestizo entendiéndolo su utilidad como vínculo de dos sangres. Ella abandonó al indio por completo a su suerte en las sierras, excepto cuando el régimen tenía a mano grupos misioneros a quienes entregaron en suave tutoría. El educador laico hace presencia útil y hasta excelente en los colegios secundarios, pero en la escuela primaria el laico no dejó cosa que se le pueda estimar. Donde el misionero no pudo entrar, ya sea porque el soldado lo mirase como el anticuado y lo aventara de su empresa, según lo contó Las Casas, ya sea por escasez de misioneros, donde eso ocurría el indio se quedaba en una espantosa soledad moral, en un abandono sin nombre.

El que la aldea contase siempre con su iglesia y su cura, no significa gran cosa: del Clero regular al misionero español corren, como quien dice, unos veinte grados geográficos de evangelización; cien curas españoles molidos no dan el cuerpo de un Motolinía o de un Pedro de Gante.

Vasconcelos pudo estudiar en su provincia unas dignas humanidades. Su padre era empleado de ferrocarriles y pensó hacerlo licenciado en derecho, una resolución común en el burgués liberal del tiempo; más le hubiera agradecido el hijo constructor el que lo hiciese ingeniero.

Parece que haya sido Vasconcelos en la Universidad de México, a la cual pasó después, un discípulo neutro, buen trabajador del aula y de la casa, que no asombró con desplantes literarios ni oratorios. Hasta ahora, y aunque su popularidad engañe en este sentido, él sigue siendo eso mismo: mal orador, hombre de estudio honesto y opaco, lo menos tropical de este mundo en la conversación, si bien, cuando escribe, el arrebatado religioso o el político—los únicos que él tiene—lo toman y le prestan algunos golpes de frenesí.

La generación de su bachillerato fué de la que se ha hecho mención en el capítulo de Alfonso Reyes (1): estudiosos ardientes, de veras atrapados

por el Eros intelectual. Este Eros se vuelve en Antonio Caso función pedagógica de la índole de Vaz Ferreira y en Alfonso Reyes se pone a desbaratar y a aguzar diamantes de concepto y de expresión, con el ojo más preciso y el punzón más firme.

Alfonso Reyes recuerda que ya en aquellos años él veía al estudiante Vasconcelos trabajar en un proyecto de ensambladura de nuestros pueblos. La pasión hispano-americana del mejicano viene de lejos. Dicen que su prédica es más vehementemente y menos desinteresada que la de Ugarte, porque es hombre de país amagado. La explicación no dice nada: mucha gente de países amagados no muestra interés grande ni pequeño por su salvación.

Vasconcelos no profesa el catolicismo; pero, como todos los laicos nuestros, vive y trabaja con una imaginación católica; tampoco pertenece a los puritanos del idioma, y aun lo maneja a veces en forma atrabiliaria; pero el montón de las costumbres es nuestro segundo cuerpo y el hábito separa las razas bastante más que un color de piel.

Las indias sudamericanas son menos indiferentes al peligro de lo que aparentan; ellas también llevan en su paladar el sabor fuerte de una costumbre; ellas tienen bastante más que perder con la "invasión pacífica" que el español americano. Es el mestizaje el único permeable al extraño; pero, geográficamente en mano, el mestizaje es débil en la pared divisoria de nuestras razas, que se llama México y Centro América. El blanco, escaso y todo, puede organizar al indio numeroso.

Vasconcelos recibe su título de abogado, que no le servirá para gran cosa, pues él desdeña esta profesión pudridera de conciencias buenas y malas.

Viene la campaña de Madero. Un hombrerito opaco como Vasconcelos, místico, lo mismo que él, pero al revés de él, incapaz de dirigir una empresa de tal envergadura, se le enfrenta al dictador de treinta años, enraizado en el poder como un pino en buena tierra; hace una campaña en favor del sufragio efectivo de la que muchos se ríen y la gana con su elección presidencial. Ha comenzado la revolución en México.

Naturalmente, Vasconcelos está con Madero y casi le sale al encuentro desde la cárcel, porque ha tenido varias prisiones por causa política; él lo acompaña en cuanto a liberador de una dictadura, en cuanto a provocador de una república de veras y, en buena parte, en cuanto a hombre religioso. Vasconcelos piensa que se trata de coger el manubrio de la política para una carrera de bien. Dos vínculos le soldaron con Madero: el de que ambos miraban la política con facciones morales y el de que ambos eran semi-budistas. La teosofía es para nosotros una especie de silabario sentimental del budismo, un gramo de indostanismo bien batido por la señora Besant. Vasconcelos se reirá más tarde con risa grande de los "crios" de la señora Besant; pero el propio budismo suyo tuvo un arranque de esa faldita profética.

Madero, como el Vasconcelos de esos años, andaba en la aventura teosófica, y es muy probable que el budismo le haya dado su estupenda debilidad, que sería repugnancia a la violencia, la imposibilidad de pasar un hombre de ejercicios yogas a domador de guerrilleros.

Fracasó el místico, como todos los de su familia, en el negocio de gobernar, que en la América tropical está hecho de violencia y de astucia.

(1) Este artículo forma parte de un curso de literatura nuestra dada en la Universidad de Columbia.

MONOGRAFÍAS ETIMOLÓGICAS

SEGÚN el diccionario de la Academia, la voz castellana es el caribe "mahis". Antes era, precisamente, el haitiano. Quiere decir, pues, que la corporación no estaba segura de esto último. En cuanto a lo primero, ya se verá lo que vale; pero, mientras tanto, no se nos explica por qué la voz corriente se escribe sin hache y con zeta, cuando ya Oviedo en su Historia General, que es de 1574, y el P. Acosta en su Historia Natural, que es de 1590, ponen "mahiz" y "mayz". Fue Oviedo quien primeramente escribió y describió la voz y el cereal que peculiares de Haití, cuya lengua, según dice (cap. I, lib. VII, op. cit.), era propia y distinta de la que se hablaba en Cuba y en las Lucayas. Y de aquí, sin duda, el haitiano que ahora es caribe.

Pero el texto en cuestión no basta; pues, aun cuando Oviedo fuera erudito en letras y buen naturalista, no sólo para su tiempo, sino ahora mismo, es lo cierto que mucho perjudicó a su obra el afán de imitar a Plinio y el exceso de entusiasmo ante las bellezas del mundo recién descubierto; de lo cual procedió que diese por indígenas americanas voces como "adive" (zorro), "agá" (jefe, patriarca), "alcataz", "algodón", "cacique", "tuna" (fruto), de indudable origen árabe (1); y como "cabuya", "canao", "chicha", "macana", "nagua" (enagua), "nasa", "ome" (hombre), "tarlo" (gusano), "urco" (chivo), "vagre" (bagre) y hasta "vibora", de no menos segura procedencia latina (2). Añadiré que en su descripción del maíz cree que sea este grano el mijo de Plinio, "porque, dice, la mayor parte del maíz de Tierra Firme es morado oscuro o colorado", etc. Ya veremos que esta consideración reviste positiva importancia.

Mucho mejor informado ya, y superior también como investigador y naturalista, creyó asimismo el P. Acosta (op. cit. cap. XVI, lib. IV) que el maíz es el mijo de Plinio. En cuanto a su pretendido origen antillano, dice (id. id.): "De las islas de Barlovento, que son Cuba, La Española (o Haití), Jamaica, San Juan, no sé que se usase antiguamente el maíz". Y en el capítulo siguiente, hablando de la yuca, afirma: "donde más se usa esta comida es en las islas que llaman de Barlovento, que son, como arriba está dicho, Santo Domingo (o Haití), Cuba, Puerto Rico, Jamaica y algunas otras de aquel paraje: la causa es no darse trigo, ni aun maíz, sino mal". La procedencia caribe de la voz empieza, así, a ser dudosa.

Ella figura, por lo demás, y tal cual su forma presente: "maíz", en el informe del tercer viaje de Colón que registra la colección de Navarrete (segunda edición, año de 1858). Cuenta el almirante lo que les ocurrió en el fondeadero del cabo de la Aguja de la isla de Trinidad; y refiriéndose a las vitallitas con que los obsequiaron los indios, dice: "y asimismo debe de ser dello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca, de que llevé ya allá (a España) y hay ya mucho en Castilla", etc. Según esto, Colón habría sido el introductor del maíz en Europa, antes de 1500; de suerte que en ocho años a lo más, "había ya mucho en Castilla". Sea como quiera, lo cierto es que la voz andaba ya en España entonces.

De Candolle en su magistral "Origine des Plantes Cultivées", sostiene la procedencia americana del maíz con sólidos argumentos; pero los mejores de entre ellos, son negativos. Así, "el silencio absoluto de los viajeros que visitaron Asia y África antes del descubrimiento de América; no menos que la falta de nombre hebreo o sánscrito de esta planta; y por

último, el que los monumentos del antiguo Egipto no ofrezcan ninguna muestra o dibujo". Pero, según él mismo, en los artículos pertinentes, tampoco las habas ni las lentejas hallan mencionadas ni figuradas en los papiros y jeroglíficos egipcios; aun cuando—añadiré yo—constituyen desde tiempo inmemorial el alimento más usado por los campesinos de Egipto. Tampoco hicieron los cruzados mención del café (De Candolle, id., art. pert.); y tengo dicho, al estudiar la etimología de la voz, que lo mismo sucedió con el tabaco. No obstante, el uso del tabaco y del café es también inmemorial en el Oriente de las Cruzadas.

El mismo sabio estableció que por lo menos desde 1536, el botánico Ruel designaba al maíz con el nombre de "trigo turco". El P. Acosta a su vez (op. cit.) dice que en Italia llamaban al maíz "grano de Turquía"; y en Castilla, "trigo de las Indias". Pero "las indias" era una vaga designación, concerniente también al Asia. Admitido, según el antedicho informe de Colón, que ya antes de 1500 se hubiera llevado a España maíz de América, subsiste la posibilidad de que se conociera variedades del mismo grano en Europa antes del Descubrimiento. Tal es mi creencia; y lo propio sucedió con las gallinas. La banana es también originaria de Asia y de América.

Por lo que respecta al origen haitiano o caribe de la voz, tratase de una fantasía. Lo que resta de los dialectos caribes, pertenecientes a tribus poco menos que exterminadas ya en Haití cuando escribió Oviedo, no ofrece, como se verá, la más mínima semejanza. En los distintos dialectos de la familia caribe, maíz es "anachi", "anahi", "arahi" en bakairi; "añaze", "ayaze" en cumanagoto y chayma; "ahuai" en accaway; "anai", "anain" en macusi; "anain" también en ipurocote; "enai", "ehnyae" en mayaua; "acnaché" en tamanague; "ochinacé" en aparay; mientras como alimento y pan por antonomasia, es "arepa", "ereba", "erepa" en chayma y cumanagoto; "ereba" en galibi; y también, para no sobreabundar, que ya basta, "aleiba", "arepa" y "eirapa". Ni las lenguas indígenas ni la historia confirman, pues, la exclusiva procedencia americana del maíz, y mucho menos la de su nombre. Veamos lo que nos suministra la indagación etimológica.

El "miliun indicum" o sorgo, engendró toda una familia de la baja latitud en la cual es fácil reconocer la voz sincopada "milindicum", posiblemente vinculada también con el griego "melinos", mijo. Así "melica", "milica", "miliaca", "meliga" y la muy significativa "milicamilium", en la cual están ya bien distintas las dos voces que luego serían probablemente maíz y seguramente mijo. En efecto, la baja latitud de

Italia registra la voz "melice", maíz, que se pronunciaba "meliche" y que pudo fácilmente transformarse en "meliz". Plinio, en su Historia Natural, menciona una especie de mijo "introducido de la India hace diez años", dice, "y cuyo color es negro, sus granos gruesos y su planta, que se eleva hasta siete pies, en forma de caña". Su grano se llama loba, añade (XVIII, 10). Ahora bien, "lobos" en griego es vaina y también haba, lo cual podría indicar una analogía morfológica con los granos de ciertos maíces. Tratándose de una planta nueva como aquella, las denominaciones correspondientes habían de referirse por el parecido a las indígenas semejantes. Hase supuesto que el tal mijo era el "holcus sorgo"; pero otros demostraron que ya

Para las lenguas romances, el sorgo es "milica" en rumano, "melica" en italiano, "melica" y "melca" en castellano. En ruso-ruteno, el pan de maíz recibe el nombre de "malai", lo mismo que en magiar, donde es también "malé", formas procedentes de la misma radical latina. Puede suponerse sin ninguna exageración, que la voz genérica "miés" ha de haber concurrido de un modo decisivo, acaso, como lo indica, a mi ver, la francesa "maïs" que se escribe con ese. En irlandés, "meas" (pronunciase "mies") es bellota y fruta en general; mientras "mesin" era bellota en bajo latín. Y dicha fruta es farinácea.

Los labradores criollos llaman "melisca" al sobrante de las cosechas en el rastrojo; y más propiamente a la rebusca del maíz. La "mielga", leguminosa que según el diccionario académico abunda en los sembrados, toma su nombre de "medica", que es en latín la alfalfa, porque procedía de la antigua Media. Pero "mielga" es también una forma de "amelga" o "melga", surco de arado, que viene de "meli-ga"; y así concurren acepciones y orígenes. Recuérdese todavía que el sorgo llámase "melca" en castellano (4). Por otra parte, el vulgo conserva la acentuación "maíz", que sería la más conforme con la radical latina "miliun"; aun cuando creo que hay más razón en contrario, si la voz proviene de "miés" como me parece lo probable.

Con todo, esto hallábase lejos de ser decisivo, si el bajo latín no nos suministrara otros elementos concurrentes que, a mi entender, esclarecen la cuestión. Son ellos la voz "maisa-gium", cortijo, y "masuagium", usufructo de la propiedad rural, que ha hecho el inglés "messuage", y que se apocopan y resumen en el provenzal "mas", granja: todos vinculados al latino "mansio", que así concurre a su vez. El otro elemento es "maít", artesa de cernir la harina y de amasarla. Tanto la te de esta voz, como la ele de las citadas "melice", "melca", etc., explicarían la hache de la castellana "mahiz" que no figura sino a fines del siglo XVI; y por esto, además de ella, el texto del concilio de 1591 citado como tarraconense por Ducange, emplea también "maizium" y "maizum", donde está ya "maiz" sin hache y sin ese. Dicho texto es más importante todavía, pues pertenece en realidad a las decisiones del concilio celebrado, no en Tarracona, sino en Lima, y que tuvo la particularidad de no contar sino dos prelados: el obispo del Cuzco y Sto. Toribio, que lo presidió.

Miés, en castellano, es también valle de sembrado; antonomasia que explica a su vez el "mas" provenzal, o sea granja como queda dicho. Fue primero un plural: "mieses", del latino "messis"; con lo cual resultaría bisílabo al singulari-

zarse; y de esta suerte, la hache de la antigua ortografía tendría un objeto disyuntivo, lo propio que la y usada por el P. Acosta, para conservar a maíz las dos sílabas de miés. Por último, la voz castellana y la provenzal concurren a la etimología de otro vocablo campesino: "masiega", no "maciega", como escriben Salvá y Zerolo: americanismo tan castizo como el citado "melisca", aun cuando no los acoge el diccionario académico. Masiega es la hierba espontánea de los sembrados, sinónima de "yuyo", que procede a su vez de "latino", según lo tengo establecido; y en ella aparece, como se ve, la voz "siega", que es precisamente la "messis" latina, y que procede de "segar", cortar; "secare" en latín, aun cuando tampoco lo consigna el diccionario. Las lenguas americanas introdujeron al castellano muy pocas voces; inclusive la quichua y la azteca pertenecientes a las naciones indígenas más adelantadas. El idioma de los conquistadores las dominó por completo.

(1) El diccionario académico sigue dando por caribes estas dos últimas voces. Tengo establecido hasta la evidencia, que provienen del árabe "casís", señor, y de "fina", ligo.

(2) Para el diccionario académico, "bagre" carece de etimología, lo propio que "canao" y "chicha"; pero "cabuya" y "macana" son caribes. Ahora bien: bagre viene de "pagrus", pez citado por Plinio, con antecedencia griega y numerosa derivación bajo latina que ha hecho el francés "pagre" y el castellano "pagro"; "canao" de "canna", barquilla, a través del bajo latino "canoua", según lo tengo copiosamente probado en "El Payador" págs. 146-149; y "chicha" de "sicera", bebida embriagadora en latín clásico. En cuanto a "cabuya", es un transparente colectivo derivado de cabo; y "macana" de "machaera", sable, a través del bajo latino "maca", clava.

(3) Oviedo, op. cit. lib. XIV, cap. III, dice, hablando de las aves introducidas de Europa en América (islas y tierra firme): "Hanse traído algunos pavos de los de Castilla; pero no se hacen (aclimatan) ni multiplican tan bien como en España". ¿A qué pavos se refiere?

(4) Hay un género botánico de gramíneas: "melica medica", por su procedencia de Media, así como ciertas gallinas llamadas por igual motivo "méllicas".



EL PAJARO Y LA BELLA

"Oh, cielo simple, destino de mi canto,
Nubes, soles, horizontes perdidos,
El azul es la patria de mis alas
Y no esta cárcel de oro".

Así cantaba desde su jaula el pájaro
Y su dolor mojaba los ojos de la bella.

"Libertad de las alas y del canto,
—Gemía el labio rojo y sonreía—
¿Para qué sirve? ¿Para qué desearla?
... Si sólo cárcel de sus brazos quiero".

MARCOS VICTORIA

Ilustración de ERNESTO M. SCOTTI

Teofrasto lo conocía. En cuanto al grano negro, basta recordar que tal es el color del maíz sacarifero empleado para hacer la chicha en Bolivia y en el Perú.

Volviendo ahora a la historia moderna del maíz, su origen asiático explicaría el nombre de grano turco que recibe en Italia y en el Sur de Francia; aunque es de advertir que dicha denominación no prueba gran cosa, puesto que el pavo, llevado de América a Europa en el siglo XVI, llámase en inglés "turkey cock": gallo turco; a menos que así le pusieran por su cabeza roja y su plumaje negro (3). Vale lo mismo, a mi ver, el nombre de trigo árabe dado al maíz en griego moderno.

Es de recordar, asimismo, que la desinencia "turco" no fué ajena al bajo latín ni al idioma clásico. Así, en aquél, "asturco" era el grande halcón de caza, o azor; y según Plinio en su Historia Natural (VIII, 67), ciertos caballos de andadura procedentes de Asturias recibían el nombre de "asturcos".

LEOPOLDO LUGONES

IODEX

ALIVIA las

afecciones cutáneas y calma, instantáneamente, los efectos de picaduras de insectos, quemaduras y cortaduras.

Posee las mismas virtudes que el yodo, pero no irrita ni mancha la piel.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.



MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E.U.A.

LA PINTURA EN FRANCIA

LOS AFICIONADOS

dos acuden en masa a agravar la situación.

Es probable que cierto número de abogados, de médicos, de empleados, tengan tanto talento como los hombres que han escogido la profesión de pintores, y es admisible que en una época en la cual el arte se ha

les que sólo cuentan con su trabajo para vivir, pasasen por los mismos estudios, los mismos jurados, las mismas dificultades. De esta falta de lealtad ya sufrimos demasiado en las letras. Hay conocidos escritores que, habiendo nacido ricos, han dado a su editor un capital para asegurar una enorme publicidad a su primer libro, y que le dejan luego los beneficios de los cuatro o cinco volúmenes siguientes para aumentar tal publicidad. De esta suerte obran cínicamente contra la vieja tradición de honor

limita a mirar pasivamente lo que se le muestra. En materia de arte existe en el público la misma indiferencia que en materia política.

Las exposiciones parisienses de este momento carecen de interés. Se reserva el esfuerzo para las manifestaciones conmemorativas del arte romántico, ya que a 1930 corresponde la fecha de su centenario. Es una fecha bastante convencional, por lo demás, pues la pintura llamada romántica comenzó más pronto, con Gros y Gericault. La inmensa personalidad de este último dominará todos los recuerdos. Serán reunidas sus principales obras en el centro del Louvre. Se le debía este honor al más grande y poderoso de los pintores franceses. Pero su enorme producción quedará dispersada en su mayor parte. ¿Cuántos parisienses mismos saben que la biblioteca del Palais Bourbon contiene una decoración de Delacroix, que es una de las más importantes creaciones del arte francés? ¿Cuántos acuerdan de ir a ver en una capilla de la iglesia Saint-Sulpice esas dos obras maestras suyas: "La lucha de Jacob con el ángel" y "Heliodore expulsado del templo"? Sin embargo, son obras maravillosas, que valen tanto como los célebres Veronese de Venecia. Y hay doscientos cuadros de Delacroix en los museos de provincia que apenas se visitan; y, además, ha dejado seis mil dibujos, de los que apenas existen dos mil clasificados. El ejemplo de este gran hombre es el más sano y el mejor que pueda ofrecerse hoy día para tratar de devolver a la pintura la vida y el interés que no tienen. La pintura muere por falta de imaginación, y Delacroix decía, y probaba con su obra, que la imaginación es la reina de las facultades del pintor.

El porvenir advertirá con estupor que hemos atravesado una época de acontecimientos inauditos, que hemos conocido el más vasto choque de razas que se haya producido, y que la pintura moderna no ha sacado de todo ello una sola obra emocionante y significativa. Ni siquiera lo ha intentado: no tenemos, en mi opinión, más que fotografías y estatuas ridículas. Un Delacroix hubiera podido darnos cosa bien diferente. Habría encontrado, a buen seguro, la forma de expresar bellamente los espectáculos de la vida actual, las fábricas gigantescas, los puentes colosales, tal como solamente lo ha intentado en Buenos Aires un Quinquela Martín. Ninguna forma de la existencia hubiera sido extraña para Delacroix, quien pintó incomparablemente los caballos y las bestias salvajes, las batallas, los retratos, los desnudos, las flores, el mar, las escenas religiosas, los paisajes, y todo ello siempre de una manera personal y magnífica. También recurrió a la historia, a la leyenda, a la poesía, a la naturaleza, destacando siempre su maestría en el colorido. ¿Qué lección y cuán necesaria resulta más que nunca en un momento en que se pinta por pintar, sin tener nada que decir!

Cierto es que la reunión de las principales obras de Delacroix facilitará al público ocasión para reflexionar sobre la pobreza de lo que ve actualmente. Bajo el romanticismo, que ha envejecido, hay una porción eterna de humanidad, de entusiasmo, de fe en la belleza de las formas. Esto es lo que se ha perdido. Esto es lo que hace falta volver a encontrar. Para los pintores actuales será aplanadora la comparación con Delacroix, Corot, Rousseau, Millet, y todos los maestros de 1830. Pero, sobre todo, uno desearía que fuese instructiva y que recordase a los aficionados que la pintura no es un juego, sino un arte muy difícil, grande y profundo, para el cual se requieren voluntad y nobleza de espíritu.

TRES SONETOS DE SHAKESPEARE

L

Tristemente recorro mi camino tedioso
Pues al final del viaje que sigo sin empeño
Esto habrá de darme el logrado reposo:
"Tantas millas separante ahora de tu dueño".

La bestia que me lleva avanza sin presteza
Mientras a un doble peso mi pena la somete;
Parece que su insinto le diera esta certeza:
"Prisa, pues de ti pártese, no tiene mi jinete".

Excitarla no logra la espada sanguinaria
Que hinca en su piel mi ira, mas sin quererlo arranco
A su dolor gemidos que mi alma solitaria
Halla más torturantes que la espuela en su flanco,
Porque así esos gemidos hablan al alma mía:
Está el dolor delante, queda atrás la alegría.

LI

Mi amor, pues, halla excusas a mi cabalgadura
Por ser lenta, entretanto me alejo a toda costa
¿Por qué de ti al marcharme tendría yo premura?
Sólo querré al regreso ir corriendo la posta.
¡Ah, entonces con la bestia no tendré miramiento
Pues morosa he de hallarla bien que sea ligera,
Hincaré mis espuelas aun montado en el viento,
Cual sintiéndome inmóvil en mi alada carrera.

Ningún corcel entonces ha de ser obediente
A mi deseo hecho del amor más sagrado
Que pues no es carnal lánzase en su carrera ardiente
Mas el rocín sería por mi amor excusado.
Pues que de ti al partirme fué a designio despacio
sólo a ti mi amor vuela, aunque él marche reacio.

LII

Yo soy como el avaro quien posee la llave
Que en presencia lo pone de un tesoro supremo
Que oculta y que a sí propio retrae cuanto cabe
Por no atenuar el goce de su deleite extremo.

Lo propio son las fiestas solemnes y fastuosas
Con que el largo transcurso del año os maravilla:
En él se hallan a trechos, como piedras preciosas,
O las más ricas gemas en una gargantilla.

El tiempo en que estás lejos es cual cofre cerrado
O cual mueble que guarda lujosa vestidura
Y que hace inefable el instante esperado
En que de nuevo muéstrala ya rota su clausura.
Inefable tú eres, pues das la bienandanza
Si te hallas presente; si lejos, la esperanza.

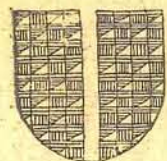
VERSION DE

MARIANO DE VEDIA Y MITRE

CAMILLE MAUCLAIR

(Para LA NACION)

PARIS, julio de 1930



NA de las consecuencias más penosas de la anarquía pictórica reciente es la multiplicación de los pintores aficionados. Las teorías de los "fauves" han suprimido todo género de enseñanzas. Declararon que el arte no se aprendía, cosa que es exacta, pero el oficio sí se aprende y, careciendo de él, las dotes originales no sirven para nada. La persona mejor dotada para la música hallase en la obligación de estudiar el mecanismo del piano y del violín para tocar estos instrumentos, así como debe adquirir las reglas del solfeo para cantar y las reglas del contrapunto para componer música; en caso contrario, quedará reducida a la mudez y a la impotencia. Este aprendizaje no reemplaza en modo alguno las dotes naturales, pero las ayuda, proporcionándoles una base técnica indispensable. El aprendiz de músico que quisiera prescindir de ella, incurriría voluntariamente en la obligación penosa y absurda de reinventar todo lo que ya ha sido inventado hace siglos, de volver al estado propio de un salvaje, y creería tener genio cuando hubiese descubierto los primeros principios de la armonía. Lo mismo pasa en pintura. Es posible que un hombre dotado de una visión especial se coloque directamente ante la naturaleza y haga, después de algunos tanteos, cuadros notables. Pero existe una serie de condiciones técnicas que es bueno saber. Es útil conocer, por ejemplo, de qué manera la composición química de los colores determina alteraciones peligrosas. Por no haberse cuidado de ello, los impresionistas han visto cómo muchas de sus obras se descomponían y se oscurecían. Es útil saber cómo se prepara por uno mismo, mejor que los fabricantes, la capa de un lienzo. Los antiguos concedían toda su atención a estas cuestiones, y por eso sus lienzos han durado. En los talleres italianos del siglo XV, el maestro no permitía a sus discípulos que hiciesen un cuadro, más que después de haberse penetrado de los procedimientos materiales. Es útil, en fin, aprender a dibujar. Todo ello no perjudica en nada al temperamento y a la visión. Viene a ser como las gamas y el solfeo de la pintura. Después, podrá emprenderse todo lo que se quiera y podrá uno arriesgarse tanto más cuanto más serios estudios se hayan hecho. El arte ocurre tras la adquisición de los medios del oficio.

Al suprimir estos principios, las teorías recientes han suscitado, entre otras desventajas, la creencia de que la pintura es sumamente fácil. Y, en efecto, aquel que pone las manos sobre un piano, que roza un violín con un arco o que intenta cantar sin haber aprendido a leer música, no produce más que ruidos ridículos. Pero el que ponga sobre un lienzo algunos rasgos y algunas manchas de colores, siempre conseguirá una especie de resultado y siempre podrá decir que aquella cosa incoherente e informe corresponde a su manera de ver. Colocad un cartón gris en un marco, superponedle algunas líneas amarillas o azules, que se parezcan a unos árboles, y ya aparentaréis saber pintar. Como quiera que se ve exponer, elogiar y vender cosas que no rebasan ese género de infantilismo, es natural que muchas gentes se figuren poseer cierto talento. Es divertido comprar los útiles de pintura y probar; se comienza incoherente por intentar un retrato de la prima, y se le admira en familia. Después surge la ambición de exponer y luego la de asombrar a los amigos.

De ahí que se funde una multitud de pequeñas sociedades, en las cuales gentes que se dedican a otros oficios se reúnen para crear, ellos también, sus

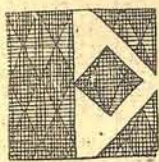
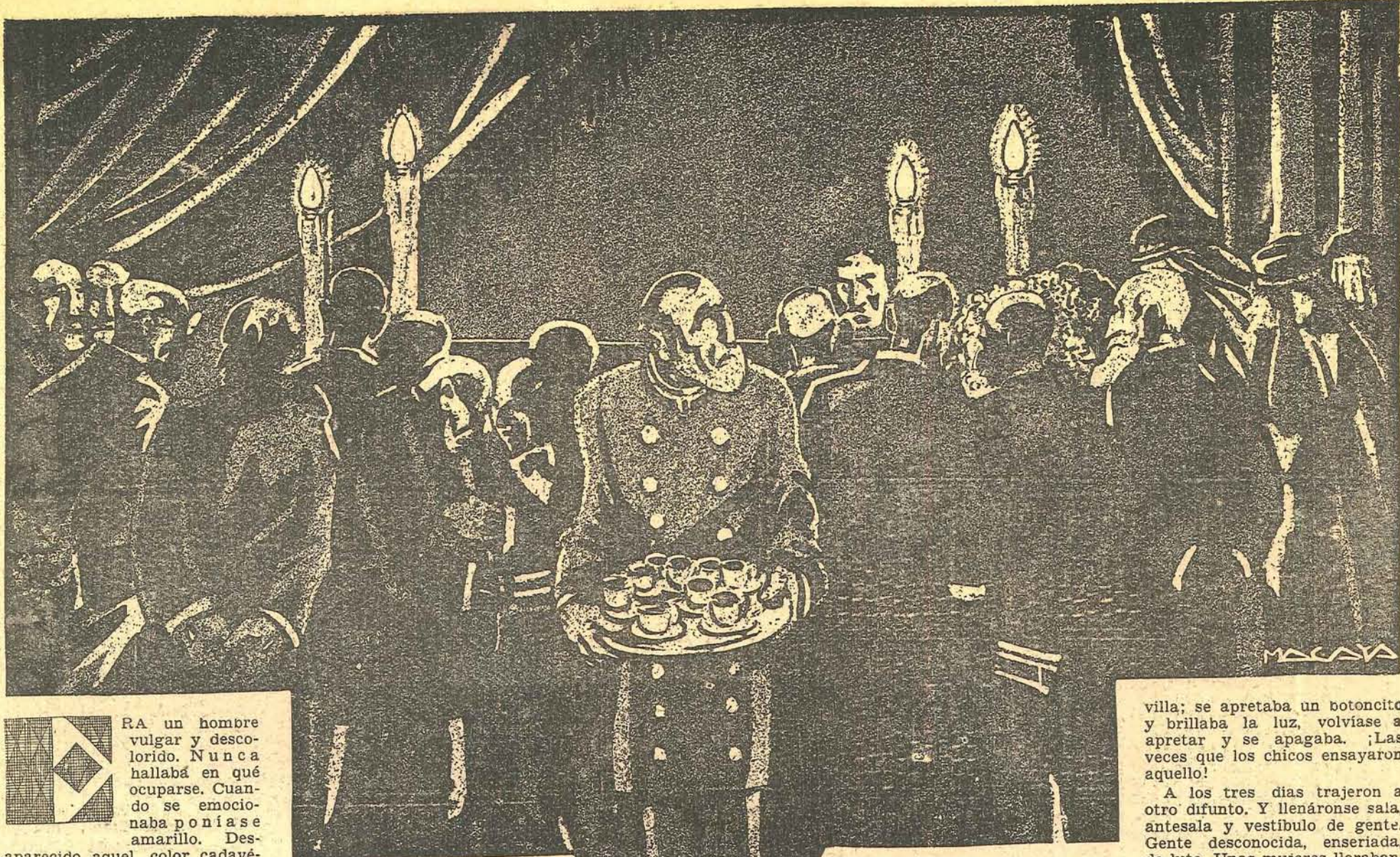
salones. Hay el salón de los médicos, el salón de los abogados, el salón de los empleados de ferrocarril, el salón de los dependientes de tiendas de novedades, el salón de las gentes de letras y ya se prepara el salón de los músicos. No hay ninguna razón para que no se forme el salón de los carniceros, de los fruteros, de los peones de mudanzas. Todo el mundo pinta los domingos para divertirse. Es la manía actual. Ni siquiera el uso desenfrenado del kodak impide esta distracción pictórica. Ya se ven los resultados indecibles en el Salón de Independientes, que acoge todos los envíos, sin jurado. Hay en él centenares de testimonios de la necedad y la vanidad humanas. Antiguamente se ridiculizaban las obras de las señoritas que cultivaban lo que se llamaba las "artes de adorno", caras a la burguesía. Al menos esas ingenuas se limitaban a tocar sus valsos, a cantar sus romanzas, a pintar sus abanicos en la intimidad, y el matrimonio les hacía abandonar todo aquello.

Ahora se encuentra natural que se expongan todos los trabajos de los aficionados. Y las sociedades a que me refiero ven en ello un derecho social. "¿Por qué—dicen los empleados de Correos—no hemos de tener nosotros nuestro salón, ya que los médicos y los abogados tienen el suyo?" Es inútil intentar decirles que precisamente ése es el error de los médicos y de los abogados. En una democracia todos tienen derecho a escribir y a pintar mal, derecho a creerse con talento sin poseerlo, derecho a decir tonterías. No se niega más que el derecho a callarse.

La consecuencia inmediata de tal locura es que se contribuya a paralizar completamente un arte ya enfermo, aumentando la superproducción. Hay cincuenta mil pintores en Francia y todos quieren vivir de su oficio. No lo consiguen. La ley económica de la oferta superior a la demanda produce en este punto su triste efecto. Bastaría esta razón, aparte de muchas otras, para prevenir seguramente que vamos hacia un "krach" de la pintura. Un arte que cualquiera cree poder ejercer implica una desconsideración moral que conducirá a una catástrofe material. Hace ya tiempo se ha dicho que convenía no alentar, sino desalentar, las bellas artes. Esto no es una paradoja, sino una necesidad. Por consiguiente, resulta nefasto que los aficiona-

hecho tan fácil y tan trivial, abriguen ilusiones. Pero, ¿cuál es su propósito? Una satisfacción del amor propio, y quizá también la ambición de aumentar sus ingresos vendiendo cuadros. En esto resultan inconsistentemente culpables. La lealtad exigiría que al hacer esta competencia a los profesiona-

frecuencia secretas necesidades de dinero. Se les ha interesado en este género de negocios porque se requería el prestigio de sus casas lujosas y de sus relaciones. Los verdaderos aficionados, aquellos que compran porque conocen y gustan de la pintura, sin propósitos comerciales, se han hecho sumamente escasos. De esta forma todo concurre a rebajar el nivel moral de un arte que ya no tiene gran cosa que decir cuando se le compara con el arte antiguo. El público ha perdido casi toda su facultad de libre juicio. No se atreve a decir nada y se



RA un hombre vulgar y descolorido. Nunca hallaba en qué ocuparse. Cuando se emocionaba ponía se amarillo. Des-

aparecido aquel color cadavérico, volvía a tener el semblante más sin color que pueda pedirse. Tenía una magnífica quijada, eso sí, una magnífica quijada. Acaso pudiera objetarse a tal magnificencia su exceso de volumen, pero generalmente las cosas magnificas son así, grandes. Victorio tenía una quijada que hubiérale permitido triunfar en la vida de haberlo ayudado un poquito la suerte. Con aquella mandíbula hubiera sido un ministro con "característica personal". ¡qué duda cabe!, o un jefe de policía imponente, o, quizá, un gran embajador, pues aquellas mandíbulas sólo se dan en los muy brutos o en los muy refinados por una aristocracia de sangre que arranque de mucho más allá de la Edad Media... Pero el pobre Victorio era, irremediablemente, un hombre vulgar y descolorido y nadie podría sospechar jamás en una ascendencia de aristócratas. Cuando encontró, una vez, empleo adecuado a sus capacidades, fué para lucir el descolorido semblante con que sus padres le obsequiaran con un desprendimiento sorprendente. Eran muy dados a regalar aquellos progenitores lejanos.

El aludido empleo era: encargarse de una casa de velorios. Hacía meses que Victorio no cobraba sueldo. Hacía meses que no tenía la seguridad de una casa, ni para velarse a sí mismo. Hacía meses que él decía a todo el mundo por boca de su desesperación: "Cualquier cosa... Cualquier cosa..." Pues eso. No le dieron cualquier cosa porque en esta vida él jamás fué complacido, sino una casa de velorios, lo más extraordinariamente absurdo que imaginarse pueda.

♦ ♦ ♦

Era una casa como cualquier otra casa. Estaba ubicada en un barrio central pero en una calle tranquila, una de esas en que, por casualidad, está el pavimento intacto y sin las dos líneas azuladas de los rieles tranviarios. Un remanso. La arquitectura de la casa era de las que tuvieron su época feliz hace treinta años. Un zaguán y dos medios balcones. Conforme se recorría el zaguán y se trasponía la cancel de vi-

drios esmerilados en sus bordes y dos grandes letras entrelazadas en su centro—las iniciales de su primer propietario—se daba con un vestíbulo encuadrado por tres paredes y una profusa colección de vidrios de colores—rojos, verdes, azules, blancos—macillados en los rectángulos de una formidable armazón de hierro pintado de amarillo obscuro. Conviene observar con algún detenimiento este vestíbulo porque era, al fin, el lugar más concurrido de la casa. A ese vestíbulo daban unas puertas. Una de la sala, otra de la antesala. A la izquierda, arrinconada, vergonzosa, se cerraba una puertecita. Sobre el patio, entre los vidrios, otra, también de vidrio, sonora, chirriante. La casa continuaba hacia el fondo, como todas las casas construidas hace treinta años, precisamente. Pero las habitaciones, o cuartos, que seguían no tenían importancia mayor. Fueron destinadas para que las habitaran Victorio y los suyos.

El mobiliado de la casa era sumario. En el vestíbulo, un juego antiguo de seis sillas y un sillón de "Viena", las esterillas remozadas. Sobre la pared, en un rincón, el almanaque de un aperitivo. Y en el suelo, en otro rincón, una salivadera, casi sin abollar, de hojalata. En la antesala, un juego incompleto, claudicante, lamentable, de "sillas de sala", tapiizadas en seda celeste, las patitas "Luis XV". ¡ay!... Y en la sala otra media docena de sillas, cada cual de su padre, sin parentesco posible y sin más parecido que el número de las patas. Nada más... Nada más hasta el momento en que se averiguaba si el "entierro" era de primera, de segunda o de tercera. Entonces se "armaba la capilla" y se colocaban cuatro candelabros con unos cirios eléctricos. Los paramentos guardábanse en una pieza interior. Las "patas" con que se armaban los "catres" para depositar el ataúd sirvieron durante un tiempo para hacer la cama al hijo mayor de Victorio y un candelabro viejo, al que había derrengado una caída sin suerte, hizo de velador al matrimonio durante buenas noches todo el tiempo que Vic-

CASA DE VELORIOS

POR

B. GONZALEZ ARRILI

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

torio y los suyos debieron ejercer aquel extraordinario oficio de veladores.

♦ ♦ ♦

Porque aquel hombre vulgar y descolorido tenía una familia. Su compañera, una italiana flaca que no sonreía casi nunca por coquetería. No sonriendo ocultaba sus dientes desparejos y los huecos dejados por los ausentes. No sonriendo, el semblante mantenía el mismo número de arrugas, sin multiplicarse. Y no era vieja. Poco más de treinta años de edad, "pero" quince de casada con Victorio, y cuatro hijos. Cuatro hijos desiguales de cara, de cuerpo, de genio, de predilecciones para hacer mal. El mayorcito, descolorido como el padre. El segundo, flaco y desgarrado como ella. La tercera, mofletuda, rubia, caprichosa. La última, una esmirriada, línfica, que agonizaba cada mañana y se ponía hecha una fiera cada tarde. Los cuatro—dos y dos—coincidían en el apetito. Siempre tenían hambre, señor, siempre estaban pidiendo que comer. Y la madre, lagrimeando por dentro, sin más espejo real de su pena honda que la cara descolorida de Victorio.

Cuando llevaron sus pocos trastos a aquella casa de velorios venían del suburbio lejano, obscuro y barroco. Les encantó el uso de la luz eléctrica y les pareció tarea fácil la que les encomendaban. El primer día lo pasaron muy bien. Se atracaron de fiambres, de queso y de pan. Victorio, festejando su conquista, trajo un litro de vino tinto. Al segundo día comenzaron las penas nuevas. Vinieron dos hombres de la "empresa" y depositaron en la sala los paramentos de "segunda". Dos horas después llegó en un furgón el ataúd. Colocado en la sala, rodearon unas cuantas personas y unos ramos de flores. Las personas se fueron al vestíbulo y se quedaron las flores. Toda la noche hubo gente. Victorio hacía de portero, y no durmió. Su mujer tampoco. Encerrada en una pieza interior, con los chicos, oyéndolos roncar, estuvo horas y horas rogando por aquel muerto desconocido que estaba en la sala. Victorio entró dos o tres veces durante la noche. Buscaba palabras de aliento para animarse y darle ánimos a su mujer. Una vez trajo una taza de café. Otra vez una copita de anís. Los deudos de aquel muerto anónimo eran buenas gentes. Convidaban al portero con los enjuagues que se echaban al buche. Y él los participaba con su mujer... A la otra mañana se llevaron el muerto. Victorio recibió un par de pesos en calidad de propina. Uno de la empresa le aconsejó que con ellos comprara café y azúcar para servir a los deudos de un muerto próximo y con eso multiplicaría sus ganancias. Aquel viejo empleado se detuvo en la explicación de una cantidad de pequeñas maniobras y menesteres que daban por resultado la ganancia de unos pesos. Victorio dijo a todo que sí, y hasta ensayó una sonrisa, pero interiormente pensaba en marcharse, en abandonar aquel lucrativo empleo.

Durante dos días no trajeron a nadie. Fueron felices. La vida en aquella casa, cerrando los ojos al depósito de artefactos, se hacía agradable. Los chicos tenían buen patio para jugar. La luz eléctrica era una mara-

villa; se apretaba un botoncito y brillaba la luz, volviase a apretar y se apagaba. ¡Las veces que los chicos ensayaron aquello!

A los tres días trajeron a otro difunto. Y llenáronse sala, antesala y vestíbulo de gente. Gente desconocida, enseriada, de luto. Unas mujeres lloraban. Lloraban y gemían seguido, seguido. Las horas se pasaban llorando. La casa entera se percutió de aquel lloro y de aquellos gemidos. Y Victorio en la puerta, con un enorme saco a cuestas, porque el "servicio" era de "primera" y la empresa sabía hacer bien las cosas. Después de media noche, Victorio comenzó a traer tazas de café. Su mujer, en la cocina, temblando, preparaba pavas de café, bien cargadito de achicoria, para darle color. El iba y venía, disfrazado, ridículo, con su enorme levitón negro galoneado de plata. Cada vez que llegaba a la cocina encontraba a su mujer sollozando. El eco de los lloros en la sala llegaba hasta ella y la hundían en una pena infinita. Ya llevaba rezadas muchas oraciones por el alma del muerto y ya lo lloraba como cosa propia.

—¿Quién es?—le preguntó a su marido.

—No lo sé...—respondió él.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre... Un mozo joven parece... Esa que oyes llorar así es la madre...

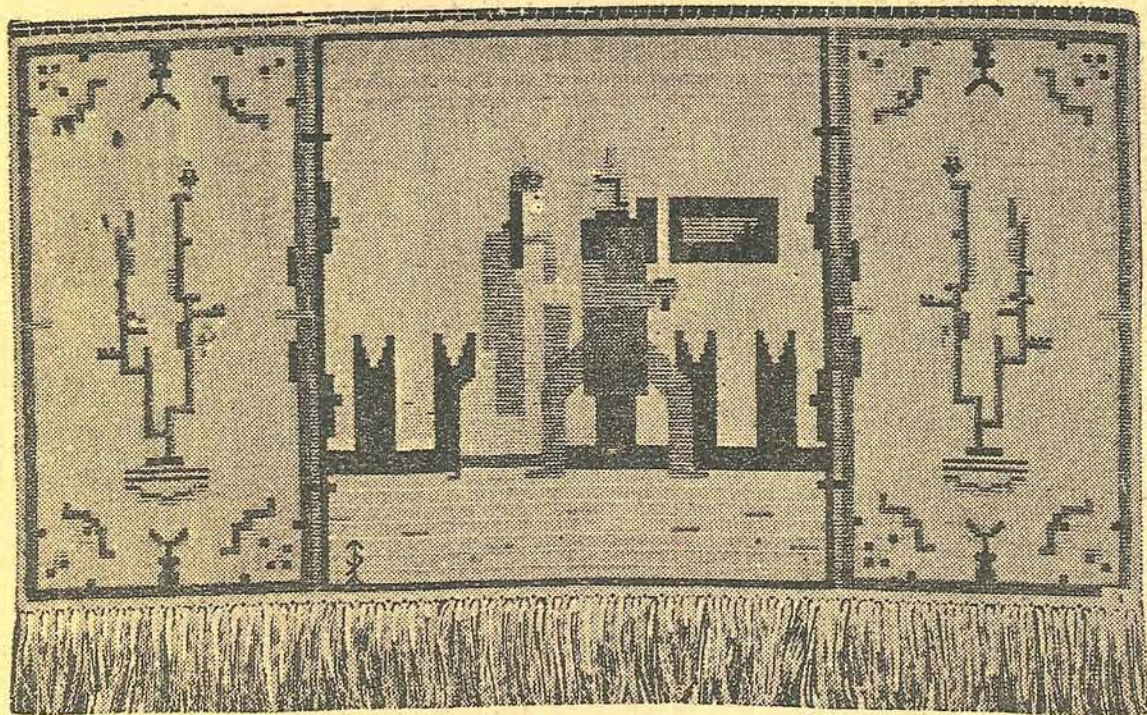
La mujer de Victorio lloró también.

—Pero... mira... que...—decía él. Ella recrudesció su llanto. Victorio tomó la bandeja con las tazas y se fué, pensando que era, en verdad, un poco duro de llevar aquel empleo...

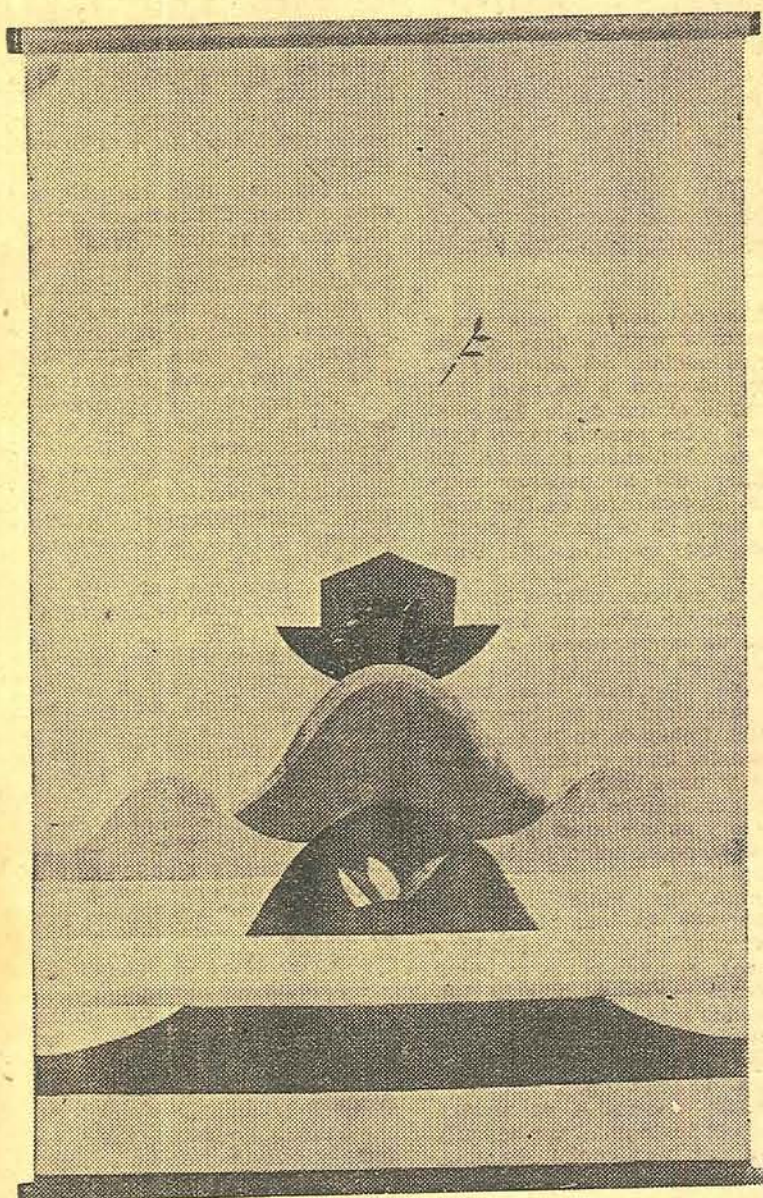
Durante aquel velorio ganaron diez pesos. Eso les endulzó un poquito el amargor de la noche y les animó a seguir. No había más remedio que continuar, y continuaron. Ellos se informaron detalladamente. Casa como aquella que ellos habían habido varias en la ciudad. Cada empresa tenía una o dos. Eran indispensables. Moría mucha gente sin casa. Otros, que no tenían casa "aparente" y querían disimularlo con las casas que alquilaban las "empresas" para ello. Los que morían en hospitales, en hoteles, en casas de pensión o en "sanatorios" no podían ser velados en el mismo lugar de su deceso. Los sacaban escondidos en un furgón y los trasladaban a aquella casa para que Victorio los acompañara. Muchos, apenas tenían familia o amigos. Uno llegó solito, y solito se quedó.

(Continúa en la pág. 34)

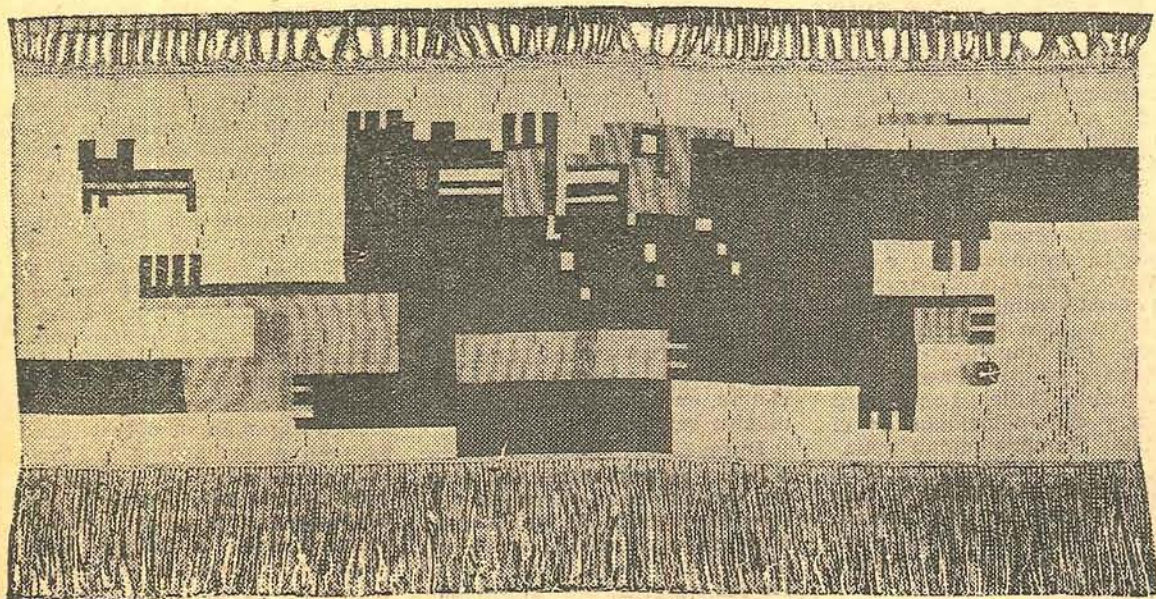
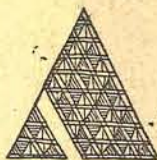
EN LA EXPOSICION DE MONZA



Tapiz bordado de Anita Pittoni



"El arca de Noé". Mosaico de paños por Anita Pittoni

LOS
BORDADOS
DE
ANITA
PITTONI

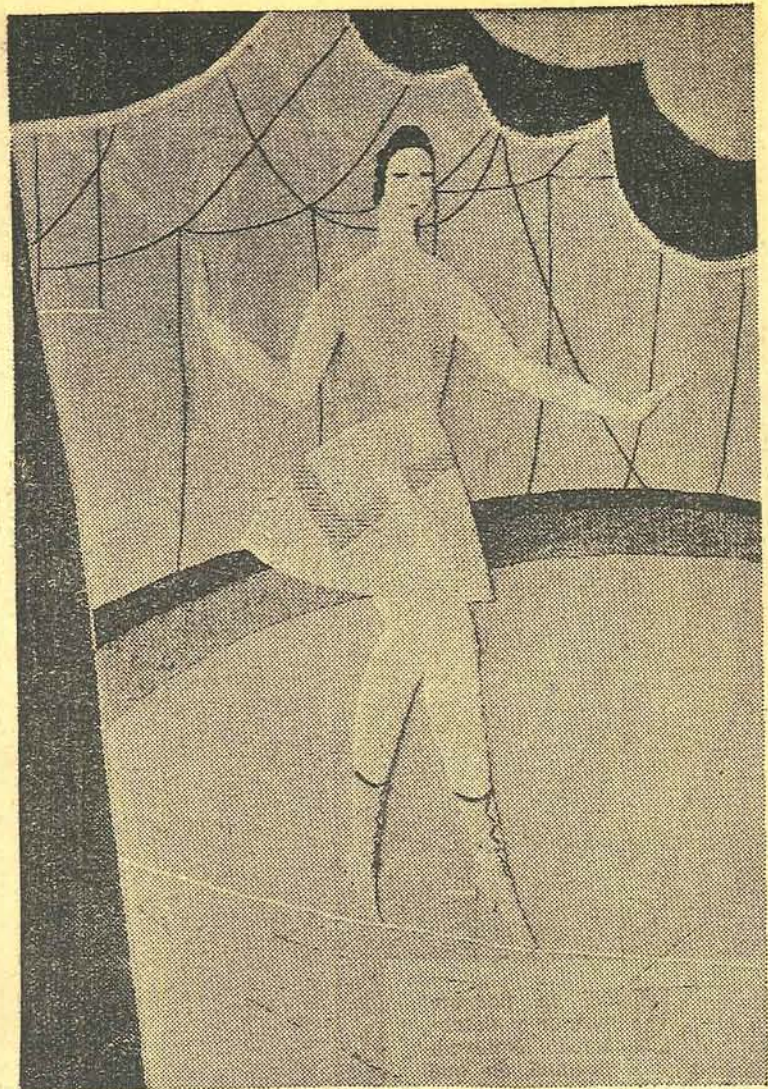
L lamentar, como lo hacemos a menudo, la decadencia de las artes plásticas después del "Risorgimento", deberíamos

considerar que las revoluciones y las guerras, que quizá favorezcan a los poetas, no benefician nunca a las bellas artes, tanto por el marasmo que provocan, como por las malas condiciones económicas que por cierto no pueden constituir un estímulo. Cuando decaen los ricos, decae el arte. En los periodos de quietud más serena, si las condiciones conceden cierto bienestar — es cuando pueden alentar las artes. Las artes femeninas son siempre, además, las menos favorecidas, por cuanto las dificultades con que tropiezan son proporcionales a la impresionabilidad femenina.

Anita Tosoni Pittoni es, sobre todo, una endiablada triestina, de temperamento pintorescamente italiano, chistosa entre sus amigos, y, cuando se trata de su trabajo, reflexiva y apasionada: más aun, pasional.

Nunca ha estudiado en es-

Tapiz de Anita Pittoni



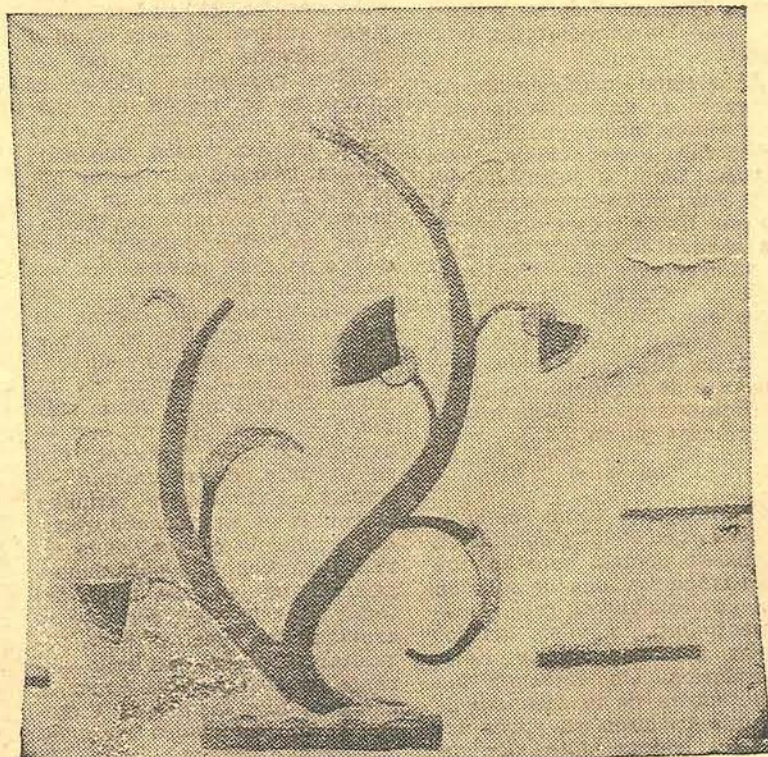
"Bailarina de circo", para tapiz bordado

cuela alguna los bordados y los mosaicos de telas que ejecuta. Pero se dedica a ellos desde la edad de seis años, por el amor que ha abrigado siempre por los colores y la fantasía de las formas. Mientras iba al Liceo, perfeccionaba sola su técnica del dibujo y de la aguja, anegando en la amorosa paciencia de las labores femeninas la diablura instintiva de su temperamento natural.

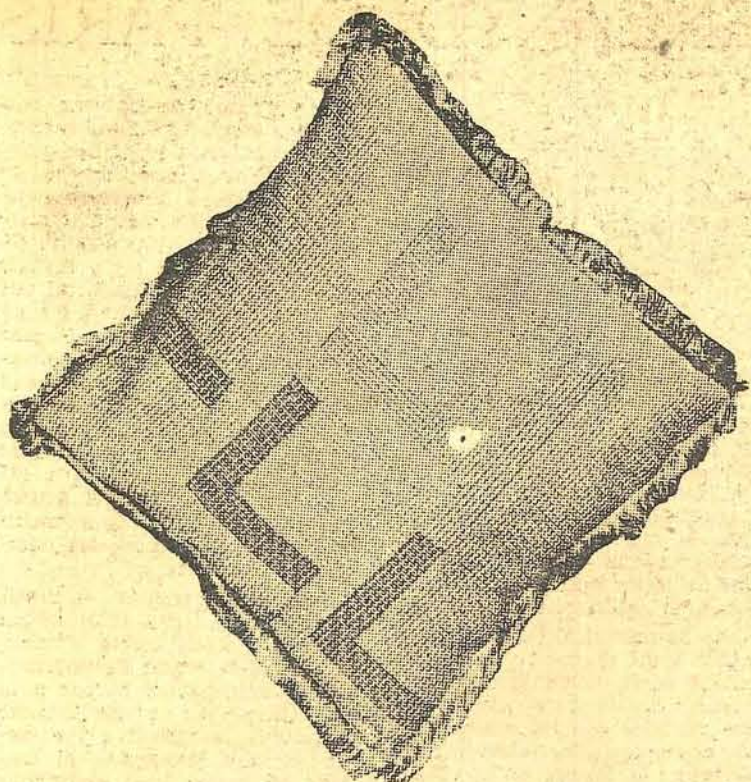
La primera verificación que se hace, al reflexionar sobre la inmensa paciencia requerida por esa clase de trabajo, es que este ser nervioso debe realizar un esfuerzo considerable para permanecer ante el bastidor, a pesar de su temperamento tan materialmente vivaz. Y lo que ella llama el "valor moral del trabajo manual" explica quizá este milagro de recogimiento y de "confinamiento". Ella habla, en efecto, de "recluirse", lo cual ilustra los resultados espirituales de esta "creación por los métodos esencialmente femeninos" durante la cual siente la artista un definido "amor por el material mismo que emplea".

Anita Pittoni recorre dos sendas y revela la influencia de dos corrientes opuestas de la pintura y de la decoración. Su mentalidad, superior al procedimiento decorativo restringido, la conduce a rebasar los límites de las artes aplicadas, de modo que en su obra la vemos atacar el problema plástico de lleno, con una audacia que ignora la temeridad, porque está vigilada por una mente ardiente y fría a la moda clásica. Son las dos tendencias técnicas las que le señalan sus dos caminos, porque en este arte, como en todos, la técnica crea la estética. Sin embargo, estas técnicas opuestas y representativas no son únicamente los medios que producen efectos diversos, sino que resultan ser expresiones plásticas meditadas, que responden, mejor que otras, a la finalidad de recrear determinadas visiones del mundo de las apariencias.

Dice Keyserling: "Cuanto más veo el arte que sólo es



Almohadones



Almohadón

arte, más consciente me siento de mi disposición natural que consiste en no poder apreciar el arte si no es como expresión directa de la realidad metafísica".

La "Bailarina en la cuerda" me ha recordado estas palabras del filósofo alemán.

Esta bailarina nos muestra, más que las otras obras, hasta qué punto utiliza nuestra pintora de la aguja sus hilos en la misma forma que los pintores emplean los colores con el mismo sentido y buen gusto. La tapicería de que hablo es, por cierto, su obra más perfectamente pictórica. Esto podrá ser considerado como una contaminación de los medios y de los fines del arte del tejido, pero a la verdad, cuando una cosa es bella, se admiten todas las licencias poéticas. Tal libertad ha sido concedida siempre a todas las artes, que siempre tienden a colaborar en pro de una belleza superior y una representación más coherente y completa.

"Italia ha creado una ideología — escribía Waldemar George — en un folleto dedicado a F. De Pisis y publicado por las Ediciones de las "Chroniques du Jour". Al imperalismo del pensamiento francés, que rige el universo en los dominios del arte, Roma pretende oponer hoy una estética propiamente italiana. Esta exasperación de la idea nacional, este sentimiento étnico consciente y pasional, este regreso a las fuentes, ¿podrá hacer nacer una forma de expresión viviente, duradera y activa? Me complazco en creerlo. El fervor ha ofrecido en todos los tiempos un terreno favorable

al florecimiento de los movimientos artísticos".

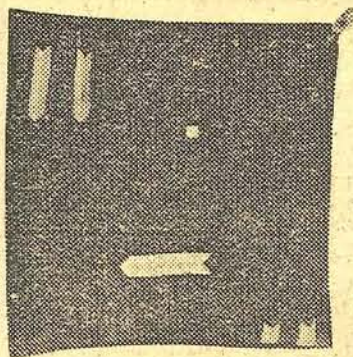
Con este fervor aspira Anita Pittoni, en su dominio, a renovar el arte del tejido. Recientemente realizó una exposición de sus obras en el Sindicato Fascista de las Artes Plásticas, en el Círculo Artístico de Roma. Ha expuesto en el Castello Sforzesco, obteniendo una medalla de plata, y ahora expone en Monza una brillante colección.

Los efectos del arte del bordado con aguja, con sus delicadezas vagas, podrían compararse en cierto modo a la pintura impresionista, y por cierto tienen relaciones — evidentes en cuanto a cierto gusto que tuvo el siglo XIX — con los maestros menores del siglo XVII, los cuales determinaron aún antes de los impresionistas y los puntillistas la atmósfera que se evoca hoy con la palabra "impresionismo" como modo de ver las cosas.

En nuestros días, el arte popular se abotarga en la copia de las formas antiguas y repite perezosamente, más o menos mal, o sea sin espíritu y sin recreación, las técnicas descubiertas por los antiguos. Rumia sin sentir.

El arte popular no es viviente en nuestros días, salvo algún raro despertar, que no es aún absoluto, pero que merece ya la atención del gobierno nacional y despierta la esperanza de un renacimiento del arte étnico, digno de sus tradiciones.

En el curso de los siglos fué descubierta una serie de técnicas nuevas que también fueron reanimadas por su adaptación



Almohadón

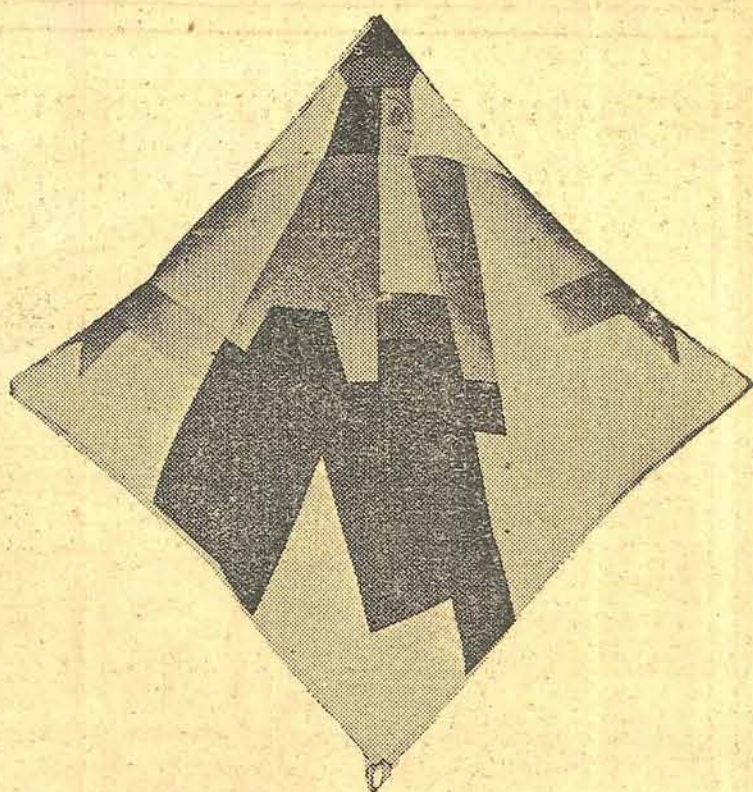
a las nuevas formas. ¿Quién ha renovado todo eso? La sensibilidad de estos florecimientos se adormece de período en período, pero resurge aún periódicamente.

"¡Ha llegado el momento del resurgimiento!" afirma con ardor Anita Pittoni. Ella cree que el arte popular se ha academizado también. Las bordadoras no inventan ya, sino que repiten formas decorativas que están fuera de la época y en contraste evidente con el gusto de hoy. Se repiten actualmente formas anticuadas que eran ya de por sí decadentes, porque si hubieran sido de buena calidad, no hubieran envejecido.

Puesto que las aficionadas a las labores femeninas no parecen capaces de hacer renacer — con un gusto propio del dibujo y un sentido personal del color — el arte del bordado, corresponde a la artista encaminar hacia nuevos inventos las fantasías de la aguja.

Pero la renovación del gusto femenino corresponde al artista antiacadémico, "libre de cánones". Siempre es la sensibilidad natural la que debe guiar a estas artes que deben seguir siendo naturalmente folklóricas. El instinto plástico y las cualidades artesanas deben ser innatas y conservarse vivas para guardar esa íntima frescura, esa poesía natural que constituye el perfume más fragante de cualquier forma de arte popular.

Anita Pittoni aspira a ampliar el plano de su trabajo, a no confinarse en la creación de la tapicería, el objeto o el almohadón. Desea obrar sin limitaciones, ensayar el concebir y realizar todo lo que forma el ambiente moderno, el mueble, las telas ornamentales, etc. Entretanto, teje soberbias alfombras, muy espesas y de gusto equilibradamente moderno y sencillo. También crea y ejecuta trajes de teatro. Ha dibujado unos cuarenta, de acuerdo conmigo, para "La Veglia dei Lestofanti", que he puesto en escena recientemente, y el éxito de la realización se debió en gran parte al éxito de los trajes. He visto otros trajes de



Almohadón ("Aldeana italiana")

Anita Pittoni, dibujados y confeccionados con gran lujo para una bailarina que quiere renovar la danza de Anitra, de Grieg. ¡Esperemos que el nuevo traje dé una forma original a esta danza tan gastada!

En su vasto programa de actividades, Anita Pittoni se excede en verdad de las labores propiamente femeninas, pero esto da una idea de los deseos de la artista y de su concepto de la decoración, entendida como unidad de todo su complejo organismo. Este concepto, moderadamente racional, se inspira en la sencillez, según la comprensión europea más reciente y universalmente aceptada.

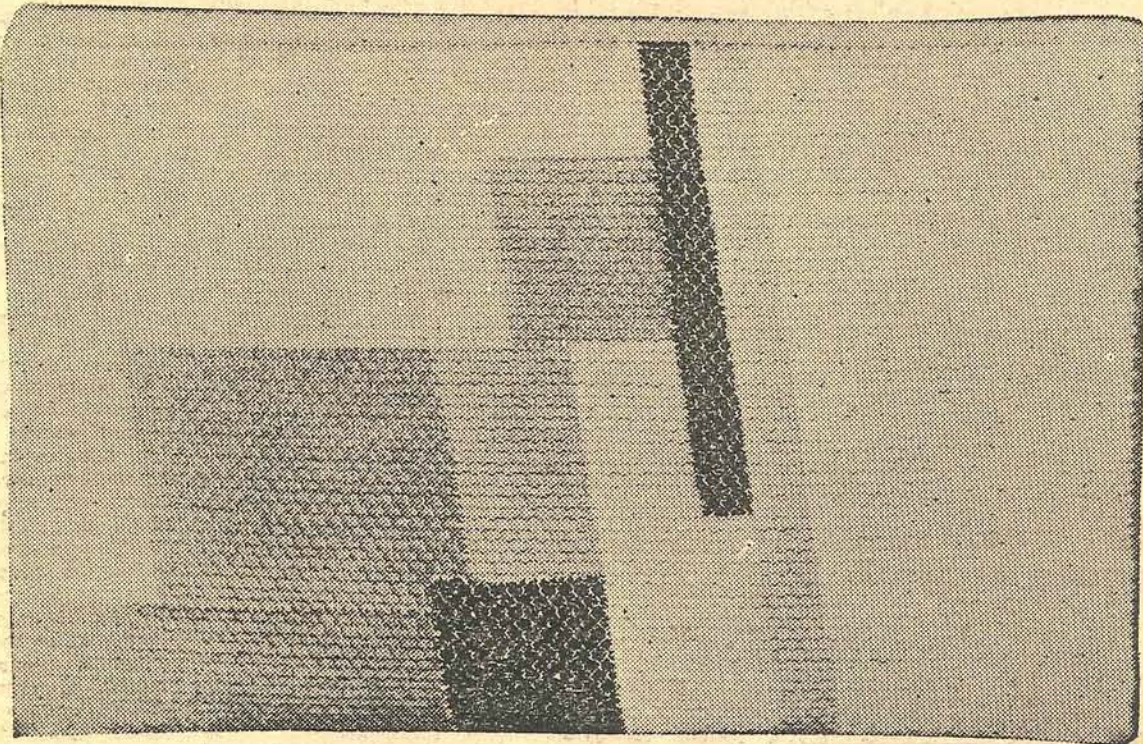
Pero, volviendo al problema estético de las labores femeninas, generalmente inspiradas en un gusto tan pasado, es por cierto muy oportuno que alguien se dedique a rejuvenecer sus formas y expresiones.

La mujer, artista instintiva,

puede realizar tales renovaciones femeninas, pero tiene que ser artista. Se trata de salir de la geometría "standardizada" en los dibujos y los bordados, repetidos hasta el cansancio. El ritmo automático adoptado por la aguja debe ser substituido por el gesto creador.

Una aguja de fantasía debe crear figuras nuevas sobre la tela desnuda, con inspirada levedad, y, por lo tanto, sin repeticiones. Una mano pensante conducirá a la aguja magnética en nuevas direcciones estéticas, y éstas hablarán entonces de la espiritualidad actual, de la moderna poesía femenina.

ANTON
GIULIO
BRAGAGLIA



Almohadon de estilo constructivista



Una dentadura joven

Cuide su esmalte y lo conservará usted así. No lo destruya rayándolo cada día con el uso de dentífricos mal elegidos. El esmalte necesita un trato suave. La Pasta-Dens limpia con la suavidad de una esponja; disuelve delicadamente todo lo que es extraño a los dientes y los deja intactos, blancos y brillantes. Refresca y desinfecta la boca. Sabe a menta dulce. Perfuma el aliento. Es el dentífrico de confianza.



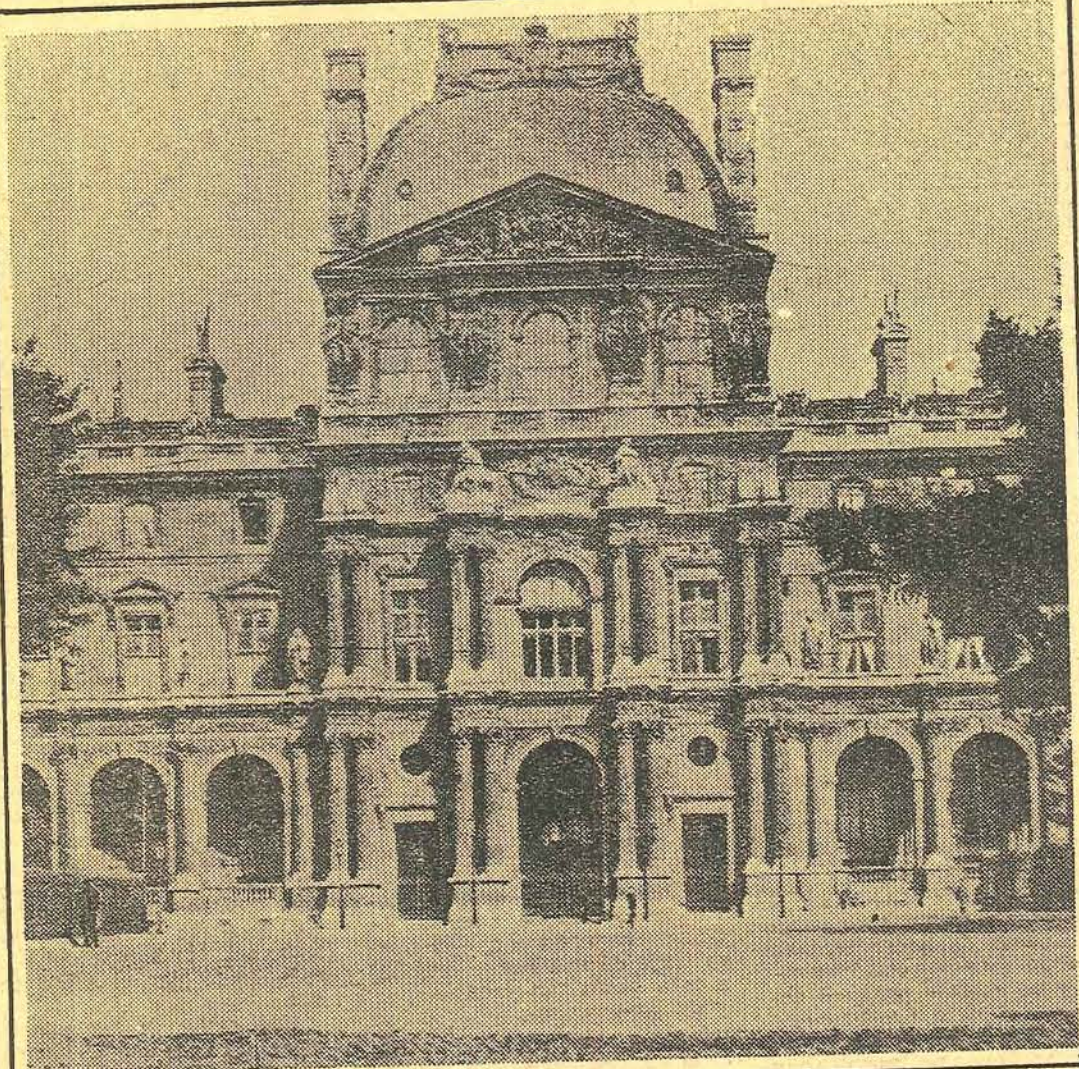
PASTA
DENS

Tubo
\$1,25
EN LA CAPITAL

PERFUMERIA
GAL
MADRID
LONDRES
BUENOS AIRES

Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.

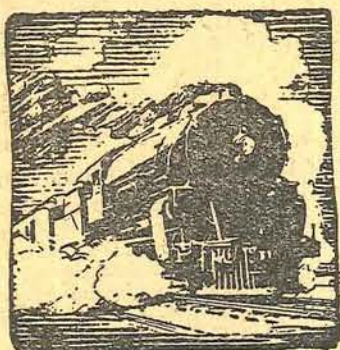
ENCANTO DE PARIS



PARIS. — PALACIO DEL LOUVRE. — PABELLON RICHELIEU
"Todo el mundo ha contemplado con encanto el Louvre...."



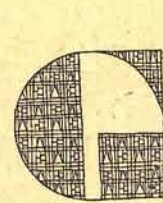
HOTEL - BALNEARIO - TERMAS
ROSARIO de la FRONTERA
TEMPORADA 1930



Las termas salutariferas por excelencia, donde hallará renovadas energías el organismo y descanso y distracción el espíritu. En el deseo de hacer mas cómoda y doblemente agradable la estada en estos parajes de ensueño el edificio ha sido totalmente reconstruido aumentando con ello su confort y suntuosidad.

Cocina dietética especial. Agua caliente y fria en todas las habitaciones. Nuevos baños carbo-gaseosos y de vapor sulfuroso. Personal seleccionado.
Cinematógrafo · Golf · Tennis · Polo · Equitación ·
Natación en gran piscina de agua salada natural.

SERVICIO DE AEROPLANOS
ADMINISTRACION
Florida 1001 U.T. Retiro 4187.
BUENOS AIRES



1
GENERALMENTE no se llega a París por vez primera: al llegar a París, todos creen volver a su ciudad natal. Esto es lo que explica que París sea tan fácil de ver y tan difícil de comprender. París es una ciudad que tiene aire excesivo de no poder ser de otra manera para que inclusive un extranjero piense en lo que París es. Roma, antes que nada, es sorprendente y el asombro provoca la reflexión. Roma ofrece el espectáculo de tres mundos que se ciñen unos contra otros como si quisieran aplastarse. Nada se mezcla en esta ciudad, donde todo se vuelve a encontrar, y no es difícil quedarse soñadores ante esas contradicciones vestidas con un somnoliento esplendor. Instintivamente, al llegar a Roma, cada viajero la reconstruye a su modo. Por el contrario, la civilización parisina es redonda y pulida; todo en ella está tan bien ajustado, que no se la advierte. Su encanto es penetrante e inaprehensible, como la humedad. De esta suerte, la primera vez que se llega a París, no se siente uno llegar, como sucede con un cuerpo que se hunde en un agua de igual temperatura.

Se empieza a comprender a París volviendo a él. Estimo que para todos los extranjeros sensibles, y sobre todo para aquellos que han soñado con París desde el otro lado del Atlántico, esos maravillosos retornos son como piedras millares en la vida. Desde el momento en que el taxímetro se lanza a través de esas perspectivas inmatriciales, hacia esos Arcos de Triunfo tan azules y transparentes como si estuviesen hechos con el aire más denso, uno siente que su corazón se oprime, como si después de largo tiempo volviera a ver el rostro de un ser querido. Pero, ¿cuál es la causa de esta emoción? ¿Consiste en esa grandeza diáfana? ¿O está más bien en los pequeños enlosados de los muelles, en el olor de nafta y de asfalto, en las tabernas, las medias lunas, las estaciones del subterráneo, en el gemido áspero y quejumbroso de los frenos, en todas esas pequeñas cosas que se gustan en una ciudad cuando se sabe que será preciso abandonarla pronto?

Todo el mundo ha creído amar a París por la regularidad y la alegría de sus calles. Todo el mundo ha contemplado con encanto el Louvre a través del ramaje desnudo de los castaños de los muelles, como a través de largas pestañas, y ha visto los taxímetros verde pistacho, hez de vino y amarillo de junco desfilando a lo largo de los Campos Elíseos, al modo de insectos que, al cruzarse en un gran haz de sombra, conservan en sus alas, en briznas irisadas, los reflejos del sol. Sin embargo, al meditar sobre ello se comprende que el gran atractivo de París no es su belleza. Algunas ciudades italianas, por ejemplo, dejan más huella en los visitantes que París. En Roma uno es presa de los muros: el humor de la ciudad rige el vuestro. En París se es libre. Un día, paseándose, he comprendido el primer secreto de París, el más vago, el más simple, el que es base de todo: súbitamente vi en los ojos de los parisenses un no sé qué de plural y de constante: "una actitud vital respecto de las cosas".

Ante la vida puede tomarse una actitud vital o mortal. Los

países gratos de habitar son aquellos en que los hombres saben no matar la vida. Los pueblos pueden transformarse de una generación a otra, a consecuencia de grandes acontecimientos. ¿Qué queda hoy de esa Alemania del siglo XVIII, encantadora y melancólica, cuya poesía atraía a madame de Staël por "los misterios de una naturaleza soñadora y solitaria"? Pero, a través de todas las transformaciones de su historia, un pueblo conserva, bajo formas cambiantes, esa actitud vital o mortal respecto a las cosas, lo mismo que el azufre adquiere, según la temperatura, colores diferentes sin cambiar de substancia.

¿En qué consiste esencialmente esa actitud vital de un pueblo? En un cierto número de pasiones y aun de pasiones contradictorias: el horror a la ley y la pasión por la justicia; el amor a la igualdad y el deseo de una jerarquía; el instinto de grupo y el individualismo; el antagonismo entre el espíritu revolucionario y el espíritu conservador; la idea de conjunto y la indiferencia por todo lo que es secundario; la idea de conjunto y la indiferencia por todo lo que es secundario; el escepticismo del detalle o el cuidado de la perfección, como herencia de una tradición secular; pero, sobre todo, el deseo de crear, de impulsar y de coronar a las "élites". La presencia e incluso el resplandor de las "élites" francesas resultan menos sorprendentes que esta voluntad de engendrarlas. En París, cada grupo, cada clase engendra una "élite" y la sostiene. De ahí deriva esa jerarquía infinitamente matizada de París, que sólo pudo ser establecida—como veremos en próximos artículos—gracias a la necesidad de admirar.

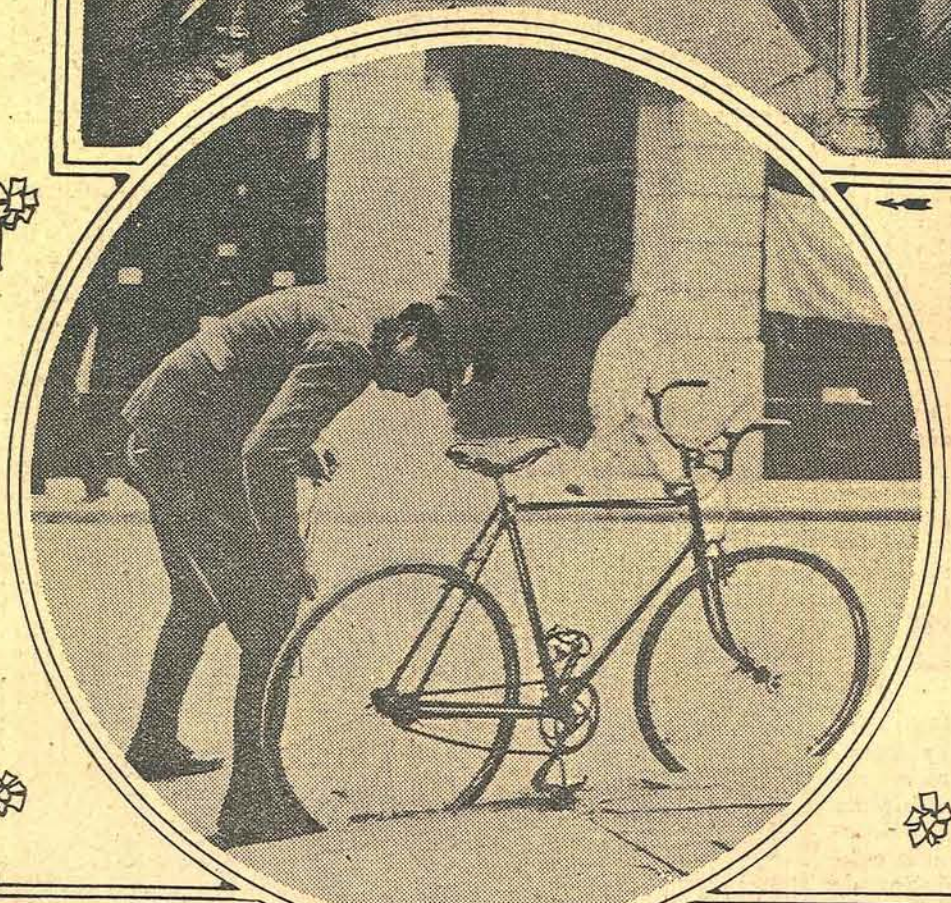
Nótese que el esplendor de una civilización no depende siempre de esta actitud vital. Las más dulces y las más brillantes civilizaciones del mundo, la de Grecia y la de Italia, nacieron y se desarrollaron en el seno de dos pueblos ocupados únicamente en aniquilarse. Y es que los héroes, los grandes hombres y los santos por quienes se expresaron esas civilizaciones, habían adquirido en esta lucha una capacidad sobrehumana de resistencia. El que los atenienses condenaran a Sócrates y que los florentinos desterraran a Dante sobresaltó tanto la imaginación de los pueblos porque esas dos sentencias eran los símbolos de una forma de civilización: una civilización nacida de la colisión de las "élites" y la ciudad, lo mismo que brota la chispa del choque de dos piedras.

Contrariamente, aquello que maravilla cuando se llega a París es el espectáculo de esas perpetuas bodas entre el pueblo y la aristocracia. A pesar de las apariencias, a pesar de las revoluciones, la historia de París es la historia de un acuerdo y de un canje de influencias.

¿De qué forma obra la ciudad sobre la aristocracia? ¿Cómo se exterioriza ese amor a la vida, esa necesidad de crear y de hacer crear? Eso es lo que trataré de explicar en mis próximos artículos: toda la vida de un país depende de esa comunicación entre el pueblo y las "élites". Por ello estimo que, aun cuando seamos aprehendidos por la enorme sacudida de esta ciudad, nos sentiremos menos afectados por el espectáculo de ese falso desorden que por la concordia, la unidad y la secreta cordura que regulan el ritmo de París bajo el cielo anaranjado de los crepúsculos.

LEO
FERRERO

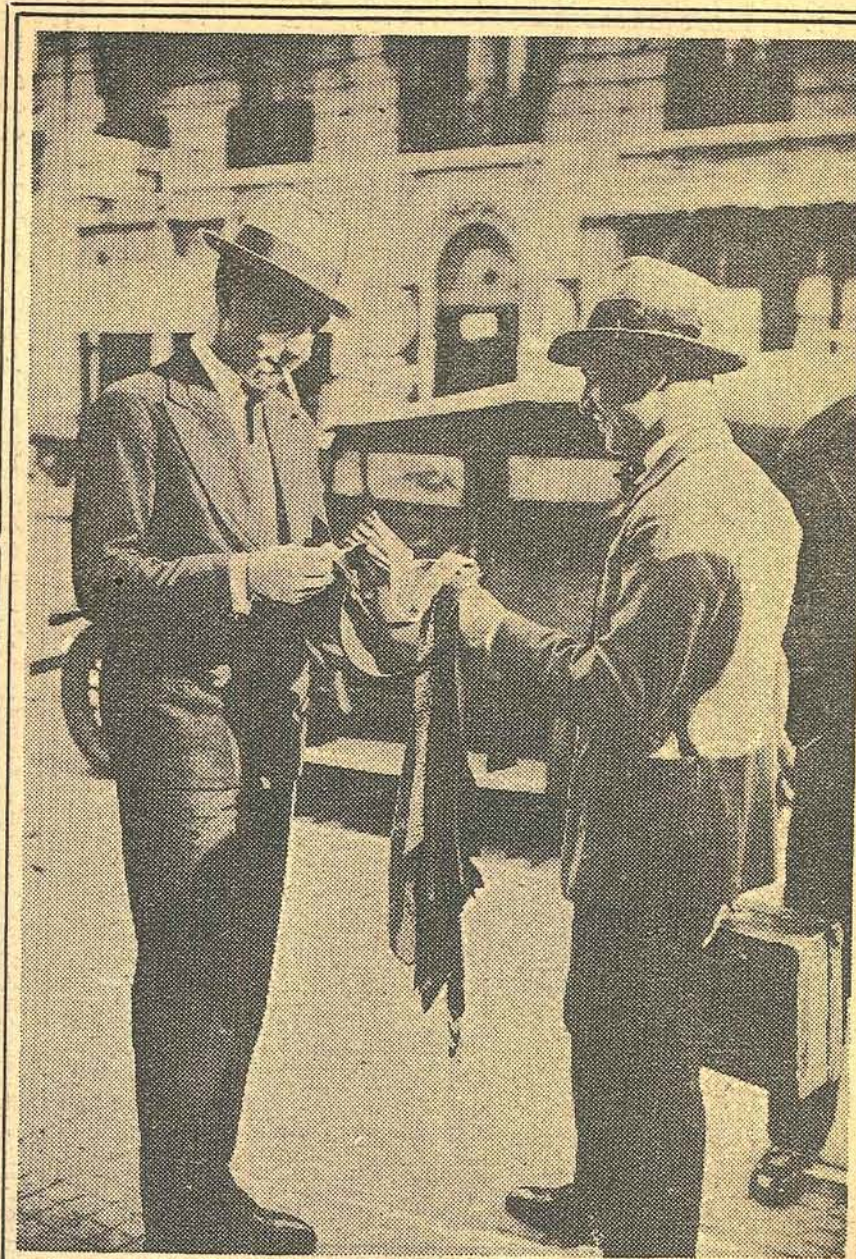
(Para LA NACION)
PARIS, julio de 1930



Arreglar el desperfecto es tarea fácil; lo que no será tarea fácil es convencer al jefe de que el desperfecto ha existido en realidad



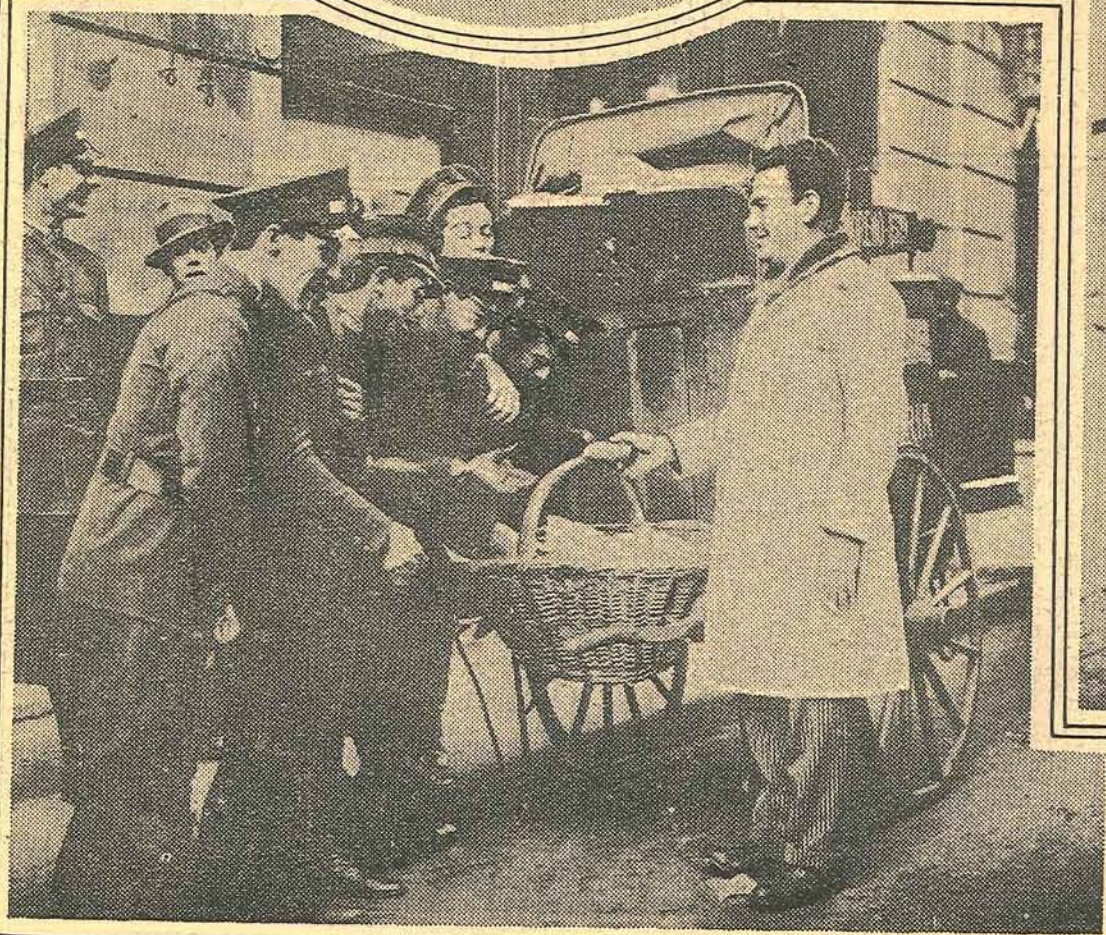
La hora del almuerzo



Asalto al tren de aprovisionamiento



La elección de corbata es uno de los problemas más arduos y complicados que debe afrontar en la vida el hombre elegante

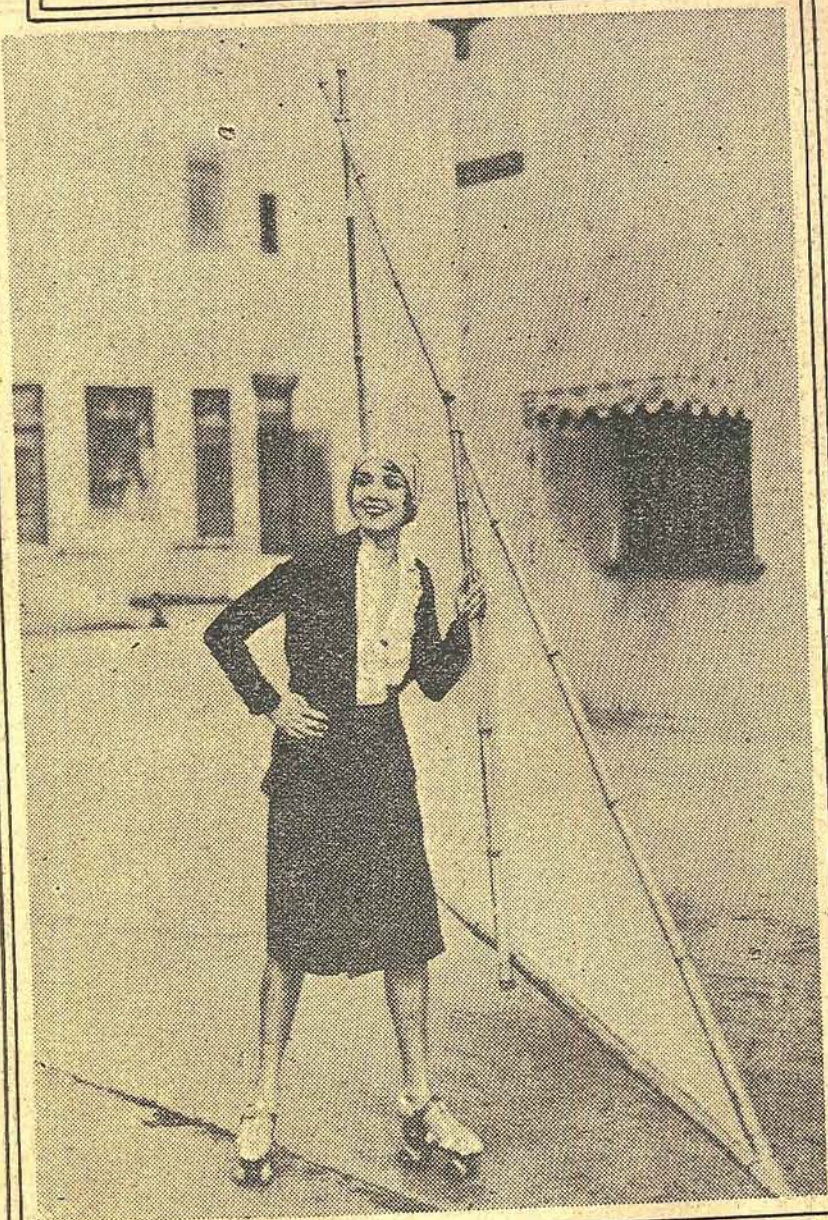
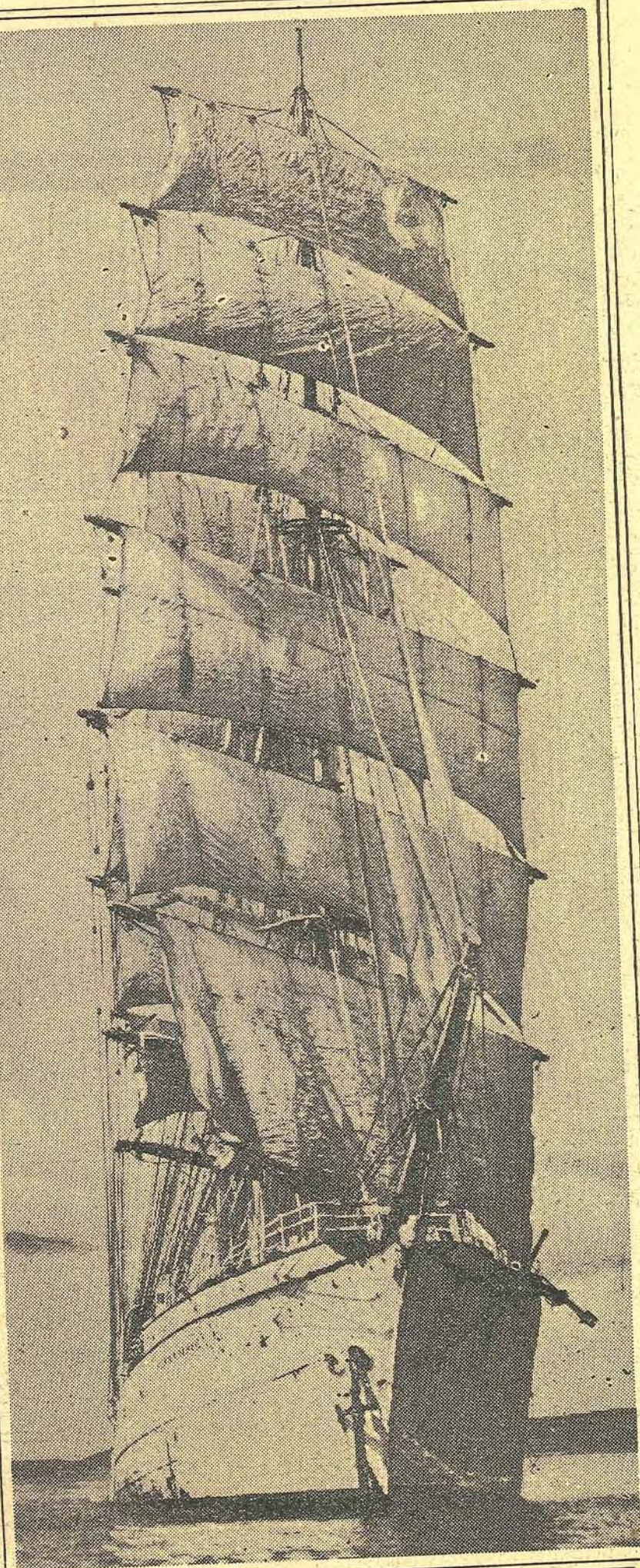




Betty Bray, elegida para "mascota" de la asamblea de veteranos militares reunida en los Estados Unidos



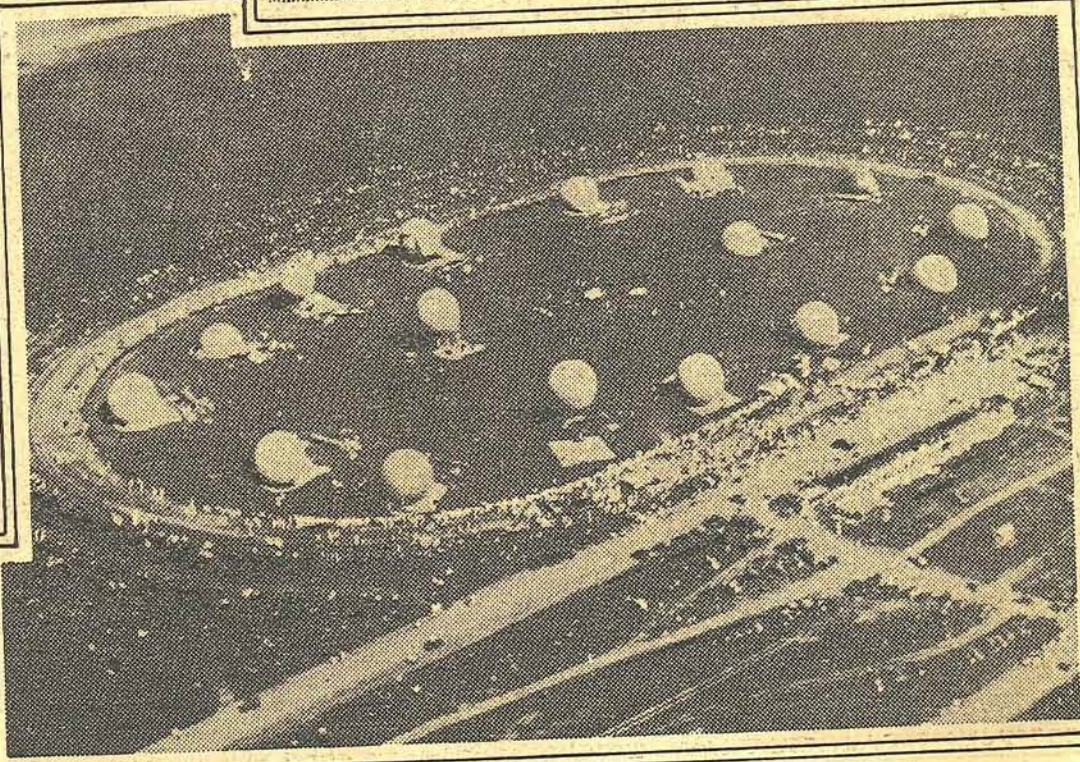
La fragata finlandesa Herzogin Cecile, cuya adquisición ha sido solicitada por una entidad náutica de Gran Bretaña, para destinarla a barco escuela de marinería



Lila Lee, estrella cinematográfica, practicando en un estudio de Hollywood el sugestivo "sport" del "patinaje a vela"



Una vista aérea del Bellaire Speedway de Houston, Tejas, durante la preparación de los aeróstatos para una gran prueba



CUATRO PREGUNTAS A VICITA CORVERA



¿Falda larga o falda corta?
 ¿Cuál es su sport predilecto?
 ¿Qué música prefiere?
 ¿Cómo estudia sus bailables?



A falda larga, impuesta por la moda, cuenta con todas mis preferencias: la considero elegante, apropiada como ninguna otra para destacar la silueta femenina, dándole realce y belleza.

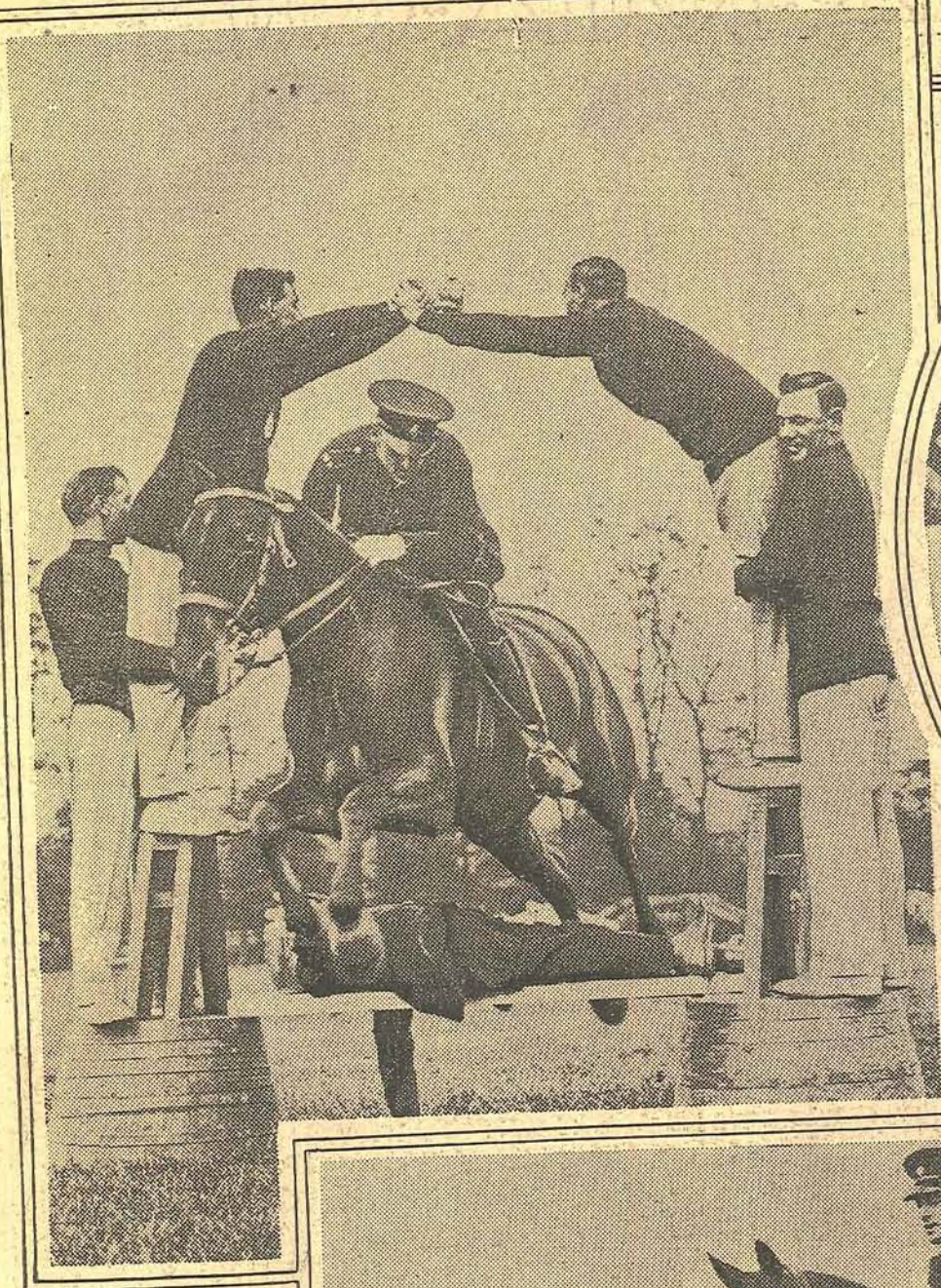
"La natación es, indiscutiblemente, un gran "sport". Contribuye a fortalecer, es práctico y uno de los ejercicios más completos y adecuados para las bailarinas, porque proporciona extraordinaria soltura y "mantiene la línea".

"La música llamada americana, la música sincopada, "la música de jazz" es la que prefiero a ninguna otra.

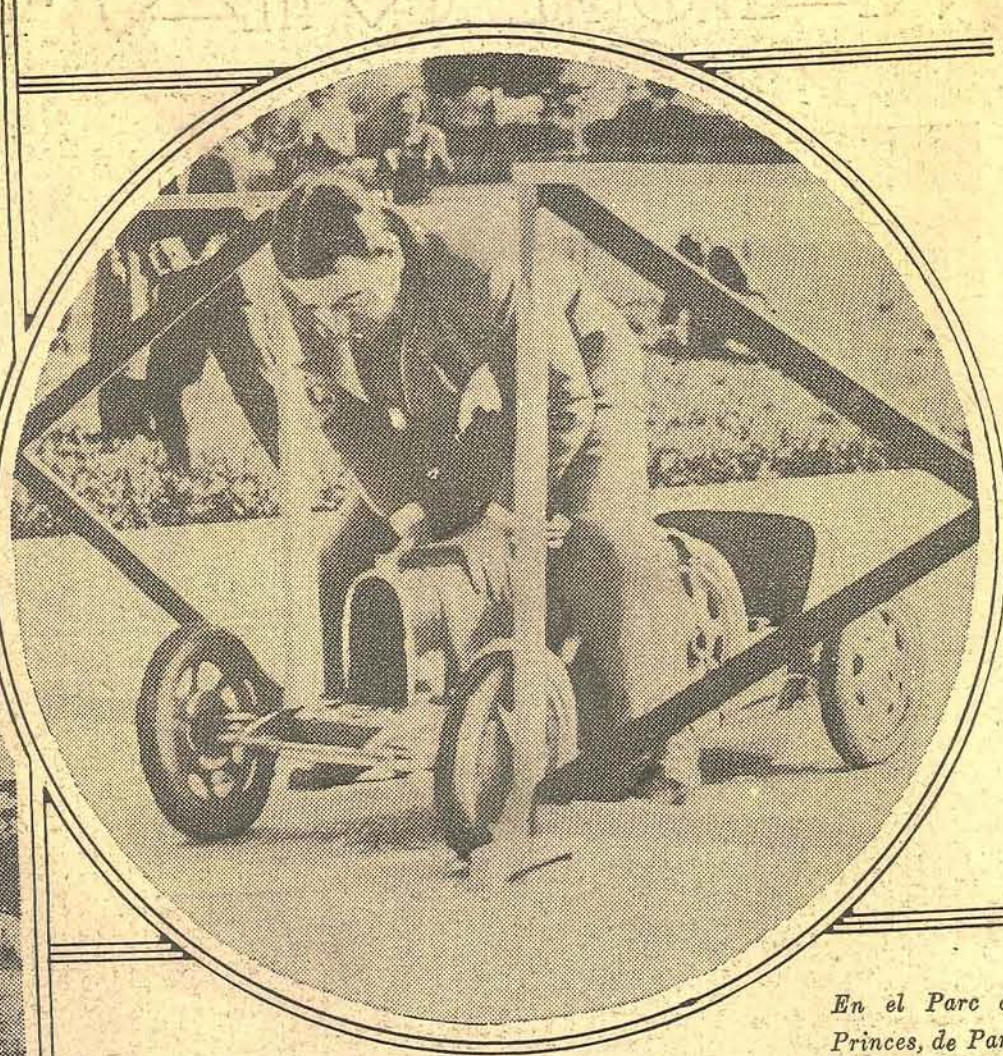
"Ella es la que, a mi modo de ver, más se adapta a los bailables modernos, a los números coreográficos que celebra y aplaude el público.

"Para estudiar esos números, escucho varias veces la música y mentalmente combino los pasos. Después los practico en el escenario y corrijo todo lo que es innecesario".





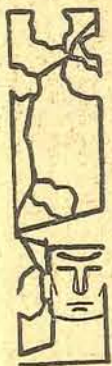
La policía montada de Londres realiza como entrenamiento difíciles ejercicios hípicos. Durante una prueba llamada "el arco humano"



En el Parc des Princes, de París, se ha llevado a efecto el 70. campeonato automovilístico de los artistas de teatro, de music hall y de cinematógrafo. El artista Biscot durante el torneo



Preparándose para el "Aldershot Horse and Hound Show". Este ejercicio, consistente en salvar una valla humana, es uno de los más arriesgados



PARA LAS CANAS

COLORANTE ALSINA

Tonos perfectos y garantidos.
Preparación científica.
Dosis dada prácticamente,
constituye una garantía sin
igual.

Para evitar falsificaciones,
exija la caja cerrada.

Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50

Aplicaciones y Venta
MAIPU 843
U. T. 31, Retiro, 0374

Line Jack haciendo su número en el campeonato automovilístico

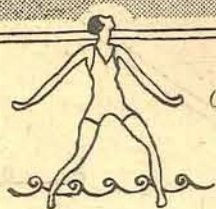
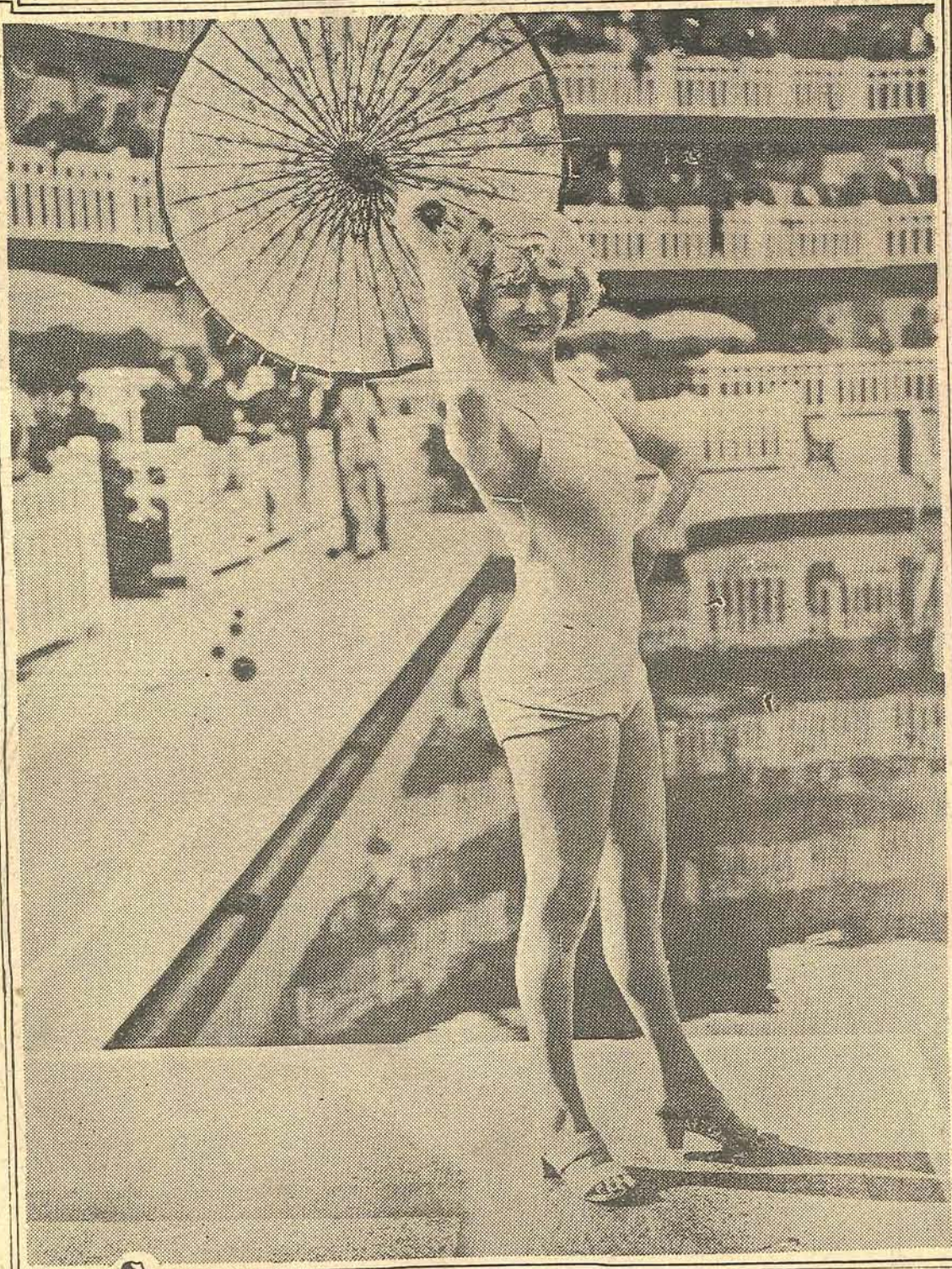




La fiesta de natación de los artistas en la piscina de Molitor, en París, ha alcanzado este año extraordinario éxito. Algunos modelos de trajes de baño



Bleuburton Birinus, que ha obtenido el primer premio de la raza Collie, en la última exposición canina de Londres



Otro modelo atrayente que pudo verse en la fiesta de natación de los artistas



**Aféitese Usted con
SUPER CREMA MENNEN**
...y Note la Diferencia

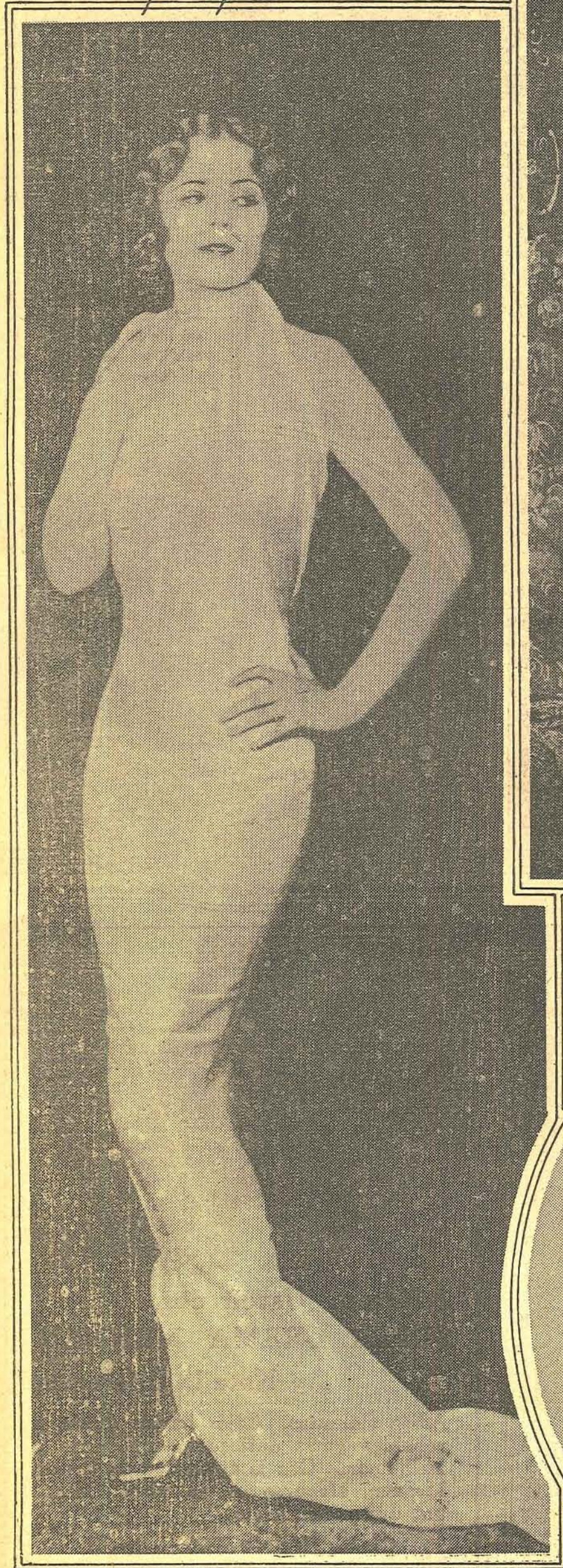
Adiós molestias. Adiós barbas duras, y rebeldes cutis delicados, tardanzas y malhumor... Con la aplicación de Crema Mennen, afeitarse es un placer más... una distracción grata.

Crema Simple o Mentolizada.

MENNEN

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERZFELD
Río de Janeiro, 229 - 233 - Buenos Aires

*Figuras de los Teatros
Neoyorquinos*



Blanche Satchel



Helene Miller



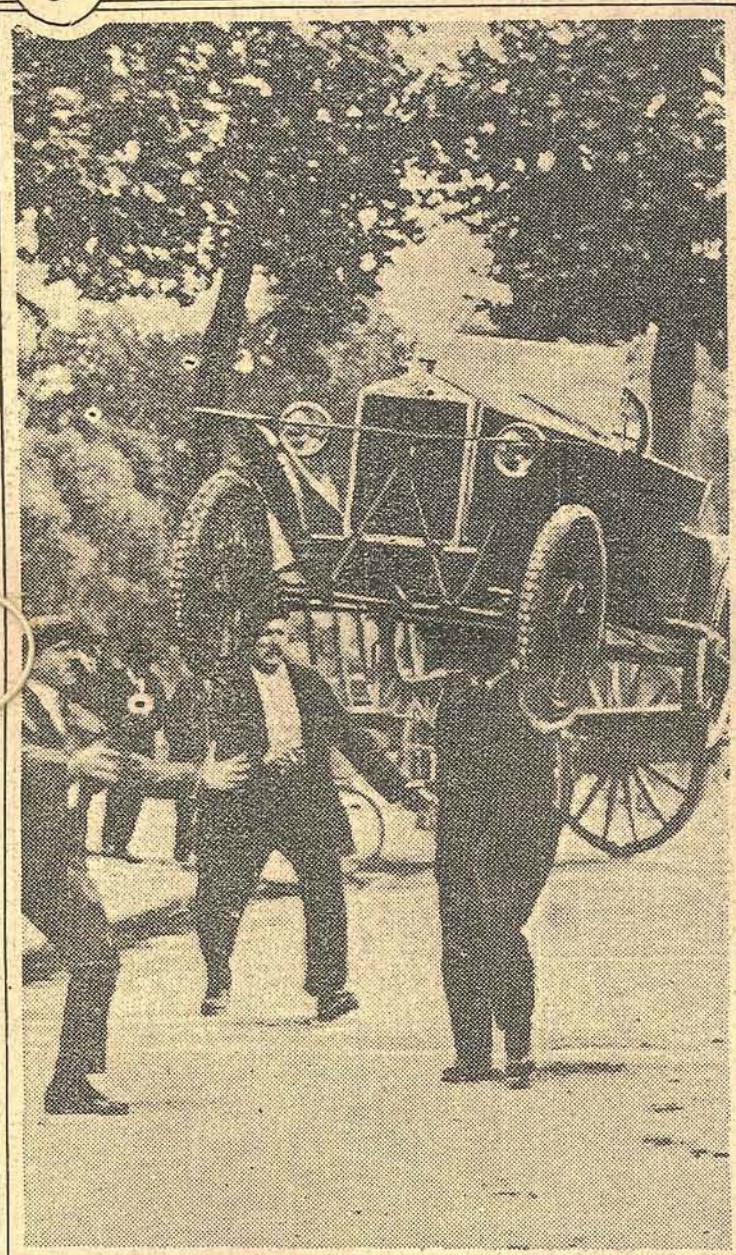
Helene Miller



La orquesta típica argentina Pizarro, que actúa con éxito en el Restaurant Theatre des Ambassadeurs, en París



Elinor Smith, la aviadora norteamericana, dedica ahora sus inquietas actividades a la profesión de "anunciadora de radio"



M. Granier, un "atlético ciudadano" francés aficionado a los esfuerzos "a fondo", apostó 5000 francos a que transportaba en vilo un automóvil de 450 kilogramos de peso en una distancia de 33 metros



Librese de las preocupaciones para siempre!



Este plan le proporcionará oro, cuando sus cabellos comiencen a platear.

SUPONGASE que le dijéramos que con sólo enviarnos el cuponcito agregado más abajo, Vd. estaría dando el primer paso para librarse de las preocupaciones de dinero de una vez por todas. Supóngase que con sólo su contestación pudiéramos garantizarle las siguientes cosas.

- Darle a Vd. la certeza de que poseerá su casa dentro de 10 años;
- Darle a Vd. la garantía de que seguirá percibiendo sus entradas si llegara a incapacitarse para trabajar, sea por enfermedad o accidente;
- Darle a Vd. la seguridad de que sus hijos habrán de tener la educación que Vd. desea darles;
- Darle a Vd. la certeza de que en cierto momento podrá vivir despreocupado, como premio de sus propios esfuerzos.

¿Creería Vd. cuanto le estamos diciendo?

Sin embargo, todo esto es posible. Los anhelos de hoy son las realidades de mañana. Tan sólo con pensar en las cosas que Vd. desea realizar en adelante e iniciarse, con muy poco esfuerzo puede Vd. descansar despreocupado, ya que en cualquier forma habrán de realizarse sus sueños. Todo lo que Vd. debe hacer es llenar el cupón adjunto. El primer paso es su envío.

Le demostraremos cómo, tan sólo con hacer pequeños depósitos, puede tener las cosas que le señalamos al pie de esta página, y algunas otras. Lea esta lista. ¿Hay cosas que Vd. desea, no es cierto? Envíenos el cupón llenado, y además del consejo oportuno recibirá Vd. un obsequio útil. Esto no le cuesta nada. No contrae obligación ninguna. **HAGALO EN SEGUIDA.**

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
2. POSEER realmente su casa.
3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
4. REALIZAR el viaje a Europa que siempre deseó.
5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.

Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre

Calle

Ciudad

Provincia

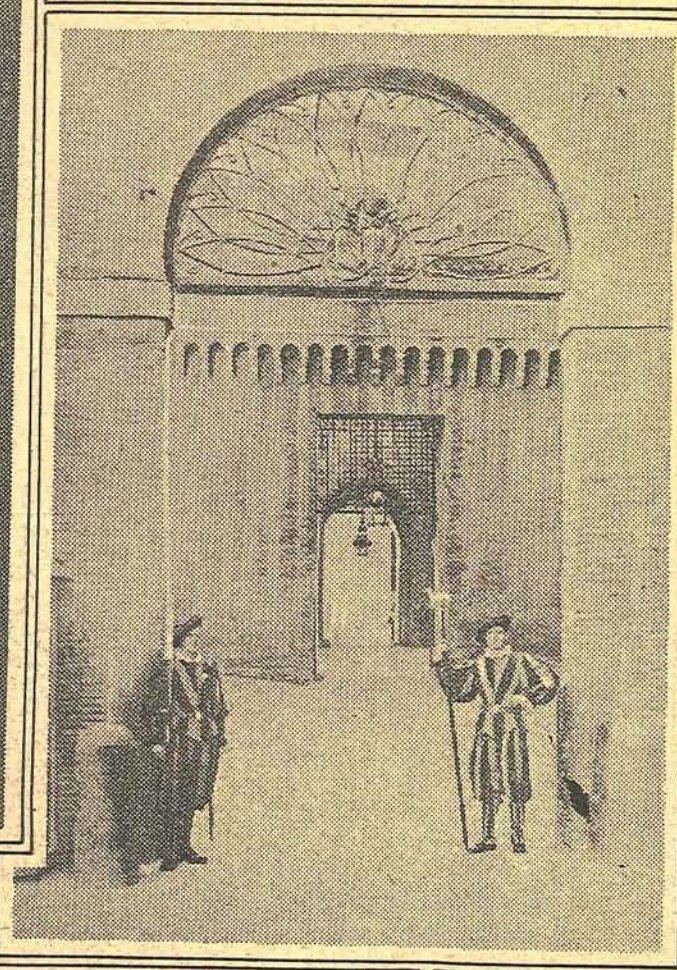
Año de nacimiento

L. 11

La nueva ciudad del Vaticano



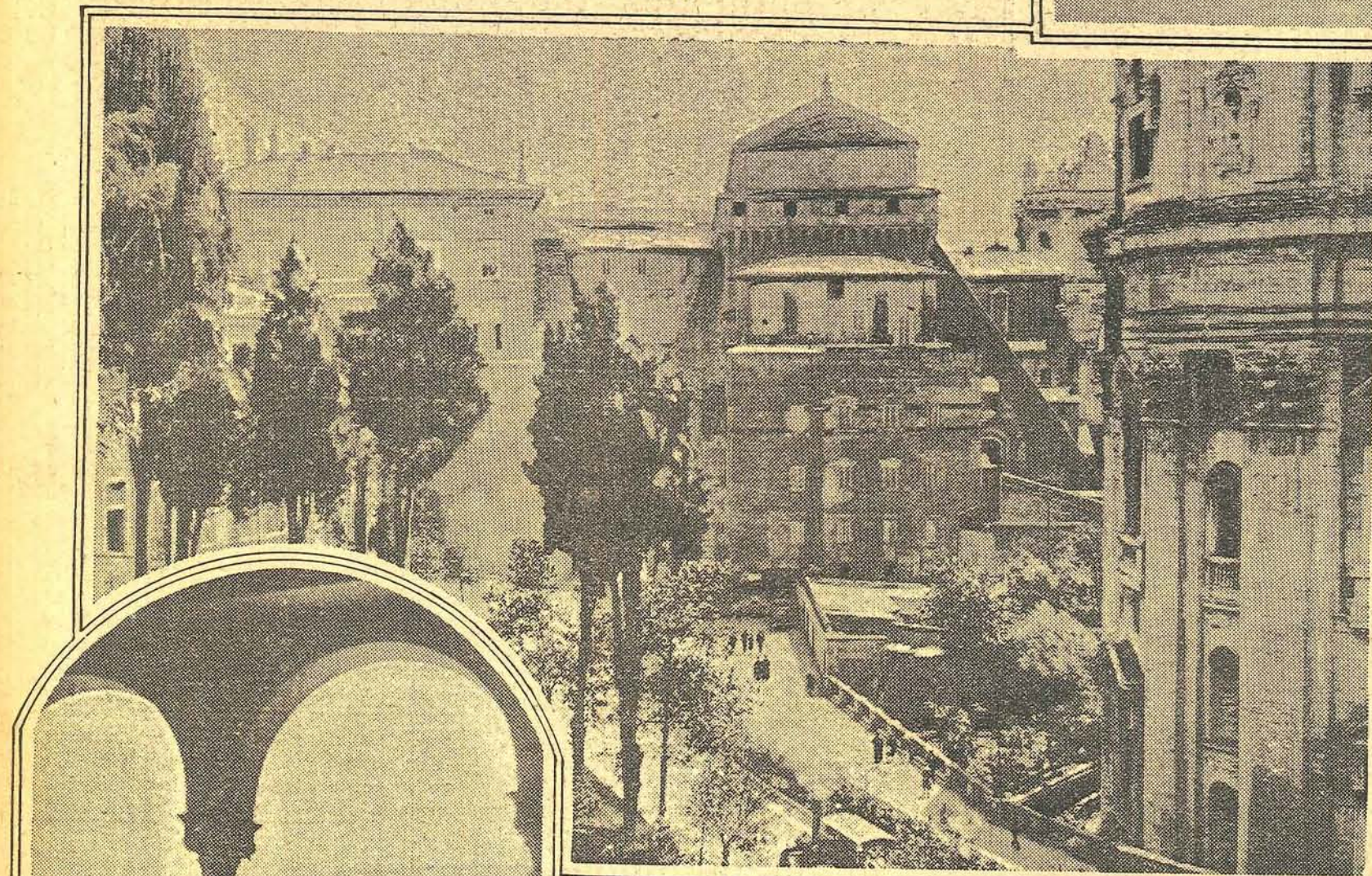
Primeras fotografías autorizadas de la nueva ciudad. Entrada principal. La puerta señala la línea fronteriza del estado italiano



Cuartel de la guardia suiza

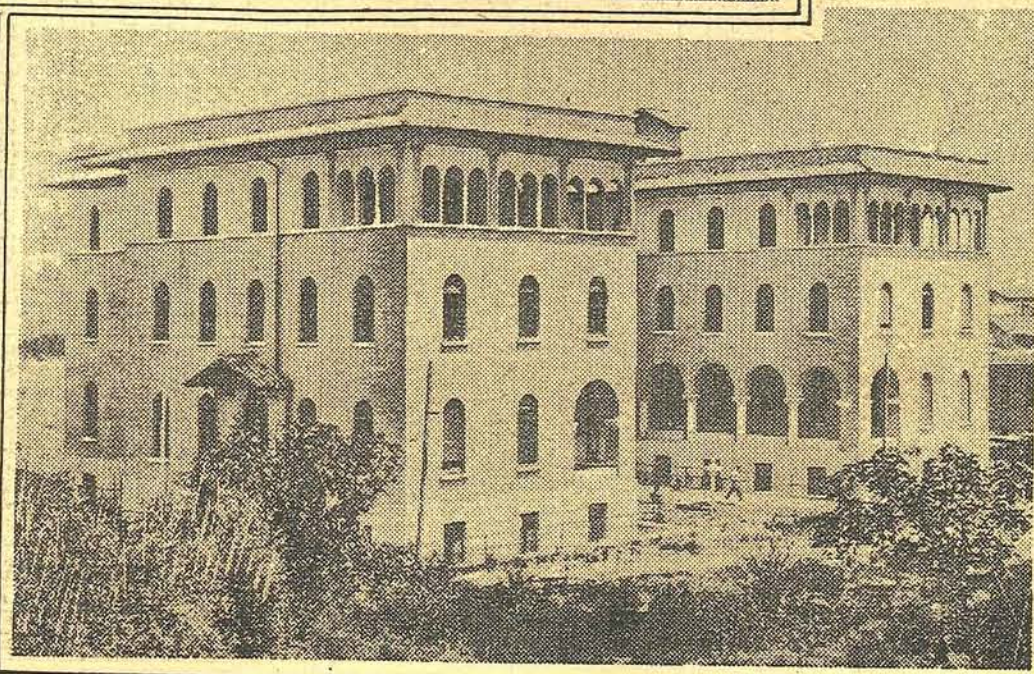


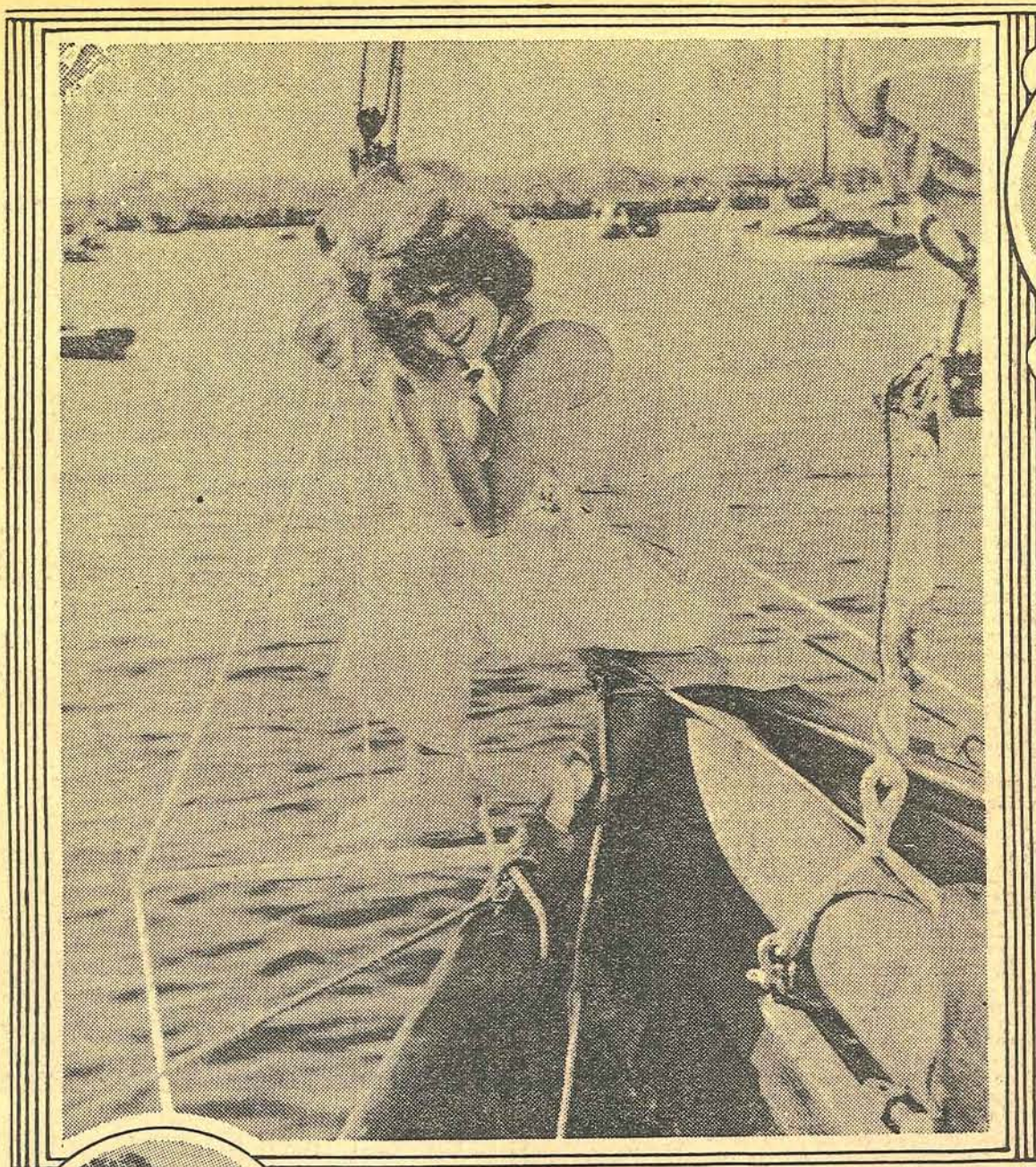
Nueva perspectiva del parque de la ciudad vaticana



Estación de radio de la ciudad

Colegio de los Etiopes





M
I
MAYOR
EMOCION
ANTE
LA
CAMARA

Dorothy Gray



La belleza de la juventud en el otoño de la vida

La belleza de un rostro juvenil no debe desvanecerse con la edad. La papada que se afloja, la garganta que se marchita y la arruga que desengaña son marcas de vejez prematura, que pueden evitarse mediante el diario cuidado de la piel. ♦♦ No todas pueden rejuvenecerse en los salones de Estética Facial que Dorothy Gray ha establecido en el No. 34 Avenue George V, París, o en el No. 683 de la Quinta Avenida, Nueva York, pero si todas pueden darse estos eficaces tratamientos en su propio hogar para llegar al otoño de la vida llevando en el rostro la frescura de la juventud. ♦♦ Pida usted un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza" donde se describen los tratamientos adecuados para cada caso, y adquiera en su tienda predilecta las preparaciones que necesite. Las mejores tiendas de la república venden las preparaciones de Dorothy Gray que usa ésta en sus afamados y concurridos salones de Estética Facial.

CREACIONES

DOROTHY GRAY

♦♦♦ Las Damas que van a París, quedan invitadas para visitar el Salón de Dorothy Gray — 39 Avenue George V. — ♦♦♦

F

Nuestro Patrimonio de Belleza

DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires

Sírvase enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos: ☐ Contra las líneas y arrugas. ☐ Contra la papada. ☐ Contra la flaccidez de los músculos y la garganta marchita.

Sra. o Srta. _____
Calle y No. _____
Ciudad _____ Provincia _____

P O R
C L A R A
B O W

(Derechos adquiridos por
LA NACION)

S IEMPRE me ha inspirado terror la idea de morir ahogada. A ello se debe tal vez que haya experimentado mi mayor emoción ante la cámara en las aguas de un torrente montañoso, durante la filmación de "Hula".

Clive Brook y yo teníamos que arrojarnos a las aguas furiosas para salvar a un perro favorito. Era aquél uno de los episodios más emocionantes de la película, y a fe que resultó demasiado para mí.

En circunstancias normales, la torrentera corría como un apacible arroyo serrano, pero una lluvia reciente había engrosado de modo enorme su caudal. La mañana en que llegamos allí las aguas mugían estruendosamente, por lo cual los directores acordaron postergar el trabajo de la jornada. Mr. Brook y yo insistimos, sin embargo, en que la escena fuera tomada cuanto antes, porque estábamos impacientes por terminar la película.

Yo tenía que arrojarme primero, atrapar al perro, hallar dificultades para alcanzar la orilla y pedir auxilio. Mr. Brook se arrojaría entonces a la corriente y nos llevaría a

tierra. Todo salió bien hasta el momento en que a Clive Brook le tocó remolcarnos hacia la orilla. Tuvo que asirse fuertemente a una rama, mientras yo me sujetaba de su otro brazo, en espera de que alguien acudiera en nuestra ayuda. Una violenta arremetida de las aguas me hizo sacudir el brazo a Mr. Brook con tal fuerza, que la rama que nos servía de asidero se quebró. Quedamos instantáneamente a merced de la corriente, que nos arrastraba hacia un gran remolino. En vano tratamos de agarrarnos a las rocas o de encontrar un madero salvador.

Brook me sostenía fuertemente por un hombro del vestido para impedir que me alejara de él. Desde la orilla nos arrojaban sogas y tablas, a fin de impedir que fuéramos tragados por el torbellino. Todo resultó inútil, pero la sangre fría de Clive Brook logró salvar el trabajo del día y la vida de dos artistas de la Paramount.

Me gritó que le soltara, que cesara de manotear, que me dejara llevar por la corriente y que tratara de mantener fuera del agua la cabeza todo el tiempo posible. Siempre asido a mi vestido, nadó serenamente hacia la margen izquierda. Arañados y magullados por rocas y guijarros, nos hundíamos y volvíamos a surgir a flote mientras nos acercábamos a la orilla. Finalmente, después de lo que nos pareció un siglo de lucha llegamos a tierra, donde brazos robustos recogieron a esta pareja exhausta por consecuencia de la gran emoción acuática experimentada.

La ELEGANCIA FEMENINA



TRAJES PARA COMIDA

Por EVA A. TINGEY

EN las comidas que se van sucediendo en el Bois, Château de Madrid o en los bailes de los domingos en el Polo de Bagatelle, las elegantes eligen los trajes más fascinantes.

Molineux presenta diáfanos modelos en tul imprimé con capas cortas.

Chéruit tiene un traje sencillo y encantador en chiffón lila ligeramente almidonado con efec-

to de organdie, volados en forma y mangas largas. Tapado de Lucile Paray, en terciopelo verde, cayendo a un lado. Mangas anchas. Traje de Jenny, en chiffón rosa

to de organdie, volados en forma y mangas largas.

Maggy Rouff prefiere el delicioso chiffón blanco con imprimé floreado. Las faldas son largas, con volados en forma, colocados en espiral, o tienen varios pequeños volados que las adornan en toda su extensión. Completan estos modelos una echarpe flexible o en forma de châle, terminados por flecos largos.

Si se prefiere la línea princesa en los trajes que caen maravillosamente en forma por detrás, hay que recurrir a Jane Régný, cuyos modelos son en chiffón delicadamente imprimé con flores sin hojas.

Los de Boulanger tienen como siempre su toque original. Alguno de sus diseños tienen un ruedo ancho con pliegues, y la falda enteramente abierta adelante deja ver un "fourreau" que hace juego con las bestas o capas cortas sujetas a los hombros. Estos modelos son en chiffón en tonos suaves con flores "degradées", todo de una delicadeza exquisita.

Grandes amapolas o "bluets" adornan los de Lucile Paray y muchos llevan un ramo de estas flores en la terminación del escote.

Las entusiastas de Vionnet encontrarán allí un sencillo traje griego en georgette liso de un colorido suave, con incrustaciones en la falda en forma de pañuelos.

Jenny tiene deliciosos modelos en chiffón negro, combinados con pequeños volados en encaje, en un estilo 1880, algunos colocados a intervalos sobre la falda. La parte superior presenta efecto de "basque".

Lelong muestra en su colección trajes preciosos en chiffón y tul negro. Algunos con diminutas alforzas y otros con volados "plissés". Uno en tul negro tiene volados colocados gradualmente desde el ruedo hasta debajo de las rodillas y en el escote del "corsage" un minúsculo volado colocado a ambos lados, uno hacia arriba y el otro hacia abajo con un moño en la unión de ambos.

Muy adelgazantes son los modelos de Irène Dana, en fino encaje negro, con drapés en forma de alas en la espalda, o efectos

Modelo de Paquin, en tul negro. Efecto de pepló en las caderas

de bolero. Los modelos en negro de Patou, son a veces del más fino encaje ciré.

Chez Lauvin su reconocida originalidad tiene aspectos muy pintorescos. Algunos son en organdie negro, con falda entera en forma sobre un "fourreau" blanco. Con ellos se llevan muchas capas o bestas.

También tienen un aire particular los modelos de Vionnet en "chiffon" negro en forma princesa, cuyo único adorno consiste en vainillas bordadas por las que aparece el "fourreau" de satén. Con algunos modelos, Chautal tiene pequeños boleros con mangas largas y flores adornando las solapas.

No debemos olvidar las fascinantes joyas que acompañan estos trajes. Las turquesas son las primeras entre las elegidas y se ven en collares, aros y hebillas de cinturones; a veces se ve un cinturón todo de pequeñas turquesas arrolladas en forma de cordel. A los corales también se les da esta forma, y se ven cristal, strass y algunas perlas.

Con los trajes de coloridos suaves se ven guantes largos color rosa carne. Con el negro los guantes son de este mismo color.

Y hablando de tapados de noche, hay las dos tendencias entre el saquito corto y las capas que hagan juego con el traje, a veces enteramente ribeteadas de piel.

Los saquitos cortos en terciopelo se sujetan ciñendo las caderas y otros con efecto de peplum. El saquito de terciopelo color rojo cereza se lleva mucho con trajes blancos y zapatos del color del saquito.

Bajo todo aspecto, esta moda sugiere un ambiente más exótico que resulta más femenino, siendo los trajes más amplios y pintorescos.

LAS JOYAS DE CONJUNTO

TODAS las grandes casas elaboran joyas para sus modelos. Los toques de color de un collar o de un broche o hebilla se emplean para acentuar el color que debe subrayarse en el traje.

Las líneas de cuello nuevas, con sus cuellos redondos o altos en cualquier forma, quitan lucimiento a los collares; por eso se usan tanto los broches, "agrafes", que dan la nota brillante o de color a los conjuntos.

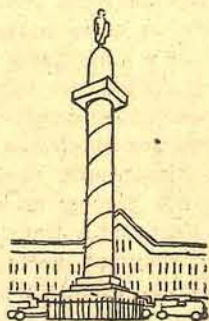
Las pulseras se usan mucho sobre los guantes largos. Las piedras en colores producen efectos soberbios sobre éstos cuando son negros.

Aunque se usan las joyas en cristal y en piedras de fantasía, siempre se prefieren que éstas sean preciosas o semipreciosas. Se ven, en las grandes reuniones, mucho coral y jade; el coral en sus tonos más rojizos. Un modelo negro, de corte sencillo, llevaba como único adorno un collar de turquesas y plata, terminado con un pendiente de turquesas.

Patou ofrece muchas combinaciones de coral y jade, y los joyeros, inspirándose en su idea, han compuesto infinidad de modelos en ese estilo.

Se lleva mucho el cristal, ya sea auténtico o imitado. Su lu-

DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Traje de Philippe y Gaston, en crêpe georgette marrón. Moño y panneaux forrados en georgette roja. Modelo de Gaston, en crêpe marocain negro y blanco. Tapado tres cuartos

minosa fosforescencia se adapta a los trajes vaporosos en chiffon.

He visto, con un vestido en chiffon y chantilly negro, un collar retorcido en cristal y azabache.

Sobre los vestidos blancos se usa una nota en color; en el collar o en el broche. Sobre un modelo en satén blanco, que caía en pesados pliegues desde la cadera y cuerpo lisos, observé un collar de granates; este motivo se repetía en un minúsculo broche a un lado del zapato, en satén blanco. Una de las joyas que más me llamó la atención fué una hebilla, colocada por Lelong sobre uno de sus modelos en encaje verde pálido. Era en forma de flor, compuesta de pequeños pétalos en strass que alternaban con piedras rojas y azules en tonos claros con transparencia de agua. Un collar angosto en strass, alternado con los mismos colores, completaba el conjunto.

Entre las joyas en piedras verdaderas hay muchas que siguen inspiraciones de carácter histórico. Algunas son egipcias, otras españolas.

Los brillantes se combinan con piedras de colores: zafiros, esmeraldas y rubíes.

Un collar angosto, que anudaba como corbata con dos tiras largas adelante, se componía de una fila de zafiros en el medio de dos hileras de brillantes.

Se usan mucho las pulseras con franjas anchas, como los collares, pendientes y aros largos en brillantes y piedras. Ha vuelto a la moda el prendedor, algunos con un pendiente que hace juego con él. Uno muy original que vi en una de las grandes joyerías se componía de un broche en turnalina en óvalo, con una placa cuadrada en jade claro grabado. Otro prendedor consistía en un grupo de rubíes, esmeraldas y zafiros engarzados en brillantes minúsculos. Los modelos de canastas en brillantes, llenas de flores, trabajadas en piedras de colores, se usan como broches para sombrero de verano; he visto también muy buenas imitaciones.

Uno de los collares más lindos

Traje de Patou, en georgette azul oscuro; la blusa en georgette blanca con vainillas

que vi fué en un gran concierto, en la sala Pleyel, en que estaban congregadas elegantes de la sociedad más distinguida parisiense e internacional. El traje era blanco, de un corte de una sencillez clásica; el collar era en brillantes y lápizlázuli; una pieza en lápizlázuli grabado alternaba con una hilera de cuatro o cinco brillantes. El pendiente se componía de un rectángulo en lápizlázuli grabado, con pequeñas borlas en brillantes.



EL SEPTIMO ARTE

películas hace que los "extras" se sientan millonarios y el capricho lo demuestran en impecable vestimenta. Este exhibicionismo generalmente causa sus serios compromisos con bondadosos sastres y pérdida de dinero inútil en las producciones que trabajan, y en la que vivamente desean destacarse sobre el resto de sus compañeros, si no por el talento histriónico, por lo menos como maniquí de sastre.

*** Para empezar, diré que si el director de reparto rehúsa dejarse convencer por la apariencia arrogante de un "extra", que no se presta para trabajar en una escena de "monotón", el ambicioso sale corriendo de la oficina y cambia tan pronto como le sea posible el elegante traje por otro descolorido y viejo—veterano de campañas de hambre—, regresando a la oficina con la seguridad de que el cambio a lo Frégolet le proporcionará el resultado esperado. El "extra", ya dentro del "lot" y en escena, se convierte como por encanto en "todo oídos", observando atentamente las indicaciones que el director hace a la estrella. Todo esto como en un disco queda grabado en la mente del "extra".

*** Llegado el momento en

que las órdenes de "silencio" y "cámara" son dadas por el asistente del director, el "extra"—como es de rigor—ocupa en escena el lugar de costumbre, o sea el de retaguardia, pero gradualmente, y sin que el director se dé cuenta, poco a poco va avanzando hasta llegar a ocupar el frente, e inmediatamente se pone a seguir al pie de la letra las indicaciones del director que van dirigidas a la estrella, creyendo que en esta forma probará inequívocamente al director su superioridad y dominio absoluto de las cámaras y micrófonos en la dificultosa parte que está interpretando el actor principal.

*** Está de más agregar que sus esfuerzos han arruinado la escena y la estrella se ha distraído y se ha puesto de mal humor.

Resultado: que el director también ha compartido de buen grado la impaciencia de la actriz o actor, justificando la acción de que éste le enseñe la puerta, y un par de palabras más o menos ásperas y desentonadas siguen al talentoso...

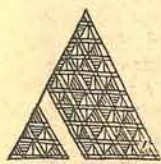
*** Resulta también superfluo mencionar que al "extra", gentilmente despedido, se le ve a la mañana siguiente frente a la puerta del "studio", haciendo cola en la larga fila que diariamente forma el "talento anónimo" a la espera de una "chance". Y tan feliz y sonriente como pocos minutos antes de producirse el pequeño contratiempo, resultado de su irresistible ansia por ser "descubierto".

LAS AVENTURAS DE NENA Mujer prevenida, vale por dos Gracias a la CREMA HINDS



CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, julio de 1930



pesar de las bruscas alternativas de las cotizaciones en la Bolsa de comercio neoyorquina, que, dicho sea de paso, tiene media loca a la colonia filmica, el lujo y la extravagancia continúan siendo la nota de moda que se destaca en todo Hollywood. Los grandes "parties" realizados en las residencias palaciegas y en los hoteles de lujo, los días de moda en el Casino de Tiajuana, en cuyos amplios salones abundan las mesas de ruletas y bacarat, hacen que den, más que la nota elegante, la del despilfarro desatinado. Desde la cima al llano el tiempo a emplearse en el recorrido es siempre mucho menor, y muchas de las relucientes estrellas que hoy se sienten complacidas en firmar cheques y hacer derroche de lujo, tal vez mañana regresen al empleo que abandonaron para entrar al cinematógrafo.

Los expertos del "mike" de una de las "leading" empresas cinematográficas, han descubierto que en la impresión de escenas de calles de ciudad las reverberaciones eran demasiado fuertes para que los micrófo-

nos pudieran recogerlas debidamente. Los expertos de referencia acaban de dar con la solución de lo que parecía todo un problema de grabación, pues el procedimiento puesto ahora en práctica se basa sobre la combinación especial de ciertos cementos o concretos que comúnmente se usan para pavimentos; esta combinación se extiende sobre un tejido de cuerdas que reposa sobre una superficie de corcho de dos pulgadas de espesor. El nuevo procedimiento, a emplearse en lo sucesivo en todos los "sets" del estudio donde entren escenas de calles, ha sido empleado con todo éxito en la primera película parlante española de Buster Keaton, titulada "Estrellados".

Maurice Chevallier, que se ha convertido en uno de los ídolos del público, continúa aún en busca de una "partenaire" para que comparta los honores en su próxima producción cinematográfica-musical.

Varias damitas americanas han sido ensayadas frente al efervescente actor, con el resultado de que las damitas no han podido mantenerse a flote. La personalidad de Maurice, lejos de prestarse como salvavida, les resultaba como plomo.

La simpática Lillian Rooth pareció en un momento que sería la única en salir airoso de la prueba, pero a última hora, cuando todo estaba listo, el destino le robó la oportunidad. El destino en este caso fué el director Brown, que la solicitó para rehacer algunas escenas de su película y en la que Lillian tiene un importante pa-

pel. Chevallier continúa entregado a la pesca de la damita.

La historia de la vida de aventuras de la bailarina Mata Hari será llevada a la pantalla en todos sus detalles.

Marlene Dietrich, la actriz alemana que desde hace algunos meses se encuentra en esta ciudad, será posiblemente quien interprete el papel de Mata Hari. El director Joseph von Sternberg dirigirá la producción inglesa, que constará también de una versión parlante alemana.

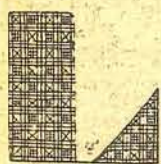
Adolfo Menjou acaba de firmar un contrato con la compañía Metro Goldwyn Mayer, que tendrá derecho a los servicios profesionales del actor por un período de cinco años. Menjou, además de actuar en las producciones para consumo americano, hará también las versiones españolas y francesas de las cintas parlantes que la empresa designe.

LINEAS SUELTAS

A alguna persona se le ocurrió decir que los "extras" podían hacer una fácil fortuna en Hollywood, y los continuos "atropellos" que casi diariamente se registran en el "Estado del cálido clima" no han producido otro resultado más beneficioso, que la ciudad cinematográfica, además de ser famosa por su industria gelatinosa, también lo sea por tener la mayor cantidad de desocupados de ambos sexos que pueda registrar cualquier otra ciudad de los Estados Unidos.

*** El irresistible deseo de ganarse una "chance" en las

LA VERDAD SOBRE EL CABALLO CRIOLLO



A genealogía del caballo argentino arranca, sin duda, del plantel español introducido por don Pedro de Mendoza en 1535, según la referencia de Schmidel. Crónicas posteriores indican que: "Cuarenta y un años después, cuando don Juan de Garay volvió y fundó por segunda vez la ciudad y puerto de Santa María de Buenos Aires, innumerable ganado caballar pastoreaba en los campos vecinos en estado absolutamente salvaje".

Los querandies, que al principio no sabían qué uso hacer de ellos, cuando comprendieron la utilidad que podría prestarles, principalmente en la guerra contra los invasores, se apoderaron a tiros de boleadoras de cuantos animales les fué posible, cuidando de que los que quedaban no se dispersaran o fueran diezmados por los pumas.

Al principio, el clima favorable y los buenos pastos de la zona adyacente al Plata, permite a los caballos adquirir un gran desarrollo óseo y grandes energías. Crecen en libertad, bien alimentados y se les utiliza, cuando la formación esquelética ha adquirido completa solidez. De este modo, la raza prospera y se forma el caballo que desde el siglo XVI hasta hace pocos años ha dado pruebas de una resistencia no superada en ningún período de la evolución de la especie. Sin el método de vida extraordinario que caracterizó ese período de la reproducción equina habría sido imposible obtener la caballada que sirvió en los ejércitos de la independencia; para la realización de la gloriosa epopeya no habrían sido los admirables caballos de los gauchos de Güemes, ni luego los que sirvieron en las guerras civiles, donde la fatiga, el hambre, la sed, el sufrimiento, pusieron a prueba la naturaleza de su temple.

En la actualidad, en progresión inversa al agrado de la civilización, los caballos del país han degenerado. Como la humanidad, según la expresión de Ribot, se ha hecho más sensible al dolor a medida que el refinamiento aumenta, los caballos se han eliminado de sus funciones legendarias transformados en seres casi hiperestéticos, que son la sombra de sus remotos antecesores. Pero, es verdad, que en este cambio ha influido también el cambio de alimentación y de métodos de vida, impuesto por el avance de la agricultura y de los medios de tracción mecánica.

Los querandies de 1600 al 1700 formaron la gran raza, habituándola a las largas jornadas y a la vida libre y agitada de la Pampa.

De ahí arranca la aptitud insuperada del caballo criollo que pertenece a la tradición. La gimnasia violenta y variada a que por largo tiempo lo sometió el indio y luego el gaucho, hicieron de él un animal de una agilidad, coraje y resistencia insuperable. El cruzamiento le ha hecho perder ahora esas aptitudes y difícilmente podrá recuperarla, no sólo por razones que residen en su misma evolución físico-morfológica, sino porque, lo repetimos, el medio ambiente ha cambiado.

Ya no se hacen grandes jornadas, ni los grandes trabajos rurales en los cuales el "criollo" ponía a prueba sus cualidades, al mismo tiempo que se templaba como el acero en la fragua.

El "criollo" actual es un caballo de picadero, tan frágil y delicado como cualquiera de las razas importadas.

Todo cuanto se haga por revivir sus cualidades ancestrales

les será inútil. Con la fundación de los registros genealógicos de su raza no se conseguirá otra cosa que agregar un "pedigree" más a los muchos que ya figuran en los registros genealógicos de nuestra ganadería.

Los estancieros afiliados a las asociaciones compuestas para difundir la raza criolla a base, según dicen, de antecesores auténticos, salidos de tribus autóctonas perfectamente identificadas, realizan una tarea ficticia, pretendiendo revivir en el criollo moderno las cualidades del criollo antiguo.

Formarán solamente una ra-

habría "perpetuado" sin degenerar.

La selección natural pocas veces ha dado buenos resultados. Ella queda demasiado librada a la influencia de la consanguinidad — cuchillo de dos filos, según Sansón — que ha dividido en forma irreducible la opinión de los naturalistas más autorizados. En los largos períodos de la reproducción arbitraria nadie ignora que la consanguinidad tiene el gran defecto de producir una sensible disminución del poder fecundador de las razas y que fácilmente se llega a la esterilidad absoluta.

El publicista brasileño Apollonio Pérez, en su libro "Industria Pastoral en Pernambuco", página 110, agrega: "A reprodução entre consanguíneos que, como está provado, dá pessimos resultados na especie humana, entre animais e de efeitos surpreendentes "quando bem dirigida", tanto que se pode asseverar que os mais brilhantes resultados obtidos pelos ingleses no aperfeiçoamento de seus gados foi por intermedio da reprodução entre consanguíneos. Esse contraste quanto aos resultados entre a consanguinidade na especie humana e nos animais

todos de alimentación y gimnasia funcional especiales.

Este sistema combinado es lo que se llama "selección zootécnica" y es lo que ha dado al mundo el magnífico caballo de carrera inglés, el Shorthorn y otros animales finos.

El caballo de carrera inglés no ha decaído en el transcurso de tres siglos que hace que se inició su mejoramiento utilizándose al efecto la "selección zootécnica", es decir, los métodos combinados de alimentación y gimnasia funcional.

Esto último lo constituyó el "training", que se remonta al año 1650, época de Carlos I de Inglaterra y de Oliverio Cromwell, iniciándose el "entraine-ment" francés en 1776, con las primeras carreras corridas en Sablons.

El resultado del régimen de alimentación es muy conocido: El racer se transformó en puro músculo, tendones, nervios, arterias y venas, eliminándose en un grado increíble la grasa, el agua y las carnes de su cuerpo y en cuanto a los progresos que obtuvo en la gimnasia funcional, el zoólogo Cornévin los ha descripto, refiriéndose en particular a la transformación del raquis, del pecho y de los radios óseos, sobre todo de los metacarpianos y metatarsianos principales, fémur, tibia, paletilla, ligamentos, músculos, etc., incluyéndose en dicha transformación su conductibilidad nerviosa, que ha hecho del Thoroughbred el animal vivaz y ágil que todos conocemos.

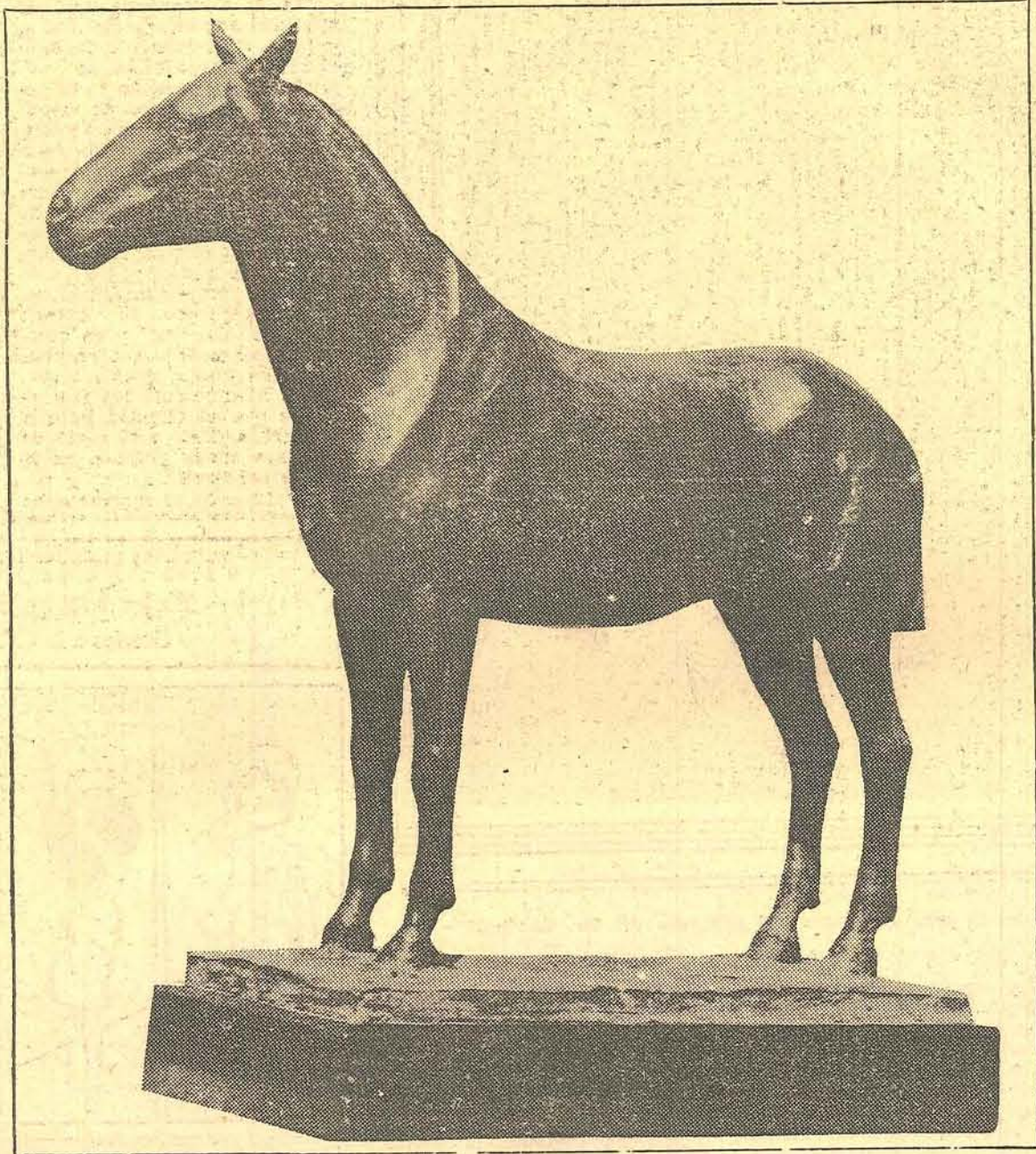
Y esto se ha logrado, repetimos, a base de la selección zootécnica. Si el racer inglés hubiera quedado librado a la selección de que ha sido víctima nuestro caballo criollo, sería hoy una sombra de aquellos animales que cubrían la distancia de 4000 metros en 4 minutos en las carreras de los antiguos hipódromos británicos.

De acuerdo con lo expuesto, se puede decir que la formación de la raza criolla recién se inicia ahora a base de los planteles, sin pedigree existente en el país. Lo que ella será en el futuro es un enigma, pero se puede adelantar que no ha de ser lo que fué la raza descendiente de los caballos importados por don Pedro de Mendoza, en aquellas características que los hicieron famosos durante la guerra de la independencia y en las luchas civiles que la subsiguieron.

No existe ya ni el medio ambiente en el cual ejercitaban su energía, su vigor físico—que, aunque sin base técnica, era una especie de gimnasia funcional muy eficaz—y tampoco se le somete por designio preconcebido a fatiga alguna, ni a ejercicio violento, que resucite en él las cualidades perdidas.

Se procede con el criollo de "pedigree" de un modo completamente contrario a su tradición. ¿Cuándo se vió el criollo haciendo la vida que hace el "racer" en los haras modernos? Si la molición es en la raza humana causa de degeneración y decadencia, con más razón ha de serlo en los seres nacidos para el esfuerzo físico y mucho más para esta clase de animales cuyo "estado perfecto" era el trabajo, las privaciones y la vida a la intemperie.

Es posible, sin embargo, que una gimnasia funcional adecuada a su naturaleza llegue a dar resultados sorprendentes y a revivir al antiguo caballo gaucho. Porque si la generación, según Scheler, no mejora por sí misma, hay que recurrir a los medios artificiales, a lo que Sansón ha llamado "la technologie des machines animales", nunca a la fórmula selectiva de que se alardea en el trashumante pendón de la raza caballar "criolla".



El caballito criollo, en cuya atabanza compuso Belisario Roldán sentidas estrofas, el "pingo" sobrio e infatigable, para cuyo linaje conquistaron el "Gato" y el "Mancha" laureles perdurables, ha sido plasmado por el arte de Octavio Peró en "bronce perenne"

za "criolla" de reciente genealogía, una raza troncal, a base de los caballos actuales, pero sin los caracteres fundamentales de sus antepasados.

Nada tienen de aquéllos los ejemplares que los criadores porteños presentan en las exposiciones de Palermo. Si la morfología no es la misma, menos es todavía la fisiología equina criolla que ostentan los hermosos y muy simétricos caballos premiados en esos certámenes.

Que se quiera "formar" una "raza criolla" está muy bien en un país eminentemente ganadero que no posea otras razas de "calidad" que las razas importadas. Pero pretender que los lindos caballitos de la "nueva raza argentina" continúen la tradición de los antiguos caballos criollos y que perpetúen sus insuperadas cualidades, es algo que ultrapasa los límites del más absurdo snobismo.

"La rigurosa selección natural de cuatro siglos", como se dice por ahí, es sólo una frase hueca. Lo prueba el hecho de la degeneración de la raza. Si hubiera habido "selección", lógicamente, el tipo inicial se

Así lo sostienen Buffon, Bourgelat, Hartmann, Dombasle, Magne, etc.

De ahí nació lo que en los círculos ganaderos se llama "refrescar la sangre", especie de cruzamiento substitutivo, tendiente, no a absorber una raza, sino a devolverle su extinguido poder, en la mayor medida posible.

Se deduce de esto que "la rigurosa selección natural de cuatro siglos" del caballo criollo, de que se alardea como un gran mérito de la raza, es un verdadero absurdo, que está completamente en contra de las leyes de la generación animal.

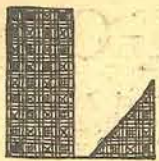
Tan largo período de reproducción consanguínea ha tenido que hacerse sentir más bien en contra que a favor de la raza. Y mucho más—como dice Dart—"cuando la consanguinidad puede ser tan potente para lo malo como para lo bueno".

CARLOS
NESTOR
MACIEL

certo será derivado ao factor psychico que nao existe quanto a estes ultimos. O methodo da consanguinidade, porem, carece "ser usado" com muita cautela porque assim como duplica no producto as boas qualidades, "tambem duplica os defeitos", facto que deo motivo para que Sanson o comparsasse uma arma de dois gumes...

Después de cuatro siglos, no podía suceder otra cosa y así lo estamos comprobando ahora, sin recurrir a lo que enseña la zootécnica, en la propia decadencia de nuestro criollo actual. Si la selección de que se habla hubiera existido y fuera tan buena como se pretende, ocurriría con él lo mismo que sucede con el Thoroughbred inglés. No ha sucedido lo mismo porque la selección del Thoroughbred ha sido a base de "selección zootécnica" y no de "selección natural".

En ésta sólo existen los métodos naturales de la genética que en su tiempo preconizó Bourgelat y que fueron desechados muy pronto, para ser reemplazados por un sistema combinado, en que, con la función genética, se aplicaban mé-



A primera vista que hicimos a Elstree (nuestro Hollywood embrionario) fué salpicada por unos incidentes novelescos y de carácter inesperadamente cinematográfico.

Impulsivamente resolvimos hacer una visita a los "studios" — la primera de una serie — sin tomar la precaución de pedir el permiso necesario, o a lo menos, arreglar una cita con alguna persona cuya situación sirviera para franquearnos la entrada tan cuidadosamente protegida contra el público curioso y estorbador. Esta decisión imprudente fué debida a que se le ocurrió a una amiga ir un sábado por la tarde para dejar una selección de sus retratos con el "casting director" (director de los elencos). Hace poco ella había tomado parte en la versión cinematográfica de la comedia de Ivor Novello, "Sinfonía en dos be-moles", cuyo argumento se traduce más bien por "Drama en dos departamentos". El papel que le había tocado fué microscópico, pero le ofreció la oportunidad de conocer el terreno en el cual se desarrollan las actividades de la British International Pictures, y sabía que una entrevista con el mencionado director, Sr. Allan, bien podría evitarle interminables antecámaras en las agencias con centenares de otras aspirantes a figurar como "crowd", y conseguir algún papel que, por pequeño que fuera, podría resultar el primer eslabón de la escalera gloriosa que conduce al firmamento estrellado... Fué ella, pues, quien nos propuso llevarla a Elstree en nuestro coche, un vetusto Delage que esconde gallardamente sus años y los achaques debidos a su edad bajo un exterior de aristócrata venido a menos.

Llegamos sin novedad a Elstree y nos dirigimos por la calle principal de esa tranquila aldea al gran local ocupado por la British International Pictures. En el gran portón que da acceso a la propiedad tuvimos que afrontar a uno de esos personajes importantes — celosos guardianes de tantas puertas en Inglaterra — un "commissionaire", en cuyo pecho brillaban varias condecoraciones acreditando su participación en otros encuentros de bien distinta índole...

"Commissionaire": "¿Qué puedo hacer para ustedes?"

Señorita A: "Tengo una cita con el Sr. Allan".

"Commissionaire": "¡Ah! Bien. Sirvase dejar el coche al otro lado" — confidencialmente —. "Este lado está reservado para los de las estrellas".

Señorita A: "¿Pero por qué ir del otro lado si ya estamos en éste? Como nos vamos a las tres, francamente no vale la pena".

"Commissionaire", algo intimidado por el modo autoritario y la lógica indiscutible de su interlocutora: "Bueno, hasta las tres no más".

El portón se cerró detrás de nosotros, con finalidad, pero ya estábamos del otro lado. Encantados con el éxito que había coronado nuestra tentativa de "gate-crashing" (americanismo muy de moda que significa abrirse paso sin entradas o invitación), nos dirigimos al restaurante, cuya ubicación ya conocía la señorita A.

Con excepción de una mesa en un rincón reservada para las "estrellas", el ambiente del restaurante es — como en Hollywood — esencialmente democrático y todo el mundo que trabaja en los estudios come ahí fraternalmente, y a precios reducidos.

Aparte de un gran número de oficiales y soldados alemanes y varias vampiras, todos con maquillaje amarillento, los comensales no se distinguían en nada de los clientes de cual-

DE VISITA EN ELSTREE

POR
LUCIA
WALKER
LEIGH

(Para LA NACION)
LONDRES, julio de 1930

quier restaurante en cualquier parte del mundo.

Durante el almuerzo averiguamos que para entrar en los "sets" era imprescindible munirse de un permiso especial de un señor Grossmann — inabordable sin su consentimiento previo por escrito — así que el futuro inmediato se presentaba de modo no muy prometedor. Ciertamente que yo llevaba en la cartera un pequeño documento que me llenaba de orgullo acreditándome como corresponsal temporaria de LA NACION, pero dudábamos de su eficacia como pasaporte sin tener a quien presentarlo...

Al salir del restaurante, nos encaminamos hacia el edificio en donde nos indicaron que el señor Grossmann tenía su oficina, confiados en la inspiración del momento o alguna casualidad para llegar a verle. Sin embargo, el dragón de las puertas velaba, y detrás de nosotros vino corriendo el "commissionaire" para preguntar: ¿A dónde van ustedes?

Señorita A: "Es que deseo hablar con el Sr. Grossmann".

"Commissionaire": "Pero, señores, no es posible sin tomar hora por escrito para ser recibidos. Además, me han dicho que tenían cita con el se-

ñor Allan; soy yo el que sufre después de haber dejado entrar a personas"...

Señorita A (con altivez): "He dicho que veré al señor Allan. Pensábamos presentar nuestros saludos al Sr. Grossmann, de paso. Para evitarle a usted cualquier contratiempo, me dirigire en seguida al escritorio del Sr. Allan".

"Commissionaire": "Muy bien, señorita, pero usted comprende"...

Subimos una larga escalera hacia las alturas donde reina el tal Sr. Allan. Nuestro "chauffeur" y pariente nos había abandonado con gran desagrado, "Yo no sé como ustedes pueden meterse así"...

Nos recibió cortésmente la secretaria del Sr. Allan y dijo que ese señor ya se había ido y que generalmente no regresaba los sábados por la tarde. Bajamos la escalera pensa-

tivos. Ya eran casi las tres de la tarde, y sería bueno sacar el coche y volver a Londres. Estábamos de acuerdo que si yo quería escribir sobre las actividades en Elstree sería conveniente arreglar de antemano cómo obtener los datos necesarios. Nos esperaba el pariente aburrido e impaciente. "¿Exito? ¿Que no estaba? ¡Dios mío! Vamos a buscar el coche lo más pronto posible y volver a casa. Francamente"...

Nos dirigimos hacia la salida cuando de repente nos salió al encuentro un joven:

"¿Digame, es suyo ese Delage colorado que está en el "garage" reservado para las estrellas?"

"Sí, pero justamente nos íbamos en este momento".

"Mire, si ustedes pueden quedar un rato aun nos harían un gran favor. Soy uno de los directores aquí, y hace días que buscamos en todas partes un coche tal como el suyo. Si usted nos permite usarlo en la "filmación" de una escena en "The W. Plan", que estamos por tomar, nos saca de un apuro tremendo. Naturalmente, le abonaremos a usted una suma adecuada por el uso de su coche".

El Pariente: "Encantado —

pero a condición que usted me da un papel en el "film" también". "Veremos — creo que no habrá mayor dificultad si no le importa hacer el papel de un oficial alemán. Bueno, arreglado entonces, ¿y estas damas?"

Yo: "Deseo hablar con el señor Grossmann, pues"...

El: "Venga conmigo, la llevaré en seguida; creo que justamente está desocupado en este momento".

Al explicar mi cometido al señor Grossmann, quien nos recibió con toda amabilidad, en seguida nos dió un permiso general para visitar a todos los "sets" donde "filmaban" esa tarde, y puso a nuestra disposición un joven para allanar cualquier dificultad que se nos presentara.

Fuimos llevados primero al "set" del conocido director, Alfred Hitchcock, quien trabajaba en la versión alemana de la novela de Clemence Dane, "Enter Sir John", cuyo intérprete principal es el célebre actor alemán, Alfred Abel, que recordamos haber admirado tanto en "Metropolis". Estaba sentado en un escritorio esperando algo. Esperamos nosotros un buen rato también para ese "algo", pero cuando nos dijeron que el micrófono no funcionaba y que el "hold-up" podría durar diez minutos o dos horas, decidimos pasar al "set" de A. E. Dupont, donde "filmaban" una película llamada "Two Worlds". Entramos un momento antes de encenderse la luz colorada. Habla Dupont: "¡Luz! ¡Cámara! ¡Silencio! Un momento de expectativa, el hombre que maneja el "clapper" (dos trozos de madera que se golpean juntos para iniciar el momento exacto en que debe empezar la sincronización fotográfica y del sonido) golpea sus maderas, y toda la escena, como por un soplo mágico, se anima. El grupo de oficiales alemanes juegan al ajedrez, a las cartas, conversan, canta un gordo acompañado con su guitarra: "¡Madchen, Madchen. Basta!", exclama Dupont, y vemos hacerse de nuevo la misma escena varias veces. Sentada cerca de nosotros estaba la joven señora Dupont, mujer del director, casada hace unas semanas, quien, según un electricista comunicativo, acompañaba siempre a su novel marido aunque trabajase hasta altas horas de la noche...

El "cameraman", quien colabora con el señor Dupont, es el conocido Roshier, cuyo trabajo con Mary Pickford y Douglas Fairbanks durante once años ha hecho de este inglés nato un valioso cooperador en la nueva industria cinematográfica inglesa.

Pasamos luego al "set" del director V. Saville, donde vimos llegar el tren en el Bahnhof de Mainz y bajarse un pelotón de soldados alemanes, quienes se dispersaron por el pueblo. Luego, Bryan Aherne, el héroe, llegó a la estación en un automóvil cubierto de barro, que parecía bastante gastado por las exigencias de la vida militar y los rápidos viajes que el pobre vehículo haría por las zonas de batalla. Después un landó tirado por un par de briosos caballos llegó a la estación y vimos bajar a dos oficiales alemanes, quienes se dirigieron a la plataforma y tomaron el tren para algún destino que el secreto militar no nos reveló. El rostro de uno de estos militares me era singularmente familiar, y, sin embargo, ¿quién puede explicar esas extrañas coincidencias de la vida diaria?

Finalmente, fuimos al "set" dirigido por Monty Banks, donde "filmaban" una pieza llamada "George Clark's car", con el mismo George Clark y una artista llamada Maimie Watson. En un lujoso salón de ventas este señor Clark con su familia, mujer y dos niños de corta edad, después de una indecisión desesperante se insta-

CASOS Y COSAS

REFLUJO

No sé si alguien ha constatado la influencia que los discípulos suelen alcanzar sobre el maestro, sobornando su vanidad magistral, corrompiéndole a veces.

¿GENERO EPISTOLAR?

Cuando las cartas se escriben sin pensar en el público, es muy difícil que tengan alcance literario, por más que digan. Cuando son escritas con voluntad estética, no son cartas.

EX DONO

Podemos, cavilando abstraídos, no prestar atención al paisaje que tenemos ante nuestros ojos; pero él se mira en nosotros y eso tiene que significar algo para nuestra cavilación.

EL EQUILIBRIO

Un equilibrio entre la piedad de la muerte y la impía alegría de vivir: eso somos.

EL PLATO DE LENTEJAS

También nuestro corazón es razonable y por lo común debemos agradecerle el que no ponga sus miras en lo inalcanzable. Si no fuera tan propenso a vender su razón por un plato de lentejas...

PERSPECTIVA

Lloramos la pérdida de nuestra juventud, menos acaso por sus prestigios de tal, que por haberse ido para siempre.

ASOCIACIONES

Un hombre inteligente, pero probo, está expuesto a pasar por menos listo que cualquier otro malintencionado.

DISTANCIAS

El auténtico hombre de letras guarda por sus colegas inferiores no un desprecio profesional, sino un desdén de casta o un horror religioso.

LA MISERICORDIA EN CASA DE LA FILOSOFIA

Al contrario de la ley de defensa social, la filosofía está obligada a perdonar el crimen. Si el delincuente es capaz de remordimiento, ya tiene bastante con ello. Si no, es que no tiene conciencia de lo que ha hecho y es un "irresponsable".

ACROBACIA PARDA

Dar un salto por encima de sí mismo, eso es la autobiografía.

SINE QUA NON

—¿Está también permitido pensar a un poeta?

—¿Por qué no?... Pero sin arrugar la frente.

JUEGO SIN RECURSO

El verdadero amante es el jugador que sólo juega a cara o cruz.

PRIVILEGIOS

La sencillez de gestos o de estilo es elegancia que sólo pueden gozar los grandes de verdad, como el viajar de incógnito es lujo que sólo a las celebridades está permitido.

BAJO SIETE LLAVES

No una, siete máscaras llevamos, pero todavía nos asoma el hocico a veces.

ENCUCIJADA

Tan difícil le era resignarse a creer que Jesús de Nazaret fuese verdaderamente Dios, como resignarse a creer que fuese solamente un hombre.

FISICA DEL BESO

Cosa blanda e insignificante sería acaso el beso si detrás de los labios no estuviesen en acecho agudo los dientes.

ESTO Y AQUELLO

Te digo en verdad que no es más difícil hallar un corazón de amor entre las profesionales del amor, que un corazón de poeta entre los profesionales de la poesía.

LA ACTRIZ

La vida es una actriz trágica, pero siempre es una actriz...

DEMASIADO HUMANO

No hay que renegar del dolor, ya que es inútil, pero cantarle loas, es una hipocresía humana, demasiado humana.

ANVERSO Y REVERSO

Qué sería la honorabilidad para los honorables, si consistiese menos en cumplir con sus dictados morales que en guardar celosísimo el derecho a escandalizarse.

LA VOCACION DE LA VIDA

Lo que amamos en la belleza es siempre la dicha, es decir, la vida, aun por rebote, como cuando cantamos a la muerte.

¿CHI LO SA?

Acaso alguien se crea con derecho a afirmar que la perfecta indiferencia religiosa es una de las formas que puede revestir la limitación sectaria y aun el fanatismo.

EL OBICE

No le creen a causa de su hermosura, pero nadie es tan sabia en profundidades como la perla.

EL ARTISTA FRENETICO

Esa mujer se apasionó tanto que llegó a olvidarse de sí misma, y así perdió su gracia ante los ojos del amado.

A DESTIEMPO

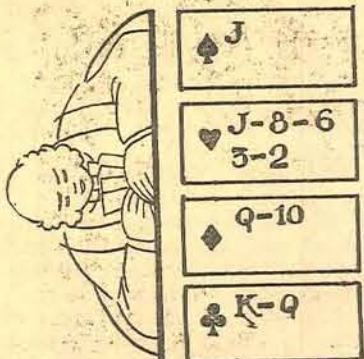
Cuando se llegue a probar científicamente la existencia del alma, será tarde, porque ya no tendremos alma.

LUIS FRANCO

PALOS • LARGOS



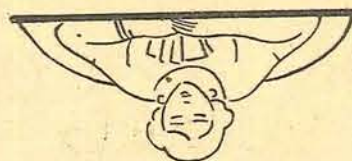
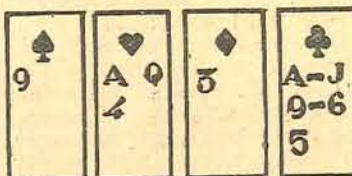
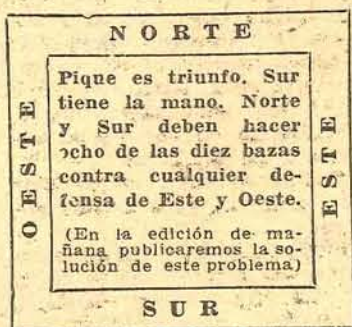
Pero si el jugador que posee ese A-K-X-X-X-X-X-X-X, no tiene otras entradas, el éxito de esa salida de As depende de la carta mayor que acompaña ese As 7 Rey. Si fuera el valet, debe intentarse pasar las ocho bazas, y el sólo obstáculo a temer será el de encontrar la Dama guardada



Pariente: "Como no, creo que me convendría, pues estoy

Con el encabezamiento de As, Rey y Valet, y algún indicio (deducido de la declaración) de

 K-Q 10-3	 9-5	 8-7	 3-2
--	--	--	---



Palo de seis cartas encabezado por A - K - J (A-K-J-X-X-X). Esta fórmula determina la salida de As, al cual seguirá generalmente el Rey si se poseen otras entradas. En algún caso, como excepción depen-

Palo de seis cartas por As, Dama y Valet (A-Q-J-X-X-X). No teniendo entradas, atáquese con la Dama. Si nadie tomara esa Dama, continuase con el As, sobre el cual el compañero deberá jugar el Rey, si lo tiene. Si fuéramos sorprendidos por el Rey, guardado en el "muerto", debe continuarse francamente con el valet para dificultar la acción del declarante, que no sabrá si el As está a la derecha o a la izquierda, y al mismo tiempo reservarse una probabilidad de volver a tomar la mano.

Teniendo una entrada, con-

K-Q-10-X-X-X obliga a la salida de Rey, para impedir que el declarante pueda hacer la baza con otra carta que no sea el As, quedando así en perfecta horquilla sobre el valet, si se encuentra en la mano del mismo.

Passa a menudo que el declarante, teniendo el As y el valet en su mano, no teme ese Rey, contando sobre la insistencia en el mismo palo de parte del atacante. La carta jugada por nuestro compañero y las expuestas, pueden, algunas veces, dejarnos suponer la existencia del peligro y, en este caso, la mejor respuesta es abandonar ese palo, a la espera que nuestro compañero tome la mano.

Con Q-J-10-X-X-X, atáquese de la Dama. Esta jugada tiene todas las ventajas y ningún peligro. Con o sin triunfo, siempre resulta la mejor salida.

to de infantería española en la guerra de Cuba...

Hasta que un día—una noche—Victorio, como si tuviera ganas de que lo velaran en la sala, murió. La empresa resolvió enterrarlo por su cuenta. Su cuerpo ocupó el lugar de tantos muertos desconocidos y vinieron a velarlo todos sus compañeros de trabajo familiarizados con la muerte. Llenaron la sala y el vestíbulo y la noche íntegra la gastaron en recordar anécdotas picantes y cuentos en salmuera. La casa estallaba en carcajadas a cada minuto. La mujer iba y venía trayendo café, copitas de coñac y anís para todos aquellos excelentes camaradas de su marido y de ella. Se ahogaba, estrangulando suspiros, enceguecía evitando llorar. Dábale vergüenza en señar la miseria de su dolor, como si con ello demostrara no haber sido digna esposa del encargado de una casa de velorios. Ella también quería demostrar que estaba familiarizada con esa desgarrante pena de ver marchar del mundo a los humanos. Quería... quería... y en cada viaje al fondo, en cuanto llegaba a la cocina y se sentía sola, lloraba un poquito o se iba hasta las camas de los muchachos dormidos y sobre la inocencia de sus sueños derramaba sus lágrimas. Luego, volvía con sus tacitas humeantes o sus copitas olorosas, apuntando una sonrisa que era, al fin, una mueca. Los que acompañaban al difunto continuaban narran-

(Continúa en la pág. 43)

LEON
CASABAL

Director: "Muy bien, entonces yo le avisaré lo que le podremos ofrecer para comprarlo, pues como usted sabe, en la novela se asesina a un hombre en el automóvil y después incendian el coche. Gracias mil por su cooperación, ya puede usted cambiarse si quiere, y en la ventanilla podrá usted cobrar, y también le abonarán lo convenido por el uso del coche hoy"...

CASA DE VELORIOS

(Continuación de la pág. 17)

entre luces, hasta la otra mañana, en que vino, de lejos, su único deudo. Esa noche Víctor se durmió en el vestíbulo al lado de su mujer, aterrorizada. Cada ruido de la calle era el deudo que se esperaba. Cada ruido de la casa, o cada rumor imaginado por ellos mismos, era el muerto que protestaba por su prematura soledad y abandono... Hasta que, con el amanecer del día—se metía la luz, horchatada, por las rejas de las persianas—les llegó la calma y la conformidad con el destino. Calentaron el pavón de café preparado para todos los parientes y amigos que no aparecieron, de aquel difunto, y bebieron dos o tres tazas cada uno. Luego, el despertar de los chicos ya les alegró un poquito. Los chicos jugaban y discutían, correteaban y se daban de moquetes en el patio. Alguna vez asoma-

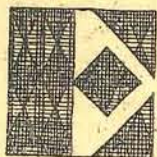
ban sus hociquitos sucios al vestíbulo. No estaban ellos nunca de acuerdo con el ambiente de las primeras habitaciones de la casa. Cuando en la sala lloraban, ellos reían en el comedor. Cuando en el vestíbulo se suspiraba, ellos cantaban en el patio. La madre quería sumergirlos en todas aquellas penas transitorias que venían de alquiler hasta la casa. Procuraba enmudecerlos, entristecerlos a fuerza de golpes. Pero al mes Victorio comprendió que aquello era innecesario. Bastaba con su semblante para dar carácter a todo un velorio. Los chicos que continuaban con sus juegos y sus rabietas. Las únicas veces en que padre y madre procuraban acallar a los muchachos era, con fines utilitarios, en los velorios de lujo. Entonces, durante el día, la mujer se llevaba el escándalo familiar a la calle y a una plazuela obscurecida por un círculo de grandes casas. Durante esas mismas noches se acostaba a los muchachos temprano. Y al café se añadía un puñado más de achicoria para que su negrura estuviera, también, conformada a la calidad del difunto. Con el tiempo, aquella pareja habría de estar tan prácticamente identificada con la empresa, que la infusión de café sería dividida en categorías, como los paramentos funerarios, y sabrían prepararlo para pobres y para adinerados, adivinando — olfateando — las propinas con acierto. Y con el tiempo ellos también se acostumarían a vivir entre aflic-

ciones sin participar de ellas. Los muertos anónimos venían y se marchaban sin que ellos prestaran atención más que a los vivos. Ellos ayudaban a verlos, cuidaban de que el plover llegara a tiempo y a que todos los acompañantes encontraran ubicación en los coches del cortejo. Hicieron amigos de aurigas enlevitados y peones de diversa calaña, todos familiarizados con el dolor, los lloros y los suspiros. Y hasta alguna vez, aprovechando un "domingo sin muerto", se hicieron en el patio de aquella casa, preparado para la ocasión, buenas comilonas pagadas a escote por todos aquellos excelentes amigos que sabían, sin cumplidos innecesarios, dejar la enorme levita negra y el despeinado sombrero sobre una silla del vestíbulo y sentarse a la mesa en mangas de camisa.

La empresa continuaba muy conforme con aquel encargado de "la casa". Por fin hallaban a una familia sin escrúpulos tontos y a un hombre con el ánimo y la cara dispuestos a llevar dignamente el levitón de circunstancias.

Victorio seguía, claro está, con su vulgaridad y su color cadavérico. Los que concurrían a la casa para despedir o acompañar por última vez a un muerto, quedaban adecuadamente impresionados al entrar y tropezarse con aquel hombrón de tan magnífica quijada, con "la cara a la funerala", como decía, riendo, el cochero Ramón, que había sido sargen-

I. — LLEGO A MONTEVIDEO



N los comienzos del año 1857, con un tiempo borrascoso e inclemente, desembarqué en Montevideo. La arribada de la goleta La Adela demandó a la tripulación esfuerzos titánicos. Entonces no había ni diques ni espigones de piedra. Sólo existía un puerto natural, y, como por aquellos tiempos los hombres nos sentíamos más optimistas y menos ansiosos, parecióme lo mejor que dentro del género nos podían brindar estas costas americanas.

Con unas cuantas libras en el bolsillo, sin saber qué rumbo tomar, de aquí para allá, deambulé por la ciudad. Era Montevideo, en aquel entonces, una aldea con mucho de fortaleza y campamento militar. Los hombres, si no arrastraban un sable o enarbolaban un bastón, no se sentían satisfechos. Abundaban las sociedades llamadas secretas, de francmasones y carbonarios. Se vivía en plena confabulación. Y ahora se me ocurre que los sudamericanos de mi tiempo, hombres de carácter altanero, fantasiosos, llenos de ambiciones e instinto de poderío, como no podían desplazarse en otro sentido a falta de empresas y aventuras descabelladas, se enredaban en inacabables guerras civiles, que, como locuras, creo que eran de lo más que se podía pedir. El americano ha heredado del español esto del cabileo y las maquinaciones políticas. Gusta de las andanzas y le placen los desplantes del valor; pero jamás ha demostrado mayores inclinaciones por el mar: no se siente marino; no le atrae esa grande y bella aventura que, eternamente, más allá de la línea del horizonte, se nos brinda tentadora y huidiza a los hombres de otras razas.

Esto de la falta de marinos me sorprendió en cuanto eché a vagabundear por la ciudad. Los únicos hombres de mar eran extranjeros, en gran parte ligures, todos ellos resaca de esa que van arrojando las naves en los puertos que tocan.

II. — EL IRLANDES MOORE

En el curso de mis andanzas por la ciudad, el lugar preferido, si no el único, era el puerto. Allí me encaminaba solo, malhumorado, después de soportar pacientemente el interrogatorio torpe y aguardentoso de los retenes que vigilaban la costa por aquella parte de la ciudad.

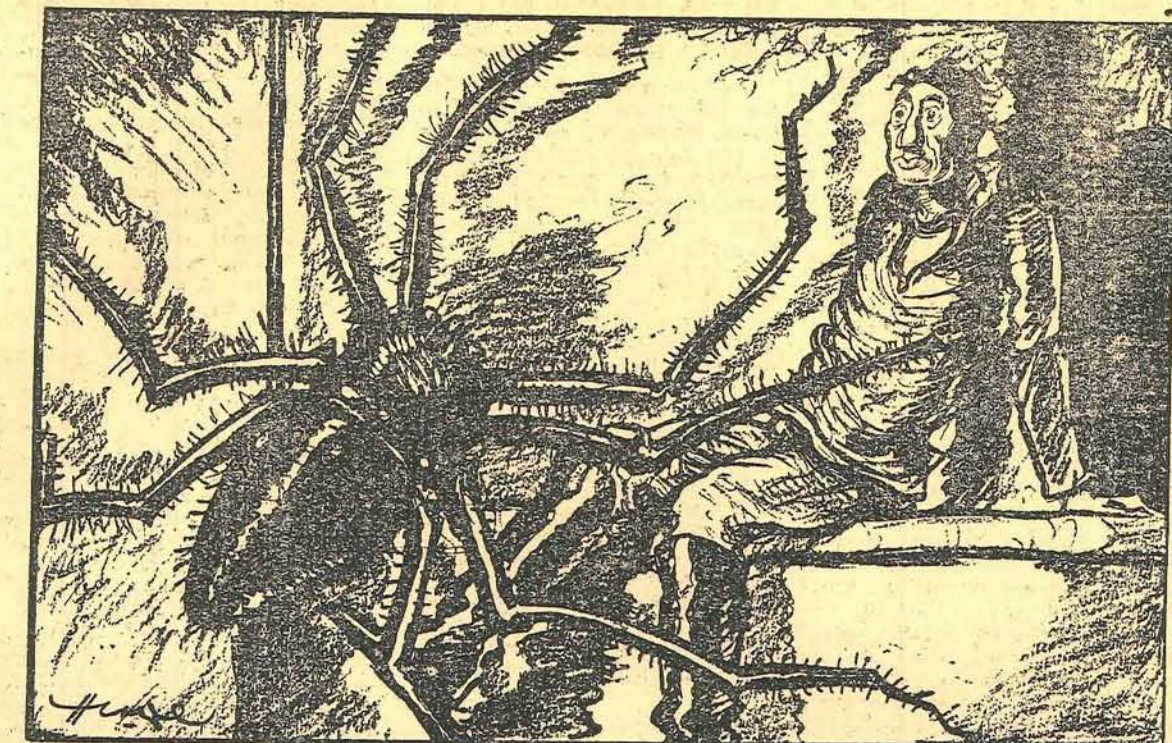
Algunas mañanas, también, me acompañaba Guillermo Moore, un irlandés, marino como yo, hombre de algunos recursos y gran amigo del guindado oriental, con el que substituía ventajosamente — decía él — toda la farmacopea de su isla.

Una mañana, tempranísimo, don Guillermo llamó a la puerta de mi habitación. Creyendo que se trataba de algo urgente, levantéme al punto, aunque no sin protestar un poco, pues durante la noche, al arrear el viento, las puertas y las ventanas de la fonda, con sus golpes, habían contribuido eficazmente para que el concierto de los bramidos del mar y el volar de tejas y chimeneas tornara del todo imposible mi sueño.

El irlandés, pipa en boca, con su gorra encasquetada hasta las orejas, cubierto por su capote de cuero y calzando gruesas botas, tenía toda la traza de un marino de esos que aparecen en los anuncios del aceite de hígado de bacalao.

— ¡Vístase usted, que vamos a ver algo interesante! — me ordenó en un genovés endemoniado.

— Pero... ¿para qué? ¿Se trata de algo grave?... ¿Es de tanta urgencia? — le demandé yo, barruntándome un naufr-

EL MISTERIO DEL BRICK
“EL MALOLO”POR
E. M. S.
DANEROILUSTRACIONES DE
JUAN CARLOS HUERGO

gio y la necesidad de nuestra colaboración en el salvataje.

— Grave, no; pero, interesante, sí.

— Si no me explica...

El irlandés Moore era de pocas palabras. Me vestí y, ya tranquilo, echéme encima una capa de paño no muy gruesa.

Moore hizo un gesto de desaprobación y dijo:

— No. Eso no. Póngase algo así, como yo...

Le obedecí y con mi capote de mar, mi casquete con orejeras y las botas hasta la rodilla, me convertí en otro marino de oleografía.

Salimos. Las calles se hallaban desiertas. El viento, furioso, nos echaba hacia atrás. Para avanzar, cogidos del brazo, teníamos que hacerlo inclinando el cuerpo hacia adelante y realizando un esfuerzo molesto y agotador.

Así llegamos hasta el muelle solitario. Nos afanzamos en un poyo y, de esta manera, respirando con dificultad, permanecimos algunos minutos.

El agua espumosa, abajo, entre el maderamen del muelle, se revolvía y chocaba atronadora. A cada embestida toda la trabazón vacilaba y parecía que se derrumbaría de un momento a otro.

El cielo, encapotado y barroso, en el horizonte se confundía con las aguas cortadas aquí y allá por la línea blanquecina y movediza de la cresta de las olas. Era un amanecer desolado y trágico. El viento silbaba al azotar las aristas de nuestros capotes. Nos manteníamos en pie con grandes dificultades.

Iba a preguntarle a Moore para qué me había llevado hasta allí, cuando él, apartando de su boca la pipa y a gritos para que le pudiera escuchar, me dijo:

— ¡Qué bien, amigo!... ¡Qué bien se está aquí!

Moore era un poeta.

III. — UNA PROPOSICION
QUE ME SEDUCE

Desde aquella mañana mi amistad con el irlandés se afianzó definitivamente.

A Moore le seducía el peligro, le atraían los obstáculos, le excitaban las leyendas.

Por la noche nos reuníamos en el café del español Costales, por otro nombre, del “Agua sucia”. En aquel lugar, a decir de los montevideanos de la época, “se timbeaba de lo lindo”.

El café estaba en la esquina de San Carlos y San Fernando, frente al antiguo Cabildo. Era el punto de reunión obligado de cuanto conspirador

andaba a la pesca de algo. Acudía allí con el irlandés porque no se comía del todo mal. Preparaban una carbonada hartamente suculenta, de la que, por dos vintenes y dos cobres, nos daban una buena ración con su panecillo de “yapa”.

Una noche no me sorprendió mucho cuando Moore me dijo:

— He descubierto un barco fantasma, un “brick” que, según aseguran, está embrujado...

— ¿Un “brick” embrujado? — pregunté.

— Sí. Algo así, por el estilo. Se trata de un “brick” abandonado, bueno aun, que nadie quiere comprar ni fletar pues parece que ya han muerto, uno tras otro, dos de sus capitanes, y, esto, siempre, indefectiblemente, en la primera noche de navegación.

— ¡Fantasías! — dije yo —. Cosas de esta gente supersticiosa que no tiene más que hacer. ¿Dónde está el “brick” ese?

— En el Buceo, una playa que se encuentra a los fondos del cementerio.

Moore permaneció unos instantes silencioso. Luego, repentinamente, me preguntó:

— ¿Usted se animaría a realizar un viaje en ese barco?

— Hoy mismo.

— ¿No tiene miedo?

— ¡Ni pensarlo! — afirmé. Volvímos a quedar callados. Cuando salimos de la fonda, Moore, me dijo:

— Pienso comprar ese “brick”. Me lo darán por nada. Es un negocio.

— Sin duda, contesté.

— ¿Usted se vendrá conmigo, entonces?

— Sí.

Me hallaba, como se dice, amarrado. Necesitaba volver al mar. La oportunidad no podía ser mejor. Barco que está mucho tiempo amarrado, barco que cría moho y verdín...

IV. — EL “MALOLO” EN EL
BUCEO. — BREVE HISTORIA DEL “BRICK”

Después del llamado sitio grande, el Buceo continuó siendo, por algún tiempo, puerto de mar. El lugar era apropiado y, hasta diré, pintoresco; estaba a espaldas del Cementerio Inglés.

En aquellos años su importancia no era tan grande. Sobre la restinga y las arenas de la costa veíanse algunos restos de embarcaciones. Los chiquillos las aprovechaban para realizar todo género de fechorías, así como unas guerrillas que, a veces, por la belicoidad y fogoso entusiasmo de los contrincantes, resultaban verdaderas batallas campales.

Una mañana, temprano, nos encaminamos al Buceo. Un bote nos llevó hasta el “Malolo”. Tuvimos que aguardar a que llegara un negro viejo encargado de su custodia, quien, como medida preventiva contra todo género de duendes, fantasmas y apariciones, dormía en un mal rancho, con su mujer y una runfla de chiquillos de todo color.

Visitamos el “brick”. El “Malolo” era un barco de buen porte y líneas elegantes. Construido en Boston, por Mac Kay, había servido cierto tiempo para el transporte del “ébano” entre las costas de África y los puertos del Imperio del Brasil. Era un barco adecuado para aquel tráfico negrero, lo cual, para un entendido como yo, no significaba poco decir con respecto a su ligereza y distribución del velamen.

La leyenda forjada en torno del “brick” no dejaba de tener sus fundamentos. Mejor dicho: hallábase corroborada por la realidad. Todo en el “Malolo” había marchado bien hasta que, en el año 1852, al iniciar su viaje de San Vicente a Bahía, a las pocas horas de navegación, el barco quedó sin capitán. Alex Suffern, que lo comandaba y era a la vez su armador, apareció muerto en su camarote, sin un solo indicio de violencia, sin que nadie pudiera dar con el misterioso motivo del fallecimiento inesperado e inconcebible dada su fortaleza y contextura. Al llegar a Santos, el cargamento lo remataron y el “Malolo”, tras pasar algunos meses anclado, fué transferido a unos marinos valones, gente de empresa, que decidieron hacer un embarque de café y llegarse hasta las orillas del Plata. Los hermanos Saint Amand, después de algunas gestiones, zarparon de aquel puerto con las bodegas repletas.

De los dos, Michel, el mayor, era el capitán y, de ambos, él fué el predestinado a correr idéntica suerte que el capitán Suffern. A las cinco horas de navegación, aun a vista la costa, Michel y su hermano, después de sostener un violento altercado, se recogieron en sus respectivos camarotes. Y, co-

mo la vez anterior, al amanecer, los tripulantes llenos de espanto, encontraron el cuerpo del capitán, rígido, exánime, tendido en la misma cucheta que ocupara el difunto capitán Suffern. Las sospechas, aunque vagas, recayeron sobre el menor de los Saint Amand. El hombre no tuvo valor para proseguir la navegación en aquel “brick” endemoniado. Pasó todo el viaje recluido en su camarote y, cuando llegó a Montevideo, entregó el “Malolo” a unos consignatarios, fuertes saladeristas, que trabajaban con don Félix Buxareo.

La mala fama del “Malolo” presto cundió entre la gente de mar. Nadie se animó a fletarlo y comenzó a transcurrir el tiempo y aumentar la leyenda conjuntamente con la herrumbre y verdín en el casco de la embarcación.

Cuando, acompañado por el irlandés Moore, revisé las bodegas y la arboladura del “brick”, nada extraño encontré en él como no fuera el deterioro causado por el tiempo y la negligencia del negro cuidador.

— Este “brick” debe correr que es un gusto... Mire usted...

El irlandés, al cabo de atender las explicaciones que yo le di sobre la disposición del aparejo, me preguntó, muy serio y pausado:

— ¿Estamos en que usted no tiene miedo?...

— ¿De qué?

— De los fantasmas.

— ¡Vaya! Lo único que temo es navegar en una mala cáscara... Y ésta, amigo Moore, no tiene nada de tal.

— ¿Se animará, entonces, a capitanear el “Malolo”?

— Mañana mismo.

— Bueno. Trato hecho. No hay más que hablar.

Bajamos a tierra. Los chiquillos que jugaban en la playa nos siguieron un buen trecho. Nos miraban como si acabáramos de realizar una gran proeza.

A lo lejos, solo, sobre las aguas rutilantes, quedó el “Malolo” bajo el sol del mediodía.

V. — EN LA CAPITANIA DEL
PUERTO

— Ahora vamos a oír a uno de esos de la Capitanía — dijo el irlandés.

Sin formular más comentarios sobre el “brick” que acabábamos de inspeccionar, nos encaminamos a las oficinas instaladas a ambos lados del portalón que franqueaba la entrada del muelle de pasajeros.

Reducido, obscuro y frío, el local donde el jefe tenía su despacho, cuando penetramos en él, estaba completamente solo.

A nuestro llamado acudió un mulato, a medias vestido como marinero. Nos informó que el comandante no tardaría en llegar.

Don Guillermo encendió su pipa, se frotó las manos, entre satisfecho y friolento, y luego, como inventariándolos, pasó revista a los menguados muebles de la oficina.

— Estos republicanos del Sur no derrochan los dineros fiscales en muebles y bagatelas — dijo.

— Sí — corroboré yo —; por más que no debe uno forjarse muchas ilusiones: lo que economizan en sillas y bufetes, dilapidanlo en pólvora y armas para destrozarse entre ellos.

De los muros, rotos y amarillentos, pendían algunas proclamas y los trozos de una carta náutica del Río de la Plata, al margen de los cuales figuraba todo género de inscripciones, unas obscenas y estúpidas y otras, las menos, tendientes a aclarar algunos errores del cartógrafo.

— Con esta carta no saldremos más allá de una milla del puerto — comenté.

— Ni con ésta ni con ninguna otra — afirmó el irlandés —. Para moverse en las aguas del

Plata lo que se requiere es habilidad, "maña", como dice la gente de esta tierra.

En eso llegó el comandante del puerto: un tipo rubio, de largos bigotes, con un uniforme atiborrado de galones, lamparones grasientos y desflecados en las mangas. El hombre quiso mostrarse hospitalario y gentil; pero, como el mo- blaje, más que misérrimo, no se lo permitía en la forma de- seada, no le quedó otro reme- dio que brindarle al irlandés la única silla que, además de su historiado sillón, allí existía.

Don Guillermo explicó sus proyectos a los cuales el co- mandante opuso algunos repa- ros por mero formulismo.

—¿Con qué gente tripulará el "brick"?

—Con la que reclutemos por ahí.

—No será mucha—arguyó el oficial.

—¡Bah! Para la maniobra, casi... casi le diría que nos- otros nos bastamos.

Se trataba de una baladrona- da de don Guillermo; pero el comandante no pareció perca- tarse de su humorismo, y vol- vió a la carga:

—Necesitarán un práctico...

Hay bancos muy peligrosos...

Mi compañero sacó la pipa de su boca, echó una espesa bocanada de humo y declaró:

—¿Tiene usted razón?... ¡En eso no había reparado!

Todavía hablamos de dos o tres insignificancias, y luego, al despedirnos, el comandante ofreció.

—Yo les puedo proporcionar el práctico que ustedes nece- sitan.

—Aceptado y agradecido— respondió el irlandés—, pero siempre que no sea muy exi- gente... Nuestros recursos, has- ta tocar en Buenos Aires, no son muchos.

—Nada de eso... Es un hom- bre que aceptará el puesto hasta pagándole el viaje, si mucho insisten ustedes. Ya ve- rán...

Y volviéndose hacia el inte- rior de una de aquellas cua- dras lóbregas y ruines, llamó al mulato que, momentos an- tes, nos recibiera.

—Ventura — ordenó —, acompaña a los señores hasta el boliche del "Ancla" y mué- strales al payo Daniel.

Luego, cuadrándose militar- mente y llevando hasta su visera la diestra, sin reparar en que mostraba los desportilla- dos coños, saludó:

—Están ustedes servidos, ca- balleros.

VI.—LA TABERNA DEL ANCLA

Seguimos al mulato. Como había anochecido, la marcha por las calles oscuras y enlo- dadas resultaba más que difi- cultosa. Así, dando vueltas y revirivuelitas, anduvimos casi media hora. Hasta que, cuando ya comenzábamos a demostrar cansancio, frente al mercado, columbramos la enseña más que convencional de la taberna del Ancla.

Marineros, soldados de todas armas, con desfilantes rufia- nes, paisanos ladinos y cazu- rros y algunos extranjeros ani- maban la reunión. Corría la caña y un vinazo carlón espe- so como trea. La llovizna te- nue, vahosa y pertinaz, caía empapando y arrancando inu- sitados brillos metálicos a las levitas y capotes de los que salían tambaleándose.

Humo de tabaco ordinario y humo de candiles. Cabe el mo- strador pringoso y destartado, asestandose brutales puñadas en las espaldas, riendo como demonios, jurando como cua- draba a su condición de mari- neros, hasta diez hombres em- puñaban sendos vasos. En la parte opuesta, montando guar- dia ante las botellas y garra- fas de fulminante contenido y llamativos marbetes, el propie- tario, un hombre inmenso, obe- so, rojo y con una repulsiva sonrisa de imbecilidad en sus escoriados labios, procuraba atender y halagar lo más soli-

citamente que le era posible a la pandilla que le asediaba. Era gente aquella muy capaz de batir el bronce y el que allí llevaba la vara en alto, por lo que al punto vimos, era un payo de oliváceo rostro, orna- do por una cicatriz que de la comisura de los labios llegaba hasta la oreja derecha.

El ordenanza del comandan- te, abandonándonos en una me- sa, se aproximó al grupo del mostrador y algo le dijo al payo, quien paseó por entre las mesas, repartiendo bromas, haciendo alarde del enorme fa- cón que al cinto llevaba y ad- judicando tremendos emello- nes a unos y a otros, como de- mostrando el predicamento que en el lugar disfrutaba.

Bebimos algunos tragos, y como observara que el sujeto aquel me miraba con sorna e insolencia provocadora, me en- caré con él.

—¡Gringo!—me injurió, por toda disculpa.

De un empujón, a punto es- tuve de hacerle caer. El hom- bre, de pronto, no supo qué hacer; pero, reaccionando, a la vez que el rostro tornábase lívido, con el belfo temble- queante, desenvainó el cuchillo.

En mucho menos de lo que se tarda en narrarlo, los bebedo- res formaron corro, acuciándo- nos con toda suerte de gritos.

Don Guillermo, apartando con energía a los que se amonto- naban alrededor nuestro, se aproximó entonces al payo y aplicándole un fuerte golpe so- bre la muñeca, ordenó:

—¡A mano limpia, como los hombres!

Cayó el cuchillo. El primer golpe lo di yo. Tambaleó el payo; festejaron los presen- tes. Después me tocó el turno: una formidable puñada en un ojo. Nada. Estrellas en todo sentido, un intenso calor y nue- va furia. Me le eché enci- ma, trabándole, imposibilitán- dolo para toda defensa. Aco- rralado contra el mostrador, aplicábale golpes bajos, obli- gándole a encogerse. Ponia yo en aquellos golpes algo de ve- sánico, verdadero odio y repug- nancia.

Así, cayendo ya uno ya el otro, nos estuvimos hasta que, realizando casi un imposible, logré poner fuera de combate a mi rival, deján- dolo tendido al pie del mostrador.

Jadeante, me desplomé sobre un banco. Me dieron algo pa- ra beber y po- co menos que a baldes de agua reanima- ron al caído.

Todo parecía concluido, quan- do el irlandés, tomándose de un brazo, me in- vitó a salir. En- tonces recordé el objeto de nuestra visita a la maldita ta- berna:

—Pero... ¿y el hombre que buscábamos?

—¿El práctico?... Acaba usted de dejarlo molido a gol- pes.

¡No podía ser! Desprendién- dome de las manos de don Guillermo, que se aferraban a mi brazo, volvíme al interior de la taberna.

Llegué frente al aun desfallecido payo, y jugándome el todo por el todo, tendí la ma- no, diciéndole:

—Ahora, amigos!

El payo, un poco aturrido, hizo otro tanto. Bebimos y, con don Guillermo, estuvimos hablando del viaje.

Salimos cuando ya era ma- drugada. El irlandés, camino de nuestra fonda, me declaró:

—Por un momento creí que todo lo había echado a perder. Menos mal que se le ocurrió lo de la reconciliación... Ese hombre no ha de ser del todo malo: mucho lo vamos a nece- sitar.

Yo callé, como asintiendo.

VII.—EL VERDADERO FANTASMA: LA FIEBRE AMARILLA EN MONTEVIDEO

Aquella misma noche visita- mos al consignatario. Monte- video, ciudad de contraste, en la que lo moderno se codeaba con lo más antiguo y rudimen- tario, como todo puerto de mar, entre las bellezas que el ex- tranjero le enviaba, había reci- bido aquel año la fiebre ama- rilla. La plaga, con usura, co- menzaba a cobrar sus víctimas. Todos cuantos podían abando- naban la ciudad apesada. Unos a la Unión, otros al Paso del Molino, algunos al Cerrito, los menos, los que contaban con recursos, se retiraban a la campaña. Cuando visitamos al socio de Buxareo le hallamos poseído por el pánico más in- concebible. Aquella misma no- che abandonaba el recinto de la ciudad con todos los suyos. Re- sultaba gracioso aquello: nos- otros preparando un negocio y el pobre hombre muerto de te- mor.

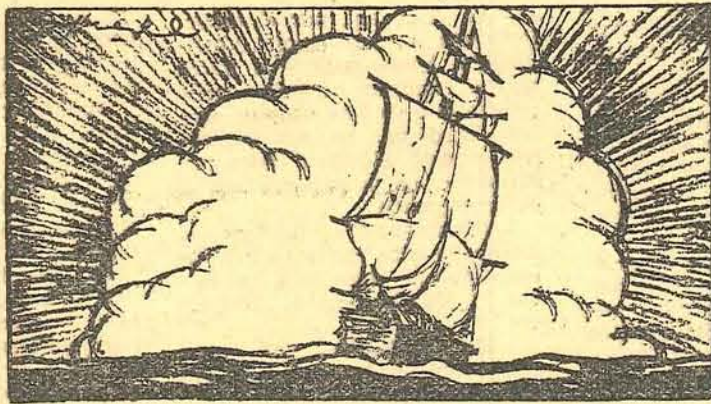
Cerramos trato ahí mismo, y, como ocurre en estos tran- ces, el irlandés adquirió el "Ma- lolo" por una bicoca. A la ma- ñana siguiente, haciendo derro- che de promesas y con aquello de brindar una salida inmedia- ta de la ciudad apesada, lo- gramos formar una tripulación de negros, ligures, ingleses y españoles, vagabundos todos.

Una semana más y, con las- tre, levamos anclas con rumbo a Buenos Aires, plaza donde, como más segura y rica que era, fácil nos sería levantar cargamento y poner proa hacia Europa.

VIII.—UNA NOCHE INFERNAL

A las doce abandoné el man- do del Malolo en manos del contra maestre, un genovés de excelente carácter, devoto del "bel canto" en general y de Rossini en particular. El hom- bre, en el año de vida que lle- vaba el teatro Solís, había di- lapidado una fortuna en entra- das de galería.

Moore que, pese a la brisa fría de la noche, permanecie- ra hasta aquella hora en la cu- bierta, recién entonces decidió recogerse, y mientras bajába- mos del puente, me dijo:



—¿De manera que siempre, cada vez que la muerte hizo presa de algún capitán del Malolo fué en el curso de la primera noche y en circunstan- cias de ocupar su cucheta?...

—Si—contesté yo—. Siempre na ocurrido la cosa en idénti- cas circunstancias, a la misma hora...

—Es curioso...—comentó, a la vez que apoyaba su recia mano sobre el picaporte que brillaba en la penumbra del corredor.

Penetramos en el camarote del capitán. Nada de extraordi- nario existía en aquella cabina estrecha, en la que cada objeto tenía su lugar preciso y men- guado. Los constructores del "brick", como buenos sajones que eran, todo lo habían pre- visto y calculado. La cucheta, eso sí, profunda y apoltronada, se hallaba casi oculta por unas cortinas excesivamente gruesas y pesadas. Para navegar por los mares del Sur la cosa no estaba mal; pero se me ocurrió en aquellos momentos pensar en lo molestas que debían ser las noches tropicales entre se-

mejantes tapices abundosos y compactos.

Moore entró a su vez. Aban- donó su pipa para volver a pre- guntarme:

—¿De manera que no tiene miedo?

—¡Claro, hombre! ¿Miedo de qué voy a tener? ¡Vaya! Acuéstese y descanse que lo necesita tanto como yo...

—Bueno—dijome el irlandés. —Pero, por las dudas, deje la puerta abierta... No hace mu- cho frío...

A los pocos minutos estaba yo en la litera, y para que la luz de la lámpara no me diera de lleno sobre los ojos, corrí a medias las pesadas cortinas.

Las sábanas de lino, gruesas, frescas, no dejaron de propor- cionar a mi cuerpo, cansado por el ajeteo de aquellos días, una determinada satisfacción y bienestar. Los elásticos de la litera, demasiado muelles, cedían bajo el peso de mi cuerpo. Se me ocurrió que estaba como en una caja, en un féretro. Con el balanceo del barco, de vez en cuando se movían las cortinas y entonces un rayo de luz de la lámpara iluminaba la litera.

Por la puerta entreabierta se escuchaba perfecta e indistin- tamente el rumor de las olas y el chirriar de las cadenas del timón. El Malolo, con todo el trapo desplegado, debía mar- char a regular velocidad.

Mis ojos fueron cediendo al sueño y terminaron por ce- rrarse.

No sé... Nada veía, nada es- cuchaba; mi cuerpo yacía bajo las mantas, inmóvil, pasivo... No obstante, parecíame perci- bir todos los ruidos producidos por la maniobra del "brick" y hasta escuchaba indistintas las voces de los tripulantes. Los tripulantes... ¿Qué hombres serían aquellos, desecho de to- das las naves, parias de todas las razas?

La pregunta no era de las más tranquilizadoras. Semejan- te gente, estaba bien convenci- do de ello, en cuanto arribáramos a Buenos Aires deserta- rian y abandonarían al Malolo. Se habían embarcado no por el aliciente de los dos me- ses de sueldos anticipados por Moore como compensación del enrolamiento: lo habían hecho por temor a la fiebre amarilla, al fantasma de la enfermedad mortífera y ater- radora. Eso lo sabía, harto convencido es- taba yo.

A la hora, no sé, no puedo precisar, me pareció que el contra maestre vino a llamar- me. Los dedos de su diestra, velluda y visco- sa, tocaron mi frente. Abri los ojos, sobresal- tado, poseído por un súbito ter- ror, en un estado indefinible.

—¿Qué! ¿Qué!

Intenté incorporarme en el lecho. No lo conseguí. Quise hablar, preguntar algo, saber qué quería de mi aquel hombre cuya sombra llenaba toda la cabina. No pude, no logré articular una sola palabra. Mis mandíbulas agarrotadas, en el colmo del hebetismo, no se se- paraban siquiera para dejar pasar la respiración entrecorta- da y ardiente.

El contra maestre intentó le- vantarme ayudarme a reincor- porar. Sus ojos desorbita- dos, aterrados, contemplában- me cual si fuera yo una fiera, una bestia temible, espantable. ¡Y luego no profería una pala- bra! ¡no hablaba! ¡No se mo- vía! ¡Estaba allí como una estatua, fantástico, inmenso, ocultándose con su sombra hasta la luz de la lámpara, evi- tando con la mole de su cuer- po que el aire fresco de la no- che llegara hasta mis ávidos pulmones.

Así estuvo no sé cuánto tiempo. Mi cuerpo se desleía en

un baño de sudor frío y mortal. Mis brazos, inmóviles, co- mo los de un cadáver, hallá- banse a ambos lados de mi cuerpo, formando un solo blo- que, muertos, rígidos. Y la pe- numbra tornóse mayor y más grande y agobiador el sofoca- miento. Los objetos todos que me rodeaban aumentaban de tamaño y se deformaban, in- congruentes, hasta que sus lí- mites se perdían, esfumándose, adentrándose en un mar de brumas. Sobre mi garganta, so- bre mi pecho, un peso plúmbeo parecía haberse posado. Y en mi cabeza, en cuyo interior iba experimentando una como sen- sación de vacío, una frialdad desconsoladora fué infiltrán- dose en los huesos y corriendo luego, todo a lo largo, por la hueca columna vertebral.

Creí morir; pero un gesto que vi hacer al fantasma aquel del contra maestre sacudióme como una descarga eléctrica. El hombre, lento, pausado, se- guro de sí, volviéndose hacia el que era mi flamante bufete.

Lo abrió. Revolvió unos pa- peles. Y luego, satisfecho, co- mo quien cobra una presa co- diciada y que ya consideraba perdida, echó mano al legajo que yo formara con los con- tratos de la tripulación. Rea- lizado aquello, mirándome co- mo con asco, lleno aun de es- panto, se deslizó hacia la puer- ta, dispuesto a salir...

Mayor fué el esfuerzo de mi desfalleciente voluntad que la inmovilidad en que sumido ya- cía. La tensión de mis mandí- bulas cedió un tanto y logré, así, lanzar un grito desgarrador, un lamento que taladró mis propios oídos.

Y entonces aquellas manos velludas, viscosas y frías; aque- llas manos cuyos dedos se mo- vian lentamente como ten- táculos; aquellas manos que parecían cubiertas por millares de ventosas, rodearon mi cue- llo y lo agarrotaron, priván- dome de la respiración.

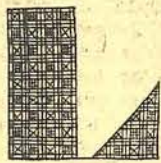
IX.—TODO SE EXPLICA

En Buenos Aires, a la sema- na, en la cabecera de mi lecho del Hospital Italiano, ubicado en las proximidades de la quin- ta de Lezama, Moore, siempre sin abandonar su pipa y con una flemma admirable, pasado todo peligro, fué enterándose de lo ocurrido en la primera noche de navegación del Ma- lolo.

Yo, rendido por la fatiga, habíame dormido confiado; pe- ro el irlandés, que tenía sus dudas y sus sospechas, recelan- do que mi temeridad pudiera resultarme cara, permaneció cerca del camarote y cuando me consideré dormido, penetró en él, y siempre fumando, es- tuvo a la espera de los acon- tecimientos. Mi sueño, con las incidencias producidas por el fletamiento del "brick", las di- ficultades interpuestas por la tripulación y la fiebre amarilla—que en los últimos días ha- bía asumido caracteres deses- perantes—, mi sueño, como es de imaginar, no fué de los más tranquilos. Me volvía y revol- vía entre las mantas, hasta que en una de esas, con un grito ahogado, sacudí los brazos en el aire y llevé luego mis ma- nos a la garganta.

Moore, al ver aquello, se le- vantó prestamente. Arrancó las cobijas que casi me ocultaban el rostro y, así, gracias a la rapidez de su acción, logró descubrir una araña monstuo- sa, cuyas patas se agarrotaban sobre mi garganta. Aquella araña inmensa, proveniente de quien sabe qué tierras tropi- cales, había vivido oculta has- ta entonces entre los tapices de la cucheta. El calor de los cuer- pos de mis desventurados ante- cesores habíala reanimado y atraído. Moore, sin repugnancia ni miedo, presto la arrancó, y gracias a la intervención que tuvieron los médicos en quan- to llegamos a Buenos Aires, conseguí salvarme de la muer- te misteriosa que tuvieron los capitanes Suffern y Saint Amand.

MI VIDA

P O R
LEON TROTZKI

Los inspectores me aguardaban en mi pequeño apartamento de la calle Oudry. Era el uno un hombrón de más que madura edad; el otro un hombrón de unos cuarenta y cinco años, calvo y siniestramente trigueño. Sus trajes civiles les sentaban mal, y los dos sujetos saludaban instintivamente al responder a las preguntas. Llegado el momento de despedirme de mi familia y de mis amigos, llevaron su cortesía al punto de esconderse tras una puerta para no importunar. En el instante de los últimos adioses, el más viejo de los policías se quitó el sombrero repetidas veces ante mi esposa, diciéndola: "Excusez, madame."

Hacia dos meses, por lo menos, que ambos me seguían los pasos, de suerte que sus rostros me eran muy familiares. Al tiempo que cubría mis piernas con la manta de viaje y cerraba la portezuela del automóvil, uno de ellos me miró casi amigablemente, pareciéndome así como el cazador que entrega la pieza pagada de antemano. El coche arrancó en seguida.

Compartimiento de tercera clase de un tren expreso. El más viejo de los dos inspectores resultó algo así como geógrafo. Tomsk, Kazán, la feria de Nijni-Novgorod le eran familiares. Hablaba español y conocía España.

El otro—moreno y de elevada estatura—mantenía entre tanto aparte, como si viajara solo; pero inmediatamente se ablandó también.

La raza latina está haciendo una parada; las demás nos aventajan — dijo espontáneamente, de pronto, cortando una rodaja de tocino con sus manos cargadas de anillos—. Y si no, ahí está nuestra literatura: nada más que decadencia. La misma cosa en punto a filosofía. Nada nuevo desde Descartes y Pascal. La raza latina se ha quedado parada.

Yo escuchaba con cierto asombro, preguntándome a dónde iría a parar; pero calló para emprenderla con el pan con tocino.

—Ustedes tienen a su Tolstoi—concluyó de sopetón—; pero Ibsen está más cerca de nosotros.

Y de nuevo calló.

El mayor de ambos polizontes, un tanto lastimado por el alarde de conocimientos del otro, púsose a explicar el significado del ferrocarril siberiano, y en seguida, completando, pero atemperando las conclusiones pesimistas de su colega, añadió:

—Sí, es verdad que nos falta iniciativa. Todos los jóvenes franceses sólo buscan empleo de gobierno. Es triste confesarlo, pero no hay remedio.

Yo escuchaba a ambos con paciencia pero no sin interés.

—¿Espionaje de sospechosos? ¡Ah, hoy es ilusorio! Es eficaz cuando uno puede ocultarse, ¿no es así? Para decirlo de una vez, el Metro lo ha matado. Habría que ordenar a los sospechosos que no viajaran en subterráneo y éste sería el único modo de hacer fructífero el trabajo de los pesquisas.

El polizonte morocho rió sarcásticamente. El de mayor edad agregó, para suavizar las palabras de su compañero:

—Muchas veces tenemos que espiar a gentes sin saber por qué.

—Nosotros los policías nos tornamos escépticos a la larga — resumió el trigueño sin transición—. Podemos tener nuestras ideas; pero nuestra

misión es proteger lo existente. Tomemos, por ejemplo, la Gran Revolución. ¡Qué horror de ideas! Pero, pasados catorce años, la gente estaba peor que antes. ¡Lea lo que Taine escribió al respecto! Los políticos somos conservadores "ex officio". El escepticismo es la única filosofía compatible con nuestra profesión. Bien mirado, nadie escoge la tarea de su vida. El libre albedrío no existe. Todo está determinado de antemano por el curso de los acontecimientos.

Estoicamente empujó la botella de rojo vino y luego, tapándola con el corcho, agregó: —Renán dijo que las ideas nuevas siempre llegan tarde. Y es verdad.

Mientras decía esto, el polizonte pelinegro advirtió que yo apoyaba la mano en el pestillo de la puerta y lanzó una ojeada sospechosa en mi dirección. Para tranquilizarlo, metí aquella en mi bolsillo.

Tocábale ahora al más viejo. Habló del pueblo vasco, de su lengua, de sus mujeres y de infinidad de cosas más. Nos acercábamos a Hendaya.

—Aquí solía vivir Paul Déroulède, nuestro nacionalista romántico. Ver las montañas de Francia era cuanto precisaba: Don Quijote en su rincón de España.

El morocho sonrió, condescendiente:

—¿Tendría usted, señor, la amabilidad de seguirme a la comisaría del ferrocarril?

En Irún los gendarmes franceses me hicieron unas preguntas, pero mis compañeros de viaje les dieron una especie de santo y seña masónico y me introdujeron presurosos en un pasillo interior.

—Cuidado con llamar la atención, ¿eh? — me previno mi acompañante—. De aquí tomamos el tranvía a San Sebastián. Usted procurará parecer un turista y no despertar las sospechas de la policía española, que suele ser un poco rara. De ahora en adelante no le conozco a usted, ¿entendido?

Nos despedimos sin efusión.

Me regocijé la vista del riar en San Sebastián, pero me aterrorizaron los precios de la ciudad. Seguí sin tardanza a Madrid, donde no conocía a nadie ni alma viviente me conocía. Por otra parte, como no

hablaba español, no hubiera podido estar más solo en el Sahara ni en la fortaleza de Pedro y Pablo. Quedábame el lenguaje del Arte, pero éste pronto se olvida después de dos años de guerra.

Con la avidez con que se lanza un hambriento sobre una comida providencial, me precipité hacia los inapreciables tesoros de El Prado, a saborear de nuevo la eternidad. Rembrandt, Ribera. La alegría ingenua y sublime de los cuadros de Bos van Akonith. Un viejo guardián me proporcionó una lupa que me permitió ver las diminutas figuras de los campesinos, de los asnos, de los perros en los cuadros de Miel. Allí no llegaba el menor eco de la guerra; todo estaba bien asentado en su lugar; pinturas y colores vivían su propia vida autónoma.

Durante aquellas mis visitas a los museos escribí lo siguiente en mi libro de notas:

"Entre nosotros y estos viejos pintores (y sin que esto signifique en lo menor ponderar ni rebajar sus méritos) surgió, antes de la guerra, un arte nuevo, más íntimo, más individual, más rico en matices, más personal, más intenso. Todo indica que, por un tiempo, la guerra ahogará esta escuela y esta manera mediante su influjo sobre las pasiones y sufrimientos de las masas; pero jamás volverá el culto de las formas, por hermosas que sean; ni de la perfección anatómica y botánica, ni de los muslos y caderas de Rubens, por mucho que ello pueda desempeñar papel importante en el nuevo arte del período de postguerra, que será ávido de vida. Profetizar es aventurado; pero la experiencia sin ejemplo que sufre casi toda la humanidad civilizada producirá, a no dudarlo, un arte nuevo."

Sentado en el dormitorio de mi hotel, leía, con ayuda de un diccionario, los periódicos españoles y aguardaba respuestas a cartas enviadas a Suiza e Italia, países donde aun esperaba ir. El cuarto día de mi estadía en Madrid recibí una carta de París que me dio la dirección de Despres, el socialista francés, a la sazón administrador de una compañía de seguros de Madrid. A pesar de

Los inspectores me aguardaban

su situación burguesa, hallé a Despres en actitud resueltamente opuesta a la patriótica de sus camaradas Renaud y Longuet. Me informó que el Partido Socialista español estaba completamente influenciado por el socialpatriotismo francés. La única oposición verdadera provenía de los gremios sindicalistas de Barcelona.

Fuí a visitar a Anguiano, secretario del Partido Socialista, pero me dijeron que le habían condenado a dos semanas de prisión por hablar irrespetuosamente de un santo católico, delito que antaño le habría valido el ser quemado en el patíbulo.

Seguí esperando cartas de Suiza, estudiando español, conversando con Despres y visitando galerías de arte.

Un día—el 9 de noviembre—la mucama de la pequeña pensión donde me había alojado Despres se precipitó en mi habitación gesticulando asustada y pidiéndome que saliera de la pieza. Así lo hice y di en el corredor con dos individuos corpulentos que me ordenaron brutalmente que les siguiera.

—¿Quiere decir que vienen a arrestarme?—pregunté.

—Sí, por una hora o dos.

Me tuvieron siete sentado en una silla en la prevención.

A las diez de la noche me hicieron subir unas escaleras para comparecer ante un Olimpo harto numeroso.

—¿Por qué me arrestan?—pregunté.

Esta simple pregunta azoró bastante a los olímpicos, quienes me propusieron, en cambio, varias hipótesis, una de las cuales se refirió a las dificultades que ha de vencer en Rusia el extranjero en punto a pasaportes.

—Si usted supiera nada más que el dinero que nos cuesta el dar caza a nuestros anarquistas—dijo otro, procurando evidentemente ganarse mis simpatías.

—Entonces—prorrumpí yo—, ¿quiere usted decir que soy responsable yo de los desmanes de la policía rusa y de las andanzas de los anarquistas españoles?

—Bueno; claro está—replicó uno de los interelantes— que

MIS
PERIPECIAS
EN ESPAÑAILUSTRACIONES DE
PEDRO DELUCCHI

le hacemos estas preguntas por vía de ejemplo.

Al cabo, luego de pensarlo detenidamente, el presidente del tribunal me preguntó a quemarropa:

—¿Qué ideas profesa usted? Respondi expresando mis opiniones en términos corrientes.

El resultado fué que el presidente me hizo saber, valiéndose de un intérprete, que se me ordenaba que saliese de España inmediatamente, debiendo quedar entretanto mi libertad "sujeta a ciertas restricciones."

—¿Por qué motivo?

—Porque sus ideas son demasiado avanzadas para España—repuso, por medio del intérprete.

A la medianoche un agente de policía me condujo a la cárcel en un coche de punto. Y allí, en la cárcel central, en el cruce de galerías de cuatro y cinco pisos, se efectuó la inevitable revisión de mis efectos. Luego subimos por oscilantes escaleras de hierro. Silencio... el silencio característico de las cárceles, cargado de efluvios densos y de pesadillas. Opacas lámparas eléctricas en los corredores, que ya había visto en otras cárceles. El chirrido de las puertas de hierro al abrirse. Una amplia celda maloliente, y en ésta un lecho miserable y repulsivo. El ruido férreo de la puerta al cerrarse. ¿Cuántas cárceles van con ésta?

Abrí el ventanillo enrejado. Afuera hacía frío. Vestido, pero desabrochado, me tendí en la cama y me eché encima mi sobretodo. Sólo entonces me di cuenta de la ironía singular del caso.

—¿Preso... en Madrid!

Jamás soñé tal cosa. Izwoiski, el embajador de Rusia en París, había cumplido su tarea a conciencia. ¡En Madrid! Allí estaba yo, tendido en una cama de la Cárcel Modelo, riéndome. Reí hasta quedarme dormido.

A la hora del recreo me enteré por unos presos comunes que había dos clases de celdas: de pago y gratuitas. Las de primera clase costaban una peseta y media y las de segunda sólo setenta y cinco céntimos por día. Todo preso tenía el derecho de pedir una celda de pago, pero no el de rehusar una gratuita. La que yo ocupaba era de pago y de primera clase.

Esto me hizo reír nuevamente de buen grado; pero, al reflexionar acerca de ello, comprendí el fundamento del sistema. ¿Por qué habría igualdad social en las cárceles de una sociedad basada en la desigualdad? Además, descubrí que los presos de pago tenían recreo de una hora dos veces por día, mientras que los que no pagaban sólo gozaban de uno, y éste de media hora de duración.

También ello era muy injusto. Los pulmones del desfalco capaz de pagar peseta y media por día tienen derecho a mayor dosis de aire que los de un huelguista que respira sin pagar por ello.

Cuando al tercer día de prisión me llamaron para el examen antropométrico y me indicaron que apoyara los dedos en la tinta para marcar las impresiones digitales, me negué a hacerlo rotundamente. Mis carceleros recurrieron a la "fuerza", si bien, he de reconocerlo, sin brutalidad. Yo miraba a través de la ventana mientras el funcionario embadurnaba mis dedos y los imprimía, uno tras otro, en doce tarjetas diferentes. Fírmelo la

mano derecha y después la izquierda.

En seguida me pidieron que me sentase y me quitara los zapatos, a lo cual también me negué. Los funcionarios de policía iban y venían en torno mío en evidente confusión. Finalmente me permitieron que recibiera la visita de Despres y de Anguiano, que había sido puesto en libertad el día anterior, pero de otra cárcel. Ambos me dijeron que se estaba haciendo todo lo posible para conseguir mi libertad.

En el corredor me encontré con el capellán de la cárcel. Como buen católico, me expresó su simpatía por mis ideas pacifistas y me dijo en son de consuelo: "¡Paciencia! ¡Paciencia!" Nada más que ésta me quedaba a la sazón.

En la mañana del 12 el agente de policía me notificó que debía partir aquella noche para Cádiz y me preguntó si quería pagar mi pasaje. Le respondí que, no deseando ir a Cádiz, no pagaría por cierto el viaje. Creía que había hecho bastante con pagar mi celda en la Cárcel Modelo.

De suerte que esa noche el rey de España me pagó el pasaje a Cádiz.

Pero, ¿por qué a Cádiz? Consulté de nuevo el mapa. Cádiz señala el ángulo extremo de la península sudoccidental de Europa. Mi derrotado había sido: desde Berezov, más allá del país de los renos, a San Petersburgo, vía montes Urales; de allí, dando un rodeo, a Austria; de Austria, vía Suiza, a Francia; de Francia a España, y, finalmente, atravesando toda la Península Ibérica, a Cádiz. Rumbo general: nordeste-sudeste. Allí el Continente acaba y el Océano empieza.

¡Paciencia!
Los agentes que me acompañaron no se esforzaron en nada por hacer un misterio de su misión; antes bien, contaron a todo el que quiso escucharles la historia entera de mi caso, dando las mejores referencias de mí. Yo no era un falsificador de billetes de Banco, sino un "caballero" cuyas ideas resultaban inconvenientes. Todos me consolaban diciéndome que el clima de Cádiz era excelente.

—¿Cómo lograron ustedes arrestarme? — pregunté a los agentes.

—Muy sencillamente: por informaciones telefónicas procedentes de París.

Tal como yo lo pensara. La policía de Madrid había recibido un telegrama de la prefectura de París concebido en estos términos: "Peligroso anarquista (el nombre) cruzó frontera en San Sebastián. Propónese seguir Madrid." Me habían esperado, pues, debidamente y habíanse sobresaltado un poco al no dar inmediatamente con mi paradero. La policía francesa me había conducido "cortésmente" al otro lado de la frontera; el admirador de Montaigne y de Renán habían llegado al punto de recomendarme: "¡Cuidado con llamar la atención! ¿eh?", y en el propio instante su superior telegrafaba a Madrid que un "peligroso anarquista pasaba de Irún a San Sebastián".

Papel principal en todo este asunto desempeñó el jefe de la llamada policía política, M. Bidet-Fauxpas, que fué el alma de mi espionaje y deportación. Bidet se distinguía entre todos sus colegas por su brutalidad y estupidez extraordinarias. Me habló en un tono que nunca se atrevieron a emplear los oficiales de gendarmería del Zar. Nuestras conversaciones acabaron siempre en explosiones. La última vez que me separé de él sentí que me seguían sus ojos, llenos de odio.

Cuando me visitó en la cárcel, dije a Despres que estaba seguro de que Bidet-Fauxpas era el autor de mi arresto. Resultó de ello que su nombre anduvo rodando en los periódicos españoles. Menos de dos

años después quiso la suerte darme una satisfacción completamente inesperada a expensas de Bidet.

Fué en el verano de 1918, siendo yo comisario de Guerra. Me avisaron por teléfono que el feroz Bidet se hallaba en una cárcel soviética. Yo no daba crédito a mis oídos.

Sucedió que el gobierno francés lo había incluido entre los funcionarios de su misión militar encargada de espionaje y conspiración en la República Soviética. Y él había sido lo bastante torpe para dejarse prender.

En verdad, ni la misma Némesis habría preparado mejor desquite si agregó que, a mayor abundamiento, M. Malvy, el ministro del Interior y jefe de Bidet, que firmó el decreto de mi deportación, fué a poco desterrado por Clemenceau, en vista de sus sospechosas tendencias pacifistas. Todo este episodio parece la trama de una película cinematográfica.

Al principio no reconocí a Bidet cuando lo llevaron a mi presencia en el Comisariato. El tonante esbirro no era ya más que un mortal común harto alicaído. Lo miré con cierta desconfianza.

—"Mais oui, monsieur—dijo, afirmando con la cabeza—. C'est moi!"

Si, era Bidet. Pero, ¿cómo pudo ser? Yo estaba asombrado de veras.

Bidet abrió los brazos filosóficamente, y con la plena autosuficiencia del estoico policial, replicó a mi pregunta:

—"C'est la marche des événements!"

Literalmente. Excelente respuesta. Recordé entonces las palabras del sombrío fatalista, mi compañero de viaje a San Sebastián: "El libre albedrío no existe: todo está determinado de antemano."

—Pero, así y todo, M. Bidet, ¿usted no fué muy cortés conmigo en París!

—¡Por desgracia, he de reconocer que es verdad, señor comisario del pueblo! ¡He reflexionado a menudo acerca de esto en mi celda! A veces conviene que los hombres conozcan las cárceles por dentro—agregó sentenciosamente—. Pero confío, sin embargo, en que mi conducta en París no me acarrearé consecuencias aquí. Lo tranquilicé.

—Cuando vuelva a París —añadió— no reanudaré mi antiguo trabajo.

—¿Por qué no, monsieur Bidet? Siempre se vuelve al primer amor...

Repetí este diálogo tan a menudo a los amigos, que recuerdo palabra por palabra, como si hubiera ocurrido ayer. Posteriormente se permitió a Bidet que volviese a Francia a cambio de algunos de nuestros prisioneros. Ignoro qué suerte corrió.

Pero me estoy anticipando en mi relato. Regresemos a Cádiz.

El prefecto de esta ciudad, luego de consultar al gobernador, me notificó que a la mañana siguiente, a las ocho, sería embarcado para La Habana, y que por una feliz casualidad, a esa hora zarpaba un barco para ese puerto.

—¿A dónde?
—A La Habana.
—¿A La Ha-ba-na?
—Sí, a La Habana.
—No iré.

—Lo embarcaremos a la fuerza... si es preciso, en la cala.

El secretario del consulado alemán, que estaba presente en calidad de intérprete y que tenía un santo temor al prefecto, me aconsejó que "me rindiera a la realidad".

¡Paciencia, paciencia!

Pero aquello era demasiado. Repetí que no lo haría. Con la policía jadeante a mis talones, corrí a la oficina del telégrafo, por las calles de la encantadora ciudad, que apenas vi a la carrera, y despaché telegramas urgentes a Despres, a Anguiano,

no, al director de la policía política, al ministro del Interior, al primer ministro, Romanones, a los directores de los periódicos liberales, a los diputados republicanos a Cortes, invocando todas las razones que podían caber en los límites de un telegrama. Y en seguida escribí a toda la gente que pude.

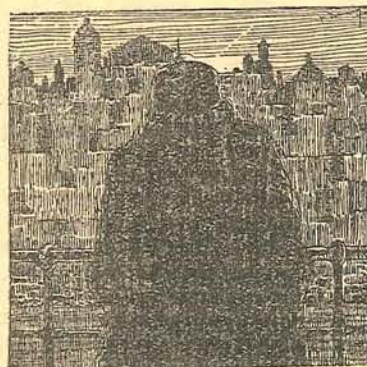
"Imagine, querido amigo — escribí al diputado italiano Serrati —, que lo arrestase la policía rusa en Tver y que le propusiera enviarlo a Tokio, donde maldita la gana que tendría usted de ir; semejante es mi situación en Cádiz, en vísperas de mi deportación a La Habana."

Luego, siempre con mis custodios en los talones, regresé a toda prisa a la prefectura. Ante mi urgente insistencia consintió el prefecto en telegrafiar por mi cuenta a Madrid, diciéndome que yo prefería quedarme preso en Cádiz hasta que zarpara un barco para Nueva York. Yo estaba resuelto a no dejarme vencer por la policía. El día era muy cálido.

Entretanto, Castrovido, diputado republicano, anunciaba que iba a formular en el Congreso una interpelación sobre mi arresto y deportación, y los diarios empezaron a polemizar acaloradamente al respecto. Los partidos de la izquierda, aunque agobiando a críticas a la policía, creyeron obligados, como amigos de Francia, a condenar mi pacifismo. Los de derecha, si bien elogiaban mi "germanofilia" (¿no me habían expulsado acaso de Francia?), recelaban de mi anarquismo. Nadie se atrevía a ser cabeza ni cola en aquel lío. Con todo, se me permitió que permaneciera en Cádiz hasta que llegara barco para Nueva York. Era una victoria completa.

En el curso de las semanas siguientes estuve sujeto a vigilancia por la policía de Cádiz, vigilancia benigna, a decir verdad, muy diferente de aquella a que me habitué en París, en donde perdí la mejor parte de los dos meses de mi estada buscando modos de burlar a mis espías. Al cabo llegué a ser muy diestro en ese juego. Cuando hallaba un taxímetro solitario buscando clientes, saltaba dentro y daba al conductor una dirección lejana. Entraba y salía de tenebrosas salas de cinematógrafos y subía y bajaba de trenes subterráneos. Por su parte, la policía estaba pronta a frustrar tales maniobras: corría en automóviles particulares, esperaba pacientemente a las puertas de los teatros, saltaba arriesgadamente de trenes en marcha, entre los chillidos de los pasajeros y las imprecaciones de los guardas. Era un juego complicado el que jugábamos, algo así como arte por arte. La policía no quitaba ojo de mis manejos políticos; pero el sentirme espiado despertaba mis instintos deportivos.

Como digo, en Cádiz era diferente. El agente destacado para vigilarme entró pronto en componendas conmigo. Si tenía una comisión que hacer o un informe que presentar, solía yo aguardarlo pacientemente en mi hotel hasta que vol-



En tierra descollaba la gigantesca mole de los rascacielos

vía a reanudar su cometido. En cambio, me ayudaba en mis compras, me protegía contra los recargos de precio y me advertía de los hoyos peligrosos de las aceras. Una vez, un vendedor ambulante de camarones me pidió dos reales por una docena de éstos, y mi indignado cicerone le armó tal bochinche por ello que se formó un corro de curiosos.

Aproveché el tiempo lo mejor que pude, estudiando historia de España en la biblioteca, aprendiendo los verbos irregulares y ejercitándome en el inglés, con motivo de mi viaje a los Estados Unidos. Entretanto, los días volaban y yo solía deplorar la excesiva brevedad del tiempo y la demasiada lentitud de mis progresos.

A menudo permanecía completamente solo en la biblioteca, sin más compañía que la de las polillas que habían devorado por completo muchos volúmenes del siglo XVIII. Precisábase mucho esfuerzo y adivinación para descubrir nombres y fechas. En mi diario figura la siguiente anotación correspondiente a aquellos días:

"Los historiadores de la revolución española hablan de políticos que, cinco minutos antes de triunfar el pueblo, tildaban el movimiento de locura criminal y cinco minutos después figuraban entre los revolucionarios más avanzados. Estos hombres hábiles, prosigue el historiador español, aparecieron en la vanguardia de todas las revoluciones posteriores, vociferando más que cualquier. A estos astutos sujetos los españoles les llaman "pancistas" o panzas grandes. Así justificó también su apelativo nuestro viejo amigo Sancho Panza."

No hay traducción exacta de estos nombres en ruso, pero sólo lingüística, no políticamente. Hombres de esta ralea viven en todos los países, como pude comprobarlo repetidas veces después de 1917.

Era cosa curiosa que los periódicos de Cádiz no publicasen noticias de la guerra, como si no la hubiera en absoluto. Al comentar yo la falta de boletines de guerra en "El Diario de Cádiz", periódico de gran circulación, la gente exclamaba:

—¿Qué? ¿Que no hay noticias de la guerra? Imposible. Y recorriendo luego las páginas del diario tenían que convenir en que era así, cosa que no habían advertido antes. Lo cierto es que Cádiz tenía una noción vaga de que había una guerra al otro lado de los Pirineos. Tal era la medida de su interés por el asunto, y he de confesar que el mío amen- guaba a medida que pasaba el tiempo de mi estada en aquella ciudad.

El barco para Nueva York zarpaba de Barcelona. Obtuve permiso a fin de dirigirme allá con tiempo para recibir a mi mujer y mis hijos. En Barcelona hubo nuevas dificultades con la Prefectura, nuevas protestas y telegramas, nuevos destacamentos de polizontes. Llegó mi familia y disfruté de relativa tranquilidad después de su vida sobresaltada de París. Acompañados por la policía, salimos a pasear por Barcelona. A los chicos les gustó el mar... y las frutas. Todos nos reconciliamos con la idea de ir a los Estados Unidos, después de haber agotado nuestros esfuerzos para pasar a Suiza o Italia. Más tarde supe que los gobiernos suizo e italiano, a instancias de los socialistas, autorizaron mi entrada en sus países, pero sus decisiones fueron dilatadas hasta que me hube embarcado en Barcelona el 25 de diciembre. Ni que decir tiene que esta dilación no fué obra de la casualidad. Los hombres de Isvolsky sabían lo que se hacían.

Europa me despidió en Barcelona con un portazo. La policía nos acompañó hasta vernos

zarpar a mí y a los míos en el "Montserrat" de la Transatlántica Española, que tardó diez y siete días en desembarcar su carga viva y muerta en Nueva York, tiempo que habría sido un "record" en los días de Cristóbal Colón, cuyo monumento domina el puerto de Barcelona. El mar, como suele en tal estación, estaba picado, y el barco hacía todo lo posible para hacernos recordar lo precario de toda cosa humana. El Montserrat era un buque viejo, nada bueno para el servicio oceánico; pero la bandera española neutral reducía considerablemente las probabilidades de un torpedeamiento, lo cual daba a la compañía pretexto para cobrar pasajes elevados y excusaba el mal alojamiento y la peor comida.

Los pasajeros constituían un conjunto abigarrado, pero poco simpático. Los varones eran en su mayoría desertores de las clases "altas". Un pintor se llevaba sus cuadros, su talento, su familia y cuanto poseía, lejos de la línea de fuego, bajo la protección de su anciano padre. Un boxeador, que era también literato, primo y admirador de Oscar Wilde, confesaba que prefería quebrar mandíbulas y "quais" en "nobles" luchas a ser ensartado por las bayonetas "boches". Un campeón de billar, hombre verdaderamente caballeroso, se indignaba altamente de que el reclutamiento hubiera alcanzado a hombres de su edad.

—Y todo, ¿por qué? Por esta insensata carnicería.

No, no se trataba de consideraciones egoístas. Expresaba su simpatía por las ideas de Zimmerwald.

Estos ejemplares eran típicos de todo el pasaje: desertores, aventureros, especuladores o "indeseables" que Europa expulsaba, porque nadie era tan insensato que se arriesgara en el Atlántico en aquellos días en un mezuquino barco español, sin tener buenas razones para ello.

No resultaba tan fácil penetrar los motivos de la emigración de los pasajeros de tercera clase. Hacíábanse, casi sin moverse, casi sin hablar: mostrábanse hosclos, sabedores de que dejaban la miseria a que ya estaban habituados como a una vieja úlcera para ir en pos de otra, aun ignorada. Los Estados Unidos trabajaban para sus clientes europeos y precisaban obreros, con tal que estuvieran limpios de tracoma, anarquía y otras plagas.

El barco fué para mis chicos enorme campo de observación, en donde a diario hacían nuevos descubrimientos.

—¿Sabes que el fogonero es un magnífico tipo? Es "republicanista". (A consecuencia de vivir en muchos países extranjeros, hablaban una jerga curiosa).

—¿Cómo te las arreglaste para hablar con él?

—¡Oh, él se dió a entender perfectamente; dijo: "Alfonso" y luego hizo "piff-paff!"

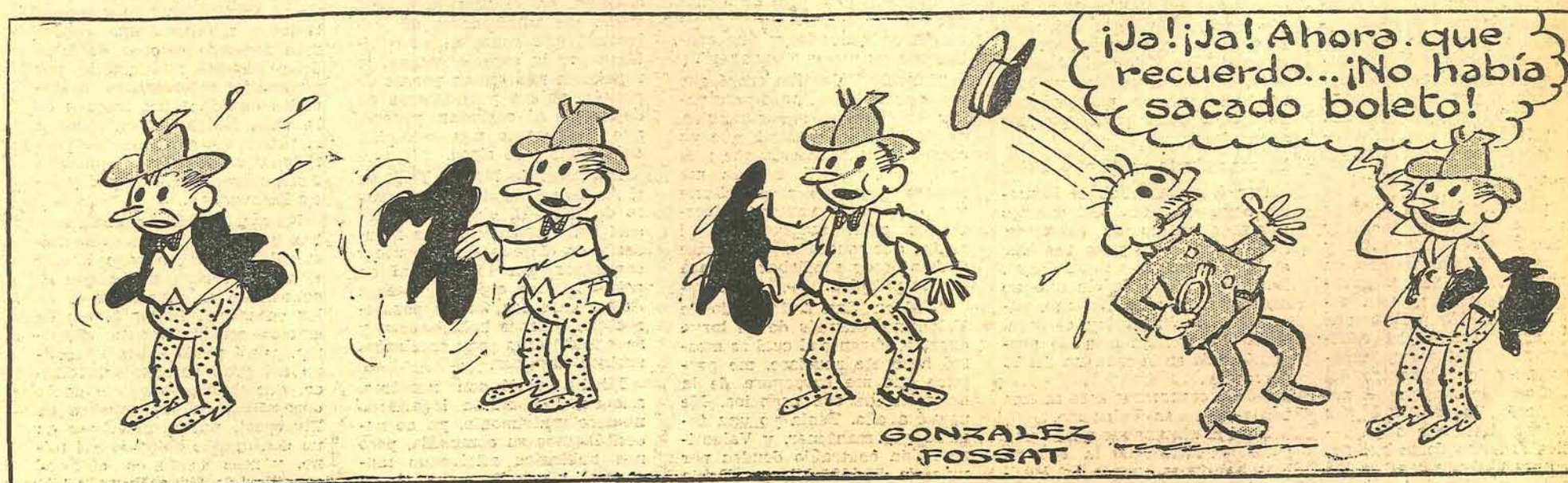
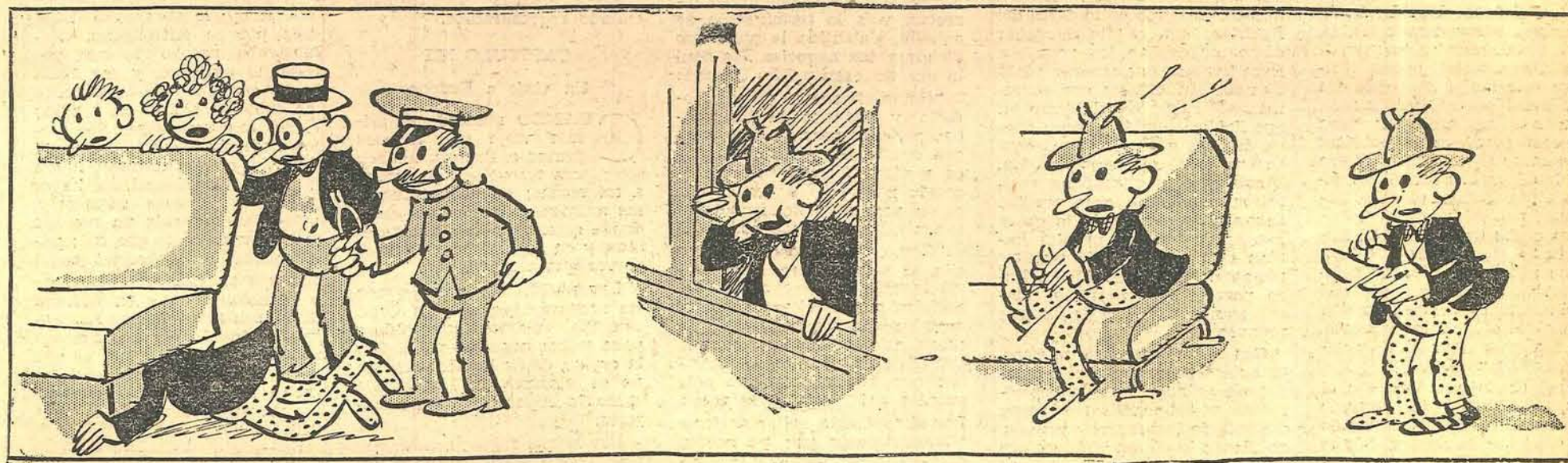
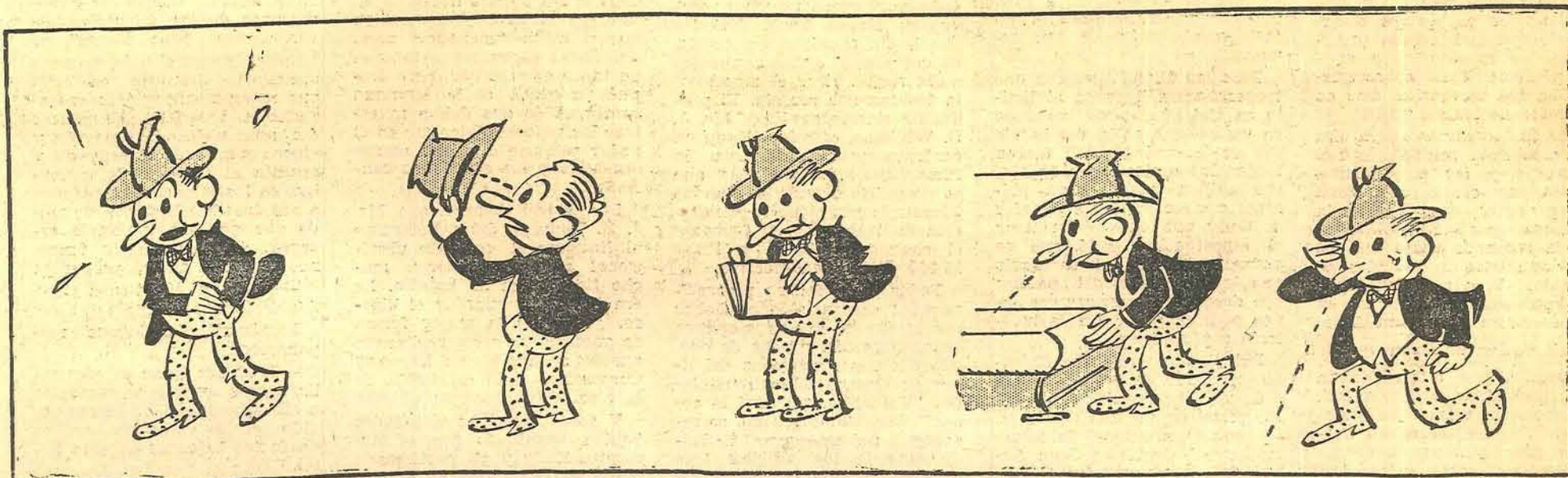
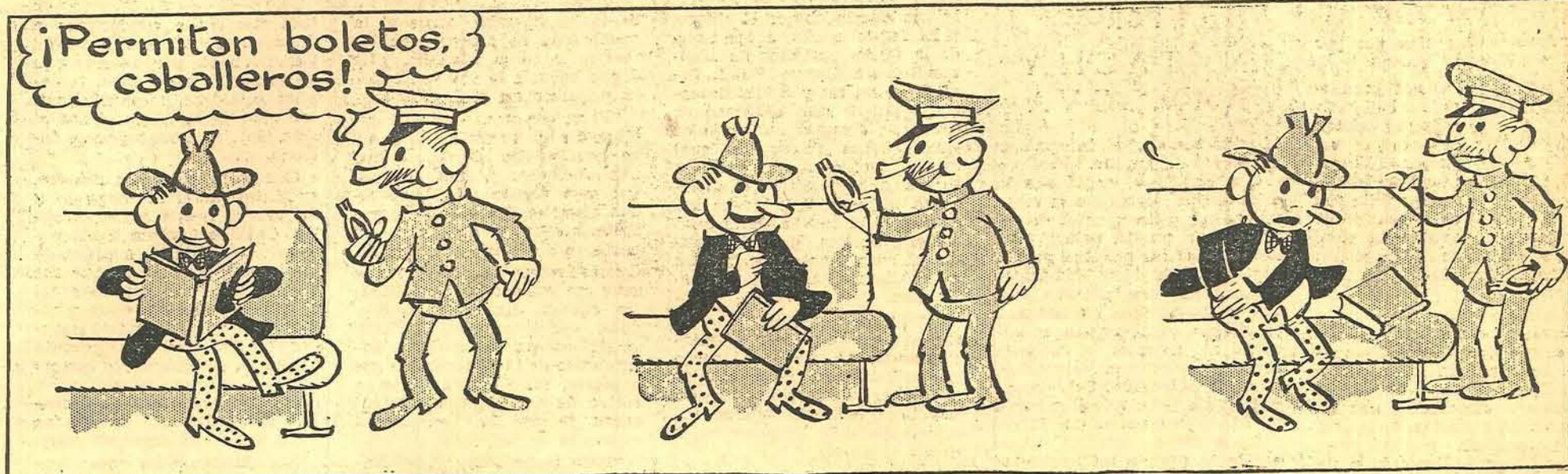
—Bueno, entonces es ciertamente republicano — hube de convenir.

Los muchachos insistieron en llevar a su amigo pasas y otras golosinas, y me lo presentaron. Era un mozo de veinte años y parecía tener ideas muy definidas sobre la monarquía.

1.º de enero de 1917. Los pasajeros cambian felicitaciones de Año Nuevo. Yo había pasado dos años nuevos en París, y pasaba ahora el tercero a bordo. ¿Qué me reservaba 1917?

Domingo 13 de enero. Nos acercábamos a Nueva York. A las tres de la mañana despertó a todos los pasajeros la campana de a bordo. El barco pasó. Era de noche, noche de viento fresco y lluvia. En tierra descollaba la gigantesca mole de los rascacielos. El Nuevo Mundo.

LA TRAGEDIA DEL SEÑOR DESMEMORIADO



HISTORIETA COMICA POR GONZALEZ FOSSAT

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

XI

POR

NATACHA RAMBOVA

Valentino realiza una jira por los Estados Unidos



UNA vez modificada la ridícula prohibición de trabajar impuesta a Valentino por la Famous Players, en el sentido de que pudiera ganarse la vida, iniciamos nuestra famosa jira de bailes organizada por Mineralava.

El presidente de la compañía Mineralava, conocedor del hecho de que Rudy no podía aparecer en ningún escenario o pantalla por un periodo de tiempo casi indefinido, nos hizo una oferta muy generosa, la cual contribuía a demostrar que era un caballero y un sportsman. Rudy y yo habíamos de realizar la jira por todo el país, desde el Maine a Texas, bailando juntos, aunque sin trabajar en teatros o circos, lo que nos estaba prohibido, sino en estadios y salones públicos. Y no apareceríamos en los escenarios, sino en el centro de los salones.

Nuestro contrato para esa jira establecía condiciones tan generosas y las comodidades que se nos ofrecieron fueron tan grandes, que, aunque la realizamos por necesidad, siempre la recuerdo como una de las cosas más agradables de mi vida. Y, a propósito, esta jira había sido pronosticada en una escritura por transmisión.

Viajamos en un coche regio

Viajamos por el país en un coche particular de ferrocarril, y, como si se tratara de restablecer la confianza en nosotros mismos después de los litigios humillantes, se nos destinó el mismo coche en el cual el rey Alberto y la reina Isabel de Bélgica habían viajado por los Estados Unidos. Estaba equipado con camas regias, cuartos de baño provistos de duchas, vestuarios, y una cocina; pero lo mejor que tenía era un maravilloso "chef" negro, quien nos alimentó tan bien que casi perdimos la esbeltez de nuestras figuras. No nos era posible despreciar los platos delicados que Sam preparaba para nosotros.

Con el fin de cumplir la exigencia de vivir separados hasta que pudiéramos casarnos legalmente, mi tía nos acompañó en el viaje. Llevamos también a Chuckie, el perrito pequinés. En el mismo tren iban nuestros propios músicos.

A mi tía le gustó mucho el viaje, a lo largo de diversos puntos de la Unión. Cuando llegábamos a cualquier ciudad o pueblo, nuestro coche era colocado en una vía apartada, y mi tía, sin fijarse en la hora, salía inmediatamente a dar un paseo por los alrededores. Además, dondequiera que nos deteníamos, las casas de automóviles de la población se apresuraban a ofrecer a Rudy sus mejores coches, por la propaganda que esto les representaba. Eramos tratados, en consecuencia, como personajes reales.

Acosados por la multitud

La publicidad que llevaba consigo la aparición de Rudy en todas partes era enorme, y nos ponía, al mismo tiempo, en graves aprietos. Al iniciarse cada representación, una escolta especial de policía nos acompañaba dentro del edificio, hasta la plataforma especial colocada en el centro del salón, donde bailábamos. A pesar de eso, la multitud nos atropellaba, haciendo a un lado a los agentes de la policía, y nos apretujaba, mientras las mujeres arrancaban los botones del saco de Valentino. Mi tía tenía que ocuparse casi continuamente en coser botones.

Llegábamos a la plataforma en un estado deplorable.

Con el fin de engañar a la multitud, recurrimos a la tarea de apostar a los agentes de policía en la puerta principal, y entrar nosotros por una puerta posterior. En New Haven lo hicimos por una ventana trasera a un edificio, que daba a un sótano. Un guardia se encargó de levantarme, y Rudy entró por sus propios medios, saltando ágilmente. Pero inmediatamente detrás de él se arrojó una joven periodista intrépida. A fin de salvarla de un accidente (que, a mi juicio, tenía bien merecido), Valentino saltó para tomarla en brazos, pero en ese movimiento brusco se lastimó la espalda, y tuvo que permanecer después en cama durante más de una semana.

Pero las dificultades con que tropezábamos llegaron al límite en Chicago, donde bailamos en un enorme salón del barrio sur de la ciudad. Allí fueron tantas las mujeres que arrojaron anillos, prendedores, pulseras y otros objetos a los pies de Rudy, que, éste, al terminar el espectáculo, pidió que se anunciara desde el escenario que las personas del público que desearan recuperar sus joyas podrían pasar por la boletería a recogerlas.

Debíamos aparecer en Chicago en marzo de 1923, y el día 4 de ese mes terminaba el plazo oficial de un año fijado en el decreto provisional de divorcio entre Valentino y Jean Ackler, para que aquél fuera definitivo. Durante varias semanas nos habíamos mantenido en comunicación con Mr. Gilbert, nuestro abogado en la costa del Pacífico, con el fin de saber cómo marchaban los trámites. Pero tuvimos que esperar algún tiempo. Mr. Gilbert nos comunicaba, casi invariablemente, que había ocurrido alguna nueva demora y que los documentos no estaban listos todavía. Finalmente, una mañana recibimos un telegrama de nuestro abogado, que contenía la grata noticia de que los papeles habían sido firmados. Prorrumpimos en gritos de júbilo. Pero parecía que nuestras calamidades no habían terminado todavía.

Con gran asombro nuestro, descubrimos que, según las leyes de Illinois, ningún matrimonio podía legalizarse hasta después de transcurrido un año, no desde la fecha del decreto provisional de divorcio, sino de la del decreto definitivo. Ya habíamos esperado un año. ¿Debíamos dejar transcurrir otro más? En California no había ninguna ley como esa. ¿Qué fastidiosas son las diferentes leyes de los Estados! Aunque los abogados nos tenían ya hartos, nos vimos precisados a acudir a ellos para que nos aconsejaran.

El casamiento en Crown Point

Por fortuna, Michael Romano, segundo fiscal del distrito y amigo íntimo de Valentino, nos dio la clave para resolver el problema. En Crown Point, Indiana, una población que no distaba mucho de Chicago, podríamos eludir la ley enojosa. Esta información nos fué proporcionada en la mañana del 13 de marzo.

—Nos casaremos esta misma tarde—propuso Valentino.

Miré al almanaque e hice una seña negativa con la cabeza. Nos habíamos casado en Méjico el día 13 de mayo, y no deseaba tentar de nuevo a la Providencia. No soy de ordinario supersticiosa, pero, en ese ca-

so, no quería correr el riesgo.

El 14 de marzo, a las cinco de la tarde, partimos en automóvil para Crown Point, llevando a mi tía y a Mr. Romano, a fin de que oficiaran de testigos. Resultó un viaje de varias horas, durante el cual fuimos sorprendidos por una tormenta, y perdimos el camino. A las diez de la noche llamamos a la puerta de la casa del juez de Paz, hicimos levantar al buen hombre de la casa y le obligamos a realizar la ceremonia.

Yo estaba tan cansada de las molestias y demoras sufridas anteriormente, que tomé parte en aquella ceremonia maquinalmente, y sin sentir mayor emoción que la que hubiera experimentado de hallarme repitiendo el abecé.

Termina el periodo de mala suerte

Unas cuantas semanas después nos encontramos otra vez en Nueva York. Nuestra jira había terminado, y quedaba cortada, al parecer, nuestra mala racha. Por el momento, la fortuna nos sonreía. El productor cinematográfico Mr. J. D. Williams, ofreció a Rudy un contrato provisional para la filmación de dos películas, que se cumpliría cuando la Famous Players le levantara la prohibición de trabajar. Al firmarse el contrato, entregó a Rudy 25.000 dólares en efectivo.

Todos estos felices acontecimientos habían sido predichos por medio de nuestra escritura automática. En prueba de ello, citaré algunos párrafos del libro de George Ullman, titulado: "Valentino, tal cual lo conocí". Mr. Ullman, como se recordará, fué "manager" de Rudy durante los últimos tres años de la vida del actor. Lo habíamos conocido durante nuestra jira con la compañía Mineralava, de la que era el director, y, a la terminación de aquella, Valentino le pidió que dirigiera sus negocios. He aquí lo que ha escrito Mr. Ullman:

"Había observado yo que Rodolfo y Natacha se interesaban por algo sobrenatural, aunque era la escritura automática y otras formas de comunicación psíquica. Antes de dar algún paso importante, consultaban siempre a ese poder.

"Como no estaba al tanto de ello, al principio me impresionó la calma con que recibían noticias que a mí me parecían asombrosas. Cuando ocurrían cosas sorprendentes, esperaba que ellos compartirían el asombro que sentía yo, pero sólo sucedía así muy raras veces.

Por el contrario, solían decirme tranquilamente que ya sabían que eso iba a ocurrir, y que era precisamente lo que esperaban. Por ejemplo, los dos me dijeron que sabían con anticipación que realizarían una jira de bailes por todo el país, que Rudy cambiaría de abogado, y que contrataría un nuevo "manager".

"Cuando Valentino creyó que me conocía lo bastante para poder explicarme sus creencias, quiso, como es natural, que yo compartiera el interés que a él le inspiraban. Y cuando me mostré dispuesto a escucharle y a dejarme convencer, advertí, con gran sorpresa de mi parte, que sucedían realmente ambas cosas predichas por esa fuerza psíquica.

"Fué en San Antonio donde Valentino, después de un largo exordio, durante el cual se mostró bastante nervioso, me propuso que me encargara de la dirección de sus negocios. Me negué a ello. Tenía yo una familia que mantener, y Valentino había contraído deudas por más de 50.000 dólares. Debía muchas veces el salario que ganaba durante aquella jira de bailes, que era de 7000 dólares por semana. Y para colmo

de males, pesaba sobre él la prohibición de trabajar en los teatros y en la pantalla. ¿De dónde sacaría lo suficiente para pagarme un sueldo?

"Pero, con una confianza sublime en su buena estrella, hizo caso omiso de todas mis observaciones, y me aseguró que muy pronto saldría de todas aquellas dificultades y ganaría mucho dinero. Por mi parte, me mostraba incrédulo. Quería saber de dónde iba a salir ese dinero. En consecuencia, cuando, diez semanas después, decidí súbitamente, sin exigir nuevas seguridades, encargarme de la dirección de sus negocios, miré atentamente su rostro de esfinge, con la esperanza de descubrir en él una expresión de sorpresa.

"Pero tanto Rudy como Natacha, después de sonreírse en forma enigmática, me dijeron que ello había sido pronosticado antes de que iniciaran su jira por el país, y que sabían que el nuevo "manager" sería yo. Estas cosas me asustaron un tanto al principio, pero después, a causa de la suprema confianza de que daban muestras los esposos Valentino en el poder psíquico, me hice menos escéptico y me sentí más confiado".

Los 25.000 dólares que Mr. J. D. Williams dió a Valentino al firmarse el contrato provisional no permanecieron mucho tiempo en su bolsillo. Le era imposible guardar el dinero. ¿Y acaso la mejor forma de gastarlo no sería realizando nuestro soñado viaje a Europa? Convinimos en lo espléndido de la idea.

Y como nuestras vicisitudes habían terminado por el momento, Rudy y yo partimos a bordo del Aquitania en el mes de agosto de 1923, confiados en que el litigio con la Famous Players estaría ya resuelto cuando regresáramos.

CAPITULO XII

Un viaje a Europa

CUANDO recuerdo el primer viaje que hicimos juntos a Europa, acuden con frecuencia dos cosas a mi mente; en primer lugar, las multitudes que nos seguían donde quiera que nos dirigiésemos, y en segundo, los muchos perros que adquirimos.

Las multitudes nos dejaron un recuerdo ingrato. En Gran Bretaña tuvimos que luchar para salvar nuestras vidas. Ser la esposa de un hombre famoso no es siempre tan agradable como lo suponen algunas mujeres.

Por lo que respecta a los perros, nos divertimos mucho con ellos. Compramos tres perritos pequinés en Londres, seis más en Niza, uno en París, y además, en el transcurso del viaje, los admiradores de Valentino, que conocían su debilidad por la especie canina, le regalaron numerosos perros de policía, galgos y cachorros de daneses. Al regresar parecía que llevábamos una colección de animales de circo.

Partimos de Nueva York en el Aquitania en el mes de agosto de 1923. El viaje se realizó casi sin incidencias. Nos manteníamos alejados de la gente y comíamos por lo general en privado. Los esposos George Arliss eran los únicos pasajeros con quienes hablábamos, y se convirtieron en excelentes amigos nuestros.

Mi tía viajó con nosotros, aunque, habiéndose legalizado nuestro matrimonio, ya no necesitábamos su compañía, pero nos habíamos aficionado mucho a ella. Desembarcó en Cherburgo, y Rudy y yo lo hicimos en Plymouth. Allí tuvimos que abrirnos paso hasta la estación de donde partía el

tren que iba a conducirnos a Londres, entre una multitud que pugnaba por acercarse a Valentino, y una vez en la capital británica, la muchedumbre que vimos al dirigirnos al Ritz Hotel era más grande todavía.

Con gran asombro nuestro, en dicho hotel se negaron a alojarnos. Pocas semanas antes, Carlitos Chaplin había parado en el Ritz, y, a causa de las manifestaciones de que fué objeto, todas las ventanas del frente del edificio quedaron rotas, y el vestíbulo sufrió grandes desperfectos. El gerente nos explicó cortésmente que no tenía el menor propósito de ofendernos, pero que no deseaba dar alojamiento en su casa a los astros del cinematógrafo.

Nos dirigimos, en consecuencia, al Carlton, donde, durante tres días, fuimos prisioneros de los cronistas y fotógrafos de los periódicos. Todas las publicaciones de las Islas Británicas, desde "The Times", de Londres, hasta el más modesto semanario irlandés, enviaron sus representantes para entrevistarse a Valentino. El primer día nos visitaron cuarenta y cinco, quinientos el segundo y sesenta el tercero. Se alineaban en los corredores contiguos a nuestras habitaciones, de modo que nos era imposible escapar. Cada uno, por turno, nos dirigía la misma pregunta:

—¿Qué opinión tienen ustedes de Londres?

Finalmente, decidimos responderles:

—Si no nos dejan ustedes salir, jamás podremos contestar a esa pregunta. Sólo hemos podido ver las calles de Londres desde los balcones de este hotel.

El cual día logramos burlar su vigilancia, y salimos a pasear.

A Rudy le encantaba Londres por su antigüedad. Demostraba mucho interés por todo lo antiguo, y me tenía harta con sus visitas a todos los castillos históricos y a las torres que recordaban los viejos tiempos, desde la época de Ricardo, el Rey cruzado, hasta la de la reina Isabel. De haber vivido en épocas anteriores, quizá hubiera sido un hombre más grande de lo que fué; posiblemente un caballero como Lanzarote, siempre dispuesto a entablar batalla en defensa de la reina Ginebrina. Así habría colmado sus sueños románticos, pero lo cierto es que debía contentarse con satisfacerlos interpretando los papeles correspondientes en la pantalla.

Gracias a una carta de presentación de mis padres, en Londres fuimos huéspedes de los esposos Richard Guinness, en su espaciosa residencia de Great Cumberland. La señora Guinness mantiene uno de los más famosos salones de Londres, siempre frecuentado por personajes interesantes, destacados en todos los órdenes de la vida. Entre los invitados a la primera comida de que participamos figuraban el pianista Arturo Rubinstein y lord y lady Birkenhead.

Rudy y lord Birkenhead, ambos hombres de fama internacional, no habían oído hablar el uno del otro, hasta que se conocieron en la residencia de los esposos Guinness. Vivían en esferas completamente distintas. ¿Qué podía saber Valentino del gran personaje británico, que había surgido de la obscuridad en los muelles de Liverpool, para convertirse en un distinguido abogado del reino, y más tarde en el Lord Canciller de Gran Bretaña? Y por otra parte, ¿qué sabía Lord Birkenhead de la industria cinematográfica, ni qué podía importarle?

Después de presentados, fueron éstas, poco más o menos, las primeras frases que cambiaron:

—¿Es ésta la primera visita que hace usted a Londres, Mr. Valentino? —preguntó Lord Birkenhead.

A pesar de que desde dos semanas antes los diarios de Londres se ocupaban de él, Rudy contestó cortésmente, y preguntó a su vez, con la misma inocencia:

—¿Ha estado alguna vez en los Estados Unidos, mi Lord?

Lord Birkenhead acababa de regresar de una de sus muchas jiras a la Unión, donde sus discursos habían causado verdadera sensación en los círculos diplomáticos. Pero ¿qué noticias podía tener Rudy de lo que sucedía en los círculos diplomáticos? Los que escuchamos el diálogo tuvimos que hacer grandes esfuerzos para no reírnos.

Valentino empezó a sentir admiración por Lord Birkenhead cuando supo que era un gran sportsman, propietario de jaurías y de numerosos caballos de carrera conocidos en toda Europa. Y Lord Birkenhead admiraba por su parte a Rudy, porque era un perfecto atleta.

Salimos de Londres para realizar un paseo en automóvil por los alrededores, hasta los castillos de Windsor y de Warwick, encaminándonos a los lugares históricos que Rodolfo deseaba tanto conocer. Nos dirigimos por los caminos de Surrey hasta un establecimiento famoso de perros de caza, donde compramos tres cachorros lanudos, de los cuales uno vive todavía, y está actualmente en mi poder. Como era natural, Rudy pasaba en Londres horas enteras con los sastres, sombrereros, zapateros y camiseros. Por mi parte, me desquitaba cuando llegamos a París.

Luego de permanecer tres semanas en Londres disfrutando de una vida agradabilísima, volamos de Croydon a París. El vuelo me gustó mucho, pero Rudy se mareó, y después no quiso volver a volar.

Un viaje peligroso en automóvil

En París hubo una nueva serie de entrevistas, paseos, visitas a las casas de comercio y recepciones de gala en honor nuestro. Rudy estuvo muy ocupado en la elección de los materiales para la construcción de un Voisin especial de carrera, con un motor poderoso, capaz de desarrollar una velocidad de 140 kilómetros por hora. Pero como el automóvil no podía estar listo hasta que transcurrieran unos meses, la empresa nos prestó un coche de sports para que pudiéramos utilizarlo mientras tanto, y en él realizamos un viaje a la Riviera.

Por desgracia para mí, los caminos se encontraban en perfectas condiciones, y Rudy podía someter a prueba la velocidad del coche. ¿Qué importaba que muriésemos ambos mientras él realizaba sus experimentos emocionantes? Cada automóvil que nos precedía en el camino constituía una invitación para adelantarle y lo conseguimos. Rudy era un conductor hábil, aunque demasiado imprudente. Nuestro viaje fue una loca carrera en medio de un calor sofocante y de nubes de tierra, mientras mis protestas eran ahogadas por el rugido del motor. Cuanto más ruido hubiera, más encantado se sentía Valentino, pues le proporcionaba la sensación más intensa de la velocidad. Doblábamos velozmente las curvas, bordeando un precipicio, en cuyo fondo se veían las azules aguas del Mediterráneo, y no tenía yo el menor deseo de ser lanzada al mar. No me gustan los baños imprevistos.

Pero el momento de mayor peligro llegó cuando tomábamos un recodo a toda veloci-

dad. Al parecer, delante de nosotros se extendía el espacio solamente. Comprendimos, horrorizados, que se trataba de una doble curva, y que ningún poder humano podía salvarnos. Rudy tironeó la rueda y apretó los frenos con fuerza, mientras el aliento frío de la muerte azotaba nuestros rostros. Luego, como por un milagro, el coche se detuvo, mientras una de las ruedas traseras quedaba en el aire, sobre el precipicio.

Miré a Rudy. Estaba mortalmente pálido y todo tembloroso. Con voz insegura, me preguntó:

—¿Viste a Pluma Negra?

Como me era imposible articular una sola palabra, me limité a contestar con un movimiento de la cabeza.

—Lo vi inclinarse y dar a la rueda el tirón final que nos salvó—continuó Rodolfo—. No me hubiera sido posible hacer esa maniobra solo.

Tan pronto como pude recordar el habla, le contesté:

—Sin la ayuda de un ángel guardián, hace tiempo que hubiésemos muerto los dos.

Me asaltó el deseo de simular un ataque de histerismo, aunque sólo fuera por darle una lección, pero lo vi tan conmovido por nuestra milagrosa salvación, que decidí no molestarle más.

Aquella noche, a las diez, llegamos extenuados, hambrientos y sucios, al castillo de Hudnut, en Jean les Pins, donde caímos en los brazos del querido tío Dickie, de mi madre y de mi tía. Es aquella una maravillosa residencia que Mr. Hudnut compró hace años a un conde ruso que perdió toda su fortuna en Montecarlo. Durante la guerra, fué cedido al Gobierno para que sirviera de hospital norteamericano. Más tarde, él y mi madre lo reformaron, a fin de convertirlo en su hogar permanente.

Se ofende a Valentino en su tierra

A Rudy le gustó mucho aquella residencia, y pronto empezó a recorrer los alrededores. A la mañana siguiente, tiempo antes de que yo me levantara, Valentino estaba explorando los contornos de la propiedad; cuando me vestía para el almuerzo regresó a contarme que había descubierto un punto ideal en el que podría establecerse un jardín zoológico y un cinematógrafo al aire libre, y construir un muelle. Tan pronto como tuviera el dinero necesario, iríamos a vivir cerca de allí, para gozar de todas esas comodidades.

Pero Rudy era un hombre incansable. Antes de que transcurrieran diez días, decidió que debíamos partir para Italia. Sería la primera visita a su tierra después de diez años de ausencia, y no podía esperar más.

Nuestra entrada en Italia no resultó muy auspiciosa. Al traspasar la frontera en Ventimille, fuimos detenidos, y se nos ordenó que mostráramos nuestros pasaportes y nos dirigiéramos a la Aduana. Pero los funcionarios acababan de ir a almorzar, y entre el almuerzo y la siesta transcurrieron unas dos horas. Mientras tanto, esperamos bajo el sol ardiente. Cuando por fin aparecieron, obligaron a Rudy a pagar un impuesto enorme por unos cigarrillos de marca norteamericana, que era lo único, entre las cosas que llevábamos, que podía gravarse con tasas. A las protestas de Rodolfo, uno de los funcionarios lo pinchó, jugetón, en el estómago, me hizo a mí una guiñada y dijo algo en italiano que no pude comprender, pero por la forma en que Rudy contestó a gritos, en el mismo idioma, temí que se produjera un duelo.

Cuando Rudy saltó dentro del coche, nos explicó, hecho una furia, a mí y a mi tía, que aquel hombre le había hecho

notar que bien podía dar unos cuantos dólares a su patria, después de haberse casado con una rica heredera norteamericana. Y como mi tía y yo nos echáramos a reír de buena gana, Rudy estuvo más de una hora sin dirigirnos la palabra. ¡La ocurrencia de insinuarle que era capaz de casarse por dinero! ¿No era yo acaso tan pobre como él? Esto contribuyó a entibiar el entusiasmo que sentía por encontrarse de nuevo en su tierra.

Llegamos a Génova a hora avanzada de la noche, y aunque estaba muy fatigado por el largo viaje, Rudy preparó papel y lápiz para comunicarse con su madre, muerta, cuya presencia bienhechora había advertido todo el día. Madre e hijo cambiaron rápidamente mensajes de cariño. El padre de Valentino había muerto cuando éste tenía once años de edad. El recuerdo más preciso que conservaba de él era el momento en que, poco antes de expirar, llamó a sus hijos para decirles:

—Hijos míos, amad a vuestra madre y, sobre todo, a la Patria. ¡A la madre y a Italia!

Si Rodolfo esperaba ser recibido como un rey en su tierra, muy pronto hubo de sufrir una desilusión. No era ni siquiera un héroe que regresaba a su patria. Muy poca gente en Italia había tenido noticias de él y de sus películas. Valentino, el ágil bailarín de tango, el "sheik", el torero, el ídolo de un millón de corazones en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, para sus compatriotas no era nada más que un joven esbelto y bien vestido, muy americanizado, a quien acompañaba una joven que lucía trajes comprados en París. Pero si se sentía descontento por esa acogida, no lo reveló en lo mínimo.

En realidad, estaba harto de la publicidad, de las adulaciones y le satisfacía el hecho de ser tratado nuevamente como un ser humano normal. No alcanzó a comprender lo norteamericano que estaba hasta que volvió a su tierra natal. Y, sin embargo, seguía siendo suficientemente italiano para ahogarse de emoción cada vez que contemplaba una escena familiar de su juventud.

Lo primero que vió fué el Colegio Dante Alighieri en las afueras de Génova, donde sus padres le habían enviado cuando tenía once años de edad. Esperaban hacer de él un hombre de provecho, pero no consiguió más que desesperar a sus maestros y a su querida madre. Nos mostró orgullosamente el pupitre que había ocupado en una de las aulas del colegio, y el rincón donde permaneció muchas horas haciendo penitencia por sus travesuras. Fué expulsado de ese colegio, el primero al que concurrió, por una travesura que efectuó un día en que el Rey visitaba Génova.

Los maestros, sabedores de que Rodolfo Guglielmi era el más insupportable de todos los alumnos, no quisieron correr ningún riesgo el día que el Rey hizo una visita a la ciudad. Le encerraron en un cuartito del sótano, y para estar seguros de que no se escaparía, le desnudaron. Pero el joven Rodolfo rompió los barrotes de su prisión, y con un uniforme prestado, que era demasiado grande para él, se escapó, montado en un borrico. Recorrió orgulloso las calles de la ciudad hasta un punto donde desfilaría la procesión, y al pasar el soberano, empezó a vitorearle con toda la fuerza de sus pulmones.

A causa de esta travesura, fué enviado a casa de su madre, quien le besó y le reprendió al mismo tiempo. Más tarde ingresó en el Colegio Militar de Perugia, la ciudad montañosa de Italia. Allí no se destacó en nada, excepto en el juego del football, y, un año

más tarde, abandonaba nuevamente sus estudios.

Valentino quería ser oficial de caballería, a fin de lucir la larga capa azul del pintoresco uniforme de la caballería italiana. Pero la fortuna de su familia no era lo suficientemente grande para costearle ese capricho. Los oficiales de caballería llaman mucho la atención, pero ganan sueldos muy pobres. En cambio, Rodolfo entró en la Escuela Real de Agricultura, donde siguió la carrera de perito agricultor.

Allí fué donde sufrió las primeras penas de su vida, pues se enamoró de Luisa, la hija del cocinero de la escuela. Uno de los profesores cortó el idilio, amenazándole con la expulsión. Por lo demás, su comportamiento en la escuela fué muy digno de elogio. Cuando llegamos, sus antiguos profesores le saludaron con afecto, y se lamentaron de los cambios producidos por el tiempo, pues ya no concurrían a la escuela alumnos como él.

Los estudiantes de ahora son una caterva de necios y de cobardes—declaró el director—. Cuántas veces he repetido: "¡Si Guglielmi estuviera otra vez aquí! ¡El sí que sabía lidiar con un toro!"

Este elogio agradó más a Rodolfo que una tonelada de cartas de sus admiradores. Estaba orgulloso de su habilidad para lidiar con los animales.

A nuestro regreso a la ciudad, después de abandonar la escuela, pasamos por una tiendecita de venta de encajes, cuya puerta de acceso estaba completamente bloqueada por la humanidad de una italiana voluminosa. Prendidos a su falda había unos seis u ocho niños, con tan poca diferencia entre sus edades como puede permitirlo la madre naturaleza. Después de echar una mirada a aquella señora, sin decirnos una sola palabra a mi tía ni a mí, Rodolfo frenó el coche, y saltando fuera de él, se aproximó rápidamente a ella.

Mi tía y yo oímos dos o tres frases breves, un grito de sorpresa, luego charla y risas, una "revista" de los niños, una caricia y un beso para cada uno de ellos, y por fin vimos cómo Rudy desaparecía con todos dentro de la tienda. Cuando regresó, cargado con numerosos bultos—pues había comprado casi todas las existencias—se sentía tan emocionado que apenas podía hablar. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Aquella era Luisa, su primer amor, la hija del cocinero de la escuela! Había sido muy hermosa, con bellos ojos, largo cabello y muy esbelta. Si él hubiera permanecido en Italia podría ser el propietario de la tiendecita y el padre de ocho criaturas. Pero el destino nos reserva toda clase de sorpresas.

Rodolfo adoraba a su hermana María

Rudy sentía grandes deseos de llegar cuanto antes a Milán, donde encontraría a María, su querida hermana, quien iba a acompañarnos en nuestro viaje. Al aproximarse la hora ansiada, sentía un júbilo que no le permitía articular una sola palabra. Entre todos los miembros de la familia, María era para él la preferida, con excepción, como es natural, de su madre. Pero en Milán no encontramos a la hermana de Rodolfo. Había dejado un telegrama en nuestro hotel, anunciándonos que iba a Génova para darnos una sorpresa. Por fortuna, estaba ya en viaje de regreso.

María llegó cuando nos encontrábamos almorzando, y los dos hermanos, separados durante once años, cayeron uno en brazos de otro, rieron, gritaron, volvieron a abrazarse y se separaron para contemplarse de nuevo.

¡Pero qué cambios produce el tiempo! María se sentía llena

de orgullo por los éxitos y el aspecto de su hermano, pero Rudy experimentaba decepción por las costumbres anticuadas y la falta de elegancia de su querida hermana, aunque lo ocultó hábilmente. En cuanto al vestido negligente de María, podía remediarlo, y con su habitual generosidad, le compró ropas que ella nunca había soñado poseer. Además, le regaló una caja de polvos para la cara y "rouge". María, después de contemplar todo aquello con avidez, me echó unas miradas suspicaces. Mi rostro la hacía temer por la reputación de su hermano. ¿Sabía Rudy lo que significaba una "dama pintada" en Italia? Y, sin embargo, yo usaba el "rouge" profusamente, y sin avergonzarme de ello en lo mínimo. Muy confusa, murmuró al oído de su hermano: "¿No sería mejor que Natacha no ocultara el anillo de boda con el guante?"

Pero Rudy se echó a reír. Hubo muchas discusiones entre los dos. Se parecían fundamentalmente, y al mismo tiempo divergían mucho en sus puntos de vista. Ambos eran muy testarudos, y, sin embargo, cambiaban de opinión en seguida, apenas se les convenía de que estaban en un error. Esta vez, Rudy demostró que tenía razón. Con un guardarrropas bien provisto, y un cistne para empolvase, María se convirtió en una joven muy atrayente. Tenía unos bellos ojos negros y los dientes blancos y la sonrisa encantadora de Rudy. Ella misma se sentía muy complacida de la transformación.

Cuando nos íbamos de compras, visitábamos las iglesias, porque María era muy devota e insistía en que conociéramos todos los rincones de la catedral de Milán. La vimos varias veces, pero no nos cansábamos de visitarla de nuevo. Más que las criptas, a Rudy le fascinaba la colección de joyas antiguas y raras del tesoro. Tenía por las piedras preciosas la afición de un oriental, y me hubiera cubierto con ellas si su fortuna se lo permitiera.

En Siena, cuando nos dirigíamos a Roma, descubrimos en una tienda de antigüedades un cuadro de Ana de Cleves firmado por Holbein, y Rudy insistió en comprarlo a cualquier precio. La misma noche, en la posada campesina donde pasamos la noche, nos sentamos sobre unos banquetes, y en el piso, muy despasejo, de baldosas rojas, consultamos la escritura por transmisión para saber si el cuadro era legítimo o no. Por nuestros espíritus directores supimos que no era un original, sino una copia antigua. Esta información nos fué confirmada en Niza por un perito. Rudy se declaró satisfecho, porque, al menos, se trataba de un cuadro antiguo.

El encuentro con Emil Jannings, en Roma

Cuando llegamos a Roma lancé un suspiro de alivio. Por lo menos podría bañarme y descansar de los largos viajes por caminos polvorientos. Nos divertimos mucho en la capital de Italia. Visitamos el viejo castillo de los Borgias, lleno de fantasmas de las víctimas de aquella familia sanguinaria, y el antiguo Castillo de San Angelo con su cámara de horrores y de torturas; vimos al Vaticano y paseamos por el Coliseo a la luz de la luna.

Pero nuestro día más divertido fué aquel en que presentábamos la filmación de "¡Quo Vadis?", con Emil Jannings en el papel de Nerón. Al principio, el espectáculo nos llenó de asombro. Cada vez que empezaba el ensayo de alguna escena ocurría una confusión indescriptible. Y, sin embargo, la escena era, aparentemente, pacífica. ¿Qué significaba todo aquello?

El barón Fassini nos lo

LA NUEVA INTERPRETACION DEL AMOR

POCAS veces como ahora se ha hablado tanto del amor. Tiene una activísima literatura en todo el mundo, en forma de numerosos libros científicos, conferencias de cátedra o de salón, estudios de revista, artículos de diario. Es el tema actual, el más a la moda de todos los temas. Escriben del amor los médicos, los sociólogos, los psicólogos, los economistas, las mujeres de tendencia intelectual y los colegiales de segundo curso de bachillerato. ¿Como siempre? En efecto, en todas las épocas el amor ha sido la gran preocupación del género humano. Pero cometeríamos un delito de frivolidad si no nos apresurásemos a marcar cuanto antes la diferencia. Esa enorme distancia que separa al procedimiento que emplea Platón para tratar del divino impulso amoroso, de la forma que usa Freud para analizar los fenómenos complejos de la libido. La diferencia que hay entre el sentido del amor que enciende el alma de Dante, y ese otro amor que los especialistas modernos llevan a la sala de operaciones de una clínica como a simple conejillo experimental, con todas las miserables visceras al aire.

Ni siquiera se escribe y habla del amor como se ha hecho siempre, con una picardía gozosa. Como Ovidio y Cátulo entre los paganos; como Chaucer, Boccaccio y el Arcipreste de Hita en la época cristiana medieval. Actualmente se procura sobre todo arrebatarse al amor su antigua trascendencia. Quitarle la importancia que siempre tuvo en la vida social. Destronarlo. Por eso, aunque en realidad el tema del amor llena la actualidad del mundo civilizado, lo que se quiere es la completa deshonra del amor. Ya lo han llevado a las clínicas; ya se han apoderado de él los sociólogos y los psiquiatras; ya lo han librado del poder de los místicos y los poetas. Ahora será muy fácil reducirlo a los límites y a la condición que todas esas gentes atareadas se han propuesto. El amor, según esas gentes han acordado, no deberá traspasar la categoría de un mero y como insignificante fenómeno físico. Como el acto de comer, y basta.

En este ataque a fondo contra el sentido tradicional del amor habrá que señalar en primer término la literatura que proviene de Moscú. Para los adeptos de Lenin, la pasión amorosa es un mito burgués; un elemento de captación que utilizan los burgueses en la misma forma que utilizan la religión, el patriotismo, el sentimiento del honor o la metafísica. Se comprende que el comunismo integral, que ha lle-

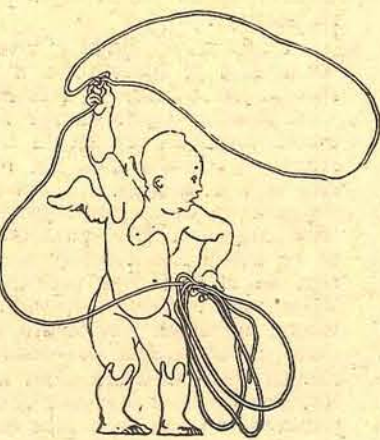
gado a someter al mismo arte a la condición de una cosa subordinada y meramente servil, aspire a reducir el amor a los límites de una función física sin trascendencia sentimental ni ideológica alguna. Lo grave del caso es que, en una proporción mucho mayor de lo que se supone, el pensamiento de las nuevas generaciones en todo el mundo está fuertemente influido por el espíritu soviético.

Hay que apuntar después el ejemplo de Alemania, donde prospera desde hace años un concepto del amor profundamente materialista, apenas disfrazado por una teoría de la eugenesia en que el recuerdo de Grecia, el culto de la forma humana y una especie de divinización de la salud y el vigor corporales forma una mezcla que por lo pronto se traduce en una desenfrenada libertad erótica. También la parte radical o socialista del mundo intelectual anglosajón acrecienta últimamente su campaña en contra del sentido tradicional del amor. Por todas partes le salen enemigos a ese sentimiento que durante incontables siglos ha estado llenando casi totalmente la vida de la humanidad y que ha inspirado las dos terceras partes por lo menos de todo el arte y toda la literatura que ha llegado hasta nosotros.

Pero esto no quiere decir que se haya inutilizado completamente el amor en cuanto argumento de literatura. Tampoco debe suponerse que ha dejado de explotarse como magnífico motivo industrial. Por el contrario, pocas veces ha producido el sujeto erótico tanto dinero a editores y literatos. Sólo que el procedimiento de explotación editorial sigue actualmente otros caminos. Aquella literatura galante que hacía la dicha de la sociedad del siglo XVIII, ¿a quién podría hoy interesar medianamente? Tampoco los secretos de alcoba a lo Flaubert sorprenden ahora a nadie. La cruda descripción de las escenas sexuales a la manera de Emilio Zola, si impresionante y cautivadora en su tiempo, hoy resulta insuficiente. Partiendo del principio de que todo el mundo está o tiene que estar al cabo de todas las cosas, las escenas carnales del naturalismo no sorprenden a nadie. Había que inventar algo mejor. Y Freud, en efecto, ha inventado esa cosa extraordinariamente picante que con el nombre de psicoanálisis da la vuelta al mundo y está haciendo la felicidad de ciertos editores. No hay médico un poco ambicioso que no se apresure a publicar uno de esos libros que al amparo del pabellón de la Ciencia se dedican a hacer cosquillas a la curiosidad, una curiosidad generalmente pervertida, del público. El público devora unos libros que con el

lenguaje y el aparato científico más respetables le abren el mundo de la intimidad erótica en sus procesos más ocultos, más sagrados, como son los de la infancia. O le muestran los misterios de la virginidad conturbada. O los otros secretos de la sexualidad invertida.

Lo curioso en esta campaña de deshonra o desvalorización de la idea del amor, es que se busca la complicidad y la ayuda de la mujer. Y es más sorprendente todavía el que se obtenga esa complicidad. Toda mujer que se precia de intelectual, o de ilustrada, acepta con entusiasmo el nuevo sentido del amor, incorporándolo a la campaña moderna de liberación y dignificación del sexo femenino. Pero si el amor, en su forma tradicional, era de varias una cadena que avasallaba



a la mujer, ¿qué es lo que le espera a la mujer con el nuevo orden de cosas? Una vez que el amor deje de ser la cosa trascendente que hasta ahora ha sido, ¿a qué estado tiene que quedar reducida la mujer? Será la hembra o la camarada que busca el hombre para sus necesidades más imperiosas. ¿Pero cuánto tiempo duran los encantos femeninos? Y tan pronto como se marchiten esos fugitivos encantos, ¿qué destino le aguarda a la mujer? Seguramente la mujer ha perdido en esta ocasión el profundo instinto de conservación y de perspicacia que siempre le distinguiera. En realidad, toda la organización de galantería y de adoración amorosa, toda esa arquitectura ideológica y pasional a base de la sublimación casi supersticiosa del amor, era a la mujer a quien aprovechaba principalmente. La trascendencia amorosa, con la institución del matrimonio indisoluble

JOSE MARIA SALAVERRIA

(Para LA NACION)
MADRID, julio de 1930.

ble y de la familia, se había hecho en beneficio de la mujer, la cual adquiría el positivo reinado sobre el corazón, la voluntad y la imaginación del hombre, además del imperio absoluto dentro del hogar. Transformada en un ser independiente, igual en todo al hombre (y débil e inferior por mandato irrefutable de la Naturaleza), la mujer se lanza a la nueva vida con el entusiasmo de un chico con zapatos nuevos, sin advertir que está renunciando a los más sólidos valores que posea.

Otro efecto curioso de esta nueva teoría del amor consiste en la insistencia con que se invocan los fenómenos de la vida primitiva y natural. Teníamos el caso de Rousseau. Pero esta vez no se pide ayuda a la Naturaleza a través de un sentimentalismo pseudo filosófico, como hacía el escritor ginebrino; ahora se acude al ejemplo de la Naturaleza por intermedio de una investigación pseudocientífica. ¿Cómo proceden los hombres salvajes en el proceso del amor? ¿Cómo cumplen sus funciones amorosas los animales? Estos son los problemas que, paralelamente a los que suscita Freud, se hallan actualmente de moda. Y lo interesante no está en el planteamiento de esa investigación; lo que sorprende es que se saquen de los ejemplos que ofrecen el salvajismo y la animalidad verdaderos argumentos con que apoyar la campaña de la intrascendencia, de la materialidad, de la descalificación y deshonra del amor. Se trata de destronar al amor, ese mito despótico, nos dicen, que habían inventado la burguesía y la religión para mantener sojuzgada y embrutecida a la sociedad. Y para ello no hay escrupulo en pedir consejo a los seres que viven sometidos a las leyes esenciales de la Naturaleza. ¿Y no habíamos quedado en que el hombre era el ser excepcional que fundaba su excepcionalismo precisamente en su glorioso afán de superar a la Naturaleza? ¿Qué otra cosa es el hombre, sino una profunda y eterna rebelión contra la Naturaleza? ¿Cuándo es más grande y poderoso y divino el hombre, sino en tanto se aleja de la Naturaleza?

En un autor inglés leía yo hace poco tiempo unas consideraciones acerca del instinto del pudor entre los animales, los salvajes y los civilizados. Venía a decir que el pudor no era un fenómeno natural; el pudor es un hábito impuesto artificialmente por los remilgos convencionales de la civilización. Pero esto ya lo sabíamos. La civilización, o sea la alta actitud de humanidad, es un enorme y complicado compuesto de artificios, de convencionalismos, con los cuales procura el hombre ensanchar la infranqueable distancia que le separa de la

Naturaleza. Ahora bien, estos artificios creados por el estado de cultura pasan a convertirse en verdaderos fenómenos naturales. Tal ocurre con el pudor. El pudor se ha convertido para el hombre en una segunda naturaleza; mejor dicho, forma parte esencial de su propia naturaleza. Entonces, ¿por qué vamos ahora a discutirlo? ¿Y por qué, sobre todo, hemos de pretender extirparlo o siquiera atenuarlo?

Pero para la campaña de desvalorización erótica el pudor significa un obstáculo, y hay que atentar contra él. Lo importante es quitarle gravedad al amor. Privarle de misterio. Hacerlo extremadamente accesible. El amor pasa, por tanto, a carecer de toda dificultad. Y el substancial peligro que esto acarrea es lo que la mujer moderna no comprende; no ve que al mitigarse el pudor y al perder el amor toda dificultad, ella misma se convierte en una cosa fácil, accesible, sin misterio; en una cosa verdaderamente vulgar, cotidiana y desvalorizada. Pero bien, ¿por qué tenemos que recordar con respeto a los salvajes y los animales? ¿No habíamos convenido todos y definitivamente en la necesidad de trabajar por la grandeza y el progreso del género humano? ¿Va a resultar ahora que el porvenir del hombre está en una vuelta a la Naturaleza?

El ideal comunista lo había ya, en efecto, practicado con éxito indudable la Naturaleza. El sistema social de las abejas y de los termitas es la admirable realización de los mejores sueños de una imaginación de bolchevique. Todo estaba realizado desde hace mucho tiempo en el seno de la Naturaleza. Según las descripciones que en su libro sobre los termitas nos hace Maeterlinck, en la vida comunal de esos sabios animales todo se halla previsto, desde la ración y clase de alimento que cada uno debe comer, hasta las funciones de la procreación y el número exacto de los individuos que han de ser procreados.

En el nuevo plan de humanidad que se nos ofrece, todas las cosas están igualmente previstas y reglamentadas. El hombre, según ese programa de vida, se convierte en un admirable termita, en una hormiga sabia que nace, come y muere con arreglo a la más estricta sumisión. El hombre ya no tiene que preocuparse de la metafísica ni del amor. Ha quedado convertido en un ser completamente sintético. En una especie de hormigón mamífero... Afortunadamente, uno habrá de morir antes. Y uno, además, morirá confiado en que el buen sentido y el espíritu de conservación de la humanidad le librarán siempre de todo absurdo excesivamente desatinado.

plicó. Había allí gente de toda clase de nacionalidades e idiomas diferentes, y no se entendían unos a otros. Había dos directores, uno alemán y otro italiano, y cada uno de ellos contaba con un grupo numeroso de ayudantes e intérpretes. Los directores gritaban sus órdenes en sus idiomas respectivos, simultáneamente, por medio de un megáfono. Y el resultado era una verdadera Torre de Babel. Cada grupo hablaba su lengua y no comprendía ninguna otra.

Emil Jannings, el astro del cinematógrafo, aunque norteamericano de nacimiento, conocía únicamente el idioma alemán. La protagonista era británica, y los negros esclavos que formaban la multitud habían sido importados de Arabia y Egipto.

Como casi nadie entendía las

órdenes que se daban, ninguno trabajaba como era debido. Entonces los directores, después de arrojar a un lado los megáfonos, se mesaban los cabellos e imploraban la ayuda del cielo. Sus respectivos ayudantes hacían cuanto les era posible para serenarlos, y el ensayo comenzaba de nuevo. Parecía que se iba a declarar la guerra entre Italia y Alemania en cualquier momento, y sin embargo, fuera de aquellas escenas, reinaba la armonía entre los representantes de ambas nacionalidades.

Almorzamos con los esposos Jannings y las principales figuras del drama polilingüe en los jardines Borghese, y todo el mundo se mostró cortés y jovial. La señora Jannings, que tenía el don de poseer varios idiomas, nos servía de intérprete. Rudy y Emil Jannings, sentados uno junto al otro,

se comprendieron perfectamente, apelando al lenguaje universal de la mímica.

Cuando llegó el momento en que debíamos partir de Roma me sentía tan cansada, que regresé por tren a Niza. Rodolfo, María y mi tía se dirigieron más al Sur, hasta la aldea de Castellenata, cerca de Ta-

VARIEDADES
LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA Y UNA PAISANA DE LUCERNA

CUANDO la reina Victoria Eugenia era joven, le gustaba mucho vagar por las montañas de Suiza, admirando sus espléndidos paisajes, los que reproducía al lápiz o a la acuarela.

Un día que se encontraba en los alrededores de Lucerna, teniendo frente a ella uno de los

rento, para visitar la casa donde había nacido Valentino. Allí vería a su hermano Alberto, a quien yo no conocí hasta que visitó el castillo de Hudnut, un año después. María permaneció en nuestra compañía hasta que regresamos a los Estados Unidos.

(Continuará)

paisajes más hermosos que es dado contemplar, la Reina quiso saber el nombre de los picos que la rodeaban, y como pasaba precisamente por ahí una joven paisana, le preguntó:

—¿Cómo se llama esa colina que domina la ciudad?

—Es el Güstch, señora — respondió la joven.

—¿Y más allá, esa montaña rodeada de nubes?

—Es el Pilato, señora; y esas nubes que lo cubren, son su sombrero.

—¡Ah!, recuerdo — dijo la Reina que conocía el refrán de la

localidad, que decía "Si tiene puesto el sombrero, el tiempo será bueno."

—¿Y allá del otro lado del lago?

—Es el Righi, señora.

—Está bien; puede retirarse — dijo entonces Victoria, que había ya satisfecho su curiosidad, olvidando que no estaba en Inglaterra.

Las paisanas de Lucerna son susceptibles y no pecan por lo pacientes, y la joven en cuestión respondió poniéndose colorada de indignación, en el extraño dialecto de su país:

—¡Váyase Vd.! ¡Yo estoy en mi casa!

Victoria comprendió y se puso a reír, pidiéndole luego excusas y ofreciéndole una moneda de oro. Este argumento casi siempre convence, y la paisana se alejó muy satisfecha, mientras la joven reina terminaba su dibujo, que se podía ver dentro de un precioso marco, en sus habitaciones privadas en el castillo de Windsor.

LA SIEMBRA EN LINEAS ESPACIADAS

POR

JOSE LUIS DOMINGUEZ

abundancia, la viznaga, el chamico y varios otros, los que, si bien en un principio representaban una tarea ardua para conseguir extirparlos, debe tenerse en cuenta que este trabajo será bien remunerado con el refinamiento del campo para las cosechas venideras.

Resuelto el problema de la ubicación, debe el colono iniciar sus tareas en forma que le permita sacar la mayor utilidad posible y reducir sus gastos a la mínima expresión; ello se conseguirá con una dedicación continuada, sin esperar que la naturaleza sea el factor indispensable para el mayor rendimiento de sus sementeras; por el contrario, debe poner de su parte cuanto esté a su alcance, a fin de suplir por sus propios medios lo que aquella no puede darle.

Un trigo o un lino, por ejemplo, sembrados a voleo, necesitan para su mejor germinación la ayuda que la naturaleza no les da en muchas ocasiones; en cambio, si a estos sembrados se les limpia, se les carpe y se les aporca, esa tutela no se hará sentir en forma tan intensa. Desde luego, no pretendemos desconocer sus positivos beneficios; mas aun, sabemos que faltándole este elemento por completo, absurdo sería pretender conseguir la cosecha más reducida, pero si podemos afirmar que sus beneficios serían aprovechados por las sementeras trabajadas, en un porcentaje muy superior que en aquellas que se abandonan desde el momento de la siembra hasta el de la siega.

Hablar de carpir y de aporcar el trigo y el lino, sin duda ha de causar extrañeza a más de un colono; sin embargo, sus beneficios están plenamente comprobados y su práctica resulta tan económica, tan reducida la cantidad de semilla a emplearse y tanto mayor es su rendimiento, que no cabe lugar a dudas que en un plazo más o menos corto este sistema, que actualmente se emplea en un muy reducido número de chacras, será implantado por los agricultores en general.

Nos referimos a la siembra de lino y de trigo en líneas espaciadas; para ello se hace necesario como medida previa, la selección de la semilla a emplearse; ésta debe ser de pedegree en todos los casos y su

Trilladora-segadora

Lino en flor, sembrado en hileras distanciadas

campo que se ha de destinar para efectuar los cultivos. Afortunadamente, y salvo excepciones por demás conocidas, aun cuando nuestro país abarque todos los climas, en casi la mayoría de sus regiones existen campos aptos para la agricultura; todo depende, en general, de la época de la siembra de los diversos cereales; las tierras arcillosas, arenosas o calcáreas son adecuadas, pues la generalidad de ellas contienen una buena proporción de arcilla y humus.

Lo principal en estos casos es lo que se refiere al problema del agua, por tratarse de un elemento fundamental del cual no es posible prescindir; no basta que la proporción del agua lluviosa que cae durante el año sea la conveniente para hacer prosperar una sementera; se debe conciliar esto con el agua potable del campo que ha de ocuparse, no sólo para el consumo de sus moradores, sino también para el de los animales y el de las plantaciones suplementarias, las que por su naturaleza la necesitan en abundancia.

Otra de las circunstancias que debe tener en cuenta un agricultor antes de instalarse, así sea como arrendatario o como medianero, es el término de su contrato; en un campo "hecho", el término de la locación puede ser menos duradero que el que se efectúe para los campos nuevos. Generalmente es más preciado un campo de pastos tiernos a uno que los posea fuertes o duros; esto es un error, pues lo único que en realidad esa diferencia indica es el estado momentáneo del campo, pero nunca la calidad de la tierra.

Una roturación periódica y el continuo pisoteo de las haciendas en un campo de pastos fuertes hacen que éste se convierta en campo tierno. En muchas ocasiones la agricultura en esta clase de campos trae como consecuencia la invasión de malezas perjudiciales, como son el abrojo grande, el cardo con demasiada

Producido de una bolsa de semilla de lino, sembrado en hileras distanciadas

elección quedará librada al colono, que la elegirá de acuerdo con el clima y las condiciones de su tierra.

Por lo general, la cantidad de semilla que se emplea varía entre 70 y 90 kilogramos por hectárea, y como en las semillas comunes existe un 30 por ciento de granos improductivos, esta selección hace que, tomando como base la cantidad máxima de 90 kilogramos, ésta quede reducida a 63 kilogramos por hectárea. Para la siembra en líneas distanciadas, la operación resulta por demás sencilla; para ello sólo se hace necesario obstruir dos distribuidores de la máquina sembradora cada tres, lo que, por de pronto, proporciona un ahorro de la tercera parte de la semilla, la que, de 63 kilogramos, quedará reducida a 21 por hectárea. En lugar de los 90 kilogramos que hemos tomado como base y que por lo general es la cantidad que se utiliza actualmente.

Los espacios entre las líneas serán de poco más de cuarenta centímetros, o sea lo suficiente para una fácil limpieza por medio de un aporador sin vertederas, el que puede ser arrastrado por un solo caballo. Estas separaciones darán la ventilación tan necesaria para el mejor desarrollo de las plantaciones, y al mismo tiempo una lluvia, por escasa que ella sea, será aprovechada íntegramente.

Refiriéndose a las siembras en hileras espaciadas, dice el ingeniero agrónomo Angel O. Dowling, autor de un interesante estudio sobre esta clase de sembrados: "La humedad que se conserva en el suelo y la posibilidad de permitir la llegada del aire atmosférico hasta el lugar de las transformaciones, son los beneficios que recibe la tierra por medio de las carpadas y que aumentan la actividad de los microorganismos útiles. Posiblemente, también ha de influir en la mayor actividad el mayor calor que puede recibir del suelo en

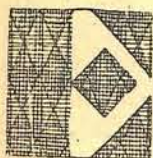
aquella porción dejada libre entre las líneas que no llegan a cubrir las hojas todavía en primavera".

Agrega que "como consecuencia del removido y de la aireación de la capa superior del suelo, efectuado por las carpadas, las plantas pueden nutrirse mejor, y como por el espacio libre reciben mayor luz y pueden cumplir mejor las operaciones propias de las hojas a la luz del sol, las plantas se desarrollan más vigorosas y los productos que de ellas esperamos pueden proporcionarlos en mayor cantidad y en mejores condiciones". De este trabajo del ingeniero Dowling hemos extraído dos notas gráficas, demostrando en una la cantidad de bolsas que con este sistema de siembra puede producir una de lino, y en la otra a un linar en flor libre de malezas, debido a las carpadas.

Estos experimentos se han llevado a efecto en los Estados Unidos de Norte América, en Francia, en España y también en otras naciones de Europa, todos ellos con los mejores resultados. En cuanto a los realizados en nuestro país, para no citar más, nos limitaremos a transcribir unos párrafos del ingeniero Jorge E. Bosch, tomados de su informe sobre el resultado de una siembra de lino en hileras espaciadas, efectuada en el partido de Las Flores, provincia de Buenos Aires. "El cultivo—dice—fue carpado y aporcado en su oportunidad, y se ha podido notar desde un principio que el desarrollo de las plantas ha sido siempre superior al de los cultivos comunes sembrados con la misma semilla y al voleo, también en la misma fecha.

"Ahora bien—agrega—, al sembrar se pudo notar: 1o., mucha mayor cantidad de bolillas comparado con otros lino; 2o., mayor altura de las plantas, lo que es de mucha importancia en épocas de sequía, en las que los cultivos comunes se encuentran a diez y quince centímetros de altura y, por lo tanto, difíciles de segar; 3o., conservación de la humedad del suelo por efecto de las carpadas oportunas, que permiten el desarrollo normal de la planta hasta su perfecta madurez, y 4o., que a pesar de ser demasiado espaciadas las líneas (más de 50 centímetros) dió mayor rendimiento por hectárea que el de los comunes sembrados a voleo o filas espaciadas a quince centímetros".

La comprobación de la bondad de este sistema de sembrar el trigo y el lino está al alcance de cualquier chacarero que se resuelva a ello, aun cuando como prueba lo haga en una pequeña parte de su chacra. A buen seguro que esta experiencia dará como consecuencia su implantación con los mejores resultados, siempre que se proceda a la siembra en una época conveniente, luego de preparar la tierra en forma adecuada, carpiendo y aporcándolo en el momento oportuno. Sembrando trigo y lino en esta forma se consigue economía en la semilla, mejor producto y mayor rendimiento en menor área de campo.



N crónicas anteriores nos referíamos a la faena a desarrollarse dentro del año agrícola en una chacra mixta

en la que la diversidad de sus cultivos no representa para el colono mayores erogaciones que las necesarias para la siembra de un solo cereal, colocándose, en cambio, en una situación a todas luces ventajosa en lo que a menores riesgos y a mayores utilidades se refiere. El simple hecho de que la merma o la total pérdida de la cosecha de un solo cereal significaría en este caso una disminución fácil de recuperar con el producto de los otros; y que, de lo contrario, es decir, con la siembra de uno solo, las pérdidas resultarían totales, es suficiente para demostrar, sin lugar a dudas, las ventajas apuntadas.

Significábamos también que el descanso que se proporciona al colono que se dedique solamente a la siembra de lino o trigo, durante el período de su germinación, quedaba librado al azar, corriendo el mismo albur que la propia cosecha; una sequía prolongada, abundancia de lluvias extemporáneas, heladas a destiempo, lo mismo que el granizo o fuertes soles, son motivos más que suficientes para reducir a cero cuantos cálculos optimistas pudieran haberse hecho veinticuatro horas antes.

Además, este descanso sería muy relativo, pues dadas las últimas prácticas, ya no es la del lino ni la del trigo una cosecha que deba, como en tiempo atrás, dejarse librada a la mano de Dios. Las experiencias efectuadas muestran la conveniencia de sembrar, limpiar y cosechar conforme a normas modernas, las que dan como resultado: obtener mayor rendimiento en menor cantidad de tierra.

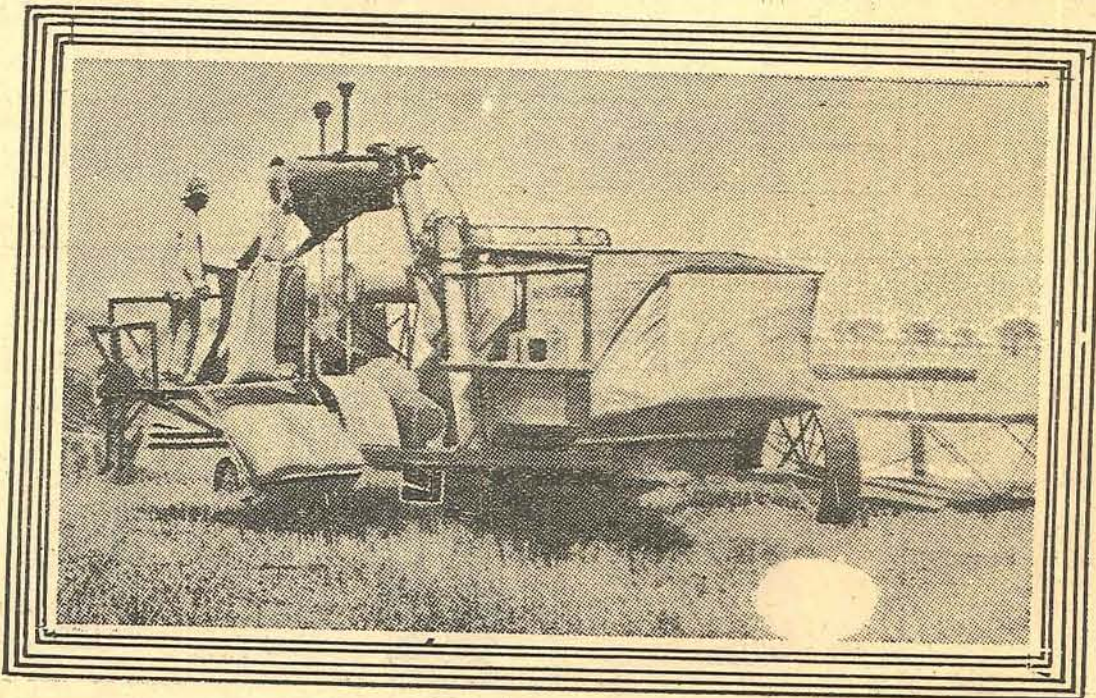
Para ello debe tenerse en cuenta ante todo la elección del

CASA DE VELORIOS

(Continuación de la pág. 34)

dose viejos cuentos obscenos—los viejos cuentos verdosos que se pasean por todos los velorios del mundo—y a cada final explotaban las risas. La mujer quería oír, entender alguna de aquellas frases regocijantes. Hubiérale gustado que la alegraran. Hubiera querido ver, entre todos, a Victorio para que él también se alegrara un poquito.

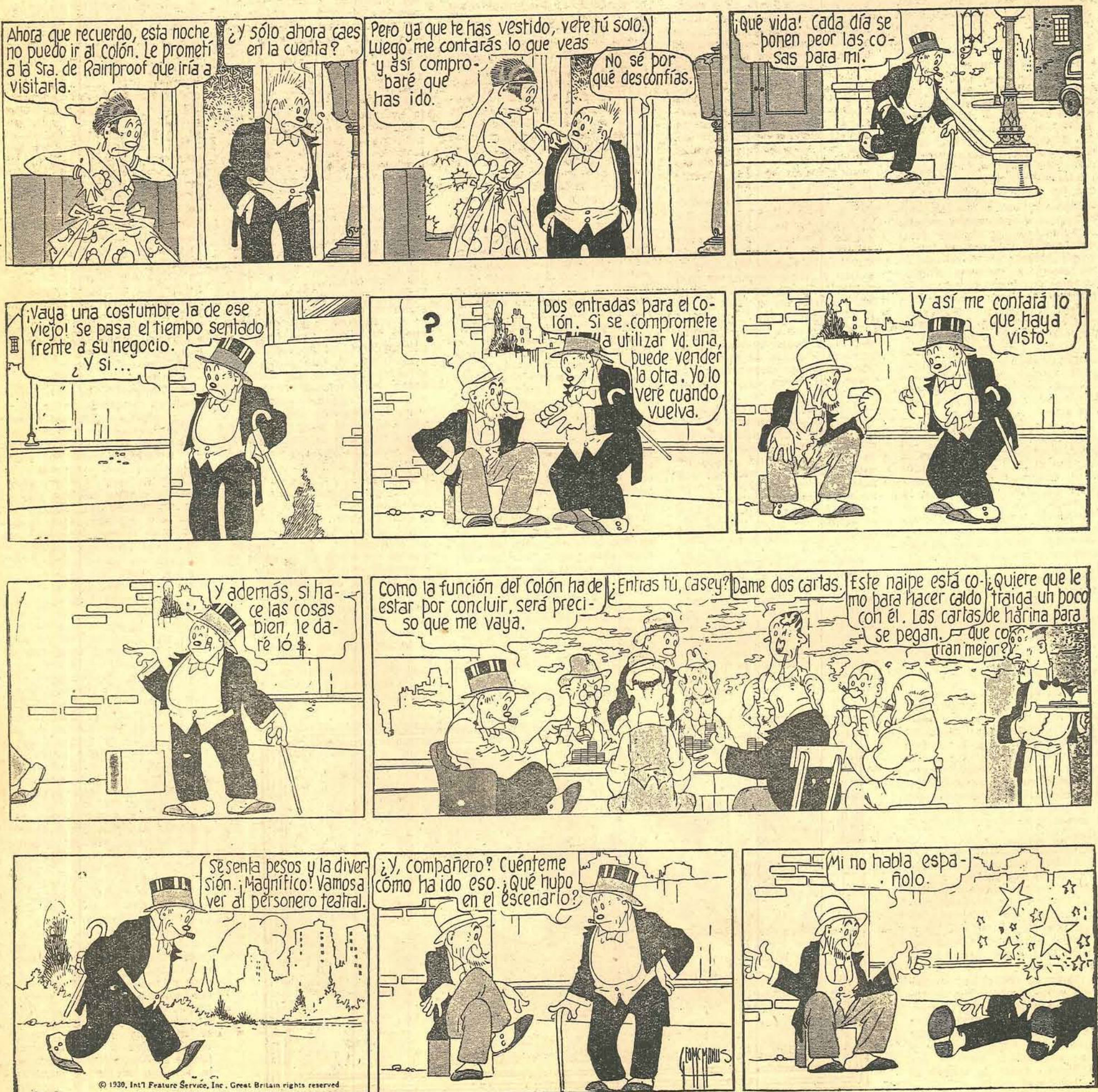
A la otra mañana se lo llevaron. Los compañeros tenían obligaciones que cumplir y sólo vinieron cuatro, entre ellos Ramón. Fueron con ellos los chicos, llenando un coche. Regresaron muy contentos del viaje. A gritos narraban sus impresiones. Uno contó cómo taparon con tierra el cajón en que iba Victorio. El chico, rememorando a los grandes, había tomado una pelota de barro seco, y ¡zumba!, lo hizo sonar sobre la caja. Estaban todos muy contentos del viaje en coche y no se explicaban bien el por qué lloraba tanto la madre al escucharles el relato...



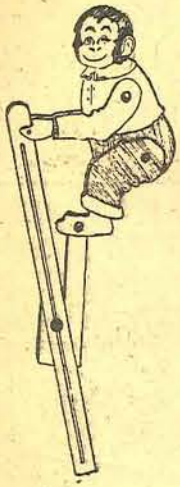


EL PERSONERO

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



MONITO ACROBATA

Podéis construir este juguete, en cartón grueso o madera terciada. Luego de cortadas las diversas piezas y coloreadas se arma el juguete como indica el modelo. Los "brazos y piernas" unidos al cuerpo mediante broches o tornillos pequeños con tuercas, según el material empleado, deben moverse libremente al subir o bajar la pieza M.

LA PRUEBA

SENTADA sobre una enorme roca, Diana dejaba que la espuma de las olas le mojaran de vez en cuando sus pies desnudos. Hacía un mes que vivía en casa de sus tíos en una hermosa propiedad situada cerca del mar, donde reinaba la más perfecta tranquilidad, hasta que la semana pasada se produjo algo inesperado que convulsionó a toda la familia. Un joven de unos veinte años de edad apareció en la mansión familiar, titulado hijo de Sir Julián Truscott, que había perecido en un naufragio, a su regreso de un viaje de varios años. Sir Julián era el hijo mayor del viejo Truscott y por las leyes de su país, el heredero de sus tierras y de su título. Una vez muerto Julián, heredó ambas cosas su único hermano, Sir Jorge, que vivía desde muchos años en el castillo con su familia.

El recién llegado había presentado varias pruebas que eran en verdad terminantes, y gracias a las cuales no se podía dudar de que Sir Julián se hubiera realmente casado en el extranjero y hubiera tenido un hijo.

Es de imaginar con qué pocas ganas debía abandonar la familia entera la casa en la que había vivido siempre y que creían en su poder desde hacía ya diez y ocho años. Un abogado a quien habían consultado, declaró que los papeles no daban lugar a duda. El joven se mostraba muy atento con su familia y rogaba que no apresuraran la partida, pero había en él algo que repelía fuertemente a la joven. No podía explicarse qué era, pero decididamente le resultaba odioso.

Como el sol comenzaba a quemar su delicado cutis, la joven buscó abrigo a la sombra de unas rocas que formaban una especie de cueva. No bien estuvo instalada en ella, oyó la voz del nuevo propietario, e instintivamente quedó inmóvil para oír lo que decía.

Sin sospechar que le escuchaban, el joven se acercó, hablando con un amigo al que ella no podía ver, y creyéndose solo, propuso a este último sentarse para tratar de sus "asuntos".

—Todo anda a pedir de boca — dijo — Julián —. Están convencidos. Esta tarde volverá el abogado de Londres y quedarán las cosas terminadas.

—Yo no estaría tan tranquilo — observó el otro. Me gusta la seguridad con que hablas. Además, preferiría que la familia se fuera de una vez, no vaya a ser que estando aquí descubran la cosa.

—No hay que temer. Ayer no más, contaban a unos vecinos, que yo había escapado milagrosamente del naufragio y había sido adoptado por una señora que me había salvado. Esta señora había guardado los papeles que encontré en mi ropa y no había dicho nada hasta el día en que cumplí los veinte años. De este modo no necesito conocer ningún pormenor de la familia. Puedes estar tranquilo.

—¿Has destruido todos los papeles que te puedan comprometer? — preguntó entonces el otro.

—Todos... Es decir, todos menos uno que se me voló...

—¿Cómo dices? — exclamó el amigo lleno de angustia.

—Sí. Imaginate que estaba precisamente en este lugar, revisando los papeles, cuando se me voló la fotografía. Te acuerdas, aquella...

—¡Calla! — interrumpió el otro, temiendo que las rocas se pudieran enterar —. Ya sé cual dices. ¿Pero la encontraste?

—No. Corrí para ver dónde caía, pero el viento la levantó y la llevó hasta aquella roca que ves allí. He preguntado después, con disimulo, si era posible acercarse a ella nadando o embarcado, pero me han asegurado que es sumamente peligroso, pues está lleno de escollos. Además, poco durará en ella, pues la primera marea alta se encargará de barrerla.

—¿Pero ese es el peligro? ¿Si el mar la lleva a la orilla? — No es probable. Me he informado también y dicen que sólo en mareas excepcionales llega el agua hasta allí, y esto no va a suceder antes de que ellos se hayan narchado de aquí.

—¿Ni una palabra más! — ordenó el otro —. Vamos inmediatamente en busca de un botecito, y a la roca, a buscar esa fotografía.

Los dos hombres se alejaron discutiendo y la joven que había oído todo, saltó de su escondite. Pronto, ella tenía que nadar inmediatamente hasta la roca. No había más remedio. ¡Pensar que podría probar que era un impostor y hacer que su tío quedara en la vieja casa disfrutando de sus riquezas!

Ni por un minuto pensó en el peligro que corría al intentar semejante cosa. Valientemente y sin perder tiempo en mirar hacia atrás, la joven nadó durante un largo rato, pero cuando ya le parecía que se acercaba a la isla, corrientes contrarias la alejaban de ella. Por fin, dando una vuelta larga, a fin de llegar a ella por otro lado, consiguió asirse de una roca. Cayendo continuamente, pero sin detenerse a pensar en sus pobres pies que sangraban con las asperezas de la roca, Diana empezó a buscar. La isla no era grande y poco tardó en dar la vuelta entera, convencida de que no había en ella la menor fotografía... A menos que el viento la hubiera hecho caer en esa especie de cráter que formaban unas rocas. Sí, ya que había llegado hasta allí, era necesario tratar de buscarla de todos modos.

Reuniendo todo su coraje, la joven empezó la peligrosa subida. Tenía que subir una escarpada roca y de allí bajar quien sabe hasta dónde. Ella que no había sentido miedo cuando se trataba de nadar una distancia tan grande entre rocas, sentía que le faltaban las fuerzas para aventurarse en esa cavidad, pensando en los reptiles que podían vivir en ella. La voz de Julián la obligó de repente a hacerlo. Efectivamente, él había llegado en un bote, acompañado por su amigo, al que llamaba Boss. No le quedaba más remedio que ocultarse en la roca, pues si él la veía, comprendería que había descubierto su secreto y sería capaz de matarla. Tal vez la hiciera morir ahogándola y luego fingir un accidente. Esto cruzó la imaginación de la joven mientras bajaba agarrándose de las rocas. Cuando juzgó que ya no la podrían ver desde arriba, Diana se detuvo.

LECTURAS INFANTILES

Los dos hombres habían dado igualmente la vuelta de la pequeña isla.

—No está aquí. ¡Idiota! — exclamó Boss —. ¡Ahora estamos perdidos por tu culpa!

—La habrá llevado la marea. — ¡Si tú mismo decías que la marea no llegaba hasta aquí! Busquemos entre las rocas.

Al oír esto, Diana se puso a temblar y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Después de media hora de busca, Julián declaró.

—Yo no soy miedoso como tú. Estoy convencido de que la



"Reuniendo todo su coraje la joven empezó la peligrosa subida"

dichosa fotografía estará por lo menos en la panza de un tiburón. De todos modos me voy. Es hora de almorzar y no quiero que sospechen nada en la ca-

sa por perder el tiempo en esta roca. ¡Ni las gaviotas la van a mirar, tonto!

Diana sintió que los hombres se alejaban y después de un rato se disponía a regresar a la casa, muy tristemente, pensando en lo inútil de sus esfuerzos, cuando algo le llamó la atención. Un papel o cartón blanco que había creído al principio era sólo un pedazo de mica, brillaba a la luz que venía de lo alto. Estirando su brazo, Diana se apoderó de él y lo llevó en la boca hasta que se encontró fuera, al aire libre. Miró entonces la tan ansiada fotografía. ¡Qué tristeza! Era esto por lo que había arriesgado la vida? ¿Qué podía probar una fotografía de un niño de unos dos o tres años, igual a todos los niños y en la que estaba escrita para colmo: "Julián Truscott, a la edad de tres años"?

¿Qué prueba era ésta? ¿Por qué estaban tan empeñados en ocultar esta fotografía? Pero de repente cambió por completo la expresión de la cara de la joven. ¡Había visto! ¡Había visto de qué se trataba! Colocando la preciosa fotografía dentro de su gorro de baño, Diana se arrojó al mar y un rato después llegaba a la playa, por cierto bastante alejada del castillo, a donde la había llevado la corriente.

La joven se disponía a emprender el camino a pie cuando afortunadamente, encontró un cochecito manejado por un joven que le propuso conducirla hasta su casa.

Allí la esperaban muy preocupados, temiendo le hubiera pasado algo, pues era ya muy tarde.

—¡Hija mía! — dijo su tía —. ¿De dónde vienes en ese estado?

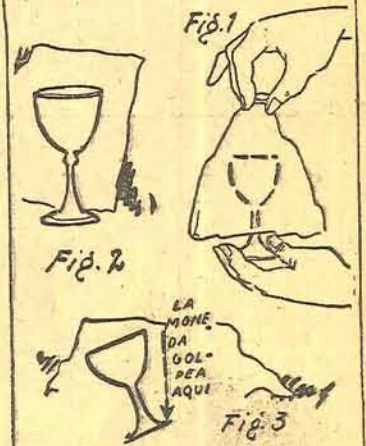
La joven advirtió entonces que sus manos y sus pies sangraban abundantemente y que venía en traje de baño, en dirección opuesta a la playa donde se bañaban siempre.

—¿Qué susto nos has dado! — exclamaron sus primas.

Cuando después de un minuto la joven pudo hablar ante toda la familia reunida, Julián se sintió incómodo. ¿Sabría ella algo?

Con toda tranquilidad la joven declaró que tenía la prueba evidente de que Julián no era hijo de Julián Truscott. El abogado que había venido de Londres por ese asunto se levantó, acercándose a Diana pa-

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR



La copa y la moneda

Tomé una moneda con un pañuelo y déjala caer dentro de una copa, como lo indica la figura adjunta. Todos podrán oír el ruido que hace al caer. (Fig. 1). Cuando levante el pañuelo la copa estará vacía. (Fig. 2).

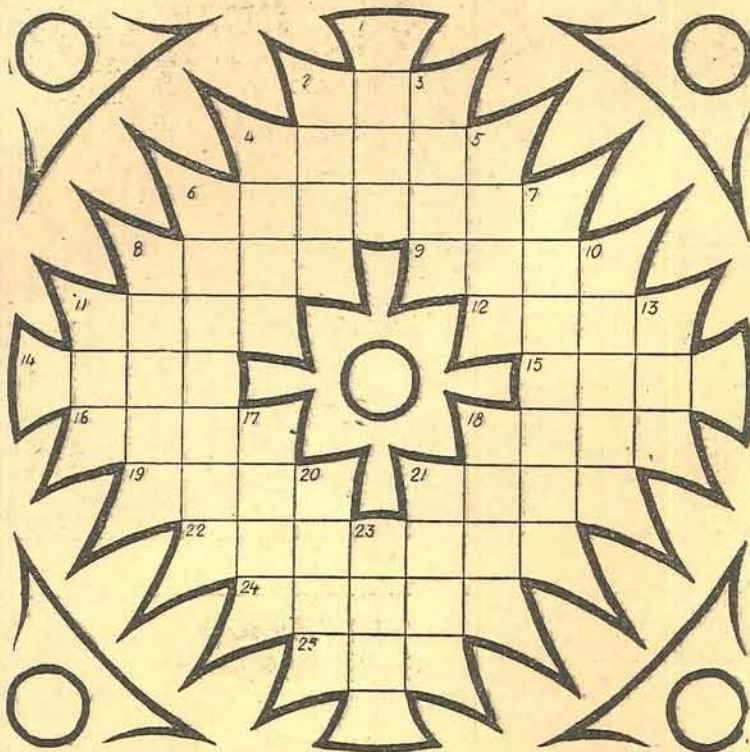
El secreto consiste en la- dear la copa de manera que cuando caiga la moneda choque con el pie de la primera, produciendo el ruido. (Fig. 3).

ra aconsejarle no indispusiera a su familia con el que sería en adelante dueño del título y de la tierra; pero ella contestó que podía probar lo que decía, y que lo haría inmediatamente. El supuesto Julián intentó entonces huir, pero, naturalmente, lo detuvieron.

—¡Miren! — exclamó triunfalmente Diana, mostrando por fin la fotografía —. A este niño, que evidentemente era Julián Truscott, le faltan dos dedos de la mano derecha y a este Julián no le falta nada. ¿Habrán podido crecer los dedos?

La prueba era inconfundible. Pronto la justicia se apoderó del supuesto Julián, que era un pillo de lo más conocido, y la familia pudo continuar, gracias a Diana, en la casa de sus antepasados.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

2. Interjección con que se denota incredulidad o desdén.
3. El que es causa de una cosa.
6. Convenir en un dictamen o partido y abrazarlo.
8. Gigante que, según las mitologías y consejas de los pueblos del norte de Europa, se alimentaba de carne humana.
9. Nombre de varón.
11. Máquina que sirve para levantar pesos y llevarlos de un punto a otro, dentro del círculo que describe el brazo que posee o del movimiento que pueda tener la máquina.

12. Adverbio de lugar.
14. Fue el primero en jugar.
15. Bajo de piedra, a manera de meseta llana.
16. Hace cortaduras en la carne.
18. Vacio, desocupado. Dícese del hombre sin oficio y mal entretenido.
19. Pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave.
21. Mineral metalífero, principalmente el de hierro, tal como se extrae del criadero y antes de limpiarse.

Verticales

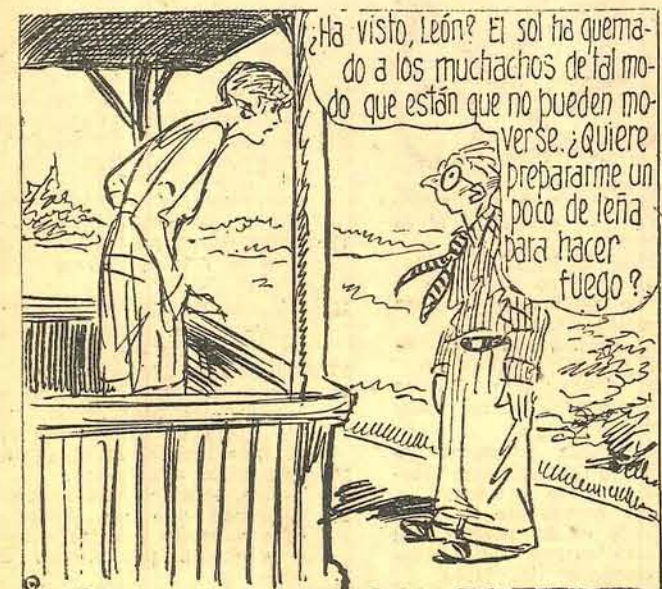
1. Embarcación de gala o de recreo.
2. Ave nocturna.
3. Tiempo oportuno y determinado para una cosa.
4. Turno, vez.
5. Porción de tierra con alguna elevación y declive.
6. Púa que en el abdomen tienen algunos insectos y arácnidos, y con la cual pican.
7. Porción de piso horizontal en que termina un tramo de escalera.
8. Adornar un vestido u otra cosa con guarniciones al canto.
10. Solución de continuidad con pérdida de substancia en los tejidos orgánicos, acompañada ordinariamente de secreción de pus y sostenida por un vicio local o por una causa interna.
11. Todo fluido aeriforme a la presión y temperatura ordinarias.
13. En sentido figurado y familiarmente, dicho ofensivo, indecente o grosero.
17. Admitir la herencia.
18. Límite de la tierra que la separa del mar, lago, río, etc., faja de tierra que está más inmediata al agua.
20. Limpieza, curiosidad.
21. Tonto, simple, mentecato.
23. Cantidad que un licitador ofrece en lo que se vende o arrienda por medio de subasta.

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A. Voight

DUDA JUSTIFICADA





*Hable no más,
nosotros haremos
el resto.....*

Si Ud. necesita servicio
doméstico, buscar u ofrecer
casas en alquiler, vender
o comprar cualquier cosa o
desea recuperar un objeto
extraviado, etc. etc., pida

Avenida 7001
"Avisos Telefónicos"
de
"LA NACION"

Utilice esta gran comodidad
moderna que le salva el te-
ner que venir a nuestro mos-
trador. -

Los avisos en LA NACION
siempre dan excelentes re-
sultados por la alta calidad de
sus lectores.

Después de publicar sus avisos
le mandaremos el cobrador.



Para las familias numerosas se ha creado el "Paquete Familiar Le Sancy" por \$ 4.- que contiene 12 jabones.

Enjuagándose...

... es cuando se aprecia mejor la pureza y calidad de un buen jabón de tocador.

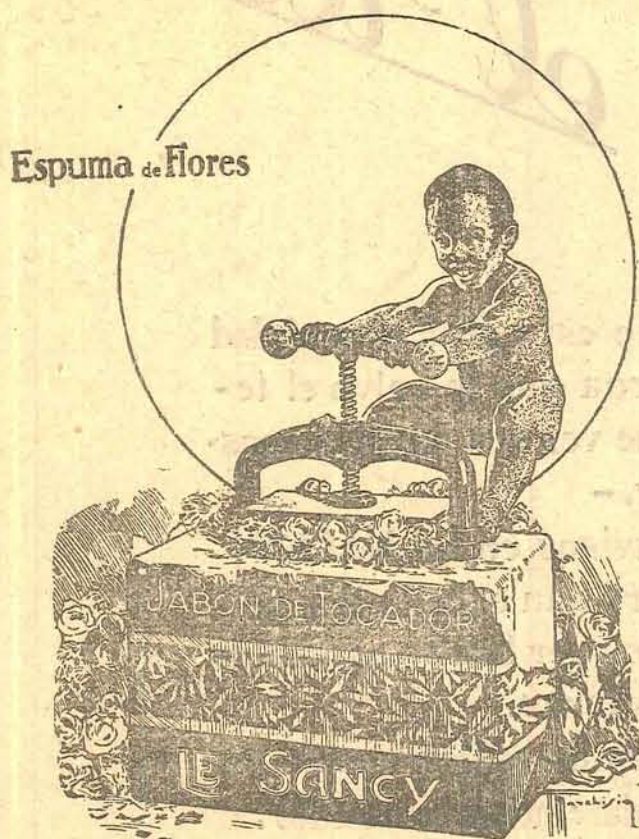
Al lavarse con el jabón LE SANCY observe el placer que proporciona el último enjuague; deja tan suave la piel que da la sensación de que su cremosa y duradera espuma no se terminara nunca.

Esta propiedad exclusiva del jabón LE SANCY se debe a su perfecta elaboración y pureza de componentes y porque no contiene excesos de aceites, como los jabones comunes, que a la larga perjudican el cutis y le dan brillo.

**"El más barato de los jabones finos,
y el más fino de los jabones baratos"**

**"Exíjalo como sale de fábrica
etiquetado con la Franja de Oro"**

35 centavos la pastilla de 115 gramos



Unico jabón perfumado con el
"Bouquet de Lavanda de Dubarry"
"que huele a limpio"

Perfumería
Dubarry
Fundada en 1890